

COSAS NORMALES

Josef Amón Mitrani

(NOVELA)



COSAS NORMALES

Josef Amón Mitrani



Josef Amón Mitrani, 2018 ©
j.amonmitrani@gmail.com
Twitter:@JosefAmon
Facebook: Josef Amón-Mitrani
Instagram: josefamonmitrani
Blog de relatos cortos : josefamonmitrani.blogspot.com.co

Editorial Botas mojadas ©JosefAmon
Cosas Normales©. Primera edición.2018

Diseño de portada:

Joel Amón ©
joelamonm@gmail.com

Valentina Díaz
vtinait22@gmail.com

Madrid-Bogotá, 2018.

Derechos de autor registrados
en la Unidad Administrativa
Especial Dirección Nacional
de Derechos de Autor,
Ministerio del Interior y de Justicia,
2015. Número de registro 10-547-17 .

COSAS NORMALES



*Para Ponyo,
isla de cine y telas y tintas y bareque y leche, piel de Rimbaud, ojos de salsa picante, cepillo de
dientes de bambú, mango, filosofía de Soske, albaricoque, piano, anestesia de mar, herida del
tamaño de las flores, anaranjado de los tigres, silencio del tamaño de los libros, sueño del
tamaño de los sueños, caja de fósforos, gota, café y cigarrillos a las cinco de la mañana de
todas las cinco de las mañanas, música, isla, música.*

*“like a bird on a wire,
like a drunk in a midnight choir,
I have tried in my way to be free...
like a worm on the hook
like a knight from some old-fashioned book
I have saved all my ribbons for thee”*

Leonard Cohen.

Si nos paráramos en toda la punta de este mundo, en toda la punta, podríamos ver una montaña gigante que se le esconde el pico de tantas nubes y nubes y nubes un poco mugrientas y aguadas que se atraviesan por todos los lados del aire. Hay vacas sólo en lo alto, hay aguas sólo en lo alto, hay, todavía, en lo alto, un montón de árboles y de cosas lindas que vamos viendo cada vez menos cuando vamos bajando. Te bajas de la punta de este mundo y vas andando todo lento, con la capucha del saco puesta, con los audífonos y con un poco de miedo a que te atraquen en cualquier momento. Sabes que ya está atrás la naturaleza y que te vas metiendo, poco a poco (la música muy lenta), en una ciudad enorme (del tamaño de una cosa muy enorme), en un mundo tan alejado de esa punta donde podías ver la geometría de las nubes.

Tienes miedo pero vas lento y eso es bueno, eso es suave, eso es más filosófico que todas las filosofías que te han enseñado. Se te salen los deditos por el hueco del saco roto, ese saco que te había regalado Mamá cuando fue a Miami con las dos tías. Sabes que cuando caigas, de repente, a la ciudad, puedes llamar a alguien para que te recoja, o puedes coger un bus, o puedes buscar plata en algún lado para coger un taxi y llegar a casa. O puedes llamar a alguien para que te preste la plata para pagarle al taxista cuando llegues a casa. O puedes, simplemente, no caer en la ciudad y armarte un cambuché y quedarte a vivir para siempre con tanta vaca, con tanto árbol tan lindo y tan natural. Con tanto amor. Con tantas cosas que le va regalando a uno la vida sin gastar plata. Pero sabes (estás seguro) que es imposible; sabes que no te puedes quedar así como así tirado en la naturaleza. Te han enseñado que todo eso es imposible, que hay que ser un hombre de bien. Has aprendido bien la lección. Has aprendido que para ganarte la vida no te puedes quedar mirando el aire como tanto quisieras.

Al otro extremo de la ciudad pasan cosas extrañas (las más extrañas del mundo). Cosas muy raras para mi cerebro que flota tanto como las nubes un poco mugrientas que flotan en la punta de este mundo: hay amigos míos (¡qué cosa más rara!) que ya trabajan vestiditos de corbata y que se la pasan todo el día en una oficina llenando tablas de compradores y de vendedores y de pólizas de seguros. Y a mí, que llevo ya

casi un mes tratando de volver a casa desde las montañas que rodean la ciudad, se me hace imposible que exista gente que entienda lo que es una póliza de seguro. No entiendo (y nunca entenderé) nada de eso ni de lo otro: ni del arte ni de los negocios ni de la literatura ni de la matemática ni de la economía ni de la biología ni de nada. Yo sólo entiendo que hay una fuerza muy adentro mío que me hace vivir como yo creo que se ve y que ocurre el amor. O sea: yo sólo vivo como creo que viviría el amor: ando con un par de botas que me trajeron de alguna tienda de Nueva York, unas botas de cuero negro que pueden durar toda una vida. Me costaron, las botas, 150 dólares que yo le había prometido a Papá que le pagaría algún día, cuando ya pueda pagar mis cosas y pueda salir por las noches con mi propia plata e invitar a Juanita a ver alguna película o a comernos algo por ahí todas las noches. (Siempre he dicho que lo mejor de poder tener plata es poder salir todas las noches a un cine o a un restaurante o a algo que haya por ahí).

Unas botas que no me quito desde que me las trajeron de Nueva York. Y así ando por el mundo tratando de imitar la geometría del amor: botas negras que andan por el mundo con mucho miedo pero que andan tratando de descubrir cosas que hayan por ahí: un perro, una tijera oxidada, una caneca repleta de papeles, una zanahoria. Ando con el pelo muy largo y muy enredado y he buscado trabajo y lo he encontrado y después puedo renunciar y salir a buscar otro y tratar de ahorrar para vivir sin ponerle mucho misterio a las cosas. Voy leyendo las revistas que la gente va dejando tiradas por ahí. (Mi saco roto, casi siempre roto, y mis audífonos). Y voy bajando y ya me voy encontrando con esa ciudad enorme, voy bajando del pico de este mundo y cada vez se siente más y más el ardor que se siente afuera de los árboles. Busco en la billetera (que está congelada de tanto frío que hace en la naturaleza alta) y descubro una tarjeta que todavía tiene algo de dinero de mi trabajo anterior (cuando era profesor en el bachillerato) y pienso que sería mejor, cuando ya esté en la ciudad, sacar algo de plata y comprar un café hirviendo y negro y delicioso. Y claro, recuerdo lo que es el café caliente. Y lo recuerdo y se me van escurriendo las lágrimas de tanto pensar en mis amigos y en el pasado y en que ahora ya no hablo con casi nadie y me la paso en otros

cuentos; en cuentos más de adultos, más de pensar y pensar en la vida y en lo que ha sido de la vida. Y claro, recuerdo y recuerdo lo que es el café caliente:

...días enteros sentado con mi amigo Miguel viendo pasar las cosas que pasaban en la Universidad y en las cosas más cotidianas y normales de la vida. Gente que había pagado mucha plata para hacer sus carreras pero que no estaban en el cuento de estudiar, que es, a fin de cuentas, ese sentir todas las cosas lindas y normales que pasan alrededor de estudiar. Miguelito y yo nos burlábamos mucho de esa gente que citaba los textos de memoria y que decía cosas intelligentísimas pero que no se daban cuenta de que habían cortado el pasto. Y llegaban a la cafetería y le decían a la señorita: "Mona, mona, deme una arepa". Y nosotros: "¿Pero es que este hijueputa se quiere ganar una cascada, o qué?... ¿Cómo que "mona, mona"? , ¿qué es esa mierda, mi hermano?"... Y así... eran días hermosos para mí y estoy seguro de que para Miguel también. Días llenos de vida y de amor y de historias para contar y de risas y de ganas. Llenos de calles mugrosas y de lecturas y de café. El café lo era todo. Casi todo. Miguel y yo podíamos pasar diez horas tomando café y hablando mal de la gente que iba pasando por ahí. Y hablando, por supuesto, de nuestras vidas. De nuestras cosas. De nuestros mundos:

...la vida de Miguel había sido dura, pero él la contaba como si nada, como si las cosas que pasan en la vida fueran sólo cosas que pasan en la vida. Mi amigo era de una familia del campo que había llegado al sur de la ciudad. Migue había sido muy buen estudiante en el colegio y había conseguido un préstamo para estudiar en la Universidad y ya. Para él todo es normal y punto. Una vez me contó (el café recién servido y hermosamente hecho, un olor a café café que se regaba por la mesa y que llegaba hasta el cielo de la Facultad) que para él no habían sido fáciles los primeros años del bachillerato, pero que habían sido buenos; de "gran aprendizaje". Me contó que su casa quedaba en una loma, que ni siquiera había calles pavimentadas ni nada de ese tipo de cosas y que, todos los días, todos, tenía que llegar al colegio a las siete de la mañana pero que no había ningún bus que llegara hasta su casa. Salía de noche (en la madrugada) para poder llegar caminando al colegio, y en las tardes llegaba también

de noche (en la tarde-noche) todo cansado a la casa. Tenía, después, que ayudarle a su madre en las cosas de la casa (hacer la comida, barrer, limpiar...) y después ponerse a hacer las tareas de matemáticas, de sociales, de todo eso...

Jugando ping-pong en el calor, un día que fuimos a unas vacaciones cortas con Miguelito, nos quedamos hablando mucho sobre todo eso: “Migue, cuente, cuente...”, le decía yo. Y Migue me iba narrando todos esos escenarios un poco duros y reales que él veía con alegría y con algo de ficción. Sin pereque. Lleno de amor. Me contó que, como él era muy buen estudiante, había unos muchachos que le tenían envidia y que le trataban de hacer la vida imposible en el colegio, que lo intimidaban para que no logre buenas notas y ese tipo de cosas. Que a los profesores tampoco les gustaba mucho tener un pelado tan brillante en el colegio. Me contaba que lo más difícil de las caminatas de la casa al colegio (y del colegio a la casa) no era la distancia ni la madrugada, sino el peligro tan duro que se corría por el barrio. Que había unos muchachos (que ya los habían echado del colegio) que andaban por ahí buscando pelea. Lo paraban (a mi amigo que sólo quería llegar a estudiar) en la mitad del camino y le trataban de pegar y de robar las cosas que le había preparado la mamá para el almuerzo. “Pero yo por esa época estaba haciendo Taekwondo –me decía Migue–, entonces una vez cogí a uno y le di en la mula, mi hermano. Entonces ya todo se volvió más peligroso (cosas de venganza). Ya me sacaban pistolas y todo y yo (usted sabe como soy yo) ya estaba como encuentado con una chica del colegio que era como exnovia de alguno de esos hijueputas, entonces se fue volviendo como más *dark* la cuestión. Ya me daba mucho miedo andar por ahí”. Y después de ese cuento de que le sacaban pistolas le tocó pedir un traslado de colegio. Ya era difícil seguir aguantando la situación. Me contó que no fue fácil pero que lo lograron cambiar y que pudo hacer 10º y 11º en un colegio un poco más chévere, con un poco más de luz para poder pensar en hacer algo después de la graduación. Ahí conoció a Jerson y a Julián, dos amigos (yo los conocí después: Jerson ya era un actor profesional y Julián era ya un periodista que se la pasaba tomando cerveza por toda la ciudad) que también fueron a la Universidad y que también escuchaban música y que también veían como que la

vida tenía cosas como la montaña que rodeaba la ciudad y los árboles y las nubes y los pájaros y, sobre todo, el café, el café fresco y bien preparado.

Mi amigo me contaba con gran felicidad esa vida de barrio bravo que yo veo desde lejos pero que ahora conozco un poco por mi amigo Miguelito, que es mi amigo del alma y que no lo veo hace tanto tiempo. Miguel terminó la Universidad y se puso, como yo, a trabajar de profesor de colegio. Y es tan brillante mi amiguito que lo contrataron para que dirigiera un programa de profesores en México. Y se fue para México y yo me quedé acá pensando y pensado en mi amigo. Pensar y pensar y pensar. Es extraño: cuando pienso en Miguel se me vienen a la cabeza miles de conversaciones sobre literatura, sobre música clásica, sobre arte, sobre filosofía, sobre matemática... Pero,(es extraño), nada de eso es lo que me interesa recordar. Peleábamos sobre el porqué de las cosas y llegábamos a preguntas súper inteligentes, pero lo bonito de estar con mi amigo no tenía nada que ver con todo eso. Había días en que nos comprábamos una botella de vino y nos quedábamos tirados en el piso mirando la pared, y ahí aparecía la verdadera belleza de la amistad: en el silencio, en la pared, en los secretos que están todo el tiempo rondando por ahí pero que no podemos verlos si no dejamos que entren al corazón de esa forma misteriosa como cuando vemos el mar (y lo hemos visto tantas veces), con ese asombro de un niño que pude jugar y jugar el mismo juego con la misma energía y la misma energía. Hace poco hablé con Miguel: está muy bien. Me dijo que como él no sabe manejar (y necesitaba un carro urgente para poder trabajar) se fue a un concesionario y compró un carro para aprender. Y ya, me dijo que ya casi aprende y que el carrito le ha servido mucho para poder ir de pueblo en pueblo a verificar cómo van los profesores y los niños.

Cuando caigo, cuando ya estoy en la calle y puedo ver esa montaña detrás de mí, me entra un escalofrío fuerte. ¡Qué montaña!, qué lindo sería poder vivir en el campo pero no se puede porque nos han enseñado que hay que ser personas de bien. La calle está vacía, seguramente es un domingo a las dos o a las tres de la tarde, hay sol y hay lluvia. Llego a un pequeño centro comercial y me meto al baño y me sacudo todas las ramas y todos los bichos y toda la tierra. Ya se acabó la pila del radio y no puedo

seguir escuchando música. Me miro el pelo largo y enredado y está más largo y más enredado: más parecido al amor, que es el objetivo de todos los hombres de todos los tiempos. Me sacudo las ramitas y tomo mucha agua de la llave. Salgo, un poco más feliz y con menos miedo del que tenía cuando estaba bajando, y le pregunto a un viejito que a dónde puedo conseguir un cajero para sacar algo de plata, y el viejito se queda mirándome y mirándome y me sonríe y se queda inspeccionando mi pelo como si yo fuera un ser de otro mundo (y hay gente joven, amigos míos que van por ahí, que me han dicho que yo parezco de otro mundo, pero yo siento que yo soy muy de este mundo, que yo soy una de las personas más cuerdas que existen: a mí no me gusta el dinero ni las oficinas ni los trabajos, a mí me gusta el mar y andar por las calles viendo a ver qué me encuentro) . Ay, los viejitos. Mis viejitos. Mis abuelos que ya están en el cielo y mis abuelas que todavía están en la tierra, y mis padres que cada vez se van poniendo más viejitos y el corazón se me rompe de pensar en todo eso. Pensar y pensar...

Saco la plata del cajero, 20.000, y busco un café. Lo encuentro, justo al lado de donde había hablado con el viejito, pero el viejito ya no está. De pronto, es posible, el viejito representa a todos los viejitos y es como una fábula, como una metáfora secreta para hacerme pensar en cuando yo sea un viejito y tenga una familia tranquila y salga a la tienda del barrio a comprar un jamón para preparar unos huevos fritos con jamón y quedarme viendo partidos de fútbol y canales de noticias para practicar el inglés. No sé. Es difícil saber las cosas. Es difícil pensar bien. Me siento en la mesa (en la silla de la mesa) a tomarme el café y a fumarme unos cigarrillos Pielroja y pienso en cómo regresar a casa. Pienso en que sería mejor llegar primero a la casa de mis padres, donde todavía vive mi hermanito menor. Esa casa linda, con un árbol de cerezas en el parquecito de enfrente. Y yo y mis dos hermanos trepándonos para conseguir unas cerezas mucho más feas que las cerezas que había comprado Mamá en el mercado. Ese era todo el punto: la cereza del árbol, más fea de sabor, es la cereza más rica, porque está cargada del silencio, del árbol, del secreto que ronda todas las cosas del mundo. Pero la gente no entiende eso. Es imposible que la gente entienda eso...

por eso siempre nos han visto como un trío de locos (a mis hermanitos y a mí), como una banda de atracadores con los pelos largos y parados que no hacen sino hablar de esas cosas raras del árbol de cerezas y de ese tipo de cosas. Pero Miguel nos entendía bien: nos podíamos quedar hablando con él hasta las tres de la mañana. Tomando aguardiente y escuchando cualquier cosa. Hablando de que era un poco estúpido pensar en eso de “derecha” e “izquierda”, de que Gustavo Petro, de la “izquierda”, era un alcalde igual de hijueputa y de fascista a cualquier otro pelafustán de la “derecha”. Entonces yo, que soy y que siempre voy a ser de la “izquierda”, decía que era verdad, que todos eran unos hijueputas fascistas (sobre todo Petro)... y sacaba mi teoría sobre la izquierda y la derecha:

– Miren, viejitos, yo no es que me las venga a tirar del intelectual, pero es muy contradictoria esa dicotomía (“derechas”-“izquierdas”). Muy, muy, muy. Lo rusos, y ahí Miguelito me podrá contradecir porque estudiamos juntos a Marx con el profe Sergio y todo eso, entendían por “izquierda” el apoyo al poder de las mayorías, ¿no?, todo eso de “Los Bolcheviques” y tal. Pero ahora la izquierda apoya a la minorías, ¿no?, a los homosexuales, a los “afros”, a los indígenas y todo ese cuento que está tan de moda. Y así se va desvaneciendo todo eso de “izquierda” y de “derecha”. El mismo alcalde Petro, que se dice un tipo abierto, de izquierdas, “liberal”, prohíbe echar harina cuando juega la Selección Colombia: ¿qué más de derechas que prohibir y prohibir y no dejar echar harina?

...y mis hermanitos y Miguelito riéndose y mirándome con atención (2:00am). Y yo seguía encendido en mi charla, y yo mismo sabía que había mucho excremento en todo lo que hablaba, pero ese no era el punto: el punto era más sencillo y más complejo: el punto era el secreto, el silencio, el amor que había en esa mesa de vidrio repleta de latas de cerveza, el punto eran mis hermanitos y todo lo que podían escucharme y todo lo que yo los podía escuchar a ellos. Y yo seguía con mi verborrea:

– Miren mi teoría (les decía sirviéndome un aguardiente caliente): si vamos a

reivindicar todo ese tema de “La Derecha Vs La Izquierda”, yo lo pondría así: todos los gobernantes honorables quisieran El Bien. ¿No es así? Pensemos, muy hipotéticamente, en que existen dos personas muy buenas, pero una es de derecha y la otra es de izquierda. ¿Cuál sería la diferencia? Pues fácil: el de la derecha quiere las cosas rápidamente. Quiere acabar con la guerra, por ejemplo, pero, para lograrlo, podría tratar de terminar rápidamente con alguno de los lados. No le dolería matar a miles de personas (que él llamaría terroristas) para que se pueda vivir en paz, con tranquilidad y esas cosas. El de la izquierda tendría el mismo objetivo que el de derecha: la paz (siguiendo el mismo ejemplo). Pero este señor, el de la izquierda, va a ser un poco más paciente, va a creer que no se justificaría matar a tanta gente para lograr la anhelada tranquilidad y ese tipo de cosas. Y ahí es cuando el de izquierdas va a empezar a pensar en todas esas cosas bellas de “las políticas públicas”: educación, concientización, comedores públicos, trabajo digno, salud y así... Y por eso es que uno tiene que ser de izquierdas...

(Y otro aguardiente para adentro y mis hermanitos y Miguelito riéndose y poniendo vallenatos y rock).

También Samuel, otro amigo nuestro, podía quedarse horas hablando y hablando hasta las tres de la mañana y cuatro y cinco de una mañana azul y cereza como el árbol de cereza que él también compartía porque era nuestro vecino, porque vivíamos en el mismo edificio y estudiábamos en el mismo colegio. Mi colegio, mi colegio donde después me fui a dictar clases y a resistir que mis profesores me dijeran que ahora sintiera yo, con mis alumnos, todos esos horrores que supuestamente yo les había causado. Una cosa absurda, porque ellos, mis viejos profesores, no entienden que uno hace las cosas impulsado por unas fuerzas que no tienen nada que ver con ganarse el sueldito para pagar una renta y la gasolina de un carrito. Uno hace las cosas cargado de una magia loca que lo va llevando a uno como una nube loca... ¡Ay, mi colegio viejo! Ay, Samuelito, ¿te acuerdas? Nadie pensó que ibas a llegar a ser un médico brillante porque te la pasabas todo el día pegándole a todo el mundo y lloriqueando por perder

partidos de fútbol. Ay, Samuelito, cuánto nos hemos querido. ¿Te acuerdas cuando nos fuimos para Melgar a conocer obreros para crear nuestra revolución socialista?, ¿te acuerdas de las novias?, ¿de la vida?

Y hoy, después de caer de la montaña, después de empezar a tomar ese café hirviendo y de pensar y pensar, como siempre, en que antes la vida era un poco mejor, después de ver a ese viejito que se fue esfumando por ahí, después de andar más de un mes perdido en las montañas y de no querer regresar a casa tan temprano, decidí que, otra vez, había llegado la hora de escribir. Y que, como siempre, iba a escribir sobre el único tema que podía ser importante para mí: escribir. Escribir sobre escribir. Y así, escribiendo sobre ir escribiendo, podía salir algo que todavía había quedado un poco en mis tripas después de tanto tiempo sin escribir. Pobre de mí. Qué vergüenza con ustedes. Aquí arranca esa necesidad estúpida y pretenciosa de andar contándole a la gente todo lo que me pasa por dentro, todas las ganas de que la vida se me haga un poco mejor:

...hoy llegué, después de ver a un viejito fantasma, y retomé la idea de hacer un libro sobre todo, sobre todos los hombres y todos los tiempos. Era un proyecto ya viejo, con muchos intentos, pero nunca había tenido la fuerza para sentarme a construir esta fábula, esta historia, sobre el infinito, sobre mi propio infinito. Un libro que sólo pudiera entender una chica infinita de los sueños que vive toda interna en mí. Un libro imposible que no se ganara ningún concurso literario ni nada de esas cosas tan sofisticadas. Un cuaderno. Entonces, aquel día ya un poco lejano, pasando, pasando por una farmacia de Nueva York (uno de esos viajes extraños que salen así de la nada), me di cuenta del primer paso para escribir mi libro imposible: el cuaderno. Ahí está. Ahí estaba el cuaderno. Ya no era una de esas libretas de caucho y cuero donde fui armando mis otros dos libros, mis otros dos libritos fracasados, sino que esta vez era un cuaderno de esos marca *Caliber*, de esos que dicen *Composition Book*, de esos con esas figuritas blanco y negro tan extrañas. Ese tipo de cuaderno (que vi ahí empotrado en la vitrina) yo ya se lo había visto a los poetas gringos que no tenían un peso en

donde caerse muertos. ¿Sí se dice así?: ¿un peso en donde caerse muertos? No lo sé. Yo no sé nada de esas cosas.

Y como yo soy un intento de poeta gringo que no tiene un peso en donde caerse muerto, me compré ese cuadernito por dos dólares (este cuaderno que ahora uso, años después, para escribir esto). Y a seguir por ahí pensando en ese libro infinitamente imposible que me va a salir algún día. O en esta vida o en la otra. Y como todo ya lo he dicho, o en mis mediocres escritos o en alguna charla de bar o café, uno se pone a pensar en qué no ha dicho para seguir contándole a las dos o tres personas que siguen por ahí lo que uno lleva por dentro: la clásica entraña triste, la clásica tripa. Y uno va, como siempre, a la Feria del Libro, sin un peso en donde caerse muerto (¿sí se dice así?) y se encuentra a todos los intelectuales de pacotilla que hay en esas ferias del libro y a tanto hijueputica comprando tanto libro tan caro y tan malo. En una banca de la Feria, con café y cigarrillo Pielroja, pensando en qué no ha dicho para poder, algún día (probablemente hoy sentado en este centro comercial, todo mugriento yo, ya hace casi un mes que no voy a casa), hacer ese libro que lo diga todo.

Veo, a lo lejos, en la Feria, a un poeta de la vida real que yo ya había leído y que no me parecía tan mal poeta y me digo: “¿Qué hago, qué hago?, un poeta de la vida real”. Y me paro como un bólido y me voy al sitio donde están vendiendo mis dos libritos de mierda y le digo al librero Carlos que me haga el favor, por favor, y me venda uno lo más barato que pueda (descuento de autor y tal), y Carlitos que sí. Que le dé 15mil barras y que me lleve esa vaina de ahí. Y uno saca esas 15mil barras como un viento rápido y compra su propio libro y sale corriendo para donde el poeta ese que no es tan malo y que iba pasando por ahí... y uno lo ve a lo lejos: “Poeta, poeta”. Y en este país todo el mundo se voltea cuando uno dice “poeta”. En este país, de poca poesía, todo el mundo dice ser poeta (sobre todo en la Feria del Libro). Pero el poeta de la vida real no se voltea, entonces uno sale como un viento loco detrás del poeta loco y lo alcanza y le toca la espalda.

– ¿Qué hubo, mijo, qué se te ofrece?- , dice el poeta.

– Buenas tardes, señor poeta,- le dice uno-

Le quería regalar este libro mío para que lo analice, querido poeta. Es una verdadera porquería, según me han dicho. Pero siento que a veces vale la pena leer las verdaderas porquerías. A mí, por lo menos, me gustan mucho las porquerías literarias.

Y el poeta de la vida real sonríe y le dice a uno: “Fírmelo, mijo”. Y uno saca su esfero como un viento rápido, como un jabón, y le pone: “*Para el poeta Fernando, el poeta... Gracias por ser el primer escritor de la vida real que va a tocar un libro mío. Un abrazo. Bogotá. Con cariño y rock and roll: Óscar Graff*”.

Y así va pasando la vida del mal escritor, mi vida que ya no puede decir nada. ¿Qué escribir ahora en este cuaderno, después de tanta montaña y tanta vaca linda?, ¿qué más se puede decir? Y uno con tantas ganas de escribir pero con tan poquito más que contar. Y ahí, en la Feria Internacional del Libro, sin un poquito ya de dinero, triste como siempre desde que volví de un viaje largo que hice hace algunos años, voy todo solo ojeando los libros que hay por ahí y veo uno hermoso, impagable, y le quito ese plastiquito que tienen los libros nuevos en Colombia y lo abro y lo huelo, lo huelo mucho, muchísimo, infinitamente. Es un libro gordo, de un plateado extraño, bellísimo, es (jamás lo había visto) la poesía completa de Eliseo Diego, ese poeta lindo cubano que yo he leído siempre con muchas ganas de llorar. Le digo al librero que me deje sentarme ahí un tiempito para echarle un buen vistazo a ese libro hermoso. Y lo abro y lo leo, y voy descubriendo, por fin, después de mucho tiempo, que ahí está la clave de lo que quiero decir. Mi libro infinito –mi libro imposible– se comenzó a armar como una magia loca en mis nervios. Mi libro infinito se va a tratar de las cosas, de las cosas normales.

“Eso, hablar de las cosas, es lo que hace tan lindo todo lo de Eliseo Diego” (me decía yo a mí mismo ahí tirado en el tapete ese de la Feria del Libro). Eso es lo que hace

Diego, ver el mundo que yo no veo por estar tan adentro mío. Pero yo sí veo el mundo, pero no lo escribo y eso está muy mal: la gente desprecia todo lo que yo he escrito porque no veo el mundo sino que me veo a mí mismo. Pero amigos (pensaba yo ahí tirado en el tapete ese de la Feria del Libro), yo sólo escribo sobre mí mismo porque no hay nada más para mí. Porque “yo” es lo único posible, lo único plausible. Pero pensemos: ¿qué tal si escribo un libro sobre todas las cosas del mundo. Sobre la zanahoria, la mandarina, el pasto, la lluvia?, ¿qué tal? Todo, claro, visto por mí, absolutamente desde mí, porque es que yo no entiendo, amigos, cómo es posible escribir desde “el otro”. “Las cosas del mundo”, “las cosas normales”, sí, pero vistas por mí, porque “yo” es lo único posible, lo único plausible.

Ese mismo día, el que dije que iba a hacer un libro sobre todo, sobre todos los hombres y todos los tiempos, y que me fui a la Feria de Libro y que le di mi libro a un poeta de la vida real y que abrí por dos horas el libro de Eliseo Diego, ese día, ya tenía, absolutamente, el título y el proyecto en mi cabeza: *Cosas normales*. Voy a escribir un libro igual de malo a los otros que he escrito. Igual de “esto no es prosa

ni verso

ni ni siquiera un libro libro de la vida real”,
pero esta vez voy a hablar de todas las cosas del mundo: del tiempo y del amor, de esa caneca, de mis cigarrillos: “Y nombraré las cosas, tan despacio / que cuando pierda el Paraíso de mi calle/ y mis olvidos me la vuelvan sueño, /pueda llamarlas de pronto con el alba”, decía Eliseo Diego. Pero él, Eliseo, nombraba las cosas con elegancia, con poesía. Yo, en cambio, que soy un poco menos inteligente que Eliseo, y que tengo un apellido menos sonoro, menos parecido a un nombre, voy a nombrar las cosas con menos elegancia, con menos poesía, con menos inteligencia, pero, al fin y al cabo, voy a nombrarlas. Voy a nombrar las cosas normales. Voy a escribir como una novela, como un relato, como una especie de fábula que nombre las cosas.

¿Y para qué nombrar las cosas normales? No lo sé. Para escribir otro libro. Para poder poner en la hoja de vida que sí, que ya voy tres publicados. Y el que lee la hoja de vida, como es jefe, no va a leer los libros porque los jefes no leen libros y entonces

no va a saber si son buenos o malos y va a decir: “Vea, este muchacho ya tiene tres libros publicados”, y me va a contratar para yo no sé qué cosas. ¿En qué pueden contratar a alguien que haya publicado tres malos libritos? Sabrá Mandrake. ¿Quién es Mandrake?, ¿quién fue?, ¿por qué sabía tanto?

Cosas normales, entonces. Es decir: alguien va a leer esto (mis dos hermanitos lindos, Miguelito, Samuel, mis padres, mi chica de los sueños japoneses), entonces cogen el libro en sus manos y con la primera oración se dan cuenta de que, como siempre, no es ningún libro, sino, más bien, una especie de cuaderno lleno de errores, de lugares comunes, de las mismas cosas que yo siempre ando diciendo por ahí, siempre lo mismo, siempre lo mismo: “yo, yo, yo”, “el mundo cruel”, “yo sufro mucho pero viajo y veo lo lindo de la naturaleza y las vacas y los paisajes, pero ustedes no porque son unos malditos oficinistas”, “yo, yo, yo”, “yo soy tan importante para la historia de las letras que ni siquiera soy poeta ni escritor ni nada. Yo no sé nada”. Pero de pronto, de repente, se dan cuenta de que es la misma cosa pero que ahora se trata de “las cosas normales”, de todo lo que vemos en el mundo, y se dan cuenta, de repente, de que esta vez estoy narrando, de que estoy contando una historia... Y mi hermano chiquito, ya un señor inteligentísimo, me dice: “Como un *Disparate de reflexiones incomprensibles* (y a mí me da escalofrío escuchar el nombre de mi primer librito fracasado) pero que hable, en vez de las vivencias suyas, de las vivencias de los objetos... ¿Algo así?”. Y yo le digo que sí. Que como lo de Eliseo Diego de: “y nombraré las cosas, tan despacio...” pero mucho menos sofisticado y más narrado, más novelado.

Y antes de nombrar las cosas normales, amigos, por ejemplo, lesuento, les novelo, hace ya unos meses, antes de nombrar las cosas por sus nombres, me gasté casi toda la plata que me quedaba para irme allá, a Cali, a esa ciudad donde se la pasaba Andrés Caicedo metiendo anfetaminas, la ciudad del gran filósofo Niche, a ver si podía, me fui para Cali, a ver si podía, por fin, desempleado, dedicarme a lo que quería hacer por el resto de los restos de mi vida. Y antes de ir, por ejemplo, hice el gran error de volver a coger mis libros y leerlos de nuevo y me di cuenta de lo ignorante que uno es y de lo

ignorante que una va a seguir siendo: 200 y pico de páginas, siete-ocho años de trabajo, le había dedicado a escribir que qué horror eso de las academias, que qué horror tan horrible, que no más Universidades, ni maestrías, ni libros que hablen sobre libros... Y tres años después, uno ya sin saber qué hacer con la vida de uno, que “papi, papi, que estuve averiguando una maestría para inscribirme. Que vamos mitad y mitad con la matrícula. Que yo siempre he amado los libros y el estudio”.

Ay, Dios mío, ¿y todo lo que escribí denigrando a las academias?, ¿a dónde se va esa tinta que escribí con tanto jabón y tanta locurita desbordada?, ¿a dónde se va mi fracaso de librito que si la gente no fuera tan egoísta lo hubiera aceptado como el mejor libro, ni prosa ni verso, que se ha escrito en mi país?: “De la contradicción de las contradicciones,/ la contradicción de la poesía,/ obtener con un poco de humo /la respuesta resistente de la piedra”, decía mi amado poeta José Lezama Lima encerrado en su isla y volando y volando. Ay, Lezama, Lezamita, “De la contradicción de las contradicciones,/ la contradicción de la poesía,/ obtener con un poco de humo /la respuesta resistente de la piedra”. La contradicción recurrente de la vida: yo (yo,yo,yo) tengo el espíritu de un vaguito que anda por ahí, el pelo largo y enredado (el de siempre), sin ducha, y las mismas botas rotas de siempre y el cuaderno en la mano que ansía, que quiere mucho, pero en vez de seguir así, ahí, me da por publicar, de nuevo, otro libro que ya sea más pulido en el verso y tal, malísimo también, mi segundo libro, y me da por meterme en una maestría disque en literatura y meterme a trabajar de día y a estudiar en las noches, ¿y para qué?, ¿no le había dedicado mi vida a las 200 y pico de páginas para decir que no más maestrías? Y tres años seguidos dándole al trabajo digno y a la maestría y a tratar de tener una novia seria y a decirle a los amigos que no, que una basura esa maestría pero que para atacar a la academia había que atacarla desde adentro. ¡Pura y física mierda todo esto que digo, señores!, la respuesta, como todas las respuestas sobre el arte del silencio y del amor, ya la había dado Lezama Lima: “De la contradicción de las contradicciones,/ la contradicción de la poesía,/ obtener con un poco de humo /la respuesta resistente de la piedra”.

¿y a dónde me fui? Yo, que andaba todo desgualegado, ¿a dónde me fui? Me fui, decía, para Cali a ver si lograba hacer eso que todos los malos escritores queremos hacer: montar un cafecito, vender libros de segunda, calorcito, unos sánduches, una buena máquina de buen café, y en las noches, si todo sigue ameno, cervecita, cine club, wisqui con soda, y que la vida de uno (en Cali, en Barranquilla, donde sea que haga calor) sea llegar todas las mañanas y abrir el café y leer el periódico y recomendar, por qué no, algunos buenos libros a la gente buena que va pasando por ahí. Ay, qué rico y qué lejano sería poder hacer todo eso.

Entonces me fui para Cali a ver qué, y lo primero que me dicen, como todo en este país, como todas las cosas en este mundo, es que es imposible. Que no. Que no. Que aquí la gente no lee, que aquí la gente es muy bruta, que sólo sirve para tomar aguardiente y para bailar salsa. Y yo, muy seguro de mí mismo y de lo que creo de la vida, les decía que es para eso para lo único que debe servir la gente... sí, sí, y sentarse (imaginándose uno a uno mismo ya sentado en su propio café) en mi cafecito del calor y sacar el cuaderno porque uno, después de años de andar publicando babosadas, ya tiene totalmente claro que lo que uno escribe es exageradamente malo pero uno no puede parar. Es esa geometría lejana de las nubes que lo hace a uno seguir y seguir sin la menor vergüenza. Es como que le digan a uno que el excremento de uno huele demasiado feo y que entonces uno tiene que parar de ir al baño. Y sacar el cuaderno (que ahora es este cuaderno de poeta gringo que no tiene un peso en donde caerse muerto), y uno ahí, en el café de uno propio, y ponerse a escribir su libro y comenzar ya con el título bien pensado: *Cosas normales*. Y cerrar los ojos y viajar a esa vez que fuimos a Palomino, al mar, a la mar, y empezar a escribirle cosas a las cosas del mundo (“y nombraré las cosas”). La cabaña, por ejemplo, que se ve ahí a lo lejos y uno tirado en la hamaca, con las uñas largas, escribiendo un libro que nombre las cosas:

LA CABAÑA

La cabaña es donde duerme
la gente que no quiere tantas cosas,
el techo es de paja y es, también,
la casa de una lagartija.

Alguien me dijo una vez que si uno tira
un fósforo prendido
se puede incendiar la cabaña entera
y quemar a la gente que no quiere tantas cosas
y quemar, también, a la lagartija.

Es pequeña, la cabaña.

Tiene una pequeña ducha en el jardín
y tiene un hueco en la pared
para que el sol pueda traer el olor del desayuno.

Si uno viera a un muchacho como yo, con los anteojos y el bluyín roto, sentado en un café lleno de libros, con los cigarrillos Pielroja en un lado de la mesa, escribiendo en un cuaderno de esos que escribían los poetas gringos vaciados, el café sin azúcar regado en el alma del muchacho, uno diría que es patética la imagen: “Un cliché el hijueputa”, diría Miguelito. Y que no se entere Miguelito, ay, Dios mío, del cliché este de estar escribiendo versos sobre “las cosas normales”, ay, Dios mío. Pero como uno es uno mismo (eso parece) y no la imagen de un muchacho como yo (los anteojos y el bluyín roto), esa es la postura más natural posible. La postura más natural del mundo. Yo-ahí, escribiendo hasta que haya dicho toda la sangre y que se me acabe el corazón. Ahora sí, le diría yo a Miguelito, no voy a hablar de los griegos ni de la filosofía alemana. Ya no quiero, Miguelito, Samuelito, Papá, Mamá, hermanitos, Juanita, que la gente lea lo mío y diga que me las tiro de que he leído todos los libros del mundo, ahora voy a hablar de usted, como gente normal, de mis padres, de mis hermanos que quiero tanto. De esta

botella de cerveza, que es verde, que está fría y rellena de agua de la llave. Tranquilos, amigos, yo ya lo comprobé en sangre propia y publicar un mal libro no le hace daño a nadie. Sólo me hace daño a mí (¡la vida del mal escritor!).

Y levantarse, tun, tun, tun, en la casa de mi amigo caleño que me dio posada para ir a buscar locales para armar mi café de los sueños y los libros y salir, con el corazón a mil, al balcón de la casa, después de una noche fuerte, de salsa, de negros, de bailes, de tragos fuertes, serios, negros, y agarrar otra vez el borrador de lo que hoy es mi cuaderno, tun, tun, tun, y en el fondo de la calle sexta suena esa de “al partir, un beso y una flor, un te quiero una caricia y un adiós” y uno ahí, con sus Pielroja y el corazón a mil, los nervios que da la vida después de una baile fuerte, negro, un vasito con agua, “es ligero equipaje para tan largo viaje, las penas pesan en el corazón”. La tinta de nuevo, mi tinta tripulante, se ha mojado un poco en el cuaderno, se pasa de las hojas y ya no puedo leer lo que escribí ayer. Algo, seguramente, sobre mi alucinado café en la isla de Cali. Quién me manda a comprar cuadernos hechos en China, ¿quién?, y hay una mesa en el balcón (“y nombraré las cosas”), y hay dos vasos de vidrio y un perro que se llama Martín, pero mi amigo le dice Martí, como el poeta. Y a Martí, el perro negro, le gusta más que le digan como el poeta cubano que como ese filósofo alemán que me hacía trasnochar tanto cuando uno estudiaba filosofía alemana.

Después de tantas cosas tan normales que pasan en Cali o en cualquier lugar del mundo, devolviéndome de nuevo a casa, a esa ciudad un poco metálica que alumbría de ladrillo y mata, uno se va dando cuenta de que ya el río quedó atrás y adiós al agüita fría de botella de cerveza verde que estaba en el balcón caliente y la escritura, volviendo a casa, se hace más y más nerviosa. ¡Yo no quiero vivir en mi ciudad, Mamá! Y esperando el avión, con la camisa de dril un poco rota y manchada de salsa napolitana y pollo frito, compro, con dos o tres pesos que quedan, un botella de agua. Me tomo la mitad y saco de mi morral un gotero de goticas de valeriana, aquella droga linda de los viejos, y lleno el agua que queda en la botella con un montón de goticas y goticas de valeriana: una

Dos

Tres

Cuatro, cinco, seis,

Siete, ocho

Nueve, diez,

Once, doce,

Trece

catorce

quince

Dieciséis, diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte, veintiuno, veintidós

Veintitrés

Veinticuatro, veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Treinta treinta y uno treinta y dos

Treinta y tres

Treinta y cuatro treinta y cinco

Treinta y seis

 Treinta y siete

Treinta y ocho

 Treinta y nueve

Cuarenta

Cuarenta y uno

Cuarenta y dos

Cuarenta y tres

Cuarenta y cuatro

Cuarenta y cinco

Cuarenta y seis

Cuarenta y siete

Cuarenta y ocho

Cuarenta y nueve

cincuenta

cincuenta y uno

Y oler esa botella repleta de tranquilizante y de un sorbo todo para adentro. Y ahora sí puedo, después de calmar un poquito los nervios tan fuertes que a veces trae la vida, seguir escribiendo mi libro: ha hecho tanto efecto esa valeriana un poco sagrada que las letras que voy escribiendo se van chorreando por las páginas del cuaderno, todavía la escritura está cargada de un nerviosismo demasiado nervioso y la voces, todavía, siempre, te van anunciando:

- Ya tienes treinta años, petardo, *¿que* has hecho con tu vida?

Y mi propia voz interna y un poco, todavía, pirata, que va diciendo:

- Te faltó la tilde en ese “*que*” interrogativo. La diacrítica.

Y las voces que anuncian:

- Pues yo no le pongo tilde a las palabras pero tengo 500 millones de pesos en el banco, ja, *¿y tu?, ¿cuanto* tienes en el banco?, ja.

Y yo que sí. Que tiene razón la voz aquella. *¿Yo qué he hecho con tanta tilde?* No puedo pagar mi viajecito que tanto quiero hacer al Perú y no puedo, tampoco, sacar el tiempo para mi libro que hable de las cosas normales. No tengo el suficiente dinero para sentarme a escribir mi libro infinito. No puedo salir a comer con mi novia. No puedo andar en un barco por el mar. No puedo ver Japón en la vida real. No puedo comprar los libros que quiero (esa edición de Whitman, esa edición de Montaigne, esa

edición de Chesterton, esa edición de Eliseo Diego). No puedo dejar de escribir, amigos, es cierto, y si escribo sólo puedo escribir sobre escribir. No puedo apostar cosas con mi novia porque no tengo la plata para pagar. No puedo comprarme la ropa para el matrimonio de mi hermano. No puedo romper mis anteojos porque salen muy caros. Pero sí puedo (*¿y de qué ha servido?*) ponerle su tilde a la palabra “que”: ¡quÉ chimba!, ¡quÉ?, que quÉ chimba. Eso sí puedo, lo de la tilde, y muy bien.

- Pues yo no le pongo tilde a las palabras pero tengo 500 millones de pesos en el banco, ja, *¿y tu?*, *¿cuanto* tienes en el banco?, ja.

Ya estamos aquí, en el avión, a mi lado izquierdo (“y nombraré las cosas”) está mi novieca Juana leyendo los poemas de Alejandra Pizarnik, tiene los ojos llorosos porque hemos perdido un bebé. La cosa no es trágica para nadie excepto para nosotros: primero el embarazo, de la nada, sin planes de convertirnos ahora sí en personas de bien: yo era un vagabundo sin un peso en donde caerme muerto (*¿sí se dice así?*) y ella, como siempre, una lectora de poemas de Alejandra Pizarnik. Y yo (siempre el “yo”) le dije desde el fondo de mi alma que hacíamos con nuestras vidas lo que ella quisiera hacer. Que podíamos tener al bebé. Que yo parecía un vagabundo pero que en el fondo de mi alma era un buen muchacho. Que yo podía, lo juraba, ser un buen papá (¡y lo iba a ser!) y ella, con los ojitos Pizarnik, me decía que sí. Que qué lindo todo eso que yo le estaba diciendo. Que gracias, mi amorcito. (Sí ven, amigos, lo bien que le pongo la tilde a la palabra “que”). Y decidimos irnos a vivir juntos, a su apartamento en Bogotá, y yo me llevé los miles de libros y puse un escritorio, el escritorio blanco que me regaló la hermana de Juanita, para tratar de seguir siendo un escritor. Pero ya siendo un papá, (un futuro papá), todo parecía más feliz y ya no me daban ganas de escribir ni nada de esas cosas. Fue triste y extraño todo eso, pero, poco a poco, fuimos entendiendo todo y las cosas iban bien, estábamos tranquilos y nos gustaba, como siempre, ir al cine. íbamos a ser papás y a meternos en algún negocio para pagarle los pañales al Frijol Láser (así lo íbamos a llamar, por supuesto)... y ahora, en el avión, volviendo de Cali, sólo ella y yo sabemos (ella con sus ojitos verdes-azules que no han parado de sacar lágrimas, mirando los poemas de Alejandra Pizarnik), sólo ella y yo sabemos que perder al bebé

ha sido triste. Nos hemos llenado de nervios, y las palabras del cuaderno, llenas de gotas de valeriana, se siguen chorreando en el cuaderno.

Estamos a punto de aterrizar. “Aterrice –me decían a mí–, no ve que ya va a ser papá”. Y la vida del mal escritor sigue así, viendo pasar las cosas, sin que lo inviten a uno a dar una conferencia sobre la poesía de Pessoa y el teatro de Shakespeare y la narrativa de Tolstói. La vida del mal escritor va pasando, va viendo pasar las cosas, nombrando las cosas desde lo más adentro del mundo, y mi noviecita por fin levanta los ojos del libro de Pizarnik y me dice llorosa: “Llegamos, mi amor, me dan un poco de miedo los aterrizajes. Me da miedo la palabra aterrizaje”. Y qué verdad hay en esas palabras: ¡qué miedo de palabra!, las nubes se van, se va el calor, se va la manga-poma, se va Martí, el perro negro que se veía tan bien al lado de las botellas verdes, heladas.

Levantarse en Bogotá, de nuevo, sin nada nuevo para armar el café de los sueños y los libros, a las cuatro y media de la mañana, con ese miedito que da la vida. Levantarse, como siempre, con esos versos de César Vallejo en la cabeza. La respiración durísima y levantarse, como siempre, gritando ese primer poema de *Trilce*, ese librito extraño que me hacía llorar muchísimo y que me robaron con todos los libros que me robaron cuando quería mudarlos de nuevo aquí, a Bogotá (algún día contaré esa historia). Levantarse gritando esos primeros versos del primer poema de *Trilce*: “¡QUIÉN HACE TANTA BULLA Y NI DEJA TESTAR LAS ISLAS QUE VAN QUEDANDO. UN POCO MÁS DE CONSIDERACIÓN EN CUANTO SERÁ TARDE, TEMPRANO...!” Y Juanita que se levanta de un tiro: “tranquilo, mi amor, nadie está haciendo bulla. Es sólo esta ciudad maldita”. “Perdón, hermosa, –decía yo– eran sólo esos versos rarísimos de César Vallejo que me hacían llorar. Son sólo un poco de nervios”.

Me veo la piel y no sé qué es lo que me pasa. Me da miedo. Todo me da miedo. “Voy a escribir, mi amor, a ver si se me pasa eso. Voy a escribir poemas y esas cosas. ¿Será, mi amor, que hablar del miedo sería hablar de algo normal?, ¿de “las cosas normales”?”, ¿el miedo aplica como una “cosa normal”?”. “No”, me digo a mí mismo. El miedo no es

un objeto normal, no es como la cabaña. Voy a escribir, entonces, sobre agarrar este cuaderno y sentarse en el escritorio blanco y mirar por la ventana y ver y ver qué es lo que hay. Ya regué la voz de que ando buscando trabajo en Cali (mientras veo a ver cómo monto mi café), ya tengo fecha para entregar mi tesis de maestría (¡no más maestrías!) aquí en Bogotá Distrito Capital. Y el proyecto, ahora, es esperar, esperar a que a alguien le guste mi hoja de vida, esperar a que llegue la fecha para presentar mi tesis, esperar aquí, sin un peso, a que pase algo en esta vida. Salir, cuando ya se haga de día, a la droguería de la esquina, comprar un nuevo tarro de gotas de valeriana y comprar unas arepas para hacer en la casa.

Mientras espero, mientras veo qué hacer con mi vida, tomo valeriana, como arepas, abrazo a mi novia, lleno algún cuaderno de palabras estúpidas y releo (con felicidad y tristeza) la obra completa de Tolstói. Y todo el que lea esto que ahora escribo (mis hermanos, uno que otro loquito que va por ahí) me perdonará. Perdón, amigos, de verdad que sí, yo sólo escribo sobre leer y escribir porque mi vida se ha convertido solamente en esas dos cosas. Cosas (esas dos) que yo les he dado demasiada importancia porque me tranquilizan un poco, pero cosas (esas dos) que no tienen más importancia que las otras del mundo: ir a un burdel o salir con toda la familia a comer hamburguesas y papas fritas y Coca Cola Light... Ténganme paciencia, amigos, en algún momento va a arrancar de verdad esta historia. Prometo que en tres o cuatro páginas empiezo una novela de verdad.

Arranqué mi espera (esperar, esperar, esperar) con una dosis descomunal de valeriana, exageradamente grande para mi contextura física. Andaba, por esos días, tan dopado, tan envalerianado, que me era imposible seguir con el resto del plan. No podía cocinar las arepas, no podía escribir sin que la letra se chorreara de tal manera que era absolutamente imposible tratar de descifrar lo que había ahí adentro. De pronto, ¿quién sabe?, en esas letras indescifrables, repletas de nervios dormidos, estaba mi obra maestra. Leer, claro que sí, era lo más difícil de todo en ese estado. Tantas gotas de valeriana en tan poco tiempo me habían convertido en un bueno para nada, tan bueno para nada que no era bueno para ser bueno para nada. “Un fracaso a medias”, diría mi

amigo Viruta haciendo referencia a que él y yo somos tan fracasados que ni siquiera podemos fracasar del todo. Al final siempre sale algo que no nos deja ser del todo fracasados. No me podía mover, pero no estaba tranquilo en esa posición. Quería trabajar, vender algo, escribir algo, leer a Tolstói, lo que sea, pero mi cuerpo sólo funcionaba para ir por más y más valeriana.

Desde el fondo de la cama, con toda la obra de Tolstói regada por toda la cara, vi unos tenis Nike que me había regalado mi hermanito. Unos tenis negros, AIR, que me había comprado para salir a hacer deporte y sacar del cuerpo tanto nerviosismo acumulado. Decidí ponérmelos con una camiseta manga sisa y bajarle, así nomás, a la dosis de valeriana. Me baño, por fin, me pongo un bluyín negro que me habían traído de Barcelona, y, ya con mis tenis de hacer deporte bien puestos, saco, de nuevo, el cuaderno, vuelvo a él, a mi escritura que es tan mía, a mi vida de papel y tinta, preparo una arepa con mantequilla y empiezo a releer *Guerra y paz*, ese libro aquel que es el libro de los libros, la narración de las narraciones, y a esperar, como se debe, a que me pase la vida mientras alguien se digna y me llama y me dice que me va a dar algún trabajo en Cali o que quiere invertir algo de su cochina plata en mi café.

En las noches, después de comer arepa, tirarse en la cama con todos los nervios del mundo y buscar alguna película japonesa, algunos muñequitos de Hayao Miyazaky. Ayer estuvimos viendo *El viaje de Chihiro* y fue, de lejos, el mejor momento de todo el día: *Guerra y paz* y las arepas y mis “cosas normales” ya se me estaban saliendo por los poros de los ojos. 12:52 de ayer (o sea: de ese ayer no tan lejano): llamar a la tienda de la esquina, Capital Express, ya había terminado la película de Miyazaky, que a cuánto me dejaban un paquete de Pielroja. “No trabajo, mi señora, hace tantos meses. Déjemela en mil y yo le pago apenas consiga trabajo”, y llega el señor de la moto con los cigarrillos y nos quedamos hablando un buen rato. “Lleva, señor, mucho tiempo encerrado aquí”, me dice el hombre. “Sí, sí –le digo–. Es que ando medio enloquecido aquí en este apartamento”. “Ah, qué bueno, hombre”, y se va volado en la moto, el hombre.

1:05 de ayer (o sea: de hoy, o sea: de ese hoy no tan lejano): ya con los Pielroja, prender el agua para hacer el café y un poco de la música de Leonard Cohen que me gusta tanto porque es tan normal. “Mi amor, es la una de la mañana, no tomes café que se te va a explotar esa ansiedad tan tremenda”, la voz de Juanita en el fondo del apartamento. “Voy a tratar de escribir, mi amor, es que no te he contado pero es que tengo una idea tremenda. Una idea grande”. Y a preparar el café, a caminar por todo el apartamento, a pensar en esas nostalgias del colegio y en cuando dejábamos la huella de los zapatos marcada en el cemento. Siempre que voy a escribir pienso en mis días del colegio, siempre. Y cuando pienso en el colegio, siempre, la primera imagen que se me viene a la cabeza es esa huella que dejé marcada en el cemento del patio central del bachillerato. Veo ahí, en mi imagen mental, la suela de mi zapato de niño de trece años marcando, para siempre, el cemento duro de mi colegio. Y siempre que pienso en mi huella, que aún sigue en el colegio, pienso en esas huellas más fugaces que vamos dejando en la playa cuando vamos caminando, un poco borrachos, arrastrando una ramita que nos ha traído el mar. Y me quedo mirando por la ventana de mi apartamento y trato de ir más adentro de esa imagen. Y me quedo ahí, con el cuaderno abierto, con el esfero en la boca, escribiendo las cosas, pensando las cosas, escribiendo un libro que nombre las cosas:

LA HUELLA

La huella es un hueco en la playa.
Un hueco no muy hondo
que tiene la forma del pie
(el pie de un perro, de un grillo, de un pajarito).

Es gris, la huella.
Es gris cuando dejamos el signo
del hombre que va pasando;
el signo inmenso de jugar a dejar,

para siempre,
el zapato de uno en el cemento fresco.

Es una fábula, la huella.
Es una forma, una ortografía que vive
más tiempo y menos tiempo
que las frutas
rotas que va dejando la playa;
que las frutas que van quedando
aplastadas en el cemento que ya está seco
y que tiene, al lado izquierdo,
la marca un poco eterna de un zapato
que no nació para ser eterno.

Una huella en el centro –en todo el centro– del patio central de mi colegio. “...y nombraré las cosas”: veo los salones alrededor del patio central, enclaustrado todo, carcelario, veo la oficina de los profes, ese lugar oscuro que después, años después, iba a ser mi oficina, veo a los estudiantes pasando por ahí (yo, de estudiante, diciendo que qué horror terminar de profesor de este colegio), esos estudiantes de antes que después, años después, un poco diferentes en sus almas tecnológicas, iban a ser mis alumnos diciendo que qué horror terminar como yo. Veo la cancha de fútbol hermosa, el comedor, los salones de primaria, el “salón de actos”, ese lugar mal diseñado, destortalado, horroroso, donde ensayábamos teatro y donde dije, dijimos, que íbamos a ser actores profesionales, o escritores, o filósofos malditos con la gabardina y el cigarro en el centro de esta ciudad que no tenía ni actores ni escritores ni filósofos. La primera obra que montamos, éramos chiquitos todavía, casi niños, lo recuerdo hoy con tanta tristeza y con tantas ganas de estar tan tranquilo como estaba antes, fue *Muerte*, de Woody Allen (después nos enteramos que era cine lo que hacía el amigo Woody). El profe Luis Antonio nos había escogido para decir una o dos líneas: “No hay neutrales,

Kleiman”, era todo lo que yo decía. Y uno se sentía como si uno fuera Marcelo Mastroiani haciendo las cosas más tremendas de Fellini, o alguna cosa así que uno iba a ir descubriendo mucho después, cuando la vida se empezó a convertir en esta cosa tan nerviosa y tan alejada de la vida y de las vacas y de los árboles.

Mi amigo Lolo (que terminó, como todos, siendo un hombre de bien, trabajando en una oficina, administrando empresas) decía, también con orgullo y con ganas de ser poeta, una sola línea. Una línea, por supuesto, mucho más bonita que la mía, una línea de una poesía bellísima: “Aquí traigo una soga”, decía todo serio. Y todo era tan serio en el teatro, y nada, absolutamente nada, era tan serio en alguna otra parte. “...y nombraré las cosas”: las matemáticas, las patadas por todos lados, el amor, Danielita, los campamentos que hacíamos después del colegio, la pizza fría, la Coca-Cola caliente... Y sólo para mí, sin que nadie se enterara, los libros, los libros de la horrible biblioteca.

El que leía en mi colegio no podía ser parte de todo ese mundito lindo y salvaje que se estaba forjando ahí: las chicas lindas, el fútbol, las peleas, el odio a los profes y al estudio; pero yo, que ya hacía parte de todo ese mundito lindo y salvaje, tenía el secreto de los libros y, por bobo, por puro bobo, lo mantenía en secreto y en ese miedito de vivir. La profe Helena (“...y nombraré las cosas”), lo recuerdo muy bien, había visto en mí un poco ese gusto por todo eso que ella enseñaba y que sólo tres o cuatro muchachos con anteojos sabían apreciar: la Revolución Cubana, las guerras napoleónicas, la depresión de los 30s, y a mí se me iban brillando los ojitos con disimulo y me hacía el que no me importaba mucho la cosa, pero en el fondo del fondo del alma yo sabía que podía ser mejor que mis amigos en todo eso que enseñaba la profe. Yo que, en el fondo, me hacían sufrir un poco porque no era tan bueno para al fútbol ni para levantar hembras. En el patio central, en todo el centro, al lado de la huella que todavía no se ha esfumado, un día cualquiera llegó la profe Helena y me dijo que por favor la acompañara a la biblioteca, que tenía que decirme algo urgente. Y uno en las nubes de las nubes del colegio, pensando en que esa reunión con la profe podría ser porque el día anterior le habíamos bajado los pantalones a un montón de muchachitas antes de que

salieran las rutas. Seguro habían citado a mis papás. O seguro ya me había echado el año, seguro. ¿Por qué a la biblioteca?, ¿por qué no en la oficina de la profe (esa oficina que después, años después, iba a ser mi oficina)?... y demás preguntas de un adolescente que hoy parecen estúpidas, sin problemáticas reales, pero que, en ese momento, eran todos los problemas del mundo. Lolo, mi amigo, me dijo, años después, una cosa interesantísima para entender todo eso, me dijo que los problemas (citando a alguien, no sé) son como el aire. Es decir: ocupan todo el espacio posible. Para un niño, decía Lolo, es igual de fuerte y de nervioso que se le dañe su juguete a que a uno, hoy en día, le de alguna enfermedad grave o que lo echen del trabajo. Para el adolescente, para mí yo pasado, perder un año o que me den una semana de suspensión era un problema real, un problema con todos los matices y la complejidad que tienen los problemas y las lágrimas de hoy.

Llegando ya a la biblioteca, (la profe Helena adelante mío casi corriendo), a esa biblioteca que sigue, hoy, destartalada, con un montón de libros que han donado las amas de casa de la Comunidad Judía de Bogotá, nuestra comunidad, una comunidad que jamás ha leído un libro, que jamás ha visto en los libros algo lindo, algo importante (porque es que ¿cuánto dinero genera un libro?, ¿de qué le sirve a mi hijo leer?, ¿cómo se va a ver reflejado ese esfuerzo de leer?, ¿cuánto paga leer? Deme números, hábleme en billetes, profesor Graff). La profe Helena me agarra del brazo y me dice: “Siéntese acá”, y me sienta en una de esas mesas viejas de la biblioteca y se va a buscar yo no sé qué cosa. La ansiedad, que por esas épocas yo no conocía tanto, se había revelado un poco y yo sudaba porque estaba seguro de que me habían descubierto haciendo alguna cosa. Hace unos días me había estado besuqueando con Danielita por allá detrás de los laboratorios y yo no sé qué cosas más. Es ese miedito interno que va creciendo y que va ocurriendo como en los pulmones, es esa cosa horrible que uno todavía no la había llamado por su nombre.

La profe saca dos libros y me los tira en la mesa. Dos ediciones perratas, mal cuidadas, polvorrientas, como todos los libros de la biblioteca del colegio, rotas, magulladas. Y yo, con los nervios un poco más calmados, le echo un vistazo rápido a

esos dos libros: *El extranjero*, de Albert Camus, y *Lolita*, de Vladimir Nabokov. Mis ojitos bien piraña mirando a la profe y a los libros y a la profe y a los libros... “¿y ajá?, ¿qué tengo que ver yo con estos libros, Helena?”, le digo un poco altanero como yo era por esa época. Después, hoy, me convertí en una persona que entiende, que trata de entender todos los días, que es imposible ser mejor o peor que alguien, que en esta vida el único demonio está adentro de uno mismo. Hoy entiendo, trato de entender todos los días, que hay que tratar con respeto a todos los seres del mundo, porque cada uno, solito, está peleando su propia lucha contra sí mismo. “Mire, Óscar –me dijo Helena esa vez–, lo primero es que no le diga a nadie que yo le recomendé estos libros (sobre todo el de Nabokov). Lo segundo es que no le diga a nadie que yo le dije que los sacara de la Biblioteca sin registrarlos. Y lo tercero: métalos en su maleta ya mismo, lléveselos para la casa, léalos, tómese el tiempo que necesite, y me cuenta qué tal. Mire, Óscar –recuerdo a la perfección esas palabras hermosas de la profe Helena–, usted tiene todo lo que tiene un buen lector, un intelectual, un hombre que le podría hacer bien a la humanidad, casi un gran escritor, sólo le falta lo menos importante: leer y escribir. Lea esos dos libros con cuidado, con inteligencia, y me cuenta”.

Cuando uno empieza a leer, y el amor por el pasto y por las muchachas está tan lindo y tan adentro de uno, la cosa se hace lenta y tediosa. Uno agarra esos primeros libros (sobre todo cuando uno es un niño feliz) con una pereza impresionante, como si el libro lo fuera a matar a uno, y la cosa, esa cosa hermosa e inefable de lo hermoso e inefable de leer, va llegando poco a poco, y después no hay nadie en esta vida que lo saque a uno de ese mundo. Yo he gastado toda mi plata en libros, he gastado toda mi vida en libros, me he ganado mi sueldo en libros, he hecho todo, después de ese día, impulsado por esa cosa hermosa e inefable que tienen adentro esos objetos olorosos construidos por el arte del papel y la tinta impresa.

Todos los días, después de ese día, andaba con un librito bien escondido en el morral, y yo escondido, también, en los lugares más recónditos de ese colegio enorme, sin ir a las clases de ciencias ni de educación física, tratando de entender (¡imposible!) en qué momento me había leído esa cantidad descomunal de libros que había aprendido a robar

de la bibliotecucha del colegio. “¿Cómo es posible? –le decía yo a mi hermanito que era el único que sabía que ahora yo me la pasaba leyendo-, “¿Cómo es posible que la gente de esta comunidad no haya leído *El principito*? Por eso es que todos estos pelafustanes quieren pasarse la vida en un escritorio haciendo tablas de compras y de ventas”. Y ahí, justo ahí, arrancó todo este mamarracho de palabrería que sólo habla de este mamarracho de palabrería: el primer cuaderno, el primer poema, la primera pelea porque habían irrespetado a las mujeres, el descubrimiento, en fin, de que la vida no era, simplemente, partidos de fútbol con los mismos amigos de siempre. El descubrimiento, en fin, de que hay otra gente, otros mundos, otras cosas...

Ese poema, el primero (para Danielita, por supuesto), decía la palabra “aliento” y la palabra “gusano”. “Aliento” no sé de dónde la saqué, no lo recuerdo, pero “gusano”, estoy casi seguro, la había sacado de unas traducciones de la poesía completa de Dylan Thomas, un poeta que por esas épocas yo no entendía muy bien pero que me gustaba mucho, es decir: me gustaba mucho esa especie de droga de que algo es lindo y, seguramente, importante, pero nebuloso, difuso, impreciso. Era un horror ese primer poema mío, rimado, repleto de cosas exageradamente mías (no era menos malo o más malo de lo que hago hora), pero tenía ya la clave de todo lo que yo he escrito en mi vida. La clave, desocupado mansito que sigue leyendo esto, es así de simple: hay tres grandes temas en la vida, sólo tres. Por lo tanto, esos tres temas deben tratarse con mucho cuidado (lo menos posible) para que la cosa no quede tan pendeja como casi todo lo que la gente anda escribiendo. Lo tres temas son los siguientes: el tiempo, la muerte y el amor. Es decir: todo se reduce a un único tema: el tiempo. ¿Por qué? Muy fácil: porque la muerte es el único límite pensable de “lo temporal”. La muerte no es el límite de la existencia, pero sí es el límite del tiempo. Y el amor, por supuesto, es la conciencia del presente, que es, por supuesto, la única forma que se le puede dar al tiempo. Y en ese poema mío, en ese poema que decía “aliento” y “gusano” y que rimaba horriblemente, ya estaba, muy consciente, la decisión de hacer un poema de amor para Danielita, pero un poema de amor que no hablara del amor, ni del tiempo, ni de la muerte.

Recuerdo que Danielita lo leía y lo leía y no entendía nada de ese gusano ni de esas musarañas extrañas que iban saliendo por ahí. “Está lindo –decía– pero ¿qué dice?, no entiendo”. Y ahí estaba todo, todo, y ahí descubrí lo importante que era para mí el poder decir sin decir, el silencio, la imagen de la imagen, la metáfora alucinada, esa necesidad de escribir y escribir y escribir como un loco vagabundo... “Que escribir no es una necesidad”, dice Miguelito. “Que sí”, digo yo. “Que no”, dice Miguelito. “Que sí”, digo yo. “Que no”. “Que sí”. “Que no”. “Que sí”. “Que no”. “Que sí”. “Que no”. “Que sí”... y así *ad infinitum*. Y qué triste todo después (después, después, después, todo pasa después). Qué triste todo lo de Danielita, qué triste hoy mi relación con los libros míos y con los de los demás.

Terminando el colegio (fútbol, guitarra y poemas del aliento y el gusano), que qué íbamos a hacer con nuestras vidas, que qué iba a ser de la vida, de la vida de uno, y mi hermanito y yo (que siempre hemos sido de la misma edad y del mismo espíritu) que nos fuéramos a trabajar a un kibutz en Israel, que nos salía barato y todo eso y que después (después, después, después, todo pasa después) nos metiéramos a estudiar en la Universidad aquí en Colombia. Y así fue, y así va pasando todo, el tiempo, el tiempo, qué prohibido que es hablar del tiempo. Yo (yo,yo,yo) iba a entrar a Filosofía y mi hermanito a Negocios Internacionales. Y con mi actitud de poeta, que ya había aprendido muy bien en el colegio, le escribí una carta a Danielita diciéndole que el amor no existía, que qué cursilería todo eso de los amores del colegio, que yo (yo,yo,yo) me iba de aventura, que me iba al kibutz a buscar nuevos amores, que mandáramos todo para alguna mierda posible. Y ella, tristísima (todavía veo en mis sueños ese pelito un poco gris y esos pies perfectos y esos ojitos llenos de una de las tristezas más fuertes que yo he visto en mi vida), me decía que sí. Que como yo quiera. Que me largara para mi kibutz y mi mierda posible.

Era tan arrogante yo, tan pequeño del alma, que no entendía el peligro del amor, el peligro de rechazar la cursilería sincera, esa cursilería que veo ahora mismo en esa montaña gigante que ya se ve a lo lejos, despidiéndose de mí, diciéndome que hemos pasado un momento hermoso, que no me pierda, que vuelva, después de escribir mi

libro, a sus entrañas, a su frío, a sus vacas, a sus arbolitos... “y nombraré las cosas”: esa carta maldita que le escribí a Danielita, mi ortografía de escritor de pacotilla, ese primer intento (el kibutz) de vivir como un campesino, mi corazón roto que lo veo ahí, desangrado, muerto, destrozado, tirado en el fondo del fondo de ese maldito y maloliente kibutz.

Cuando llegamos al tal kibutz todo era vodka y playa y malos trabajos, aburridos (los trabajos) pero repletos de dicha y de vodka y de playa. Después, cuando el amor (¡inefable!) me rompió el alma, todo se fue convirtiendo en trabajos forzados en esa tal fábrica de plásticos, todo era vodka y vodka y vodka, y yo te llamaba desde allá, Danielita, ¿te acuerdas?, y tú que no, que te parecía patético cómo te estaba rogando, que me olvidara de todo, que sólo fue una cosa del colegio, que nunca me habías querido de verdad... Y yo convertido en una musaraña de lágrimas muy gigante, que yo te amaba, mi amor, preciosa, que yo te amaba mucho mucho, que perdón por esa carta, que perdón por creerme un poeta maldito y esas cosas absurdas que no tienen nada que ver con lo linda que eras, que eres. Y a los dos-tres meses ya estaba ella enamorada de uno de mis buenos amigos del colegio (un amigo al que yo había llamado para decirle que yo estaba muy enamorado de Danielita, que yo la amaba mucho, que le diga que le mando un beso en el corazón). Y ellos ya enamorados allá en Bogotá, dándose besos enfrente de todo el mundo (“Óscar, no me llames más. Disfruta tu kibutz. Yo estoy muy enamorada de él”), (“Óscar, mi amigo, perdón si le dolió todo esto, pero ¿qué hago?, yo la quiero a la chica, me gusta mucho, ¿qué hago, viejo?, ¿qué hago? No puedo hacer nada) y mi corazón de verdad, de verdad que muy muy roto, de verdad que muy muy roto.

Yo (yo,yo,yo) desangrándomele a mi hermanito en las horas libres que nos daban en esa fábrica de plásticos. Saliendo de esa fábrica horrible, con la cara toda llena de mugre y lágrima, llegaba donde mi hermanito y le decía que me ayudara, que ese libro de Platón (sólo leía, por esas épocas, a Platón. Todo, en el kibutz, era Platón) ya me parecía muy triste, demasiado triste, que ya no quería estudiar ni trabajar ni nada, que esa muchachita me había destrozado por dentro, que quería tener hijos con ella, irme a vivir

con ella a donde ella quiera y trabajar en lo que sea sólo para ella, que por favor me ayudara, que ya no quería ser poeta. Que qué tristes que eran las cartas de amor. Y mi hermanito, de verme tanto tiempo tan mal, me dijo que lo esperara ahí quieto. Que no me moviera. Que ya venía...y la fogata de la noche anterior todavía con algunos carboncitos medio prendidos y yo pateándolos despacito con las botas magulladas que me habían dado para trabajar en esa fábrica inmunda. Mi hermanito llegó con un morral repleto de botellas de vodka, 10:00am, y que “camine para la playa y lloramos juntos por ese amor asqueroso”. Y nos fuimos para la playa a llorar por ese amor asqueroso, y, por supuesto, lloramos por ese amor asqueroso y por ese amigo nuestro que se había robado para siempre al amor de mi vida.

Demasiados años después, como diez años después, cuando ya no pude evitar la obligación de ir a un psiquiatra, a un psicoanalista-psiquiatra, le pregunté al doctor Antonio que por qué mi corazón seguía soñando, todas las semanas de mi vida, con Danielita. Y era cierto (y es cierto): todas las semanas sueño con ella y con su pelito y con sus pies hermosos y con ese kibutz lleno de sangre mía por todos lados. “Es una herida que no has dejado sanar, Óscar –decía el psiquiatra–. Eso que me cuentas del kibutz y de tu famosa carta de desamor es la metáfora de tu vida. Son todos los ciclos que no has sabido cerrar. Es por eso que esa imagen no te deja dormir y se te aparece con tanta frecuencia. Estás acostumbrado a dejar las cosas a medias, a no cerrar los ciclos y a tratarte mal a ti mismo, a todo lo que haces, por no cerrar esos ciclos. Escúchame bien, querido Óscar –seguía el sabio doctor Antonio–, la tal Danielita, en tus sueños, no es esa muchacha de dieciséis años que habías amado en el colegio. Es, querido, una advertencia de que tienes que escucharte bien a ti mismo. Tu cerebro (o corazón, como tú lo llamas) te está diciendo que tienes que trabajar todos los días por hacer bien las cosas, por cerrar las etapas, por terminar lo que empezaste. Piénsalo bien: tu relación con Danielita nunca terminó, quedó en el aire: tú te fuiste para Israel en el mejor momento de la relación, creyendo que ibas a encontrar cosas nuevas que te hicieran olvidar del pasado, pero nunca dejaste que el amor siguiera su rumbo, su ciclo natural. ¿Por qué terminaron su noviazgo si estabas tan feliz con ella? Porque tienes esa mañana tuya de no querer cerrar los ciclos. Piénsalo bien: tu primer libro, que a mí no me

molestó tanto como tú dices que le molesta a todo el mundo, es la idea de escribir un libro inacabado, sin correcciones. Es una idea bella, pero, lastimosamente, no te hace bien a ti. Es esa idea de que no puedes hacer bien las cosas, de que no puedes terminarlas. Mira el título de tu libro: “Disparate de reflexiones incomprensibles”, sólo con el título me estás diciendo dos cosas (las dos cosas por las que sueñas todas las semanas con Danielita). La primera cosa: “Disparate”: algo a medias, mediocre, mal hecho, un mamarracho. Quieres que te digan que no haces bien lo que haces. Te recriminas por tus decisiones y por eso no las terminas: la carta, el kibutz, la elección de tu carrera, la dificultad de conseguir el dinero como escritor. La segunda cosa: “reflexiones incomprensibles”: empiezo algo que sé que no voy a cerrar. Reflexiono, pero no sirve para nada, es incomprensible. Todo lo que usted va a leer (le estás diciendo a tu lector) es algo a medias, inacabado, abierto, imposible... ¿Entiendes, querido? Eso es lo que te duele. Tienes que aprender a terminar las cosas, a estar seguro con tus decisiones. Tú eres un muchacho brillante, Óscar, termina el guion que estabas escribiendo y mándalo a un concurso, termina tu maestría de una vez por todas, consigue un trabajo y hazlo bien, termina tu dieta, termina tu ejercicio, ama bien a tu novia, paga las cuentas del apartamento sin dividirlas por fechas, págalas todas de una vez. Termina las cosas, cierra los ciclos”.

“Es cierto, doctor Antonio. Todo lo que usted dice es muy sabio, pero, para mí, todo es tan literal y tan raro. A mí me duele mucho el amor, me rompe las tripas, para mí toda mi vida ha pasado tan rápido y de una forma tan extraña. Como en las nubes del mundo, como si me quisiera ir a esa montaña que rodea Bogotá y pasear por ahí sin pensar en trabajar y en pagar esas cuentas y sin pensar en esa maestría maldita y en esas cosas. Ya no quiero tratar de ser un adulto, ya no quiero escribir... Me dan ganas de cerrar de verdad este ciclo. De cerrarlo de verdad verdad”. Y el doctor Antonio, sonriente, me pregunta: “¿Qué estás haciendo ahora, Óscar?”. Y yo, como siempre, con la cabecita bien cargada, que “estoy mal, doctor, acabo de renunciar a mi colegio, donde estaba enseñando eso de lenguaje y esas cosas, y me quiero ir a vivir a Cali pero nadie me da trabajo y no tengo plata para montar mi café... No tengo un peso en donde caerme muerto (¡sí se dice así, doctor?). Estoy viviendo con mi novia, acabamos de

enterarnos de que perdimos el bebé, doctor, de verdad me siento muy mal. Siento miedo de que me va a dar alguna enfermedad. Todo me da nervios, pánico”... “¿Y seguiste escribiendo, querido?- dice el doctor”...

“Sí, Antonio, a mí me toca escribir. Eso es lo que hace mi cuerpo, a eso se dedica, eso es lo que yo hago con mi vida de perdedor. Estoy, doctor, con un nuevo proyecto, etc., etc., etc.”... Y llegar a la casa con la cabeza más confundida que nunca, y, como siempre, no poder dormir. Esta vez por estar pensando en que el doctor Antonio tenía razón, pero que, de pronto, ese psicoanálisis literario no funcionaba tanto porque esos disparates míos eran sólo un jueguito con el lector, un artificio, una fábula, pero sí es verdad, en el fondo, lo que decía ese psiquiatra maldito, pero no es verdad porque es sólo mala literatura, pero sí es verdad, no es verdad, sí es verdad, y levantarse en la madrugada y tratar de escribir como lo había hecho antes, mirando por la ventana a ver qué imagen de las cosas normales podía salir en ese estado extraño de sueño y vigilia y sueño y vigilia y sueño y vigilia. Pero no siempre podemos recordar, no siempre se nos vienen esas imágenes fuertes del pasado. Entonces, mirando por la venta, veo que todo está tan solo, tan callado, que sólo veo la ventana misma. Y recuerdo que Miguelito, cuando íbamos a su casa que quedaba al lado de la Universidad, me decía que no había mejor sensación que mirar y mirar por la ventana, callada la ventana, sola, sin tratar de descubrir la vida y el infinito, sólo mirar y mirar por horas. Qué cosa tan normal, la ventana. Qué cosa más hermosa. Y abrir el cuaderno (que ya no es este cuaderno) y quedarse ahí, mirando por la ventana, diciendo la ventana, escribiendo un libro que nombre las cosas:

LA VENTANA

Desde la ventana del 302
se ven las 5:42 AM
y una moto, sola, que pasa.

Las lucecitas de los postes de luz
que ya se están apagando
y un viento demasiado frío
que también pasa
y también está solo,
acompañado por un pájaro un poco color café.

Es linda, la ventana.

Es el libro más grande del mundo.

Es el ojo más grande del mundo
y uno puede, si quiere, hacer café fresco
y destapar un paquete de cigarrillos
y quedarse ahí, por horas, mirando
las cosas que no pasan y no pasan:
no pasan las busetas públicas
ni la gente tirando harina porque ganó el equipo de fútbol;
no pasa la policía
y no pasa el señor que vende tamales a 4.000.

Toda esa noche sin dormir, mirando por la ventana como me había enseñado Miguel, y quedarse todo el día y toda la tarde releyendo los *Relatos completos* de Tolstói... Y uno (sin camiseta, con esos calzoncillos que tienen estampada la cara de Bob Dylan, esos calzoncillos hermosos que me había traído mi hermanito de Costa Rica) por todo el apartamento gritando como un loco: “*¿CUÁNTA TIERRA NECESITA UN HOMBRE?, DIME, MI AMOR. DÍGAME, SEÑOR QUE VA PASANDO POR AHÍ, ¿CUÁNTA, CUÁNTA, CUÁNTA TIERRA NECESITA UN HIJUEPUTA HOMBRE?*” Y salir, en la noche, de nuestro apartamento a comer comida de *shabat* con mis papás. “Hoy es viernes, Óscar, despierta, despierta, nadie necesita tierra, es sólo un cuento del siglo XIX, ya la tierra no existe, ya nadie necesita tierra”, me decía Juanita. Juanita, por supuesto, siempre está invitada a *shabat*. Siempre va a estar

invitada. “Hay que llevar algo, mi amor, qué pena llegar así sin nada”, decía Juanita sabiendo que ya venía mi discurso sobre esas costumbres burguesas horrorosas de llevar regalos a las casas. “Sí, sí, llevemos cualquier cosita”, decía yo para no pelear por esas bobadas que ya no tienen sentido en el siglo XXI. Eso de los burgueses y esas cosas ya se acabaron. “...y nombraré la cosas”: “llevemos unos tomates secos, mi amor, un pan *jalá* de esos para *shabat*, unos encurtidos de espárrago...” Y yo con mi bluyín magullado, mi saquito de lana vinotinto, mi chaqueta un poco de yin un poco de cuero un poco de lino, magullada también, toda la ropa destortalada.

Llegar, como todos los viernes, a la comida de *shabat* y darle a Mamá la *jalá* y los espárragos y los tomates secos y saludar a las tías y pedir, ahí mismo, un wisqui con soda para liberar toda esa ansiedad social tan horrible que me agarra a mí en cualquier reunión social, ya sea con mi familia o sin ella, de pocas o de muchas personas, la reunión. Cualquier reunión social me da muchísimos nervios, por eso he aprendido últimamente que lo primero que hay que hacer (incluso antes de entregar la *jalá* y los tomates secos) es pedir urgentemente un trago y tratar de terminármelo antes de que le empiecen a preguntar a uno sobre la vida, sobre el trabajo tan bonito que estás haciendo con los muchachos del colegio... Así, cuando empieza la preguntadera tan nerviosa, ya uno tiene el segundo wisqui en la mano y todo empieza a adquirir un tono menos dramático. Y uno se disculpa y sale con Papá a prender uno de esos Pielroja que el viejo tanto ama y que yo, por supuesto, tanto amo. Y uno se da cuenta desde la ventana del patio (¡No, ¿por qué?!?) que está aquel amigo de la familia que dice ser un científico, un físico cuántico o alguna de esas cosas todas cuánticas. Y empieza a conversar este hombre y siente, él siente, en su cerebro cuántico, que a todo el mundo le importa que él sea un físico cuántico. Y yo, en mi wisqui un poco lejano y en mis cigarrillos Pielroja, veo que Juanita y que mis hermanitos y que Samuel, que estaba ahí ese día (como casi todos los *shabats*), no sentían tanta rabia como yo por ver a aquel señor tan cuántico. Mi rabia, que nunca la expreso en voz alta porque yo respeto a todas las personas del mundo, radica en que no hay nada más alejado de “las cosas que valen la pena en esta vida” que un científico que crea que en la ciencia puede encontrar los secretos de la vida.

No hay nada más bobo en esta vida, para mí, que creer que el método inductivo, que la búsqueda empírica, puede decir algo que valga la pena sobre las cosas que valen la pena. Además, señor científico, a nosotros, aquí en familia, no nos interesan sus logros sobre las últimas máquinas que ha desarrollado su laboratorio. Mi hermanito no llega aquí a contar que su empresa logró persuadir a las más grandes multinacionales para que invirtieran en su novedosa fórmula de mercadeo digital. Samuel no viene aquí a decir que le salvó la vida a una muchachita que llegó apuñalada al hospital. Mi hermanito menor no viene aquí a decir que se ganó el concurso del mejor proyecto de urbanismo a nivel universitario. Yo no ando contándole a la gente de mi familia, que quiere descansar un viernes por la noche, que estoy desarrollando un programa para la promoción de la lectura y la escritura en los colegios del país. Nadie está hablando de su propia inteligencia, nadie está hablando de sus propios logros. A nadie le interesan esas cosas, señor científico, a nadie le interesa saber que usted es la persona más inteligente de Colombia. Además, señor cuántico, ¿acaso usted, con toda su ciencia, me podría decir algo sobre el tiempo (sobre el tiempo existencial)?, ¿o sobre la muerte?, ¿o sobre el amor, acaso? No puede, señor científico. Usted no sabe nada de vivir ni de morir, puede hacer miles de máquinas y de conferencias, pero no sabe nada del secreto de los árboles y el frío.

Estamos aquí, señor cuántico, en familia, sólo nos interesa saber cómo están todos, saber en qué andan mis hermanitos: que uno, el menor, está terminando arquitectura y que no ha conseguido novia porque lo tiene sin cuidado eso de las novias serias y esas cosas, que mi otro hermano, que siempre ha sido de mi misma edad y de mi mismo espíritu, ya está comprometido con una chica hermosa y que se aman hasta el infinito. Que se van a casar aquí en Colombia pero que prefieren la vida de Costa Rica. Que mucho atracador por aquí en Bogotá, que ese alcalde Petro, por el que votamos mis hermanitos y yo, tiene destruido lo poquito que quedaba de este hueco tan horrible. Que Papá se ha sentido mejor desde que comenzó la diálisis, que ha sido duro para todos (sobre todo para Mamá) el proceso ese con los riñones del viejo, pero que las cosas, poco a poco, van mejorando. Que Mamá ya vendió dos cuadros de esos nuevos que está

haciendo, que disfruta mucho haciendo ese arte tan raro y tan lindo, que el acrílico está caro, que el lienzo no ha subido ni bajado de precio, que el dólar (“... y nombraré la cosas”) ya está en 3.000 pesos. Que Maduro, el presidente de Venezuela, está deportando colombianos como un loco desquiciado, que Chávez era mucho más presidente que Maduro, que el América de Cali sigue en La “B”, que eso de la “B” es un negocio tremendo, que de ahí no los saca nadie, que ni ellos mismos quieren subir a la “A”, que si se vieron las tres nuevas películas colombianas, que por fin el cine colombiano está haciendo cosas hermosas, que no, hermanito, que está loco, que de qué habla, que el cine colombiano ha tenido cosas muy buenas, que qué tal lo de Aljure, lo de Victor Gaviria, lo de Luis Ospina, que si acaso no existieron todos esos manes del grupo de Cali y todo ese cuento. Pero es que mi hermano, decía el otro, lo de *La tierra y la sombra*, y lo de *El abrazo de la serpiente*, y lo de *Gente de bien*, ¿me entiende?, eso es otra cosa, esas son películas de mucho nivel, mi hermano, eso de Victor Gaviria come chitos al lado de estos pelados nuevos que están haciendo cine ahora...

...y así es que se pasa la noche del *shabat*, amigo científico, no diciendo que yo me inventé una máquina que no sé qué, que a eso de la diálisis no se le puede llamar tecnología, que se los digo yo que fui profesor de no sé qué, que lo del dólar es culpa de los árabes porque yo los conozco bien a esos desgraciados, que el cine en Colombia ha sido siempre malo porque yo inventé un cálculo que puede determinar las partículas intrínsecas del valor estético, que a mí me invitaron, con unos colegas, claro, a que arreglara este país en un evento de Colciencias, y que la ministra nos hizo esperar a nosotros (¡los más grandes científicos de América!) porque tenía disque mucho trabajo, la ministrica... ¡No, no, no!, señor cuántico, así no se pasa una noche de *shabat*. Si hay algo peor en esta vida que la gente demasiado inteligente es la gente que se cree demasiado inteligente.

Ay, esa gente que cree que a todo el mundo le importa su biografía. Es por eso, por eso mismo, que a mí me da tanta vergüenza estar escribiendo esto y no poderme salir del “yo” (¡me es imposible, lo juro!, y no entiendo –lo haría si lo entendiera– cómo hay escritores que pueden hacer una novela desde la voz omnisciente. No lo entiendo, de

verdad, pero me gustaría. Me gustaría poder contar una historia como lo hacía Tolstói, una historia absoluta donde no se sienta la voz del escritor. Pero no puedo, amigos, no puedo). Es por eso mismo, también, por esa vergüenza que siento hablando de mí, que no pretendo que a nadie le interese mi biografía. Por eso, desde que comencé a escribir, he tomado dos decisiones que me han permitido seguir escribiendo como un desquiciado: la primera es escribir, desde ese ineludible yo, por supuesto, pero sin darme demasiada importancia. Cosa que no logro mucho pero que trato y trato y trato. Es por pura falta de talento que no logro aparecer como un “yo” sutil, delicado, sin tanta voz. Y la segunda decisión es jamás tratar de convencer a alguien de que lea o de que compre lo que yo escribo. Jamás creer que puede ser interesante para el otro saber sobre mí... Y así voy viviendo: jamás hablar de mi propia literatura en una mesa de *shabat*, jamás hablar de mis propios proyectos, jamás, en mis proyectos, hacerle creer a la gente que tienen algo de importancia. Escuchar, siempre, al otro, hablar de chicas, de fútbol, de la carne que siempre se debe comer en término medio (1/2), que uno no puede ser tan atarbán en esta vida de pedir una carne bien asada.

Y sólo a Samuel, a Miguelito, a mis buenos amigos, a mis hermanitos, les puedo mencionar que estoy feliz porque me está saliendo un nuevo libro que voy a titular *Cosas normales*. Y siempre es algo normal dentro de una conversación de amigos: “Marica –dice Samuel – eres un tesón, mi hermano. Te felicito. Ojalá te salga rápido para poder leerlo”. Y yo, desde el fondo de mi corazón podrido, que ya se había desangrado hace muchos años en el kibutz, le digo que “tesón”, más bien, lo de Shakespeare, lo de Pessoa, lo de Tolstói, que *Guerra y paz* sí es un libro, que lo mío es un cuaderno repleto de errores infantiles que, si Dios quiere, a algún bacán le dará por pasar eso a hojas de libro... Y Samuel se ríe y comienza a hablar de que hoy lo echaron del trabajo:

- ¿Por qué, mi hermano, qué pasó?- , le pregunto.
- Que yo era un mal negocio para la clínica esa. Que, por tratar de salvarle la vida a mis pacientes, los estaba remitiendo mucho a otros hospitales. Que la clínica esa necesitaba a esos pacientes ahí, porque, claro, si yo los remitía

dejaban de pagar el arriendo del cuarto. Una cosa horrible, hermano, de verdad.

- Qué país de la mierda este, hermano.
- Por eso, mi hermanito, hay que coger los chiros de uno y abrirse de este hueco tan hijueputa. Ya esto no lo salvas ni tú ni yo ni nadie.
- Vente para mi apartamentico que estoy aquí con la chica y nos tomamos unas cervezas y media de guaro, mi pez. ¡Bienvenido al desempleo, parcerito!

Y esperar a mi amiguito Samuel y pedir traguito con lo poco que queda de la liquidación del colegio. Y charlar y charlar y charlar hasta algún infinito que pueda explicar, al menos un poquito, por qué la vida ha cambiado tanto, ¿por qué las cosas no son como cuando nos fuimos a Melgar a buscar obreros para armar nuestra revolución socialista? “Josep Pla –le decía yo a Samuel en esa borracherita tranquila–, el viejito escritor Catalán, hay que leerlo, mi hermano. El viejito explica todo eso de una forma muy linda, muy normal... <<La vida sube y baja, la vida, la vida, la vida, la vida sube y baja>>, algo así decía el lindísimo viejito Pla”. Y seguir hablando de las cosas normales, hablando del matrimonio de mi hermanito lindo y de que cómo nos íbamos a vestir ese día... “Samue –decía yo–, de verdad, Juanita (que anda leyendo y leyendo con los ojitos llenos de lágrimas la poesía de Alejandra Pizarnik) de verdad que hace una ropa para hombre muy del putas, Samue, de verdad. Yo ya le dije que me hiciera unos pantalones como los que hace Yohji Yamamoto, ese diseñador japonés que te lo juro que es el mejor diseñador del mundo. Pero no sé. Siento que, de pronto, esa ropa no pega tanto. De pronto muy sofisticada la cosa. De pronto un pantalón como de dril fuerte, color tipo café claro, tipo beige oscuro, y camisa manga larga azul y tirantas azules y mis botas negras que esas sí no me las bajo ni a bala, mi hermano”...y así pasa y pasa la vida, así pasa la geometría del amor, de la nube, del amor absoluto de un amigo y un amigo que hablan, que charlan, que se quedan callados viendo pasar a la geometría del amor, a la nube que pasa y que pasa...

En la mañana, ya Samuel se fue, levantarse a preparar una arepita con queso, a recoger las latas de cerveza y la media de aguardiente que quedó por ahí, a hacer una jarra gigante de café. Sin trabajo, sin ilusiones de que me den un trabajo y Juanita, que tiene una reunión con una clienta a las dos de la tarde, que qué voy a hacer hoy. “No, muñeca, lo mismo, seguir aquí, mandar hojas de vida, tratar de leer todos esos libros de Tolstói”. Y darle a ese café negro, turco, y fumar cigarrillos Pielroja como si no hubiera un mañana. “Hola, cuaderno viejo que ahora eres este cuaderno nuevo, *Caliber*, que estoy llenando y llenando de este vocabulario tan intelectual para estar tirado en el andén de un centro comercial, todo mugriento, lleno de matas. Hola, cuaderno viejo, me acuerdo de ti, pero te ha cambiado por uno un poco más grande, un poco más gringo, un poco más para lo que necesito hoy”. Voy a tratar (te hablo a ti, cuaderno nuevo) de escribir sin hablar del tiempo, ¿pero qué es escribir si no es, precisamente, hablar del tiempo? Y es tan triste ir recordando todo esto, (¡Oh, tiempo!), y escribir es recordar y es tan triste. Es tan triste ver la imagen de mí mismo llegando del kibutz y saludando a mis amigos del colegio que ya habían entrado a la Universidad. Mi cuerpo completamente derrotado, pesaba diez kilos más que antes de irme, y ponerme a hacer las vueltas para entrar a filosofía y los ojitos desangrados buscando a Danielita en cualquier reunión, en cualquier salida a bailar salsa. Y yo ahí, en plena discoteca, cuando la vi por primera vez después de ese viaje maldito. Yo ahí, la imagen lejana de yo-ahí, viéndola, hermosa, de la mano de mi amigo, bailando, dándose besos con lengua y besos y besos y un poco ella con esa cara de pesar hacia mí, como diciendo: “pobrecito este man. Se debería devolver al kibutz a conseguir novia”. Y yo ahí, tratando de hablar con otras muchachas para disimular mi dolor de cuerpo, de tripas, de pulmones, y las muchachas que quién es este man, que nada que ver este gordito ahí cayéndole a todo el mundo. Y mi pelo, como siempre, lleno de mugre, de la imagen lejana del mugre que se caía por toda la discoteca.

Los amigos que ya habían empezado a estudiar en la Universidad ya nos miraban a mí y a mi hermanito como diciendo: “Pobrecito ese Óscar la que le hicieron estos manes. Qué mamera estos manes aquí. Qué incómoda esta vaina”. Y mi hermanito, que

siempre me cuida y me protege, que nos larguemos ya de ahí, que en la U íbamos a conocer gente más chévere, que hembras es lo que hay en este mundo. Y mi hermanito, que siempre está rodeado de muchachas y de amigos, que es un gran tipo, que es brillante y hermoso físicamente, que todo el mundo lo ama pero que sólo yo conozco todo ese universo de bien, de El Bien, que lleva por dentro, me dijo algo que ahora parece irrelevante, pero que en ese momento sonó como lo más parecido a alguna felicidad posible, como a una luz allá que se ve, derretida, hermosa, a lo lejos. Me dijo: “Mire, güevon, ¡Salud! Tomémonos este último guaro de esta rumba tan güevona, tan triste, tan triste como ella sola, y vámonos para la casa de Samuel a seguirla allá. Se lo juro, mi hermano, que no se ponga triste. Usted es la mejor persona que yo conozco, usted es mi persona favorita del mundo. No se ponga triste que esta gente es muy boba y muy fea, es una gente horrible. Pero no me refiero a su alma y a esas cosas, es una gente horrible físicamente. Son feos. Feos y bobos... Camine, tómese el guaro”... Y el último guaro de la noche ocurrió lejos de ahí, en la casa de Samuel, cantando Diomedes Díaz a todo volumen, cagados de la risa, hablando de esas hembras que mi hermanito había dejado con ganas allá en la disco.

Más café, otro americano de esos de centro comercial, qué frío y qué mugre, más café, más recuerdos, más y más miedo al tiempo, más y más y más miedo al tiempo del tiempo, a ese tiempo que solo entiende el tiempo mismo. Con cuidado, amigo, que es peligroso hablar del tiempo. Había tanto nerviosismo en mí (esa mañana que me dejaron recogiendo cervezas en el apartamento), tanto nerviosismo, que me dieron ganas de sacar y de ver mis *tefilím*, esas pequeñas cajitas de cuero, con los escritos sagrados adentro, que me aprendí a poner a los trece años y que en ese momento lejano me hacían tanto bien, me daban tanta tranquilidad. Los rabinos decían que la fuerza de ponerse los *tefilím* (que se rodean por el brazo y que apuntan al corazón y a la cabeza, a mi corazón roto y a mi cabeza cansada) estaba en el ponerse-los-*tefilím*. Los *tefilím* son “ponerse los *tefilím*”. No se entienden sin el acto. Los *tefilím* se entienden poniéndoselos, usándolos, rezando con ellos, cantando con ellos; no racionalizándolos, no comprendiéndolos teóricamente. Y eso es muy bonito, mi hermano lindo que te hablo desde mi cuaderno, eso es muy bonito porque así es como yo veo el arte de leer y

de escribir poemas. El poema se capta en el instante en que se lee. En el micro instante, casi imposible, en que el poema se revela sin cerebros, sin ciencias, sin razón. El rabino Heschel hablaba muy bien de todo esto: decía que el judío, el creyente, reza no para pedir, sino, más bien, para rezar. Si se sabe que la vida no es fácil, que nunca va a ser fácil, no tendría sentido pedir, pues sabemos que siempre van a haber dificultades tremendas. El rezo es el rezo mismo, la necesidad de cantar, el canto mismo. Qué lindo todo eso. Entonces yo, mi imagen ya lejana y gaseosa, solito en el apartamento. Las bolsas repletas de cervezas, el piso repleto de aguardiente y mi yo-ahí, poniéndose muy seriamente los *tefilím* que no usaba hace años. Yo, solo, nervioso, con mi *talit* y mis *tefilím* bien puestos para rezarle a Dios que me dé tranquilidad en esta vida. ¿Qué son estas angustias y estas nostalgias tan fuertes, Diosito?: “*Shemá Israel Ad-ai eloheinu, Ad-ai ejad*” y arranca el rezo, el rezo por el rezo... No te pido nada, sólo quiero rezar por rezar: “Oye Israel, Dios es nuestro Dios, Dios es uno”. Y así va pasando la vida del mal escritor...

Y el corazón comienza a sanar un poco, y el miedo, después de rezar un poco, se hace un poco más chiquito. Mis miedos no son nada en comparación a ese infinito tan grande y tan secreto que hace que la vida sea vida. Llegan, directo a mi corazón que no cierra los ciclos, aquellos versos que alguna vez sonaban mucho en mi cabeza, la voz de Allen Ginsberg: “Todo es santo, todo es santo...: *Holy! Holy! Holy! Holy! Holy! Holy!* *Holy! Holy! The world is holy! The soul is holy! The skin is holy! The nose is holy! The tongue and cock and hand and asshole holy! Everything is holy! everybody's holy! everywhere is holy! everyday is in eternity! Everyman's an angel!*”... Qué lindo todo esto. Qué lindo todo lo que pasa por la ventana. ¿Por qué hablar del sufrimiento animal, del matrimonio homosexual, del amor, de la nostalgia, si todo (este esfero, este cuaderno, esta taza de café), si absolutamente todo es santo?, ¿para qué hablar de la injusticia en el mundo?, ¿para qué hablar de los grandes problemas de la vida? Todo, absolutamente todo, es santo. Santo, santo, santo... Mejor hablar de que ayer comimos un poco de atún, un poco de galletas con queso crema. ¿Por qué no recordarme a mí mismo esas pequeñas cosas normales que me hacen feliz? Que anteayer, por ejemplo, después de que muchos intelectuales habían

denigrado mi libro (“¡in-pu-bli-ca-ble!”, decían), un buen profe de la maestría, un hombre que respeto muchísimo y que sabe de poesía como nadie en este país, me felicitó (el primero que lo hace) por mi primer libro. Por ese libro que no cierra los ciclos. Me dijo cosas lindas sobre mi escritura (“*everybody's holy!*”), me dijo que me había mencionado en el Congreso Nacional de Literatura diciendo que este muchacho tiene una buena voz. Que hay que leerlo. Y yo, que siempre digo que no me importa lo que piensen de mis libros, no pude disimular que el profe me hizo sentir muy halagado y muy feliz (“*The tongue and cock and hand and asshole holy*”).

“Gracias de verdad, profe, usted es el primero que dice cosas bonitas sobre mi libro. Gracias de verdad”. “No, Óscar. No haga caso. Usted es un buen poeta. Hay que leerlo aquí y por fuera. A este país le hacen falta esas voces tan fuertes”. Qué lindo que fue haber escuchado eso. Ni mis mejores amigos me habían dicho cosas lindas sobre mi escritura. Y seguir con más entusiasmo aquel proyecto de tomar valeriana y releer la obra completa de Tolstói y llenar y llenar de palabras cualquier papel que vea por ahí. “Muñeca, me voy a un café a escribir, como antes, como cuando creía que estaba haciendo algo importante”. “Dale, mi amor, pero ya se nos está acabando la plata... ¿qué es eso que estás escribiendo?, pareces un desquiciado con ese cuaderno para arriba y para abajo.”... “Imagínate un libro, mi amor, que hable de todas las cosas. Que un pequeño escritor te empiece a decir: <<aquí estoy yo escribiendo, y en mi mano está el esfero y enfrente mío está el escritorio blanco que nos regaló Mónica, y el escritorio es lindo porque apoya todos los cuadernos que me hacen escribir como un desquiciado, y hay unos cigarrillos Pielroja en el escritorio lindo, y hay una taza de café y ahí nomás, enfrente, están mis libros que tanto quiero: ahí está todo lo de Nietzsche, lo de Kant, lo de Hegel, lo de Shakespeare, lo de Pessoa, y ahí está mi camita, y en la camita el libro de Lezama Lima y en el televisor, en frente de la camita, una película de Hayao Miyazaki>>... Y así, mi amor, es un libro, como todo lo que yo escribo, que hable sobre escribir, pero no tanto sobre mí y sobre mi escritura, sino sobre todas las cosas vistas por mí. Yo creo que es un cuento, mi amor, una novela, un relato, pero no sé, no sé, simplemente estoy escribiendo y escribiendo, escribiendo un libro que nombre las cosas: mi cuarto, la casa de mis papás, el colegio, este apartamento, el pasto, la flor del

jardín de Mamá... Antes de que tú conocieras el jardín, mi amor, por ejemplo, todo era igual de lindo, igual de cuidado, de limpio, y Mamá decía que lo más bonito de todo era una rosa rosada que se levantaba, de la nada, en la mitad de un montón de plantas verdes. Todos estaban de acuerdo que eso era lo más lindo del jardín, excepto yo. A mí las flores me parecen cosas muy cursis, muy feas, a mí me gusta más la mata verde, el arbolito, el gusano, la tierra del jardín de Mamá. Y así voy, muñeca, escribiendo un libro sobre todas esas cosas, sobre mi vida y sobre las cosas de mi vida. Estoy escribiendo un libro que nombre las cosas”:

LA FLOR

El jardín es una cosa muy importante.
Pero la flor, así la palabra “flor”,
es la cosa con menos significado del mundo.
Es por eso, por el vacío de la palabra “flor”,
que hay tan malos poetas en Colombia.
Pero eso sí: el jardín, como jardín,
es una cosa muy importante,
una de las cosas más importantes de todo el mundo.

Es rosada, la flor. Pequeña.
Un poco sola
y está al lado de una mata linda
que parece tan redonda tan redonda.
Es verde, la mata de al lado de la flor,
y la flor no es para nada bonita
pero tiene algo muy importante, la flor,
y es que hace parte del jardín

que tanto hemos construido en el patio de la casa...

Es la flor (una de las flores) del jardín de Mamá.

Los tiempos, siempre, son un poco extraños. No se puede hablar del pasado sin mezclarlo un poco con el presente y el futuro. La vida no pasa ordenadamente. Una narración bien escrita es un artificio, una fábula, una ortografía, un símbolo. El tiempo en el que uno existe (trata de existir) es un poco más extraño, un poco más complejo, no es como nos lo enseñaron en el colegio. No es una “línea del tiempo” donde al lado izquierdo está la pintura rupestre y al lado derecho las cajas Brillo de Andy Warhol. Es extraño. Extrañísimo. Han pasado años (ya) desde que me gradué de la Universidad, desde que Papá nos invitó a comer sushi para felicitarme por mi grado. Hacía uno o dos meses habían terminado mis amores (“cierra los ciclos, querido”) con un amor lindo que tuve, Cloé (se llamaba, se llama), como la de los poemas de Pessoa (siempre he estado enamorado de la Cloé de los poemas de Pessoa y siempre que leo esos poemas se me aparece esa imagen de Cloé, de mi Cloecita, que en algo se parece a la Cloé de Pessoa), pero Mamá, sabiendo que habíamos terminado nuestro largo enamoramiento distraído y lleno de burbujas, me había dicho que la invitara a la graduación: “Invita a Cloé, no seas güeva”.

Pocos años han pasado (seis, digamos) desde ese día lleno de nubes y un fueguito que se quemaba a lo lejos de la ventana de mi cuarto (mi cuarto hermoso, lleno de libros, al lado del jardín, en la casa de mis papás). Un fuego que hacía todo un poco más triste, un poco esa imagen de mí mismo con las manos en los bolsillos dándole vueltas al encendedor y al paquete de cigarrillos Pielroja. Esa imagen un poco adolorida de un muchacho que se pasa la vida buscando cosas inútiles: mariposas en el inodoro, telarañas en las pelotas de fútbol, metafísicas en ir a la tienda a comprar el café más caro de todos. Seis años, digamos, han pasado desde que me desperté un poco de ese sueño de las universidades y los colegios, ese sueño de que el mundo está hecho para uno. Lo sé, una niñez un poco prolongada tuve, un poco llena de burbujas, un poco dormida: llena de libros de filosofía y de poesía, llena de películas de Fellini, de Bergman, de

Pasolini, de Buñuel, de todas esas cosas que aburrían tanto a mis hermanitos. Pero una niñez, sigamos diciéndole así, con muy pocas cosas que tuvieran que ver con las cosas que realmente valen la pena en la vida: los árboles, el desierto, el amor al mar... Y una niñez, sigamos diciéndole así, con muy pocas cosas que tuvieran que ver con la vida real. Con esa vida que tanto hablaba Papá: “¡Eso!, estudia filosofía y letras y te veré vendiendo Marlboro en la quince”. El dinero, ahora, se ha convertido en una cosa seria. Y la poesía, ahora, se ha convertido en un grave error: en el error más grande de la vida.

Hace seis años, digamos, (pocos años han pasado), mi hermanito (que siempre ha sido de mi misma edad y de mi mismo espíritu) se fue para Australia a hacer una maestría en mercadeo. Y yo, que ya había terminado mis estudios, me puse, de lo triste que estaba de tanto ver en la ventana ese fueguito que se iba quemando a lo lejos, a estudiar un diplomado en historia y escrituras del guion para el cine y la televisión. Trabajaba medio tiempo en la Universidad, echándole un vistazo a los libros curiosos del Archivo Histórico, y en las noches, con mi cuadernito y mi morral, llegaba a la pequeña academia donde aprendíamos las estructuras de la escritura cinematográfica y donde veíamos unas películas españolas, hermosas, que yo nunca había visto en mi vida... Vivíamos, por esas épocas, demasiado angustiados. Mis hermanitos y yo habíamos entrado en un momento demasiado extraño para nuestras vidas. ¿Qué hacer, de nuevo, como cuando nos fuimos al kibutz, con nuestra existencia? Ya terminó el estudio, ya toca ver a ver qué con la vida laboral y ese tipo de cosas. Mi hermanito menor decidió irse para Israel, igual que nosotros lo habíamos hecho hacía años, y mi otro hermanito ya en Australia, trabajando de mesero y estudiando y haciendo, como siempre lo ha hecho, el amor. Y yo, como siempre lo he hecho, aquí, quedado aquí, obligado aquí.

Mi hermanito, que siempre ha sido de mi misma edad y de mi mismo espíritu, ahora, por primera vez, estaba lejos de mí. Y yo ya no tenía ese escudo tan lindo, tan parecido a tocar la guitarra en las noches sin recordar que la vida es tan finita. Con mi hermanito, que ya estaba lejos, aprendimos a fumar cigarrillos en el bosque del colegio. Aprendimos, juntos, a tomar aguardiente en la piscina de las fincas. Él me enseñó (y todavía me enseña) todas las cosas sobre las mujeres y sobre las cosas más lindas de la

vida: jugar al frisbi, quedarse sentados mirando a la gente pasar, pelear por la justicia de los amigos... Según nos cuenta Mamá, yo era, siempre, toda la vida, el menos práctico de los dos. Yo, a diferencia de mi hermano, nunca he entendido nada sobre el arte de vivir la vida de forma fluida, elegante, inteligente. El día en que se fue para Australia, en el aeropuerto, a mí se me iban escurriendo las lágrimas mientras iba leyendo un libro de poemas de León de Greiff, una edición que todavía tengo conmigo pero que no puedo abrir de la nostalgia tan tremenda. Mi hermanito, ya listo con su pasaporte y su maleta, me hacía masajes en la espalda, yo sentado en esas sillas del aeropuerto, y me decía (con ese símbolo del masaje) que todo iba a estar bien. Que fresco. Que me alegrara por él. Que por fin se estaba yendo de este país maldito. Y pocos años después de ese día en el que comencé a ver ese fueguito triste por la ventana de mi cuarto, pude comprobar que la vida pasa y pasa de una forma extraña. Pude comprobar que el tiempo, el prohibido tiempo, no ocurre como ocurre en una novela bien escrita. Por ejemplo ahora, de repente, vuelvo a estar aquí, en Bogotá, unos días antes de que me mi hermanito se fuera para siempre de este país. Estamos aquí, mi hermanito y yo, en el parque, esperando a que llegue Samuel, que todavía no se había convertido en el médico chiflado y brillante que es hoy. Esos días de parque, de frisbi, de ver pasar a la gente, de pensar a ver qué hacer con la vida del dinero y con esos estudios que ya habían terminado, esos días de parque hubieran sido mucho más difíciles sin la compañía de Samuel, que siempre da esa ayuda normal que se da sin querer darla. Se da, esa ayuda tan importante para vivir, solamente siendo una buena persona.

Samuel llega al parque y no pasa nada. No hay diálogos complejos, no hay disertaciones profundas sobre el discurrir de la conciencia de los desempleados. Hay (¡el tiempo, la imagen del tiempo!) sólo una pelota de béisbol que tiramos de un lado al otro del parque para pasar un poco ese rato que todos sabíamos que era un poco pesado, un poco lleno de preguntas tediosas. Samuel contaba, por esas épocas, que se había retirado de la Universidad porque donde había entrado utilizaban el método gringo para enseñar la medicina. Decía que para poder graduarse de médico él tenía que tener a alguien diciéndole lo que tenía que hacer: "Yo no funcione si no me amenazan de que me voy a echar el semestre, ¿me entienden?... El método francés". Y Samuel nos

aseguraba y nos aseguraba que él era un tipo francés, francés de pura sepa. “Yo soy francés”, le decía a la gente. Y algo de eso era cierto: sus abuelos, o bisabuelos, habían sido franceses y Samuel había heredado el pasaporte, pero, le decía yo, de tener un pasaporte francés a ser francés hay mucho trecho, mi hermano. Y mi mirada de parque que no ha cambiado en nada: mi mirada mía, esa que siempre está buscando un gusano en el pasto, como si en cualquier momento fuera a aparecer un topo o alguna musaraña extraña que nos pudiera llevar a un mundo subterráneo.

Mi hermanito y Samuel tenían chicas desde que éramos pequeños. Desde los primeros cursos del bachillerato salían los dos juntos, bellos físicamente, a las discotecas de moda de Bogotá y compraban condones de todos los colores. Mi hermanito me decía que cuando me llegue el momento, que llegará en el momento indicado, me compre los condones rojos, que esos tenían yo no sé qué producto raro para matar a esos malditos espermatozoides. Esos momentos de la vida, mucho más lejanos que ese día en el parque, mucho más lejanos que el descubrimiento de la biblioteca del colegio, yo decidí alejarme un poco de mi hermanito y de Samuel. Yo era un muchacho bajito, feo, gordito, y no me dejaban entrar a las discotecas y no podía soñar con ese día en que necesitara comprar unos codones: cualquier color era demasiado lejano. Pero mi hermanito, siempre brillante y tranquilo, me decía que fresco, que las cosas van llegando, que no tratara de adelantarme a lo que me tenía preparado la vida... Hoy, que lo pienso, se me hace extraño que mi hermanito haya decidido estudiar negocios, siempre ha sido un ser humano demasiado inteligente, demasiado parecido a tocar la guitarra, en la noche, olvidando nuestra condición de seres tan finitos.

Esperando a Samuel en el parque, en ese recuerdo del recuerdo que viene a mí como una flecha, aquí, en este instante, escribiendo en este centro comercial, se me viene a la cabeza el instante anterior a que llegara Samuel con la pelota de béisbol: mi hermano y yo, unos días antes de que se fuera para Australia, viendo pasar a las señoras que sacan a pasear a sus perros mientras sus maridos trabajan duro: “Existe algo mucho más grande que Schopenhauer y que Epicuro y que Rimbaud y que todas esas cosas que me la paso leyendo”, le decía yo a mi hermanito. Y mi hermanito, que siempre me escucha

con atención y que sabe que le voy a echar alguna cháchara sobre algún tema enredadísimo, me escuchaba con atención: “¿qué es más grande que Rimbaud?, mi hermanito”, me decía. Y yo le saco mis audífonos y nos ponemos a escuchar la música que a mí me gustaba por esas épocas y que me sigue gustando hoy como si no hubiera existido ningún músico después de los grandes, como si hoy ya no hicieran música buena (una idea absurda, por supuesto.)... Le voy pasando a mi hermano todo un repertorio extraño: John Coltrane, Nick Drake, Bob Dylan, Beethoven, Vivaldi, Leonard Cohen, Silvio Rodríguez, Agustín Barrios, Charly Parker... “La melodía, mi pez, la música es más importante que todas las palabras del mundo. Cualquier canción buena, cualquier acorde bien hecho, es mil veces más grande que Rimbaud y que esa mano de pelafustanes que se la pasan escribiendo que sus vidas son tan trágicas. Le juro que sí, mi hermanito.”... Y en el recuerdo del recuerdo del recuerdo, como yo no podía comprar condones ni salir a las discotecas, nos íbamos por ahí con Lolo, que también es mi gran amigo y que por esas épocas era igual de chiquito a mí, a comer hamburguesas, al cine, o nos íbamos a la casa a llamar a la gente a decirle cualquier güevonada: “*Disculpe, señora, ¿allá lavan ropa?*”, “No, señor, esto es una casa de familia”, “*Cochinos*”... y colgar el teléfono y salir por el edificio a timbrarle a la gente de bien y salir corriendo como unos niños. Éramos unos niños. Éramos demasiado bajitos para entrar a las discotecas. Somos, todavía, unos niños. Somos, todavía, demasiado bajitos para entrar a las discotecas.

Yo también, cuando terminé mi diplomado en cine y mi investigación sobre libros curiosos, me fui de este país maldito. Me fui (sabrá Mandrake por qué), de nuevo, para Israel. Esta vez el plan era distinto: me fui a trabajar de cantinero para tener la plata y el tiempo para poder escribir. Tenía ya la idea y algunos borradores de mi primer libro, pero no tenía el tiempo (¡Oh, tiempo!) ni el dinero para escribirlo. Le dije a Miguel y a Samuel y a Lolo y a mis padres y a Cloé y a todo el que andaba por ahí que yo nunca más pisaba estas tierras. Que me iba para siempre. Que no volvía a este país ni para hacer una escala. Que aquí era imposible escribir, que aquí era imposible que le pagaran a uno un sueldito decente. Y véanme, señores, aquí, de nuevo, porque no hay para

dónde más coger: “De la contradicción de las contradicciones,/ la contradicción de la poesía,/ obtener con un poco de humo /la respuesta resistente de la piedra”...

Y llegar a Bogotá, de nuevo, sin un peso, a la casa de Papá y Mamá. Uno ahí, ya con un montón de años y con un manuscrito que iba a revolucionar la historia de la poesía en Colombia (¡ni prosa ni verso!). ¿Qué hacer ahora? Me había escapado del ejército de Israel, había renunciado a todo lo que tenía por allá por una razón demasiado simple: la gente me trataba demasiado mal. Pero eso sí: allá sí podía pagar mi renta y podía pasar horas y horas escribiendo en los cafés de Tel Aviv, recordando (“escribir es recordar”) todo lo que había sido de mi vida: mis hermanos, la universidad, Danielita, la vida de tienda a la que me había dedicado antes de irme a tratar de ser poeta. Un buen amigo del colegio, mi amigo Kovalski que ahora vive en Chile, me llamó un día de esos que yo andaba por las calles de Tel Aviv y de Jerusalén creyéndome Rimbaud. Me llamó desde Bogotá para saber cómo andaban las cosas y yo le conté lo del manuscrito y se lo mandé. Quería, de verdad, que alguien lo leyera. Quería que alguien leyera esa cosa tan extraña que iba a revolucionar la historia de la poesía colombiana (¡ni prosa ni verso!). Kovalski lo leyó y me dijo que lo publicara, que buscara algo: una editorial, alguna cosa, que eso estaba bien bacano. Entonces yo, claro que sí, me la creí y me puse a buscar editoriales y claro que no. Claro que no. “Ese es un país de paramilitares –me decía alguien con el que hablé sobre el tema– ¿usted cree que esos poetas colombianos, paramilitares todos, le van a hacer caso a un libro que quiera acabar con esas reglas que ellos adoran? En Colombia, amigo, para ser poeta hay que hablar de flores y de amores imposibles, del otoño. En Colombia, amigo, ni siquiera hay otoño, pero los poetas colombianos hablan del otoño como si fueran intelectuales europeos del siglo XVIII”. Y así pasó con mi librito de mierda, y uno sin un peso en donde caerse muerto (¿sí se dice así?).

Entonces, charlando con mi hermanito y con Kovalski, que montemos nosotros mismos una editorial y organizamos nosotros mismos las lecturas y nos tomamos todos esos bares de Bogotá con esa poesía toda desgualachada, con esa literatura toda desatornillada que seguro le va a gustar a la gente joven. Y así lo hicimos. Me vine de

Israel, escapado de tantos regaños de la gente, y montamos nuestra propia editorial y fueron momentos lindos, hermosos. Los momentos esos, como pompas de jabón, que hacen que la vida sea digna de ser vivida. Yo (yo,yo,yo) leyendo mi propio libro (¡publicado!) en los bares de la ciudad, dándome besitos con las niñas jóvenes rebeldes que creían que yo era un escritor maldito de la vida real. Pero, como todo en esta vida, la cosa se fue apagando poco a poco. Porque ¿con qué plata mantiene uno una editorial de pacotilla que publica, exclusivamente, libros de pacotilla?... “¿Y cómo se va a ganar ahora la vida?”, decía Papá. Y era verdad: ¿ahora cómo iba a ganarme la vida? Y me metí de profesor en el colegio ese donde años atrás (es muy extraño, el tiempo) yo andaba diciendo que qué horror terminar siendo profesor de este colegio.

Llegar, todos los días, a trabajar duro, 7:00am, después de luchar por un puesto digno en el transporte público de esta ciudad. Después de luchar en ese Transmilenio por una vida digna. “... y nombraré las cosas”: el tablero, los marcadores de profesor, los profesores que antes eran mis profesores y que ahora eran mis colegas (qué horror de palabra esa, “colega”), los niños que ya no hacían bulla en el recreo porque andaban muy contentos, solos, con sus aparatos tecnológicos, y mi yo-ahí, un poco triste como siempre, teniendo que aguantar todas esas cosas por no hacerle caso a Papá (“¡Eso!, estudiá filosofía y letras y te veré vendiendo Marlboro en la quince”). “Me hubieras dicho, Papá, que había un trabajo peor que vender Marlboro en la quince. Me hubieras mencionado, sólo mencionado, lo del colegio, y yo te lo juro, Papá, que me hubiera metido a Negocios Internacionales como mi hermanito”. Y lo de Papá era cierto: ¿quién le iba a dar un trabajo digno a uno?, ¿quién? Me tocó estar aquí, aguantando tanta humillación de estos muchachos que qué les va a interesar lo que uno prepara todos los días.

“Hoy vamos a meternos en el cuento, parceros, de la literatura argentina del siglo XX”, y uno embalado tratando de hacer una buena clase, tratando de mostrarles, como a mí me mostraron, que en los libros hay algo de complicidad, de rebeldía: que lo de Roberto Arlt, que lo de Borges, que Puig, que Fogwill... Y a la siguiente clase, como si mis cuerdas vocales no hubieran hecho un esfuerzo tremendo, “Oiga, profe, ¿qué es

Borges? No entiendo nada para el *quiz*. Usted no explicó eso y lo juro...”. Y los papás trabajando bien duro para pagar ese colegio carísimo y yo con las lágrimas y el corazón cada vez más y más roto. ¿Cómo puede, mi corazón, aguantar tanto?, ¿no se había muerto en el kibutz?, ¿no se había muerto cuando perdimos al Frijol Láser?, ¿no se había muerto cuando empecé a leer mis poemas en la Feria del Libro (cuando me invitaron a presentar mi segundo libro) y todos los presentes se empezaron a parar de sus sillas como diciendo: “no, pobrecito este bobo, ¿cómo se atreve a publicar algo así?”.

Pero ahí sigue, el corazón. Roto, pero sigue y aguanta. Y querer ayudar a mi colegio para que sea mejor, querer hacer algo bueno por la educación, pero la imposibilidad absoluta de poder hacer algo en este país: “Yo se lo juro, señor Rector, que el señor que trabaja en el comedor está maltratando a las trabajadoras. Tengo pruebas, tengo todo”. Y no. El señor Rector tratando de ayudar, tratando, conmigo, de que el colegio sea un mejor lugar, pero este país no ayuda. “Señores de la Junta Directiva, por favor, el señor Rector y yo les juramos que el cocinero del colegio está maltratando a las trabajadoras”. Y no. Yo me fui del colegio, tres años después de comenzar a trabajar, y el señor del comedor sigue ahí y seguirá ahí para siempre, porque en este país es mejor tener las cosas seguras… “No, no, no, profesor Graff, por favor”, “¿y qué tal que ese señor sea peligroso, profesor Graff?, mejor no se meta en esas cosas”. Pues claro que es peligroso, señores de la Junta Directiva, por eso es que hay que echarlo del colegio y contratar a otro cocinero. Y alguna tía mía diría que qué peligro ahora un libro, este libro, que ponga en evidencia a ese señor del comedor, que qué miedo que después lo busquen a uno para pegarle un tiro. “... y nombraré las cosas”: el comedor, el mismo comedor, el señor chef de mi colegio que maltrata a las trabajadoras, la misma biblioteca, todo lo mismo pero más y más triste: menos alumnos, los pocos alumnos con pocas ganas de vivir, ya no se juega al fútbol, ya no se quiere armar la revolución socialista, ya los alumnos no se tiran cosas en las clases, ya no se hacen campamentos, ya no se coquetean entre niños y niñas, ya no se coquetean entre niños y niños, ya no se coquetean entre niñas y niñas... Todo está tan lejos: ya no pasa Samuel con un bate amenazando a los muchachitos de primaria, ya no pasa Danielita comiéndose el tarrado

de fresas que habíamos comprado juntos, ya no paso yo robando libros en la biblioteca. Ya nadie se esconde en el bosque a fumar cigarrillos, ya nadie hace nada malo, ya nadie hace nada bueno, ya nadie hace nada... Todos ven cómo el señor de la cafetería maltrata a las trabajadoras mientras sus aparatos tecnológicos los tranquilizan con yo no sé qué ondas cuánticas. “Mejor malo conocido que bueno por conocer”, fue la última palabra de la Junta Directiva.

“¿...y la educación de los pelados?”, decía yo. No, mijo, se equivocó de lugar. Un colegio privado no está hecho para educar. Un colegio está diseñado para mantener ocupados a los muchachos mientras sus papás salen a la calle a conseguir el dinero. Mucho. Mucho. Mucho. Mucho dinero... y así va pasando la vida del mal escritor: que cantinero, que vendedor de ropa, que investigador de libros curiosos, que expositor de programas universitarios para muchachos con problemas de aprendizaje, que profesor de niños maleducados que sus padres no quieren que los eduquen, que vendedor de cachivaches, que poeta de bar, que editor de mala muerte... y así, así va pasando la vida del mal escritor: que un articulito publicado en el periódico, que un poemita publicado en tal revista de pacotilla, y así, y así van pasando las cosas.

- Profe, profe, recomiéndeme un libro de esos de los que habló en la clase pasada. De esos de pura ficción-, me dice un niño X.
- ¿Cuáles que “de pura ficción”? , ¿de qué está hablando, hermano?, ¿no será de ciencia ficción?...No, mi hermanito, yo más bien le recomiendo que haga amigos, que juegue por ahí, que se ponga a coquetearle a las muchachitas. Le recomiendo que viva, hermano, ¡¿qué libro de “pura ficción” ni qué nada?!

Después de toda una jornada de trabajo duro, con las cuerdas vocales magulladas, otra vez ese miedito mío. Y salir con Juanita al cine de la noche porque ya tengo la plata para salir en las noches con Juanita. Y ver, a lo lejos del cine, a un grupo de alumnos que estaban por ahí: “No, mi amor (le decía yo a Juanita), escondámonos. Vámonos de

aquí por favor, por favor...”. Ella sabía que yo odiaba encontrarme con esos adolescentes por ahí, porque, según yo, me iban a denigrar como me denigraban en el colegio, pero esta vez enfrente de ella. Y para ella iba a ser duro ver cómo denigraban a su noviequito poeta. Un poco más de plata, por fin, para comprar libros y para ir al cine y para ir a comer carne término medio (1/2) y aguantar a que se terminara el semestre de colegio para que mi hermanito viniera a visitar (ahora estaba viviendo en México) y salir con él a tomarnos unos aguardientes y a charlar de todos los viajes que ya no podemos hacer porque ya estamos muy grandecitos para andar por ahí sin trabajo. “Quiero irme a Japón, mi hermano, (le decía yo cuando él ya estaba aquí y estábamos, por supuesto, tomándonos los aguardienticos), ¿usted sabe lo que es ese país, mi broder?, ¿usted se ha leído a esos poetas japoneses, ha leído esas novelas, ha visto esas películas, esa ropa, esa comida, esa gente hermosa?”... “Japón es muy caro, mi broder (decía mi hermanito), vámonos, más bien, para Cuba, ¿usted no es que amaba todo lo de esa isla? Vámonos. No es tan cara la vuelta”.

Y yo que sí. Yo —que me había leído a los poetas cubanos, que me había leído todo ese cuento de la revolución, que estaba haciendo mi tesis de maestría sobre Lezama Lima— que sí, mi brodercito. Que de una. Que cuánto cuesta la cosa. Que nos fuéramos para vacaciones de junio. Y esa misma noche compramos los tiquetes y dos meses después ya estábamos en La Habana. Cuba, Cuba: no me dan ganas de escribir sobre Cuba. Ya he dado tanta cháchara sobre ese tema que ya se me acabó todo lo que tenía para decir. Ya estoy tan cansado de todo lo que puedo decir de Cuba, tan cansado... Y me llevé una libreta para la isla y me puse a anotar todo lo que iba viendo: las cosas normales, las comidas, las gentes que iban pasando por ahí, y llené como doscientas páginas de borradores de poemas y de listas, sobre todo de listas, y de cuentos pequeños sobre las cosas normales que iban pasando por ahí, cuentos pequeñitos sobre hablar con los taxistas que le iban recitando a uno *La fenomenología del espíritu* de Hegel, cuentos pequeñitos sobre la vez esa que nos echaron de un bar de jazz porque quisimos bailar el jazz y no quedarnos sentados ahí escuchando. Iba escribiendo sobre todo, como docientas-docientascincuenta páginas a mano, y el último día, devolviéndonos de un viaje largo, de Los Callos a la Habana, se perdió mi libreta y, por supuesto, se

perdieron todas las ideas y las cosas que había escrito (irrecuperable todo eso). No era ni bueno ni malo lo que había ahí, pero, ni bueno ni malo, se quedó para siempre enterrado en esa isla linda y extraña; extraña como ella sola. Después, cuando ya estaba terminando mi tesis sobre Lezama Lima, descargué en esas últimas cuarenta páginas del trabajo toda esa nostalgia tan verraca de haber dejado todos mis recuerdos de Cuba en esa libretica que se había ahogado en algún mar de esos gigantes que rodean la isla. Y escribí así mi dedicatoria de la tesis:

** Esta tesis está dedicada a Cristo Figueroa, por entender que mi escritura (que trata y que trata y que trata) es todo lo que yo soy. Por entender que mi escritura es lo mismo que mi vida. Por dejarme ser lo que soy desde mi pequeño mundo de palabras y oraciones enmarañadas. Por dejarme ser su amigo. Por dejarme llegar a Lezama.*

*...Y, por supuesto, a Cuba y a todos los poetas cubanos. Es decir: a toda la gente de Cuba y a todo el mar que rodea la tierra. Porque, como decía mi amigo Redelio manejando un taxi de La Habana a Trinidad: “En esta isla el que no es cantor es poeta, y el que no es cantor o poeta es beisbolista, que es lo mismo que ser poeta” **.

Sentados ya en La Habana, ese último día, la libretica ya enterrada en el mar gigante, Nicole, la futura esposa de mi hermanito, dijo que nos tomemos unas cervezas allá en esa plaza linda donde habíamos estado el primer día. Allá donde hay tanto músico y tanta cosa tan chévere. Y todos que de una, que fuéramos, y esa imagen nuestra, los cuatro: Juanita, Nicole, mi hermanito y yo, sentados, tomando cerveza helada, la música en vivo, durísimo el volumen, fumando tabaco y hablando de las cosas lindas que tiene viajar y que deberíamos mandar todo para la mierda: el trabajo de profesor, el trabajo de mi hermano allá en México, todo. Y si alguien, después de yo haber perdido todo lo que había escrito, me dice que le cuente que qué es Cuba, yo le diría así: sentados, ya borrachos de tanta cerveza y de tanta música tan duro, pasa un pordiosero (un vagabundo, un gamín) y le grita a uno de los músicos: “Mi amigo, asere, asere, deja de

tocar que tienes desafinado el RE”. Y el músico revisa y se da cuenta de que la cuarta cuerda “al aire” está medio tono abajo. Y grita el músico desde el otro lado: “Gracias, mi amigo, ¿quiere, señor, tocar usted un rato?”, y el pordiosero agarra la guitarra y comienza a tocar de una forma extraña, bellísima, y nosotros ahí, viendo esa Habana pobre y hermosa, la ciudad más hermosa del mundo, de un mundo al que le quedan pocas cosas hermosas.

Es por eso, mi hermano (le decía yo a mi hermanito dos o tres años después), que hay que tener los ojos bien abiertos, es por eso que hay que ver el mundo, el RE desafinado, es por eso que yo quiero tanto decir el mundo, contarla, decir mi mundo. Es eso lindo de sorprenderse con cada cosa que pasa en el mundo, con una guitarra chueca, con un pordiosero que va pasando por ahí, con un estadio de béisbol abandonado, con un cuadro mal pintado en una panadería de barrio. ¿Se recuerda, mi hermanito, esa vez que estábamos en Cuba, en la playa de Trinidad? En esa playa, al lado de nosotros, había una caneca blanca, un tarro de basura que hacía que podámos estar ahí tranquilos, tirando las colillas de los cigarrillos, leyendo, juntos, ese novela rarísima de Virgilio Piñera y riéndonos con Nicole y Juanita y escupiendo las pepas de las uvas. Y todo era hermoso, fácil de ver, pero la caneca estaba ahí solita, sin que nadie la viera, amarrada, ayudándonos a ver ese mar tan limpio, ese perro, esos niños desnudos bailando en la arena. La caneca era lo más importante de todo lo que había ahí, pero nadie mira a la caneca. Es por eso mismo, mi hermanito, que estoy haciendo este libro que le digo. Es por eso que estoy escribiendo un libro que nombre las cosas:

LA CANECA

La caneca es ese tarro
en donde se echa la basura
y está en la arena, la caneca.
Y está mojada de agua
y hace que todas las cosas del mundo

puedan venir de la arena y del agua.

Es blanca, la caneca.

No es muy bonita

y huele fuerte

y está en la arena

y para que no se vuela con el viento

alguien la amarró a una palmera

que también está en la arena

y que también está mojada.

Cierro el cuaderno de “las cosas normales”, por fin, y levanto, después de casi tres o cuatro horas de estar en este centro comercial, mi cabeza llena de cosas borrosas. “Ver el mundo para escribirlo”, me digo. El viejito, claro que sí, está ahí enfrente, mirándome desde el otro lado del andén. Hace ya dos horas (creo) me dijeron que me levantara de la mesa (de la silla de la mesa) porque sólo había consumido un café y un queso. “No hay problema, señorita”, y me fui para el andén de enfrente a tratar de seguir con mi historia escrita, con esta fábula sobre mí mismo que es, a fin de cuentas, mi único mundo posible. Miguel no es Miguel, es mi Miguel. Los hermanitos no son los hermanitos, son mis hermanitos. Sería hermoso poder escribir sobre el Miguel Miguel, pero no tengo el talento. El mundo, lastimosamente, es mi mundo. Mi único mundo posible, mi fábula posible. Cuando cierro el cuaderno, mareado y triste de tanta historia y de tanto recordar las cosas de la vida (“escribir es recordar”), me paro del andén a preguntarle al viejito que qué hora es, que qué día, que qué mes... “4:33 de la tarde, caballero, del domingo 13 de septiembre del 2015”, me responde y se va por el andén... “Mañana es mi cumpleaños”, pienso. “Hace más de un mes que no sé nada de nadie, de nada, ¿cuántos cumpleo?”.

Y decido caminar al apartamento que tenemos alquilado con Juanita en la 56 con 1b. Estoy (“estaba”, porque siempre se escribe en pasado), según decía la dirección, en la 143, abajo, seguramente, de la autopista norte. “Ciento cuarenta y tres menos cincuenta y seis es igual a ochenta y siete”. 87 cuadras, más la subida a la carrera 1. “Voy a llegar de noche”, “voy a subir primero a la séptima y de ahí le doy derecho”. Ya sin música, con un poco más de calor que antes, arranqué el camino a casa pensando en todo lo que había escrito (“Estoy feliz. Hace mucho tiempo quería retomar esa idea de escribir las cosas, mis cosas”), pensando, de nuevo, en qué hacer con la vida. De nuevo: ¿qué hacer con nuestras vidas?, ¿levantarse todos los lunes a hacer qué? Mi hermanito ya estaba viviendo en Costa Rica, a unos meses de su matrimonio; Juanita estaba en Medellín, donde sus papás, esperando a que yo volviera de esa pequeña travesía por las montañas de Bogotá. No había pasado mucho tiempo desde que tomé la decisión de largarme por uno o dos meses, habían pasado ya dos o tres años desde que empecé mi cuento de amor enloquecido con Juanita. Mi vida había pasado de una forma extraña pero demasiado normal. Leyendo este cuaderno me doy cuenta de que mi vida ha sido demasiado normal, podríamos decir que ha sido una vida feliz: salud, educación, familia, amigos. Pero, por alguna razón demasiado boba, yo he visto mi propia vida con demasiado drama, con demasiada tragedia. Mi personaje es demasiado exagerado, pero yo lo siento demasiado real. La vida, a fin de cuentas, ocurre adentro de uno.

El plan de lo de Cali sigue en pie... “Mañana es mi cumpleaños”. No hay nada nuevo en mi vida, de pronto un poco más de ganas de seguir escribiendo este libro y de seguir por ahí buscando un trabajo en alguna ciudad caliente o buscando a alguien que quiera invertir en mi café. Los cuadernos viejos, donde había empezado los primeros borradores de mis “cosas normales”, ya los puedo botar a esa caneca de ahí. Ya todo lo pasé a mi *Caliber*. Hace mucho que no compro libros (desde que renuncié al colegio), hace mucho que no salgo a bailar. “Si supieras que ya llegué de la montaña, mi amor. Mañana te llamo y cuando vuelvas de Medellín nos damos besos infinitos y buscamos alguna rebaja para ir al cine”. Ya, seguramente, no están las buenas pelis colombianas, o de pronto *La tierra y la sombra* sigue por ahí. Seguro ya llegó la ganadora de Cannes, ¿es septiembre, cierto? Mañana es mi cumpleaños. Tengo que llamar mañana a mi

hermanito a felicitarlo. ¿Cuántos cumplimos?, ¿30? ¿33? Él, mi hermanito, que siempre ha sido de mi misma edad y de mi mismo espíritu, también cumple el mismo día que yo.

Pasando por la 134 con séptima veo el edificio donde vivía Cloé, mi Cloecita (¿seguirá viviendo ahí?) y saco el cuaderno del morral y busco y busco, no recuerdo bien si la había mencionado en este disparate (“cierra los ciclos, querido”) de verborrea absoluta que estoy escribiendo (“no te maltrates, querido”)… Y sí, claro que mencioné a Cloé. Qué extraño no recordar haber escrito sobre ella, fue hace muy poco, hace como dos horas, no sé, algo así. Es extraño eso con la escritura alucinada. También me pasa con los poemas que aparecen publicados en las revistuchas literarias: los leo, veo mi nombre firmando el poema y no recuerdo haberlo escrito. Lo más extraño de todo es que mencioné a Cloé muy poco, como de pasada: “*con un amor lindo que tuve, Cloé (se llamaba, se llama), como la de los poemas de Pessoa (siempre he estado enamorado de la Cloé de los poemas de Pessoa y siempre que leo esos poemas se me aparece esa imagen de Cloé, de mi Cloecita, que en algo se parece a la Cloé de Pessoa)*”……… “*Invita a Cloé, no seas güeva*”……… “*Le dije a Miguel y a Samuel y a Lolo y a mis padres y a Cloé y a todo el que andaba por ahí que yo nunca más pisaba estas tierras*”……… La nombré seis veces, que son cuatro, porque dos estoy haciendo referencia a la Cloé de los poemas de Pessoa. Dejémoslo en cinco, porque también digo una vez “Cloecita”. Y podríamos seguir en este juego hasta el infinito, porque también ya está escrita toda esa parte que yo paso por la 134 y digo que ahí vivía Cloé y que cuántas veces la nombré en mi libro. Y ya también están duplicadas las partes que nombré a Cloé, entonces sólo con el duplicado ya serían diez veces que la nombro, más las otras, las del presente, contando los “cloecita”, serían tres o cuatro más. Pero ya ahora no serían trece o catorce porque acabo de escribir “…y digo que ahí vivía Cloé” y “…están duplicadas las partes que nombré a Cloé”, entonces iríamos por quince (o algo así), pero acabo de reproducir lo que acabo de escribir, entonces así podríamos seguir con este juego que no tiene la más mínima importancia.

La verdadera pregunta, diría el doctor Antonio, es: ¿por qué dejé pasar esa historia de Cloé, tan importante, en esta fábula que estoy construyendo? Voy pensando en todo esto

y ya voy dejando atrás ese conjunto de edificios de la 134 con séptima. Voy pensando en Cloé, en esos años lindos que no he tocado en mi nuevo proyecto literario. El primer poema que me publicaron (en una revista chilena que desapareció a los pocos meses de mi publicación) era un texto un poco extraño que se llamaba “Origami para Cloé”. Era un poema (ni malo ni bueno –más malo que bueno–) en el que todos los versos terminaban con la palabra papel. Era algo como “...*El pájaro está empotrado en el árbol, pero el pájaro es de papel y el árbol es de papel y el lápiz - con el que escribo versos tan malos- es de papel y todo (ya) empieza a rimar porque es de papel y el barco pirata lleno de poetas de papel y el abusador de animales es de papel y el vino es papel y de papel y roléo, en papel, un poco de tabaco de papel y la policía es de papel y la bufanda gris...la bufanda gris es de papel. Me como el papel, soy de papel y el papel es de papel y el mundo es papel y de papel y John Berryman dice en papel su ser de papel y el fantasma feliz es papel y de papel. El Bhagavad-Gita es de papel y las sobras de agua son de papel y la diarrea es de papel y las clases de educación física son de papel y Halloween es de papel y el cuero es papel y de papel, el mugre es papel y el jashis es de papel y atrapo un poco las letras del mundo-papel y las pego en el papel como un ejercicio un poco inútil y redundante, pues las palabras ya son papel y de papel...las palabras y el sistema solar ya son papel...*” Una cosa así toda fea que recuerdo mucho. Está todo muy adentro mío.

Por esas épocas, cuando me publicaron el poema, Cloé estaba viviendo conmigo en Israel. Yo andaba con muy poco dinero y ella había planeado un viaje a Tierra Santa con Nicole (mi hermanito todavía no la conocía) para hacer unas pasantías en Tel Aviv. Y yo, que ya había terminado una historia de amor larguísima y llena de burbujas con Cloé, la había llamado desde Barcelona (estaba paseando por todo España sin un centavo) y le había dicho que yo volvía a Tel Aviv en unas dos semanas, que yo ya sabía que ya no había nada entre nosotros pero que por favor me aceptara en su nuevo apartamento, que estaba sin plata y no podía pagar una renta. Entonces llegué a Tel Aviv a vivir con Nicole y con Cloé y con Tatianita (otra amiga de ellas que compartía conmigo esa obsesión por el café fresco y los cigarrillos sin filtro), y sin trabajo, como hoy, me puse a escribir ese tal “Origami para Cloé”, un calor horrible pero delicioso y

yo solo (mientras ellas trabajaban) en ese apartamento tomando café como un desquiciado y puliendo y puliendo el poema, sin camiseta, con los calzoncillos rotos y un fuequito muy lindo en mi espíritu que se creía, ahora sí, un verdadero poeta vagabundo. No le dije a nadie que había mandado el poema a la revista y seguí trabajando en mi primer libro (yendo a los cafés y a los bares a editar los borradores) y buscando a ver qué trabajo podía encontrar por ahí. Después le conté a todos que ya tenía una publicación, un poema llamado “Origami para Cloé”, y me llamaron mis papás a felicitarme y mis hermanitos me llamaron casi llorando de la emoción.

Éramos amigos, con Cloé. Amigos del alma. Llaves cerradas. Todo había empezado en Bogotá, cuando yo volví del kibutz (esa tragedia de ver al amor derritiéndose). Cloé, como en mi Cloé imaginaria de los poemas de Pessoa, era una niñita loquita que andaba por ahí. Ese espíritu de la Cloé de Pessoa de andar bien por la vida, feliz: que si hay que salir a tomar guaro con tales pelafustanes que estudian derecho, pues vamos, pero vamos felices, sin renegar de esos pelafustanes que estudian derecho... La vi un día de esos, tomando guaro con algunos pelafustanes, y la amé. La amé como a una nube, como a una burbuja. “Cuádrate conmigo, mi amor”, le dije un día tomando aguardiente. Y ella, sin pensarlo, me dijo que sí. Que “de una”. Que seamos novios y todo eso. Lo de ser novios, por supuesto, no funcionó bien. Yo andaba muy triste para tener una novia. Estaba empezando mi carrera y Danielita estaba todavía muy adentro de las tripas, de los pulmones. Pero Cloé y yo, así no haya funcionado lo de los novios, nos amábamos mucho: salíamos a tomar aguardiente y a sentarnos en los parques a hablar de los amores y de puras filosofías baratas y de que qué bobos habíamos sido de querer ser novios, de que éramos como nubes, como burbujas.

Un día de esos, yo ya en cuarto o quinto semestre de la Universidad, le dije a Cloé que invitara a sus amigas a un barcito de por ahí en el centro, que le quería presentar a mi amigo Miguel y que queríamos conocer chicas y todo eso, bailar toda la noche y ese tipo de cosas. Y en el bar, Miguel ya parado en la mesa cantando Leonard Cohen: “*like a bird on a wire, like a drunk in a midnight choir, I have tried in my way to be free, like a worm on the hook like a knight from some old-fashioned book I have saved all my*

ribbons for thee”, que la habíamos puesto en la rocola (la tienda de Ceci –ese bar donde estábamos– es el único lugar del mundo donde funciona la rocola y donde puede sonar Bob Dylan y después un joropo y después un vallenato y después Master Of Puppets de Metallica). Yo ya con unos tragos encima me fui con una amiga de Cloé a una esquina del bar y nos dimos unos besos todos agresivos, todos Leonard Cohen en la tienda de Ceci. Eran mis primeros buenos besos después de haber llegado del kibutz (habían pasado casi dos años). Cuando llegué a la mesa, con mi chica de la mano, Cloecita estaba, como siempre, feliz: se estaba tratando de subir a la mesa con Miguel (ya se habían hecho buenos amigos) y me miraba con esos ojitos hermosos, esos ojitos de nube, de burbuja.

Cuando ya estábamos bien borrachos (Miguel por allá conquistándose a todas las muchachas del bar) se fue todo el mundo de la mesa y yo me quedé solo con Cloé. “Te voy a decir algo –decía Cloé toda borrachita–, tú sabes que tú y yo somos amigos y que eso de los novios no funcionó y nunca iba a funcionar, y yo sé muy bien todo eso, somos amigos y eso de los novios nada que ver, pero te voy a decir algo: a mí sí me dan muchos celos cuando tú te das besos con otra niña enfrente mío”. Y yo la miraba (la nube, la burbuja) y mi cuerpo estaba tan feliz. Sentía como si se me fueran a explosionar los pulmones. Se estaba creando, ahí mismo, mi felicidad, mi presente, mi regreso a tratar de vivir en el geometría del amor. “A mí también, mi amor, –le decía yo– me dan muchos celos cuando te veo coqueteando por ahí con esos chicos todos lindos, todos tan flacos”. Toda esa noche seguimos charlando y charlando. Primero en el bar (Miguel ya se había ido para su casa que quedaba ahí al lado) y después en la banca de un parque del norte de la ciudad. Charlamos y charlamos. Horas y horas hablando del amor y de lo raro que era no querer ser novios pero sí querer amarnos hasta el infinito. “Hagamos algo, hermosa –le dije yo a las 6:30 de la mañana, todavía sentados en la banca del parque–, yo te voy a dar un beso ya. Un beso con lengua. Y te voy a decir que estoy enamorado de ti. Si te levantas mañana, hoy, y sientes que quieras seguir dándome besos y que quieras enamorarte de mí, simplemente me escribes y nos seguimos dando besos y nos seguimos enamorando. Me escribes un mensajito que diga ‘Honrrón Tornasol’”.

Ese código (“Honrrón Tornasol”) se me había ocurrido ahí mismo porque yo le había dedicado a Cloé (cuando éramos novios y yo trataba de que la cosa funcione) dos canciones que decían esas palabras lindas y un poco gaseosas. “Honrrón” aparecía en *Pobre soñador* de El Tri de México: “*No siempre las cosas son como debieran ser, no siempre se puede tener la razón, tú me haces sentir como en un juego de beisból, me ponchas o me haces batear un honrrón... Tú eres como un sueño y yo tan sólo soy un pobre soñador...*”... Y la otra palabra, “Tornasol”, aparecía en *Tornasol (vuelve a ser)* de La gusana ciega: “*...Cada vez que cambian tus sueños de color, luces tan distinta, tu piel es tornasol. Tu razón es una fusión interminable. Vuelves a ser mis sueños, mi dulce sirena. Vuelves a ser el sol que quema las estrellas, los girasoles pasan horas sin poder besarte, vuelves a ser el universo de repente...*”...

Al día siguiente de esa noche extrañísima (caminar es escribir y escribir es recordar) Samuel me había invitado al club para hacer deporte (o para pasar el domingo o lo que sea). Ese club judío, al lado del colegio, donde aprendimos a jugar fútbol (a darnos pata de la buena), donde aprendimos a montar bicicleta, a hacer bolitas de papel mojado (bollo limpio) y a tirárselas a los señores serios, de mucha plata, que se estaban afeitando en el baño turco. Mis papás dejaron de pagar el club hace muchos años (porque era muy caro y ya no lo estábamos aprovechando como cuando éramos niños) y mis hermanitos y yo, por esas épocas del inicio de la Universidad, íbamos como invitados (nos invitaba Samuel, o Lolo, o cualquier amigo que estuviera por ahí). Jugábamos tenis o nos metíamos al baño turco y almorcábamos ahí. Todo suena (ahora que lo escribo, que lo camino) como un ambiente exageradamente burgués, como un ambiente hostil de dinero y de lujos, pero no era así: el club fue una de las cosas más lindas que hemos tenido: corríamos por ahí, nos encontrábamos con los buenos amigos, fumábamos Pielroja enfrente de todas las mamás de la comunidad. A Samuel y a mí nos miraban como dos desadaptados sociales que andaban metiendo droga y hablando de cuentos extraños... Había que entenderlos: en la comunidad es extraño votar por los candidatos de la izquierda, es extraño tener el pelo enredado y no querer ser un negociante, es extraño no querer pisotear al otro por intereses económicos, es extraño

querer vivir en el centro de la ciudad y querer ser profesor o vendedor de libros de segunda. El club, de todas formas, era un lugar hermoso para vivir la vida como se debe vivir. El fútbol, cuando todavía mis papás podían pagar la membresía, era la excusa para formar un silencio hermoso: esos días de sudor, de pasar la borrachera del día anterior, de reírnos, en pleno baño turco, de los señores que trataban de hacernos sentir mal porque no entendíamos que lo único que mueve el mundo es el dinero: “EL BILLETE, EL BILLETE, chinos maricas...¿Qué es lo que mueve este mundo? EL BILLETE, EL BILLETE, chinos maleducados”. Y almorzar carne término medio (1/2), en toalla, riéndonos de todos los cuentos que nos echaba Herrerita, que era el trabajador del *vestier* de hombres, el que atendía en todo a todos esos socios rancios: era el mesero, el cajero, el barman. Herrerita, que ya murió, era una belleza de ser humano. Todos, incluso los socios más millonarios, le tenían un respeto enorme. Una de las muchas cosas que recuerdo de Herrera (caminar es escribir y escribir es recordar), y hay muchas de esas, fue que un día, un domingo, creo (¿o un sábado?), todos los que estábamos en el *vestier*, en toalla, recién salidos del baño turco, estábamos viendo, muy atentamente, un partido de la Selección Colombia contra Perú. Los peruanos habían tumbado a Juan Pablo Ángel adentro del área y el árbitro había pitado penalti a favor de Colombia. Mario Yepes le iba a pegar al penalti y, apenas tocó la bola, Herrera, desde atrás del *vestier*, cambió de canal y escondió el control del televisor. Todos nos quedamos ahí, fríos, sin saber qué hacer. Como ya todos conocíamos a Herrera, sabíamos que había sido él. “No sea hijueputa, Herrerita, vuelva a poner el partido”. Y Herrerita explosionado de la risa en el bar del *vestier*. A los diez minutos, cuando encontramos el control que Herrera había escondido en el cuartico de las toallas, nos enteramos de que Yepes no había metido el penalti. Nadie supo cómo quedó el partido. Ya no nos dieron ganas de seguir viéndolo. Nos quedamos, más bien, charlando con Herrera sobre cuando él era campeón nacional de tejo (ese deporte colombiano que algún día me gustaría contar. Escribir, de pronto, una novela o un relato largo sobre un jugador de tejo). El club era una cosa hermosa. De adolescentes nos dábamos besos con las muchachitas escondidos en la parte de atrás de la piscina. Le poníamos, de chiquitos, un vaso plástico a la llanta de la bicicleta para que sonara como una moto. Un día, de chiquitos, hicimos un plan con los amigos para quedarnos a dormir en el club. A las once de la

noche ya nuestras mamás habían llamado a la policía porque no sabían donde estábamos. “Estábamos en el club, Mamá, siempre estábamos en el club”.

Ya yo me había alejado mucho de todo ese mundo comunitario (los libros me habían enseñado que no todo ocurre así, ahí, en esa burbuja metálica, impenetrable) y por esos días, el día que Samuel me llamó para ir a hacer deporte, no tenía tantas ganas de ver a esa gentuza que me miraba como a un bicho raro por haber entrado a estudiar una cosa diferente a Administración de Empresas. “No seas güeva, marica, –me dijo Samuel– ven al club y nos desenguayabamos bacano. Te invito a almorzar, te traes las raquetas de tenis y corres un ratico”. Y me sonó el plan (¿por qué no?), hace mucho tiempo no hacía ejercicio, y terminé yendo a jugar tenis y a estar con mi amigo. Y la jugada de tenis y el guayabo y el reencuentro con Herrerita (que ya estaba un poco enfermo) y la carne térmico medio (1/2) me habían hecho olvidar de todo lo que le había dicho a Cloé la noche anterior (esa noche anterior que había sido la mañana de ese hoy). Saliendo de las duchas de al lado del baño turco, pensando en que el lunes tenía que entregar un ensayo sobre Baruch Spinoza y que el martes había examen final de latín, me fui a cambiar a los *lokers* y vi, escondido ahí, atrás del *vestier*, el mensajito que me había mandado Cloé a las 11:00am: “HONRRÓN TORNASOL, MI AMOR” (en mayúsculas). Y mi corazón, que el doctor Antonio llama cerebro, se convirtió en un vaso de agua cuando uno le tira una pastilla efervescente.

La manera, entonces, para no cometer ese error horrible de ser novios y de mandarse florecitas y de decirle al otro “cuchi cuchi” y ese tipo de cosas, era, simplemente, no cometer ese error horrible de ser novios y de mandarse florecitas y de decirle al otro “cuchi cuchi” y ese tipo de cosas. Íbamos a ser Honrrones tornasoles, íbamos a amarnos mucho sin que nadie lo sepa, con toda la naturalidad y la libertad del mundo: ella podía tener sus noviecititos y yo las mías, ella podía no aparecer una semana, yo podía no contestar el teléfono... Las dos únicas reglas eran las más sencillas del mundo, [1) *nadie puede enterarse de que estamos juntos. Para la gente somos sólo buenos amigos.* 2) *nos vamos a dar todo el amor del planeta. Vamos a darnos, escondidos, todos los besos del universo...*], ¿pero por qué esconderse?, ¿pero por qué esa libertad

poligámica si esto de Honrrón Tornasol empezó porque nos daban celos de los otros? No lo sé. Pero la cosa funcionó por muchos años. La respuesta, como todas las respuestas sobre el silencio de la imagen que va flotando por los aires, como todas las respuestas sobre el misterio de las nubes y las burbujas, ya la había dicho Lezama Lima: “De la contradicción de las contradicciones,/ la contradicción de la poesía,/ obtener con un poco de humo /la respuesta resistente de la piedra”.

Y así pasó el tiempo (tiempo, tiempo), años buenos, años lindos. El café, con Miguel, que se regaba por la mesa y que llegaba hasta el cielo de la Facultad, las clases de griego, de Heidegger, de Aristóteles. Las incontables borracheras en la tienda de Ceci, la música de Beethoven, el libro-diccionario que estábamos escribiendo con Miguel sobre todas las burradas que decía la gente en las clases, los viajes a la costa, al mar, a la mar, y el amor secreto con Cloé. Unos tiempos lindos, buenos... y así van pasando esos años en que empezamos a entender eso que nos decía Josep Pla en mi conversación, años después, con mi amigo Samuel: <<La vida sube y baja, la vida, la vida, la vida, la vida sube y baja>>. Nos buscábamos (eso sonó a *Rayuela*), con Cloé, después de que cada uno terminaba su noche de fiesta, y nos encontrábamos por ahí y nos dábamos besos escondidos en los parques y nos decíamos que nos amábamos sin mencionar la palabra “amor” y ese tipo de cosas estúpidas. Andábamos (escondidos de la gente) de arriba para abajo (“la vida sube y baja”). Tomábamos aguardiente y yo le explicaba a Cloé que Álvaro Uribe Vélez era el peor presidente que había tenido este país y ella me explicaba que eso de tener muchas amigas era una cosa imposible, que las mujeres se tenían envidia entre ellas y que no podían ver a alguien feliz. Y yo le explicaba que las mejores respuestas sobre las cosas más difíciles de la vida son siempre las preguntas (¡La Hermenéutica!), que la mejor respuesta sobre el problema de la existencia de Dios era la pregunta esa de: “¿qué es Dios?”, y así iba pasando la vida: ella me contaba que su relación con la palabra “amor” era muy extraña, que, digamos, estaba medio enamorada de mi amigo Lolo, pero que cuando se dieron el primer beso a ella se le esfumó todo ese enamoramiento. Y nos burlábamos de Danielita y de su novio y nos burlábamos de los profes del colegio (Cloé seguía estudiando en el colegio, en ese

mismo colegio donde, años después, alguna parejita de enamorados se estaba burlando de su profesor Graff).

Nos íbamos con Miguel y con Lolo y con Samuel y con mis hermanitos y con Cloé y con los amigos de Cloé a pasear por ahí los fines de semana. No teníamos mucha plata pero algo nos salía. Alquilábamos una finca bien barata, con piscina (por supuesto) y nos quedábamos ahí en el agua desde la mañana tomando cerveza y aguardiente y ella fumaba Marlboro (como el que me va a tocar vender en la quince) y yo fumaba Pielroja. Ya todos los amigos (menos Miguel) habían empezado a fumar mariguana, pero el espíritu de nube y burbuja de Cloé (su felicidad absoluta por vivir) y mi espíritu un poco más de cantar vallenatos y de bailar el rock and roll, hacía (esa mezcla de espíritus) que no nos gustara el efecto del THC. Ese efecto un poco claustrofóbico de quedarse derretidos en una esquina pensando en los problemas del infinito. Mi vida, en la sobriedad, ya era demasiado derretida en una esquina pensando y pensando en los problemas del infinito. Ahora para qué iba a meterle mariguana, ahí felices en la piscina, si lo único que yo buscaba (y lo único que busco) es salirme de mí mismo, salirme de todas esas películas raras que me persiguen desde que me levanto. Nuestro espíritu era más del olor del café, del aguardiente helado, del cigarrillo, de burlarnos de que yo me la pasaba gritando los versos de León de Greiff como un desquiciado loco demente: “¡JUEGO MI VIDA, CAMBIO MI VIDA, DE TODOS MODOS LA LLEVO PERDIDA... Y LA JUEGO O LA CAMBIO POR EL MÁS INFANTIL ESPEJIMO, LA DONO EN URURURURUR O LO REGALO!”. Nuestro Honrrón Tornasol (que sólo mi hermanito sabía) era más de sacar la guitarra que me había regalado Papá, cuando ya los mosquitos de la finca empezaban a salir, y ponerse a gritar como unos locos desquiciados dementes esa canción de Spinetta que Cloé adoraba: “¡TODAS LAS HOJAS SON DEL VIENTO, YA QUE ÉL LAS MUEVE HASTA EN LA MUERTE... TODAS LAS HOJAS SON DEL VIENTO... MENOS LA LUZ DEL SOL...!”.

...y en la noche noche, cuando ya todo el mundo había quedado tirado alrededor de la piscina, me iba con Cloé al bosquecito ese que siempre hay detrás de las piscinas de finca. Nos sentábamos en el pasto, sin que nadie nos viera, a darnos besos en las

mejillas, en los ojos, en el pelo, en las manos, origami, la elasticidad infinita del papel, origami, origami, Origami para Cloé... Ella cerraba los ojos, ahí sentada en el bosque, y se quedaba dormidita, sentadita, mientras yo le daba besos en la frente, en el ojo izquierdo, en el cachete, en el brazo... “Cuídame mucho”, me decía quedándose dormida. “Te voy a cuidar hasta el infinito –le decía yo–. Cuando te cases con un multimillonario voy a llegar a tu matrimonio con la barba larguísima, voy a haber estado años viajando por Japón y todos esos lados y me voy a venir a Colombia sólo para tu matrimonio y te voy a mirar todo el matrimonio y nos vamos a ir al bar juntos y nos vamos a emborrachar juntos y te voy a decir que vine para cuidarte infinito como te había dicho en esa finca, que vine para asegurarme de que ese multimillonario te trate como a una princesa hermosa. Cuidarte, y que me cudes, es todo este cuento del Honrrón Tronasol. De eso se trata, mi amor, de eso se trata la vida, de cuidarnos”. Y nos íbamos quedando dormidos...

...y al otro día, en el desayuno, yo destapaba una lata de cerveza y Cloé también y todos también y mis amigos me decían que por qué no volvía a intentar ser novio de Cloé, que éramos demasiado compatibles, que deberíamos casarnos, y yo que no, que no jodan la vida, que sólo éramos muy buenos amigos, que sólo nos gustaban las mismas películas y salir a bailar por ahí como si no hubiera un mañana. Cuando todos se enteraron del Honrrón Tornasol, uno o dos años después, seguíamos diciendo que no éramos novios ni nada de esas cosas tan estúpidas, seguíamos con nuestra vida que flotaba como una nube y que explosionaba, de repente, como una pompa de jabón, como una burbuja. Era mi novia, sí, pero no nos gustaba decir nada cursi alrededor de nuestro mundito. Por esas épocas sonaba horrible esa palabra: “novios”, “son novios, son novios”. Qué cosa más boba y más fea.

El día de la graduación de la Universidad, cuando Mamá, sabiamente, me dijo que la invitara, me dieron tantas ganas de verla, tantas. Hace tanto que no hablábamos y nuestro rock and roll había durado tanto tiempo. ¿Por qué había terminado todo con Cloecita? (“aprende a cerrar los ciclos, Óscar”). No lo sé. Pero no había terminado tan mal. Simplemente se fue yendo la nube y se fue y se fue y se fue... “Cloecita linda, mi

amor, acompáñame a la graduación de la Universidad. Es mañana. Va a ser una ceremonia corta ahí en el centro, van a estar Miguel (que también se gradúa conmigo), Nicolás, Matías, Martincito, todos los de la facultad... Mi papá quiere que después del grado salgamos con toda la familia a comer sushi y después vamos a mi casa a tomar wisqui y vodka y todo. Mi amor, ya sé que no hablamos hace mucho y que está muy raro que quiera que vengas conmigo, pero por favor acompáñame. Yo te quiero mucho y quiero estar contigo mañana". Y Cloé sin pensarlo mucho: "¿Cómo estás, Osquitar? Claro que sí. Yo voy contigo. Me parece lindo el plan. Te felicito, mi amor, no sabía que ya habías terminado todo lo de la tesis y esas cosas... Mañana vas a ser un Filósofo".

...y fuimos al grado y después salimos a comer sushi con la familia y después hicimos una fiestica hermosa en la casa de mis papás. Miguel y yo por toda la casa repartiéndole trago a todo el mundo y casi llorando de tanta felicidad. "No más ensayos, no más pelafustanes creyéndose filósofos, no más trasnochadas estudiando lógica proposicional". Y después de la casa, a las tres o cuatro horas, salimos a bailar a un lugar que quedaba en un garaje por ahí cerca. Bailamos, casi todos, hasta las seis de la mañana. Y al final, como siempre, sólo Cloé y yo en la pista, con el pelo sucio y mi corbata manchada de cerveza. Cloecita se queda mirándome y me pregunta: "¿Por qué me invitaste a la graduación, mi amor? Hace tres o cuatro meses no hablamos ni nos vemos ni nada". Y yo: "No sé, mi amor, la verdad no sé. Sentí como esas ganas de darte besos en los ojos, de que vieras que me había esforzado muchísimo para ser un profesional para poder trabajar para poder pagar mi viaje a Japón para poder llegar con esa barba toda larga a tu matrimonio para poder cuidarte de ese millonario hijueputa".

"¿Será que todavía vive ahí en la 134?, ¿qué será de la vida de Cloé hermosa?"... y seguir caminando por esa séptima y ya va a oscurecer dentro de poco. Deben ser las 5:30, o algo así. "Mañana es mi cumpleaños"... y ver las cosas de la calle y sentir ese momento en que empieza la maldita lluvia de Bogotá y empezar a mojarse y ver las nubes del cielo. Veo una dirección y ya estoy en la 102 con séptima, he caminado rápido, y veo y veo las cosas del mundo y trato de ordenar un poco toda esta historia

que estoy tratando de armar en mi cuaderno. Paro en una tienda, el único lugar que está abierto, y pido un paquete de cigarrillos Pielroja. Me quedo ahí, en esas mesitas metálicas de las tiendas de barrio, viendo cómo va cayendo la lluvia que es agua y el agua es linda y me veo a mí mismo, al recuerdo del recuerdo de mí mismo, saliendo de la ducha, todo mojado (agua, agua) en ese apartamento de Tel Aviv donde años después de Honrrón Tornasol Cloé me había prestado una cama y un closet para poner la poca ropa que había traído de España. Y yo ahí, en mi recuerdo, empapado, saliendo de la ducha, llenando de agua (agua, agua) el apartamento, prenro un cigarrillo de esos de rolar que comprábamos con Tatianita y entro al cuarto. Nicole y Tatianita están dormidas y Cloé está ahí, mirando para el techo con el televisor prendido... La llamo con las manos, como diciéndole que salga un segundo. Cloé se para de la cama, con ese pelito todo despelucado como siempre, y sale del cuarto y me dice que qué pasó, que si estoy bien, que estoy empapando el apartamento, que me seque, que después Nicole y Tatiana la matan por haberme dejado quedar en el apartamento... Y yo le digo que perdón, que ahora trapeo el piso, y la miro a esos ojos de burbuja y le digo: "Gracias, princesa, de verdad. Gracias por aceptarme en el apartamento. No estoy ahora en un buen momento de la vida. De verdad no tengo un peso para pagar una renta. Gracias por cuidarme, gracias por no odiarme, princesa, de verdad"... Y ella me da un besito en los labios y se devuelve al cuarto y apaga el televisor (ya se había terminado la telenovela colombiana que pasaban todas las noches en la televisión israelí).

Desde esta tienda de barrio, desde este ventanal que tienen todas las tiendas, veo el mundo y las sombrillas y las sombrillas y las sombrillas y las sombrillas y los postes de luz. Las cosas, las cosas normales de la vida. Y pienso en que cuando ya esté más adelantado mi libro, mi cuaderno, voy a llamar a Cloé y le voy a decir que estoy escribiendo un nuevo libro, como una especie de novela, de relato, de fábula, donde ella es un personaje muy lindo, como ella, y le voy a decir que ni siquiera le voy a cambiar su nombre, que se va a llamar así como ella: Cloé, como la Cloé de Pessoa. Y ella, si todavía me quiere un poquito, me va a decir que si voy a usar su nombre que por favor no vaya a decir que ella a sido mala persona ni nada de ese tipo de cosas, que ella ha tratado siempre de ser buena, que qué lindo ser un personaje de un libro de la vida real.

Se va a emocionar mucho, va a estar feliz como siempre, y me va preguntar mil veces que de qué se va a tratar el libro, y yo, como le digo a todos mis amigos que quiero, le voy a decir que ese mismo libro donde ella sale, que es como un cuento, como un relato, como una fábula, es un libro que trata de nombrar todas las cosas del mundo. Las cosas que uno ve, ese montón de sombrillas y sombrillas que ahora veo por el ventanal. Le voy a decir que estoy escribiendo un libro que nombre las cosas:

LA SOMBRILLA

La sombrilla es donde viven
los que quieren taparse de la lluvia
o de las cosas demasiado calientes.

Los profesores de lenguaje dicen
que hay “paraguas” y que hay “sombrilla”,
pero yo, para poder escribir,
prefiero decir que hay sólo “sombrilla”.

Cuando las muchachas llegan de la calle
y quieren seguir con la sombrilla abierta
les queda muy difícil subirse a la hamaca
o coger un libro y ponerse a leer en el sofá

...y si uno pudiera irse a Nueva York
y subirse a un edificio gigante y ver a todo el mundo
...y si en ese momento empezara a llover,
uno podría ver cómo la sombrilla, que es del color del limón,
se pierde en un mundo construido por (y para) las sombrillas.

Después de “Origami para Cloé”, de esa emoción tan tremenda de ver el nombre de uno en una revista, el poema de uno, el texto que salió de los pulmones de uno, comencé a entender que no había nada importante en publicar un texto. Comencé a ver mi nombre en un montón de revistuchas independientes, en un libro, en un artículo universitario, y me di cuenta de que a uno nadie lo va a leer, y de que si, por casualidad, alguien lo lee a uno, a ese alguien no le va a importar. No va a pasar absolutamente nada nuevo, ni en uno ni en el mundo. Cualquiera puede mandar cualquier texto a cualquier revista y lo van a publicar y va a dar lo mismo si es bueno o si es malo. Va a dar exactamente lo mismo. Cuatro o cinco años después de “Origami para Cloé”, cuando ya dictaba clases en el colegio, me publicaron un texto en un periódico grande y esa vez sentí, esa vez sí, que esto de mi escritura perdedora podía funcionar para algo. Personas de muchas ciudades del país me escribieron diciéndome que qué lindo el artículo, que por qué no escribía regularmente en el periódico, que yo quién era, que a dónde podían conseguir mis libros. “Por fin me van a dar algo por trabajar tanto y tanto en esta mañana de andar escribiendo como un loco desquiciado fracasado”, pensaba yo. Y le escribí al editor del periódico y le dije que mucha gente había quedado contenta con el artículo, que por favor me dieran una columna, que yo no cobraba mucho, que por favor. Y claro que no. Claro que no.

Cuando el editor vio que había dinero involucrado, que ya no quería escribir gratis, me sacó de sus contactos y me dejó de pedir que escribiera un nuevo artículo para el periódico. “¿Por qué darle 100mil pesos a este pelafustán?, ¿quién se creyó, García Márquez?” (le oí decir al editor en los ecos de mi cabeza perdedora, en mis imaginaciones perdedoras), (“no te trates mal, querido”). No estaba, de verdad, pidiendo mucho dinero por escribir en ese periódico. Sólo estaba insinuando que sería bonito, por fin, poder ganar algo de plata con mi escritura. Después mandé tres o cuatro artículos más y el editor, haciendo énfasis en que eran colaboraciones externas (gratuitas), decidió seguir publicándome los artículos sin mencionar la posibilidad remota de los 100mil pesos. Es decir: sin pagarme un solo peso. Si algún día, Dios lo quiera, a alguien le da por traducir este libro, o si a alguien bien internacional le cae este escrito en las

manos, podríamos ayudarle con la conversión de pesos a dólares: hoy, esos míseros 100mil pesos son exactamente 33 dólares.

Digamos, por traer un número de la nada, que el periódico venda (por ahí debe estar la cifra) unos 170.000 ejemplares diarios. Esa cifra, sabiendo que el periódico cuesta 1.300 pesos entre semana y 2.600 los fines de semana, nos daría el siguiente monto: 221 millones de pesos los días de semana (cada día) y 442 millones de pesos los fines de semana (cada día). 221 millones por 5 días de la semana es igual a 1.105 millones de pesos. Y 442 millones por los 2 días del fin de semana es igual a 884 millones de pesos. Si sumamos esos dos montos, nos daría así: 1.105 millones más 884 millones es igual a 1.989 millones de pesos a la semana. Entonces, si multiplicamos esa cifra por cuatro (las semanas del mes), nos da un monto de 7.956 millones de pesos al mes (7956'000000). Y falta sumar toda la publicidad (que es donde más ganan) y toda la parte digital... Es decir: mi propuesta era que de esos 7956'000000 (más todo lo otro que ganan) me dieran 100mil para escribir un artículo sobre cine, sobre libros, sobre cualquier cosa que pueda ser bonita para la gente. Pero no. Pero no. Y tenía razón la voz del editor en mi cabeza: “¿Por qué darle 100mil pesos a este pelafustán?, ¿quién se creyó, García Márquez? Que escriba gratis”. La idea de publicar ese primer artículo en el periódico no fue mía. Por esas épocas yo no quería publicar nada. Acababa de salir mi segundo libro y, como con el primero, todo eso de la publicación había sido demasiado triste (sin mencionar que el día del lanzamiento del segundo libro fue el mismo día que Juanita me contó que tenía un retraso largo y que estaba casi segura de que había quedado embarazada).

La idea de la publicación fue de la mamá de Juanita. Leyó un texto que yo había escrito, le gustó y me ayudó a hacer la gestión para que le llegara al editor del periódico. Aquel texto ya un poco remoto (que después se convirtió en el artículo) era una especie de discurso que yo había escrito para el Día del Idioma que se iba a “celebrar” en mi colegio. Mi amigo Camilo, que lo conocí en la Maestría y que después me lo llevé a trabajar conmigo en el colegio, era el jefe del área de lenguaje, y el rector, dos días antes, le había dicho que preparara algo para ese tal Día del Idioma. Camilo me dijo que

él no quería pararse ahí delante de los niños a hablar cháchara ni nada de eso, que lo ayude yo preparando unas palabras sobre la importancia de leer y ese tipo de cosas, y que, como ese año habían muerto un montón de escritores famosos, pusiéramos unas fotos de todos los personajes de “la cultura” y un video con frases bacanas de todo el que se haya muerto y que yo, al final, dijera el discurso sobre lo bonito de la literatura. Y yo, por supuesto, no dudé un segundo en ayudar a mi amigo Camilo. Camilo había sido mi salvación en ese trabajo. Ese día, el Día del Idioma, me fui de corbata, con el pelo bien agarradito, y después de que pasaron el video y las fotos me paré ahí en frente de todos los niños y de toda la gente y leí mi texto:

“Querido Rector, querido Rabino, queridos profesores, queridos estudiantes, queridos todos ustedes, amigos míos:

Cuando fui por primera vez a Cuba, en compañía de mi hermano y de dos buenos amigos, planeamos quedarnos algunos días en La Habana para luego hacer un pequeño viaje por el oriente de la isla. El primer día en la capital, cuando salimos por la puerta de la casa de familia donde nos estábamos quedando, mi hermano y mis amigos no sabían por dónde empezar. ¿A dónde ir?, ¿hacia dónde caminar?, ¿qué comer?, ¿qué hacer? ¿cómo cambiar dinero en ese extraño país que parece haberse estancado en el tiempo? Yo, en cambio, empecé a caminar por el Malecón como si La Habana fuera mi propia ciudad; mi propio universo. Le respondía a mi hermano cualquier tipo de pregunta sobre la isla: desde la compleja transformación política hasta dónde tomarse un buen café y escuchar buena música. Cuando habían pasado algunas horas de ese mágico primer día en La Habana, mi hermano sacó el siguiente comentario: “Broder, no me venga con cuentos, esta no es la primera vez que usted viene a Cuba”. En ese momento me percaté, de repente, de lo bien que yo conocía la isla. No sólo la parte urbanística, histórica y geográfica, sino la idiosincrasia de las gentes que caminan por las calles: su cultura, sus costumbres, su forma de entender la realidad. Todo aquel que haya ido a Cuba puede saber lo difícil que es establecer una conversación profunda con el cubano “de a pie”, pues las tensiones políticas hacen que toda relación social sea un poco complicada. En cuanto a mi propia experiencia, a

diferencia del grupo con el que viajé a la isla, me quedó muy fácil entablar relaciones estrechas con los pescadores, con los taxistas, con los vendedores de tabaco. Mi hermano y mis amigos no lograban entender el fenómeno (en un principio, ni yo mismo me creía la fluidez con la que andaba por ese complicado país). “La verdad –le dije a mi hermano– yo he estado miles de veces en esta isla. Por supuesto, esta la primera vez que mis pies tocan las calles de La Habana, pero he venido tantas veces a esta ciudad, tantas, que me parece haber vivido aquí por años”... Y mi hermano captó de inmediato a lo que me refería: yo nunca había ido a Cuba, nunca, pero había leído a José Lezama Lima, a Severo Sarduy, a Eliseo Diego, al Che Guevara, a Virgilio Piñera, a José Martí, a Alejo Carpentier, a Dulce María Loynaz, a Leonardo Padura... y a tantos otros poetas, narradores, historiadores, revolucionarios, cantores... Los libros me habían enseñado los misterios más recónditos de esa extraña y hermosa isla del caribe.

La idea de estas pequeñas palabras no es hablar sobre mí y sobre mi obsesión por los libros y por las diferentes manifestaciones culturales. La idea es hablar de ustedes. La idea es, sobre todo, tratar de pensar un momento en el porqué de leer. ¿Por qué nuestros papás –nuestros profesores, el estado, los mayores– nos insisten tanto en que leer es importante?, ¿POR QUÉ? Si leer es, simplemente, disfrutar la trama de una historia, ¿no daría lo mismo ver películas de acción?, ¿cuál es la diferencia entre Rápido y furioso y El Quijote de la Mancha? Por eso, y para que me entiendan, empecé este escrito con la historia de mi viaje a Cuba. El arte de leer es darse la oportunidad de crear una relación íntima, demasiado íntima, con un ser humano que no conocemos en persona. Leer es, literalmente, ponerse los zapatos del otro. Es entender que nuestro mundo, nuestra burbuja, es demasiado pequeña y que hay miles de formas de comprender y de acercarse a la realidad. Leer es entender que hay otros puntos de vista; que aquellos que nos han pintado como “enemigos” pueden ser grandes amigos, incluso nuestros mejores amigos... Recuerdo que, en la primaria, me encantaba ver películas de boxeo, y en esa obsesión por ver personajes pegándose puños, después de ver Rocky IV, yo creía que los rusos, esos ojiazules gigantes que habían puesto en riesgo la “democracia” estadounidense, eran los enemigos del mundo. Unos años después, leyendo los hermosos Relatos de Tolstoi, me di cuenta de lo linda que era la

cultura rusa y de lo errado que estaba Rocky Balboa dándole puños a un hijo de la tierra de Tolstói. Después vino Dostoievski, Erofeiev, Chéjov, Gorki, Tinianov, Gógol... Y hoy, lastimosamente, no he podido ir a Rusia, pero la tengo, con sus más hermosos secretos, incrustada en lo más profundo de mi alma.

Es por eso, amigos, por eso mismo, que leer es importante y, sobre todo, placentero. Porque, si no leemos, nos volvemos agresivos frente a todo lo que no se parezca a nosotros mismos. Y gracias a ese deliberado menosprecio por “lo otro” es que el mundo vive tan nervioso, tan bravo, tan enfermo. Hoy el mundo está más enfermo que nunca, y lo único que podemos hacer para mejorarlo es entender que no tenemos – como individuos– la verdad absoluta de las cosas. Que hay otras realidades, otras formas de comprender la vida. Lo único que podemos hacer es tomar el papel del buen lector: aquel que, bajo la luz de su lamparita, con el libro abierto, puede viajar por el mundo entendiendo los infinitos secretos de la realidad. Aquel que no irrespeta a un homosexual porque su poeta favorito es Arthur Rimbaud, aquel que no trata de imponer su religión porque ha leído a Rabindranath Tagore, a Edward Said y Etgar Keret. Aquel lector que no desprecia a los vagabundos porque adora la literatura de Charles Bukowski, de Paul Verlaine y de Jean Genet, aquel hombre que no maltrata a las mujeres porque ha leído a Marvel Moreno y a Virginia Woolf, aquella mujer que no maltrata a los hombres porque ha leído a William Shakespeare... Aquel lector que no piensa en los simplistas y reduccionistas términos de “derecha” e “izquierda” porque le encanta la literatura de Borges de la misma forma como le encanta la poesía de César Vallejo...

Los invito, amigos, a leer. Es decir: los invito a romper ese pequeño mundo en el que vivimos para descubrir ciertas cosas hermosas que nos van a hacer personas más tranquilas y, por supuesto, más felices.

MUCHAS GRACIAS, queridos amigos”.

Después, los del periódico le pusieron un título bien patético y le quitaron un montón de palabras (casi la mitad) y le pusieron más y más comas y dividieron los párrafos como si un párrafo no fuera lo que es un párrafo. Y yo por el teléfono discutiendo con el editor sobre dejar las comas como estaban y todo eso. Que por favor me creyera que esa cosa iba así (yo en verdad no sabía si iba así o no, pero a mí me gustaban las comas ahí). Usé el argumento de que yo era profesor de gramática, que por favor me crea por favor. Y salió el artículo (mucho más pequeño que el discurso), un poco con muchos errores de edición, pero salió y a la gente le gustó y me hice la ilusión de que me iba a convertir en uno de esos señores que les pagan por escribir una columna en un periódico famoso. Y no. Claramente no.

El rector del colegio, después del discurso, se acercó donde Camilo y lo felicitó por ese evento tan bonito. El Rabino también se puso muy feliz por todo el evento y, por supuesto, Camilo también. Todo había salido mejor de lo que esperábamos. Para agradecerme lo del discurso, Camilo me invitó a su apartamento de La Soledad a escuchar música y a tomarnos unos wisquicitos con soda. El viejo Cami era (es) un loco por la música. Sabe más de música que cualquier persona que yo haya conocido en el mundo. Tenía (¿tiene?) un programa de radio (en la emisora universitaria) donde hablaba un poco de la historia del rock clásico y donde hacía especiales musicales según el mes: “Diez años de tal disco de David Bowie”, “Tantos años del nacimiento de Lou Reed”, etc., etc., etc.... Me fui esa noche para la casa de Camilo y pusimos sus vinilos y nos quedamos hasta las cuatro de la mañana hablando de música, tomando wisqui con soda y hablando de lo duro que era ser profesor de un colegio. Hablamos, como en todas las buenas conversaciones, de todos los temas posibles, sin pegar las ideas, sin esa cohesión maldita que evalúan los profesores de lenguaje. Hablamos de que Malú, su novia, lo había cambiado por otro chico que no era tan oscuro como él. “Uno de esos maricas –decía Camilo– que dicen que aman a los animales y que son veganos y todo ese cuento y que se la pasan hablando de la paz mental y del amor pero que son más brutos que un hijueputa... y como Malú estaba metida en todo ese cuento de la filosofía de la india, mi hermano, y todo eso, el man ese la tramó y la chica se empezó a meter con el man y yo la descubrí, ¿me entiende, Óscar?, yo pensaba que eso de descubrir a la

mujer con otro eran cosas de las telenovelas. Y sí, la mandé para su mierda, le dije que sacara todas sus cosas del apartamento y todo eso que hacen en las telenovelas, y que ya, que se largara con ese hijueputa jipi maldito...”.

Y yo muerto de la risa con los cuentos del viejo Cami y el wisqui con soda va y el wisqui con soda viene (“la vida sube y baja”). Camilo pone un vinilo, escuchamos dos o tres canciones, y yo pongo otro. Él pone uno de Kraftwerk y mientras suena la música me echa todo el cuento de esa banda hermosa (yo la había escuchado por primera vez en Tel Aviv, tomando arak con mi amigo Manevich) y me explica todo eso de la masificación de la música electrónica a finales de los ochentas. Y yo pongo Bob Dylan y le echo todo el cuento y el viejo Cami me corrige las fechas y los nombres de los discos. Yo leuento mi historia de que le firmé un libro a este poeta Fernando en la Feria del Libro, le hablo de que vi esa edición de Eliseo Diego y me pongo a recitar todo borracho: “Y nombraré las cosas, tan despacio / que cuando pierda el Paraíso de mi calle/ y mis olvidos me la vuelvan sueño, /pueda llamarlas de pronto con el alba”. Y wisqui con soda va y wisqui con soda viene. Hablamos de Juanita y leuento que voy a ser papá y le digo que tengo que renunciar a ese colegio maldito. El viejo Cami me abraza, todo borracho ya, y me dice que qué lindo ser papá pero que qué miedo uno ser un perdedor vaciado como nosotros y tener que pagar los pañales y el jardín infantil y todo eso...

Y así va pasando la vida, la noche, las charlas lindas con los amigos (“gracias a Dios me traje a Camilo a trabajar al colegio”). Al siguiente día, después de hacer con el rector todo el recuento del Día del Idioma, nos salimos del colegio a desayunar en la tiendita de al lado y nos pusimos a charlar sobre las posibilidades que le va dando a uno la vida. Al viejo Cami también le gustaba escribir y no era fácil pensar en algo para hacer, pensar en algo “productivo” (como decía Papá), en algún trabajo donde uno pudiera estar bien. Entonces, como todos los que se han graduado de Ciencias Sociales, empezamos a charlar sobre la posibilidad (¡la única salida!) de ganarse la lotería: “¿Qué haría usted –me pregunta Camilo– si se ganara el Baloto? Y empieza uno a soñarse en un barco, con un sombrerito panameño, tomando Jack Daniel’s y hablando de la nueva

poesía chilena, o de cualquiera de esas cosas que uno no puede hablar porque son pura gastadera de tiempo y el tiempo es oro... “¿Sabe qué haría, mi hermano? –le digo yo al Cami después de haberlo meditado un buen rato–. Lo primero que hago es ir a la oficina de Charles (así se hacía llamar nuestro jefe, el coordinador académico de bachillerato) y le rompo esa cara horrible que tiene. Le pego un buen patadón en esa nariz putrefacta. Después recojo mis cosas, tranquilamente, y pido un taxi y me largo de este lugar sin despedirme de nadie. Despues compro una cabañita en algún lugar donde no hayan atracadores y me pongo a beber y a escribir libros como un desquiciado, sin intenciones de publicar nada. Me pongo ahí en mi cabañita a leer todo ese chorrero de Proust (que yo no entiendo cómo hay gente que tiene el tiempo para leerlo), me releo, bien leído, *Ulises* de Joyce, me pongo juicioso a revisar todas esas cosas gaseosas de la filosofía: Aristóteles, Epicuro, Anaxágoras, Schopenhauer, Spinoza... Y ya, tomo wisqui, escribo, leo, me meto al mar, como pescado, todo eso. Le doy a mi hermanito toda la plata para que él la administre y que me vaya mandando lo que necesito para mis libros y mi pescado y mi wisqui. Le doy algo a usted, algo a Miguel, algo a Samuel, algo a mi familia y ya. Creo que eso haría”. Y al viejo Cami le brillaban esos ojitos como sintiendo todo ese ambiente de estar ahí en el mar comiendo pescado, como sintiendo esas cosas desde lejos, como tratando de imaginarse todo eso que era imposible y que siempre iba a ser imposible. “¿Y usted, mi hermano?”, le pregunto. Y el Cami se queda mirándome, pensando y pensando, y me dice: “Yo la verdad, mi hermano, si le soy sincero, sacaría una cita al gastroenterólogo”. Y a mí, que siempre ando con esa tristeza que dan las cosas normales de la vida, se me rompió, de nuevo, el corazón. “¿Por qué al gastroenterólogo, viejo Cami?”. Y me contó que hacía mucho tiempo tenía una gastritis bien dura y que ningún médico público lo había podido atender bien. Que hacía horas y horas de fila en el hospital y que lo atendían 3 minutos y le decían que se tomara una de esas pastillitas para chupar. Que ha sufrido ya años con eso y que por eso es que le ha bajado tanto al trago (que esa tomateca de anoche había sido un excepción, que no tomaba así desde que lo cogió esa maldita gastritis). Que ha intentado ir a los médicos y todo, pero que le sale demasiado cara la consulta con uno de esos privados, más los exámenes, más la droga, más las escapadas del trabajo. Que ahora está endeudado con

todo eso de la maestría y el apartamento y esas cosas. Entonces que no, que le tocaba aguantarse ese dolor de tripas tan verraco.

“¿Cuánto le cuesta la cita privada, mi hermano?”, le pregunto. “Vea –me dice Camilo–, yo he hecho los cálculos y eso le mandan a uno unos exámenes y, dependiendo lo que sea, le mandan unas drogas carísimas. Yo teniendo ya, aquí, 700 mil pesos, me defiendo. Con esa platica yo creo que en dos o tres meses estoy bien del estómago”… y el viejo Cami sigue hablando y se va terminando el agüita aromática que había pedido con el buñuelo. “¿Y por qué no se a ahorrado ese billete, mi hermano?, es su salud”, le digo yo terminándome el café negro que había pedido con el buñuelo. “Por eso le digo, Óscar, porque estoy pagando el arriendo, los estudios estos que cada semestre van subiendo y subiendo, el mercado de la casa. ¿Usted cree que me alcanza con este sueldito de profe de colegio?”. Y era cierto: la plata, con ese sueldo, no alcanzaba ni para pagar la renta. Hice cálculos en mi cabeza y sí, yo tenía esa plata. Tenía como 900 mil pesos ahorrados. Le dije al viejo Cami que me espere ahí, que iba a la tienda a comprar unos Pielroja. Y me fui al cajero automático que estaba ahí al lado y saqué los 700 mil que necesitaba mi amigo. Compré los Pielroja con 3.200 y le di al viejo Cami los 696.800. “Coja, mi hermanito, ahí está esa plata para que vaya al gastroenterólogo y salga de eso de una vez”. Y el viejo Cami me dio un abrazo tranquilo, sin efusión, y me dijo que me los pagaba apenas pudiera, y yo que no, que era un regalo, el regalo de cumpleaños, que no le pare bolas a esa vaina…

Esa noche no pude dormir. Qué dolor de cuerpo pensar en que si yo me ganaba el Baloto iba a coger al jefe a patadas mientras que mi amigo, con la misma plata, hubiera pedido una cita para que lo revisara un buen médico. El problema, por supuesto, no era conmigo mismo (todavía hoy hubiera cogido a patadas a ese tal Charles), el problema era con este país en el que me ha tocado nacer, crecer y, al paso que vamos, morir aquí también. “¿Cómo es posible (me decía yo en esas meditaciones de la cama que no son ni vigilia ni sueño) que un muchacho tan brillante como Camilo, con un pregrado en Ciencias Sociales, con una maestría en Literatura, con un programa exitosísimo de radio, trabajando de jefe del área de lenguaje en un colegio, piense que si se gana el

Baloto lo primero que haría sería pedir una cita al médico?...¿Qué le pasa a este país?, ¿por qué todo funciona al revés?, ¿cómo puede ser posible, por Dios? Este es un muchacho que se dedica a educar a los futuros jefes de las multinacionales, a los futuros abogados, médicos, vagabundos, lo que sea, es un tipo que le hace bien al mundo... Este, de verdad que sí, es un mal país. Un mal país.

A las tres semanas ya estaba mejor el viejo Cami. Le hicieron unos exámenes y le mandaron unas pastillas carísimas. Tenía una hernia hiatal, o alguna cosa de esas bien cuánticas. Pudimos volver a retomar esas charlas de wisqui con soda y vinilos. Un sábado de esos hablamos de que el viejo Cami no había publicado nada pero que tenía dos borradores de novelas cortas y una buena cantidad de poemas en cuadernos regados por ahí. Ese día, un poco prendidos ya de tanto wisqui, me leyó sus poemas. Era bastante bueno lo que escribía el viejo Cami, pero, por supuesto, nadie se lo iba a publicar en Colombia, porque en Colombia los editores de poesía son “poetas” y no quieren buena competencia o no entienden nada que se salga de los parámetros del otoño y la flor marchita. Los poemas de Camilo, que habían sido pulidos y pulidos en sus estructuras sintácticas, hablaban de que quería conocer Estados Unidos y pasear por todo ese mundo sórdido del sur: Louisiana, Texas, Arizona, todo eso, y que quería vivir la vida rarísima de esas ciudades amargas como Detroit y Seattle, de donde había salido tanto músico tan sórdido y tan por fuera de los órdenes planetarios.

Después de la cita al gastroenterólogo, tomábamos wisqui con soda y escuchábamos vinilos casi todos los fines de semana. Hablábamos de cine (de esas películas casi imposibles de Werner Herzog), de poesía colombiana (de esos poemas casi imposibles de Raúl Gómez Jattin) y de lo lindo que sería poderse ir a los Estados Unidos a hacer un doctorado en cualquier cosa. Y hablábamos de las mujeres (de todo el cuento de Malú, sobre todo) y de lo aburridora que era esa gente defensora del medio ambiente y de las energías Yoguis y toda esa basura putrefacta. Y muy de vez en cuando, cuando ya estábamos muy borrachos, Camilo me leía de nuevo sus poemas y me preguntaba que qué tal, que si servirían para un libro o para publicarlos en alguna revista o algo, y yo, desde el fondo de mi corazón, le decía que a mí me encantaban los poemas, que eran

buenísimos, pero que iba a ser muy difícil que en este país aceptaran un libro de poemas que no hablara de los otoños europeos del XVIII. Que podíamos buscar la plata para hacer como yo hice con mi primer libro, que a mí me parecían excelentes textos para hacer un libro bien bonito, con ilustraciones y todo, que esos poemas tenían las dos únicas cosas que debe tener la literatura: ritmo y sinceridad. La imágenes, a diferencia de los poemas que a mí me habían publicado en el segundo libro, eran sencillas, tranquilas, suaves... “¿Y usted qué está haciendo, Óscar, siguió escribiendo?”. “Yo siempre estoy escribiendo, mi hermano, siempre. Ahora estoy cultivando una idea que puede ser buena, me surgió ese día que vi al poeta Fernando en la Feria del Libro. La idea es escribir un cuento, una fábula, un relato... La historia pasa toda en la cabeza del personaje: los recuerdos, los otros personajes que han pasado por su vida, pero este personaje (uno, el escritor, la primera persona del singular) está obsesionado por tratar de captar y de escribirle pequeños versos a las cosas normales que va viendo por ahí o que va recordando en sus divagaciones: una flor, un baño, esos dos perros que están ladrando afuera. La estructura ya está, el cuaderno ya está, sólo falta que llegue ese día que me pueda sentar horas y horas a escribir, escribir y escribir como si no hubiera un mañana. Me tocaría renunciar al colegio y largarme a cualquier lugar a escribir y a escribir y a escribir”... “No le entiendo, viejo Óscar, ¿lo que va escribiendo el escritor, que es el protagonista, son poemas aparte, o son parte del relato (de “la fábula”, como usted le dice)?, ¿es una novela con poemas?”, me dice el viejo Cami ya mareado de tanto wisqui con soda. “Sí, mi hermano Camiloski, la cosa es así: es como una novela con poemas, sí, pero esos poemas no funcionarían sin la novela y la novela no funcionaría sin los poemas. Por ejemplo: digamos que en unos meses (o años) yo voy estar escribiendo esta misma escena que estamos viviendo ahorita. El wisqui con soda, los vinilos, todo esto. Todas estas cosas lindas (las charlas, usted, el doctorado en Estados Unidos) van a aparecer en la prosa, en la fábula, en el relato. Pero hay algo más bello en todo esto, y es que usted no se ha dado cuenta de que la noche, que ha sido buenísima, tiene algo más importante que usted y que yo, ¿sabe qué es?, esos dos perros que están ahí en la calle y que no han dejado de ladear a la luna y a los atracadores. Si usted escucha bien, se va a dar cuenta de que esos perros han sido todo en esta noche, nos han dado el ambiente preciso para seguir hablando y hablando toda la noche... Pero

la gente no se da cuenta de esas cosas, de las cosas normales de la vida. Entonces el protagonista, después de darse cuenta de la existencia de los perros, se va a sentir responsable de decirlos, de nombrarlos. Y le va a decir al lector que lo disculpe un momento con la fábula, con la prosa, y que le dé espacio para escribir las cosas normales. Entonces, antes del poema, el escritor (el “yo retórico”) le va a decir al lector: <<hay que estar pendientes de las cosas normales porque son las cosas más importantes del mundo. Y es por eso, por esa obsesión tan verraca, amigo, que estoy escribiendo un libro que nombre las cosas>>”:

DOS PERROS

Dos perros altos se miran fuerte
y son lindos, los perros.
Son machos los dos y el pelo les flota
y los colmillos los hacen fuertes
y las lenguas que huelen y lloran los hacen personas
demasiado infinitas.

Trotan por el parque que está frío, oscuro,
y buscan agua y corren
y se ven a lo lejos, fuertes, un poco libres,
y lloran y corren y se muerden entre ellos
y sangran tan lindo y tan libres
y una mariposa pasa por encima de ellos
y ellos la miran y trotan por el parque frío, oscuro,
y llegan, cansados, y toman un poquito de agua.

Ya oscureciendo, con un poco de miedo de subir hasta más arriba de la circunvalar en la noche, me paro de la tienda (ya ha escampado bastante) y cambio un poco de

planes. Decido, más bien, llegar a la casa de mis papás, que era el plan inicial. A mi vieja casa. Estaba (yo) a exactamente ocho cuadras (más la bajada de la séptima) de esa casa hermosa donde habían pasado tantas cosas lindas y tantas cosas tristes a la vez. Ahí habían pasado cosas duras como ese fueguito un poco triste que se iba quemando a lo lejos de la ventana de mi cuarto, ahí me había dado el primer besito con Danielita, ahí le timbrábamos a los vecinos cuando Lolo y yo éramos esos niños gordos que no los dejaban entrar a las discotecas. “¿Será que se acuerdan de que mañana es mi cumpleaños?, ¿estaré ahí mi hermanito chiquito? No los veo hace mucho más de un mes. ¿Cómo seguirá Papá con esa nueva máquina de diálisis, será que le sigue pitando toda la noche?, ¿cómo estará Mamá?, no entro a la casa hace más de dos o tres meses, ¿seguirá Mamá pintando esos cuadros lindos?, ¿cómo estará el jardín?, ¿le siguieron dando agua con miel al colibrí que llaga todas las mañanas?, ¿qué café estarán comprando?

Bajando la séptima veo a un muchacho con un gorrito para el frío y me doy cuenta, en el instante en que lo veo, que viene hacia mí para atracarme. Uno viviendo en Bogotá aprende a entender esas cosas. Cualquier persona del resto del planeta creería que el atracador podría ser un pordiosero o un borracho agresivo que va pasado por ahí, pero no es así, nunca es el pordiosero o el gamín o el borracho o el señor que pasa insultado a todo el mundo: el atracador es el atracador y punto. No se distingue por su ropa o por el tipo de actividad que esté haciendo, el atracador se distingue porque uno lleva muchos años viviendo aquí y uno siente esas energías todas extrañas que se mueven alrededor de los atracadores. Uno sabe cuándo hay que salir corriendo y cuándo ya todo está perdido y hay que entregar las pertenencias para dejar abierta la posibilidad de no salir acuchillado. En este caso, bajando esa séptima oscura, oscurísima, decidido correr, decidido salir para arriba y darle una vuelta a la cuadra y esconderme. Me escondo en la parte de atrás de la sinagoga de la calle 94. “¿Hace cuánto no entro a esta sinagoga?”... ¡Años!... “¿Será que Daniel, el vigilante, sigue trabajando ahí?, ¿será que me dejan entrar?” Y salgo corriendo a la entrada de la sinagoga y timbro como un desesperado y toco la puerta con una moneda que tenía en el bolsillo y alcancé a ver al vigilante por ese vidrio oscuro, blindado, blindadísimo. No es Daniel, es un nuevo señor que jamás me ha

visto... “¿Qué se le ofrece, joven?”, me dice el vigilante. El atracador está a unos 20 metros y se da cuenta de que soy el mismo que salió corriendo apenas lo vio. Me doy cuenta de que, haga lo que haga, el nuevo vigilante no me va a dejar entrar. ¿Cómo podría convencerlo?: “señor, señor, se lo juro que yo soy judío. Mi familia paterna fue la primera familia judía en Colombia, llegaron a Barranquilla a finales del siglo XIX. Yo venía a esta sinagoga hace años”. No. Nada de eso iba a funcionar. El atracador a unos 10 metros y yo ahí, quieto, frío, sin otra opción que salir corriendo por la calle 95 que también está oscurísima, todo está solo, todo está oscuro. “Domingo 13 de septiembre del 2015. Mañana es mi cumpleaños”... Estoy a nada de la casa de mis papás, es sólo bajar rápido, con todas las fuerzas que me quedan.

Salgo corriendo por esa 95 como si no hubiera un mañana y me doy cuenta de que el atracador nunca me estuvo persiguiendo. Es decir: sí me estaba persiguiendo hasta que salí volado por la 95. Veo hacia atrás, no hay nada. Veo hacia delante y hay un viejito solo ofreciendo casas de citas y esas cuestiones. Ahí está ya la carrera 15 (donde voy a terminar vendiendo Marlboro). Me calmo, respiro hondo, cuento hasta diez (inhalo... “uno”... exhalo... “dos”... inhalo... “tres”... exhalo... “cuatro”... inhalo... “cinco”... exhalo... “seis”... etc.) y sigo caminando por la 95 con un poco de esa paranoia que trae el aire de los domingos. “Menos mal no entré a la sinagoga. Me hubiera traído esos recuerdos fuertes del domingo y no quiero recordar más, no quiero escribir más todo esto. Es muy doloroso leer las páginas del cuaderno y ver qué ha sido de la vida de uno, o de la vida, mejor dicho, que uno va tratando de reconstruir como una fábula, como una cosa extraña que uno va alucinando, como un disparate que realmente no pasó. (“no te hagas daño, querido”). Es que la vida, la verdad de existir, es mucho más compleja que todo esto. Todo esto lo va uno armando con gramática, con sintaxis, con semántica, con puntuación, con ortografía, pero mi vida, como todas las vidas, nada tiene que ver con la gramática. Las vidas reales son mucho más inverosímiles que cualquier jugada retórica que se pueda forjar con la lengua. Es exactamente como cuando Watson nos contaba, en ese relato *Un caso de identidad*, lo que le había dicho Sherlock Holmes:

"Mi querido amigo- dijo Sherlock Holmes, una vez que estábamos sentados los dos ante la lumbre de la chimenea de su apartamento en Baker Street-, la vida es infinitamente más extraña que cualquier cosa que pudiera inventar la mente humana. Hay cosas que en realidad no son más que vulgaridades de la existencia, pero que nosotros no nos atreveríamos a concebir siquiera. Si pudiéramos salir volando juntos por esa ventana, flotar sobre esta gran ciudad, retirar con suavidad los tejados y atisbar las cosas raras que pasan, las coincidencias extrañas, los planes, los mal entendidos, las series maravillosas de hechos que suceden a lo largo de varias generaciones y que conducen a los resultados más chocantes, entonces todas las obras de ficción, con sus convencionalismos y sus conclusiones previstas, nos parecerían harto trilladas e infecundas".

Es exactamente como eso. Ver tan de cerca la sinagoga, por ejemplo, le hace a uno darse cuenta de la cantidad infinita (infinitamente infinita) de huecos que uno va dejando cuando cuenta lo que ha sido de la vida. Es eso que nos decía el profe de guion cinematográfico en esa pequeña academia donde logré terminar, antes de irme por segunda vez a Israel, ese diplomado bellísimo, ese diplomado sin pretensiones de nada aparte de enseñarle a los muchachos a entender un poco más sobre cine. "Si usted me cuenta su día de hoy –le decía el profe a un alumno extrañísimo que se sentaba en la parte de atrás de la academia–, me va a contar que se levantó de la cama, que se metió a la ducha, que se comió el desayuno, que se fue a trabajar, que almorzó con sus compañeros de oficina, que volvió a la oficina, que a las tres de la tarde se recordó que tenía que hacer la tarea para el diplomado, que se hizo el enfermo para poder salir más temprano del trabajo, que volvió a su casa para hacer la tarea, que la hizo y que después se comió un sándwich, que cogió el bus para venir a la academia y que acá está. ¿Ciento?... Así es como narramos –seguía el profe–, como contamos las historias, porque sería imposible la comunicación con los otros si tratamos de contar los instantes que no tienen importancia para el interlocutor. Pero esos instantes, señores, son los que hacen que la realidad sea posible. Si usted intentara contarme su día bien contado, bien contado, tardaría (como en el cuento de Borges) un día entero en el relato. Y yo soy una persona muy ocupada para quedarme 24 horas escuchando sus 24 horas. Desde que

usted se levantó de la cama hasta que se metió a la ducha pasaron una cantidad de cosas (interminables) que usted, así quiera, no me podría narrar, no me las podría contar porque no se acuerda o porque fueron tan irrelevantes que no tienen sentido en una conversación. Eso, esos brincos en el tiempo que hacen que una historia avance, es lo que en el cine llamamos “la *elipsis*”. El cine –seguía el profe todo mojado porque había llegado en moto– es el arte más artificioso de todos porque se tiene que ver y que contar a través del sonido, de la fotografía y de la actuación. Usted, en dos horas, ojo a los tiempos cinematográficos, me tiene que contar una historia, pero usted no puede escribir en su guion: <<Pepito se sintió deprimido>>, porque eso no se ve. El cine es tan artificioso porque todo se tiene que ver o que escuchar en poco tiempo, en el tiempo que resiste cualquier ser humano en una sala, sentado, esperando a que le digan algo, ¡lo audiovisual! Yo puedo estar deprimido ahora pero parecer un tipo feliz. No me veo deprimido. Si usted quiere que su público se de cuenta de que su personaje está deprimido, le tocaría escribir algo que se vea, y siempre en el presente, porque, así usted esté contando el pasado, todo ocurre ahí, en el instante audiovisual: <<Pepito mira la foto de Pepita y la tira por el inodoro. Se mira al espejo y se da cuenta de que está llorando>>... Voy a lo que voy: en ese artificio tan verraco, entonces, usted tiene que pensar en un equilibrio entre la *elipsis* (los saltos de tiempo) y lo que usted quiere alargar en el tiempo. De pronto usted prefiere dejar a su Pepito diez minutos en frente del espejo, pero contar toda su infancia en uno o dos minutos. El arte del cine no es más que ese juego entre la *elipsis* (lo que no queremos contar) y la *distensión* (esos alargamientos intencionales que le damos a una historia para poder decir lo que queremos decir). El arte del guion es, a fin de cuentas, el arte de la *elipsis*, es el arte de “no decir” para luego tener más tiempo para poder decir. ¿Y hemos logrado captar algo de la vida de Pepito? La respuesta, claro, es que NO. Usted me puede contar su día de la mejor forma posible, manejando a la perfección los conceptos de *elipsis* y *distensión*, pero yo nunca podría entender algo, ni siquiera algo, de la complejidad de su día. Es por eso que el cine es tan bonito. ¿Cómo hacemos, en dos horas, para que el espectador vea y escuche el espíritu, así sea mínimo, de lo que quiero decir?”...

La sinagoga fue importante, muy importante, porque ahí pasaron mis clases de filosofía judía con el rabino Menahem. Estaría siendo poco inteligente si uso aquí el famoso arte de la *elipsis*... Un día normal de la vida (“las cosas normales”), uno de esos días que parecen vacíos pero que están llenos de canecas y de perros y de sombrillas y de la geometría del amor que flota un poco por los aires, Samuel nos invitó a almorzar al club. Yo estaba terminando los exámenes finales del primer semestre de la Universidad y estábamos charlando ahí en la mesa sobre las cosas, comiendo carne término medio (1/2) y papitas fritas, hablando de la falta que nos hacían esos recreos jugando a patear a todo el mundo. En ese momento se acercó el rabino Menahem a la mesa y saludó a todos los que estábamos ahí: a mi hermanito, a Lolo, a Samuel, a Tatianita y a un par de amigos más. Cuando llegó a mi lado de la mesa me saludó muy amorosamente y me dijo que hacía tiempos que no me veía por ahí, en algún evento de la comunidad o algo. Le dije que sí, que estaba un poco alejado de todo ese cuento judío...

- ...¿Y qué andas haciendo de la vida, Óscar?-, me preguntó el rabino.
- Pues nada, Rab, por ahí estudiando duro-, le respondí.
- ¿Y qué andas estudiando, Óscar?
- Filosofía, Rab.
- Ah, mira qué bonito..... deberías, también, estudiar la filosofía de nosotros. Esa filosofía que no se llama “filosofía” pero que existe mucho antes que Aristóteles y que la cultura griega. Esa filosofía que nos ha dado la vida y el amor y la subsistencia por tantos siglos. Si algún día quieres aprender no sólo lo de René Descartes y lo de David Hume, sino, también, el pensamiento de tus ancestros, llámame y organizamos unas clasecitas privadas. No va a ser nada comunitario, sólo tú y yo, y hacemos como una especie de “filosofías comparadas”.

...y el rabino Menahem se despidió de todos con esa oración de siempre: “¡*Keep it Jewish!*”, y se fue a saludar a unas señoras de la comunidad que estaban enfrente nuestro... Contra todos los pronósticos de mis amigos (que escucharon atentamente la conversación), que decían que yo parecía un antisemita, decidí llamar al rabino, unas semanas después de ese día, para entender un poco sobre el misticismo religioso, un tema que me interesaba pero que no sabía cómo abordarlo. ¿Qué era todo eso de la Cabalá y del Talmud y todas esas cosas que habíamos oído mencionar en el colegio pero que ni siquiera habíamos tratado de acercárnosles? Así, desde el día en que llamé al Rab Menahem, duré cuatro años y medio (toda mi carrera universitaria) estudiando la filosofía judía. Mi único vínculo con esa comunidad que tanto criticaba (que tanto critico hoy) fueron mis clases privadas con el Rab Menahem y las invitadas, muy esporádicas, al club. Al club lindo.

Pasábamos horas con el rabino Menahem discutiendo dos o tres oraciones de algún texto sagrado, del *Talmud*, del *Zohar*, del *Tania*, del *Humash*... Horas discutiendo (casi gritando) sobre los distintos puntos de vista que se pueden formar gracias a ese lenguaje ultra poético de las escrituras judías. “Cuando Dios le entregó al pueblo las escrituras – dijo una vez el rabino Menahem–, dice la *Torá* que la gente que estaba ahí, en frente de Moisés, escuchó relámpagos y vio truenos, y se sigue narrando la historia que hoy celebramos como la entrega de nuestras leyes. Un lector despistado, digámosle así, sigue leyendo la historia y no se da cuenta del “error”: el *trueno* es el sonido (no se puede ver) y el *relámpago* es la imagen, la luz (no se puede escuchar). Un buen lector, digámosle así, se detiene en ese pasaje y se hace las preguntas pertinentes: ¿es un error en la escritura?, o, si no es un error, ¿qué me están tratando de decir?, ¿por qué vieron los truenos (eso no tiene sentido alguno) y escucharon los relámpagos (eso tampoco tiene ningún sentido)?... Nuestros sabios –seguía el Rabino Menahem– explican esto de una forma muy bella y muy verdadera: la intención de este pasaje de la *Torá*, dicen, es hacerle entender al hombre que el comportamiento de la naturaleza depende de Dios. Si Dios quiere (en su secreto e inentendible “plan divino”) que cuando yo levante esta mesa la mesa se quede volando en el aire, ahí se va quedar volando la mesa sin respetar

la “ley de la gravedad” o la tercera ley de Newton. La vida (todo aspecto de la realidad) depende de ese “plan divino”. Si Dios quiere hacer que el pueblo vea los truenos y escuche los relámpagos, así va a hacer. Y ese fue, precisamente, el mensaje divino al entregarnos las leyes: <<Señores y señoras, yo soy el creador del mundo, el mundo no se hizo solito. Su realidad, su forma de ver las cosas, depende de mí>>”.

Y yo, fascinado, como siempre, con la clase de Menahem, fascinado con esa imagen potente, con ese poema de ver los truenos y de escuchar los relámpagos, le pregunté al rabino sobre el problema del libre albedrío: “Si todo está determinado por el deseo de Dios, y Dios puede hacer lo que quiera con el mundo, ¿cómo es posible que seamos libres de hacer “el bien” y “el mal”?”. Y el rabino, sabiamente (como siempre) me hizo caer en cuenta de la falta de entendimiento teológico que había en mi pregunta. “Mira, Óscar, respondió el rabino. ¿Conoces ese argumento de “La Lógica” que trata de absurdizar la omnipotencia de Dios? El argumento dice así: ¿Dios podría crear una piedra que él mismo no pueda levantar? Como es más que obvio, la pregunta tiene una cascarita: si Dios pudiera crear esa piedra, no sería omnisciente, pues no podría levantarla. Y si Dios pudiera levantar la piedra, tampoco sería omnisciente, pues no pudo crear esa piedra que él mismo no pudiera levantar. Ojo a esto, Óscar –seguía el rabino–: desde el punto de vista analítico, filosófico, es un buen argumento. Es una buena pregunta. Es decir: la lógica de la pregunta funciona. Pero es una pregunta que no tiene ninguna validez para alguien que piense bien los problemas místicos de la realidad. Cuando un humano hace esa pregunta (“¿Dios podría crear una piedra que él mismo no pueda levantar?”) le está aplicando a Dios las categorías humanas. Es decir: el tiempo y el espacio. Si metemos a la divinidad en una lógica espaciotemporal, aquella pregunta adquiere sentido, pero Dios, para nosotros, es ilimitado, infinito, incomprendible, no tiene ni tiempo ni materia ni espacio. No tiene cuerpo. Y es por eso mismo que es omnisciente: todo lo puede porque nada lo limita. La respuesta a la pregunta de la piedra es la misma que a la pregunta que me haces sobre el libre albedrío. Dios sí puede levantar la piedra y no levantarla al mismo tiempo (hablando de nuestro tiempo) y puede crearla y no crearla al mismo tiempo (hablando de nuestro tiempo), porque ese concepto, “El Tiempo”, está creado por ÉL y no lo rige a ÉL. ¿Si Dios sabe

todo lo que va a pasar (me preguntas tú), cómo puedo ser libre de mis actos? La respuesta es la misma: el futuro y el pasado y el presente son formas humanas de organizar la realidad. Dios sabe lo que va a pasar contigo, pero, al mismo tiempo, tú puedes decidir lo que va a ser de ti. Recuerda esto, Óscar: Dios está en todos los tiempos y en todas las formas, y Dios está, a su vez, en ningún tiempo y en ninguna forma...”.

Llego a la casa de mis papás todo agitado, todo loco, todo raro. Es esa sensación que sólo se siente cuando uno sabe que lo van a atracar. En la portería de la casa está Juancho de vigilante de turno. Un gran amigo mío, Juancho. Uno de los dos o tres grandes maestros que he tenido en la vida. Juancho y yo compartíamos libros, películas, filosofías de vida, Chocorramos, gaseosas, empanadas... Juancho es el mejor lector que conozco: ha leído casi todas las novelas francesas del XIX, ha leído casi toda la literatura rusa, ha leído todos los libros que va encontrando, poco a poco, en esas librerías hermosas del centro de la ciudad; esas librerías de libros de segunda que uno entra y que el olor a libro (el mejor olor del mundo) le llega a uno hasta los intestinos. Cuando llegaron las cajas con las mil copias de mi primer libro, esa extrañísima sensación de ver el nombre de uno en un libro, lo primero que hice fue sacar una copia, quitarle el plastiquito, olerla y regalársela a Juancho. Nos dimos un abrazo enorme, gigantesco.

Juancho me abre la puerta y me ve todo mugriento, yo con ese miedo y ese frío de la casi-atracada: “Mijo, ¿usted hace cuánto no venía por acá?” Y le doy un abrazo y nos quedamos charlando un rato. “¿Cómo está usted, Juanchito?, ¿qué anda leyendo, mi hermano?”... “No, –dice Juancho–, pues acá, igual, todo lo mismo, mijo. Los mismos con las mismas. Ahora su hermano me prestó esos tres tomitos de los cuentos de Cortázar. Esa colección que usted compró barata allá en la feria de la Universidad”. “Ah, bueno, Juanchito, bacano... ¿Y mis papás andan por ahí?”. “Sí, Oscarcito, por ahí andan, siga, siga”... Y timbro el timbre y me abre Mamá. “Mi vidaaaaaaaaaaa, ¿cómo estáááááássss? Estás todo sucio. Ya nos estabas poniendo nerviosos, ñññerrvoosooss... ¿Cómo te fue en el viaje? Cuéntamelo todo”... “Bien, mamita, todo

muy bien. ¿Cómo siguió Papá?, ¿cómo va lo de la diálisis?"... "Bien, mi vida, ahí vamos, acostumbrándonos a la cosa". Y me quedo ahí un buen rato con Mamá, dándole un abrazo gigante, me sirve café recién hecho. Después entro al cuarto de mi hermanito chiquito, que ya es un señor, y me le tiro en la cama a darle besos y besos por todo lado. Voy donde Papá, entro al cuarto, y lo veo ahí en la cama viendo un partido de béisbol (un partido de los Yankees de Nueva York, por supuesto). No lo veo mal, al viejo. Siento, de inmediato, que la diálisis le ha hecho bien, le ha dado color, le ha dado como esa chispita que había perdido.

"Vamos a ir a cine de 9:30 en Unicentro –dice mi hermanito chiquito–, vamos a ver *Hombre irracional*, la nueva de Woody Allen. Venga con nosotros, no sea marica". Papá, como siempre (obsesionado con el cuento de apagar las luces de la casa), sale de último para cerciorarse de que no haya quedado nada prendido. "Hasta luego, Juanchito, ahora que vuelva seguimos charlándola". Ya en el carro, yendo para Unicentro (mi cerebro agotado, mi cuerpo más que agotado, tenía miles de historias extrañas que contar sobre ese viaje a las montañas de Bogotá, pero no le había dicho a nadie de esa aventura absurda (sólo Juanita sabía), la familia creía que me había ido a un retiro espiritual donde no había teléfonos ni nada eso. Le había dicho a Mamá que no me pregunte mucho sobre el viaje porque era un poco secreta la cosa, un poco íntima), me cuenta Mamá (íbamos mi hermano y yo atrás, Mamá adelante y Papá manejando) que habían hablado hacia unas horas con mi hermanito y con Nicole, que están bien, que están felices con lo del matrimonio. Que mi hermanito va en unas semanas a trabajar a Estados Unidos, que le pida algo de cumpleaños, libros, ropa, que aproveche, que le escriba, que no lo abandone al hermanito. Llegamos a Unicentro y con el olor a pan que sale de algún restaurante me doy cuenta ("me di cuenta" porque todo se narra en pasado) de que tenía mucha hambre. Sólo había comido un queso, café y dos paquetes de Pielroja. "Papá –le digo a Papá- comprémonos unas crispetas grandes. No como hace como 24 horas"..."¿Cómo estás de plata, hijo?", me pregunta Papá... "Mal, Papá, quebrado. Sin un peso. Pero ahí voy. Estoy escribiendo mucho".

Y comprar esas crispetas enormes y meterse a ver esa película linda (no era tan mala como leí después en las críticas colombianas). Era una buena película: *elipsis/distensión*, bien trabajados los diálogos, excelente actuación. Una buena película. “Woody Allen es un puto genio”, decía mi hermanito lindo después de salir del cine. Y yo que sí, que Woody Allen era un puto genio. “Y ese Joaquin Phoenix es un puto genio”. Y yo que sí, que ese Joaquin Phoenix era un puto genio. Devolviéndonos a la casa de Papá y Mamá, ya muy de noche, discutimos y discutimos y discutimos la película. Papá, como con todas las películas del mundo, se había aburrido y se había salido 20 minutos de la sala de cine. “Muy mamón ese Woody Allen –decía–, siempre hace la misma mierda. Es siempre la misma película. Un tipo muy pesado, ese Woody Allen, muy neurótico, muy desquiciado”. A Mamá sí le había gustado. Mi hermanito decía que era genial, yo decía que era una buena película, y así y así. Todos en ese carro diciéndome que yo iba a terminar como ese personaje de la película, un profesor de filosofía que encuentra el sentido de su vida cuando decide asesinar a un juez corrupto. Y sí. Algo de lo que decía mi familia podía ser verdad.

Llegamos a casa y Mamá se puso a calentar un pollo que habían pedido a Kokoriko el día anterior (siempre se narra en pasado). Se puso, también, a preparar una ensalada gigante y un poco de pasta con queso y tomate. Le dije a Mamá (agua, agua, agua) que tenía que bañarme urgente, que estaba muy mugriento, demasiado para ser verdad. Y en la ducha, mirando por la ventanita chiquita de la ducha de ese baño que también trae tantos recuerdos, todas las ramitas cayendo de ese enredo de pelo, todo el trajín de hace más de un mes flotando en el vapor (vapor, vapor, vapor). La vida, pensé, está en el vapor, en el aire-agua, en el efecto del aire y el agua que se va regando por el cuerpo de uno. Ese cuerpo, este cuerpo, que parece imposible. Este cuerpo que, imposiblemente, había sido el mismo que estuvo en la Universidad, el mismo que ha tratado tanto, tanto, tanto. Es imposible ver hoy mis manos llenas de agua y aire y ramas y pensar que esas manos habían sido las mismas que cogían los cuadernos del colegio, las mismas manos que le habían tocado la boca y los pies a Danielita y las mismas cuerdas vocales y el mismo pulmón que le habían dicho que saliéramos un día a comprar un millón y medio de fresas. “Nunca seremos más jóvenes”, decía Rodrigo Parra Sandoval, el sociólogo

valluno, citando al gran William Shakespeare. “Nunca seremos más jóvenes”, pensaba yo en esa ducha. “Nunca seremos más jóvenes”. Es decir, pensaba yo, no es que nunca más volveremos a la juventud (eso claro que es posible), lo que dice Shakespeare en la voz de Sandoval es que estas manos llenas de agua, esta cara, estas rodillas, nunca van a levantarse un día con uno o dos años menos de vida. Mi cuerpo no se va a levantar mañana a vestirse con el uniforme para salir a esperar la ruta del colegio.

“¡YA ESTÁ LA COMIDA!”, grita mi hermanito desde afuera del baño. “¡YA VOY!”, grito yo. Salgo de la ducha y veo mi cuarto, lo que antes era de mi cuarto, veo todos esos libros que no me pude llevar al apartamento que alquilamos con Juanita, veo las libretas donde están los borradores de mis dos libritos de mierda, me veo a mí, ahí, cuando la vida era un poco más ligera, más musical, menos exagerada que hoy. “¿Usted ha visto un librito azul de Parra Sandoval –le digo a mi hermanito-, uno con una ilustración de una chica pelirroja en la portada?”... “No sé, mi hermanito, busque ahí en sus cosas. Oiga, le he cogido libros. He estado leyendo estos meses. Ahora estoy leyendo *Una cuestión personal* de Kenzaburo Oé... Unos putos genios esos japoneses, desquiciados como ellos solos”... Y yo que sí, que unos putos genios desquiciados. Y vamos a la cocina y nos vamos comiendo el pollito, la pasta, la ensalada exquisita, como todo lo que hace Mamá, y hablamos de mi supuesto viaje espiritual y todo eso y del matrimonio de mi hermano, que siempre ha sido de mi misma edad y de mi mismo espíritu. “¿Tú te vas a casar con Juana, hijo?”, decía Papá. “No, Papá, no. No tengo un centavo, no sé nada de mi vida, no sé qué quiero hacer con lo que quiero hacer con mi vida. No sé nada, no sé nada de nada... Bueno, familia linda, estoy agotado. Me voy a quedar acá esta noche, mañana salgo temprano para mi apartamento”.

El sueño, como era más que obvio, fue con Danielita. Hace mucho, más de un mes, que no soñaba con ella. Era demasiado obvio: después de escribir páginas y páginas sobre ella, era evidente que iba a volver a mí esa imagen dura, llena de dolor, ese pelito gris, esas fresas, esos pies hermosos, los pies más hermosos del planeta tierra. Esta vez el sueño había sido demasiado literal (“...la tal Danielita, en tus sueños, no es esa

muchacha de dieciséis años que habías amado en el colegio. Es, querido, una advertencia de que tienes que escucharte bien a ti mismo...”). No sé qué metáfora vería el doctor Antonio en este caso, pero, para mí, fue demasiado literal, demasiado evidente: la venganza, la venganza, ese tema que tanto nos gusta ver en las películas, el tema de *Hamlet*, la venganza, la venganza, el tema de los neuróticos que andamos por ahí pensando que el mundo nos debe algo, que la vida tiene que ser justa, equitativa. El sueño de ayer con Danielita, como todos los sueños, no se puede contar. Porque la *elipsis* y la *distensión* (como contamos nuestras historias) son herramientas para tratar de captar el tiempo existencial, y el sueño, “los sueños”, ocurren en otros tiempos... Es por eso que es tan aburrido escuchar a alguien contando un sueño: sabemos que no pasó en este mundo y sabemos que la narración está siendo adaptada al tiempo del reloj. “¿El tiempo, el prohibido tiempo, es una cosa normal?” No lo es. No es una flor, no es una caneca, no es una huella. No es un perro, el tiempo. Es, más bien, todas las cosas normales: la flor ocurre porque ocurre el tiempo y el tiempo ocurre porque ocurre la flor. El tiempo es la cosa más normal del mundo: el tiempo es la flor y el sueño, el tiempo es la caneca, el tiempo es la gramática de las cosas, el tiempo es la ortografía y la sintaxis de este cuarto que en otro tiempo fue mi cuarto. El tiempo es la semántica, el lenguaje, el idioma. El tiempo es el idioma del afiche de Cantinflas que está ahí, en la pared. Es el idioma de este jugo de feijoa, es el idioma, la gramática de este morral que me regaló Juanita, de este cuaderno, de este esfero, de esta cama. El tiempo es la cosa más normal del mundo. El tiempo es este libro; este libro que no debe hablar del tiempo, este libro que es del tiempo, que es tiempo.

Me tiro en la que antes era mi cama y veo, de nuevo, las cosas. Las cosas normales, las cosas del tiempo. Y recuerdo lo que puedo recordar de lo que ha sido de mi tiempo, de mis tiempos. Recuerdo el día extraño de ayer, el centro comercial, el viejito, la montaña ya a lo lejos, la sinagoga, Juanchito, la película, la ducha, el pollo, los libros, la cama. “¿Y hoy qué ves, profesor Graff?. Todos estamos interesados en saber qué cosas normales te rodean a ti, que eres tan importante”. El afiche de Cantinflas, veo, el jugo de feijoa, mi libro, mi cuaderno, mi escritura fracasada, mi vida, mi tiempo, mis

tiempos. Hoy recuerdo, hoy recuerdo, hoy recuerdo que estoy escribiendo un libro que nombre las cosas:

EL TIEMPO

El tiempo es el idioma de Dios.
Es posible verlo, al tiempo,
cuando en una montaña se van alejando
las vacas y se van yendo tan lento
que dan ganas de quedarse ahí para siempre,
aprendiendo el lenguaje que puede decir todo
sobre ver una vaca que se va, a lo lejos,
como saliéndose de un cuadro que se pinta a sí mismo,
en su propia fiebre,
en su propio tiempo.

Es enorme y pequeño, el tiempo.
No es físico, no es químico, no es biológico...
No es filosófico ni poético ni sociológico.
El tiempo es tiémpico.
Es tan grande y tan secreto
que un buen viejito me dijo una vez
que todas las cosas son del tiempo
porque es el tiempo el que permite las cosas.

Hoy es Hoy. Es lunes. (“Un café”). Hervir el agua en la casa de mis papás y pensar en ese sueño maldito. “No más, Diosito, no quiero pensar más en Danielita, no quiero soñar más con ella”. El sueño (qué aburrido que es escuchar el sueño de otro) había sido tan literal, tan “*la venganza, la venganza, ese tema que tanto nos gusta ver en las*

películas, el tema de Hamlet, la venganza, la venganza, el tema de los neuróticos que andamos por ahí pensando que el mundo nos debe algo, que la vida tiene que ser justa, equitativa” que me daría vergüenza decirlo. De todas formas, por supuesto, lo voy a decir:

Danielita corría y corría por el pasto de uno de esos campamentos que hacíamos en la época del colegio (algún día, si Dios quiere y me da fuerza, escribiré una novela de 300 páginas hablando solamente de esos campamentos). El escenario del sueño, la locación onírica, era, probablemente, ese mismo Melgar donde fui con Samuel a conocer obreros para armar nuestra revolución socialista. Pasa y pasa Danielita corriendo y corriendo y corriendo y corriendo, pasan las carpas, pasa una torre enorme construida con guadua, sin tiempo, sin tiempo, pasa Danielita corriendo, corriendo, volando... “*Danielita, Danielita, no corras, no corras, no vueles no vueles no vueles te veo en otro mundo querida Dnielita hijueputaaaa me veo en el aire en los aires el mar no hay lluvia ya, la espuma los huesos por fin naufragando en las filosofías de la prosa de mi corazón de aguardiente* (“cuénteme una historia, muchacho. Escríbame un libro y no sea usted tan triste que usted es poeta y saltarín y toda esa vaina”). Metal, hierro, hombre de hierro a las afueras del cuarto que se va, se va, se va se va se va se va. hierro y concreto degollado madera ciudad de perros dos perros ciudad de hijueputaaaaas... Ya estoy en el agua, mi amorcito, Danielita, mi amor, no corras no corras no vueles mi amor no vueles agüita de Dios, arena y líquido salado. Playa. La mar. Playa sagrada. Agua infinita de oler, ahora sí, el cerebro, las visiones de una campiña que habita la carne de una selva sin mata y sin cable. Carpas y guadua no hay nada aquí. Sólo yo (yo, yo ,yo) No hay bancos, no hay aspirina hoy no vamos al cine, preciosa. No hay cine en estas tierras de obreros sólo hay obreros hay que leer y leer a Marx y a Engellllsss Marx y Engels Marx Marx Guevara una mesa, un cuaderno, un lapicero un escribano de prosas delgaditas (una prosa de agüita aromática) Una novela estoy haciendo mi amor de jardinero tranquilo, un chorro de pequeñas filosofías atrapadas en todo eso que no se llama razón pura lógica de espíritu roto, mi amor yo te amo y tabaco fresco y café caliente, fresas, fresas, fresas, fresas fresas, fresas, fresas, fresas fresas, fresas, fresas, fresas fresas, fresas, fresas como decía el adagio

fresas,

fresas,

fresas,

limón,

fresas,

fresas,

fresas,

fresas,

fresas,

fresas,

fresas,

jresas,

Me nee

Maestr

Y Danielita sigue corriendo y corriendo y corriendo por ese campamento, pasa Samuel con la boina del Che, mi hermanito y Lolo y cantan y cantan: “Pi, pi, pi, piri, piri, pi, pi, piri, piri, pi, pipiripauuuuu, pauuuuu” Y logro llegar donde Danielita y la freno faltando un segundo cuántico para que se caiga a una piscina llena de barro, de harina, de huevos... Y se va Danielita otra vez, sale corriendo, volando, volando, por fin vuelve Danielita y me abraza, está llorando, tiene esos ojos tristísimos de la carta que le escribí antes de irme al kibutz. “Sí te necesito, Osquítar lindo, ayúdame a no caerme a esa piscina de huevos calientes, yo odio la leche, huele a bebé caliente”. “*Entonces cásate conmigo, amor mío. Soy Leonardo Favio cantando hoy corté una flor y tu pelo de niña, niña, amo tu pelo gris de niña. Amo tus pies, chuparía tus pies cinco días seguidos. CASÉMONOS MAÑANA, MAÑANA, MAÑANA*”. Y aparece mi hermanito vestido de mujer... “*mi hermanito lindo, gracias por venir –le digo–, mañana es mi matrimonio con Danielita y no voy porque no voy. La voy a dejar plantada en esa sinagoga por toda la vida. Por toda la hijueputa vida. QUE CUANDO SEA VIEJITA SIGA AHÍ PLANTADA ESTUDIANDO CLASES DE MISTICISMO CON EL RABINO MENASHE. JA, JA, JA...*” Vuelvo al campamento con la cara toda sucia, llena de huevos, llena de barro, de leche... ¿En qué hay que trabajar, muchachos?, le pregunto a mi amigo Víctor que está de jefe de construcción. Está dirigiendo la construcción más grande de la historia de las torres de guadua. “Osquítar, Osquítar –me dice mi amigo Víctor– corte usted diez guaduas de metro y medio para terminar lo del puente. Después miramos usted y yo si aguantan las bisagras o si toca ponerle cabuya”. Y toda la noche (en mi sueño, por supuesto, que es estúpido de contar porque lo adaptamos al tiempo del reloj), aparecía la imagen mía, mi yo-sueño, en tercera persona, con un machete en la mano, cortando y cortando y cortando y cortando palos y palos y palos de guadua. (y termina el sueño. Un sueño más. Uno de los miles y miles con Danielita).

- ¿Aló?, ¿aló?

- ¿Aló?

- ¿Juanita?, ¿mi amor?, holaaaaaaaaa, mi amor, ya llegué.
- Holaaaaaaaaaa, mi amorcito lindo, ¿cómo te fue?, hace mil años no te veo, hace mil años no hablamos, mi amor, ¿cómo estás?
- Estoy bien, preciosa, todo bien. Estoy ahora donde mis papás. ¿Sabías que hoy cumple años, mi amor?, como treinta, como treinta y un mil.
- Sííííí, feliz cumpleaños, mi amorcito. Yo tengo que trabajar en Cartagena la próxima semana, me toca hacerle unos vestidos a una gente ahí toda rara. ¿Quieres venir? Yo te compro el tiquete de regalo de cumpleaños. Me van a dar hotel y todo.
- Sí, mi amor, yo voy contigo. No tengo nada para hacer aquí. ¿Cuándo sería el viaje?...

...y así va pasando y pasando la vida del mal escritor. ¡No más maestrías!, ¡no más doctorados!, ¡no más trabajos forzados! Que viva el amor, que viva el cine, que vivan los árboles y el mar, que viva el desierto, que viva la poesía, que viva Cantinflas, *¡Que viva la música!*...

Llamé a mi hermanito y le dije que no tenía un peso para comprarle un regalo de cumpleaños, pero que le iba a dar el mejor regalo del mundo para su matrimonio. A los dos o tres días de mi regreso de las montañas (de ese viaje que todavía no veo con claridad) le dije a Mamá que me acompañara a Chía, a la casa de un primo nuestro que había sido un gran pintor pero que ahora estaba retirado porque la galería lo había estafado. Al primo le había tocado ponerse a trabajar duro en otras cosas. Llegamos a Chía, esos árboles hermosos, la montaña a lo lejos, la montaña gigante que se le esconde el pico de tantas nubes y nubes y nubes un poco mugrientas y aguadas que se atraviesan por todos los lados del aire. Hay vacas sólo en lo alto, hay aguas sólo en lo

alto, hay, todavía, en lo alto, un montón de árboles y de cosas lindas que vamos viendo cada vez menos cuando vamos bajando. La casa del primo es la casa real de un artista, llena de cuadros hermosos que ha intercambiado con otros artistas, llena de lienzos tirados por ahí, de tarros de pintura, de periódicos... Pasa un niño, su hijo, pasa otro tarro de pintura, pasa la esposa del primo ofreciéndonos algo de tomar, pasa una nube que bajó de la montaña y que va aterrizando en la sabana verde que todavía existe a las afueras de Bogotá maldita. Pasa un perro, un caballo, un pato, pasan las cosas normales, pasa todo lo que vale la pena en esta vida. “Mi broder –le digo a mi primo–, necesito darle a mi hermanito el mejor regalo de matrimonio del mundo. Quiero darle un cuadro tuyos de esos primeros, esos de los círculos y círculos todos infinitos, los que estabas haciendo antes de entrar a la galería. Pero primo, tengo un problema grande: no tengo un peso. Hace ya casi medio año que estoy sin trabajo. Yo te lo puedo ir pagando de a cuotas o algo”. Y el primo, como todo buen artista, no mencionó nada del dinero y se puso feliz de que haya pensado en él para el regalo de mi hermanito. Nada de platas ni de “billete, billete” ni nada de esas cosas que le importan tanto a los ganadores.

El primo sabía del amor tan gigante que nos tenemos mi hermanito y yo. Sabía lo importante que era para mí ese regalo. “Ven –me dijo–, vamos al taller y te muestro todo lo que quedó de la inundación” (la casa de Chía se había inundado en esas épocas de lluvia tan fuertes que habían destrozado la sabana. Esas lluvias <<agua, agua, agua>> que habían acabado con el trabajo de los campesinos a las afueras de Bogotá. Meses después de la inundación, todos los noticieros salieron diciendo que ahora había sequías en toda Colombia y que los niños se estaban muriendo de sed. “Este, de verdad que sí, es un mal país. Un mal país”). Los cuadros que quedaban en el taller eran hermosos, algunos tenían podrida la parte de abajo: se alcanzaba a ver la marca del agua que había tratado de llevárselos (agua, agua, agua). “Escoge el que quieras y págame lo que quieras. Lo que me puedas pagar”, dijo el primo y se salió del taller. Fue un momento bellísimo todo ese momento, yo ahí, solo, en un taller enorme viendo un montón de trabajos inacabados, de trabajos viejos, de obras de arte de la vida real. Escogí uno de los primeros cuadros que había hecho mi primo, un cuadro de círculos negros. Círculos, círculos, círculos, círculos infinitos que estaban atrapados por un

cuadrado, también negro, que daba la sensación de que eran tantos círculos que no los podía enmarcar. Los círculos negros hacían el efecto de una espiral, pero no era una espiral, eran una millonada de círculos adentro de otros círculos. El círculo más pequeño estaba en todo el centro del cuadro y así se iban agrandando y agrandando los círculos y los círculos y los círculos negros. “Muchas, muchas, muchas gracias, mi broder –le decía yo–. Este es el regalo más lindo que le puedo dar a mi hermano. No hay otro”. “Gracias a ti, viejo man”, y salimos por la carretera de la sabana.

Y volver a mi apartamento destartalado en la 56 con 1b. “Qué lindo todo eso de los círculos”. “Qué lindo regalo”. Y a esperar el viaje a Cartagena con Juanita. El proyecto de leer la obra completa de Tolstói, por supuesto, había fracasado desde el principio. El proyecto de mi libro nuevo, extrañamente, había tomado forma en ese centro comercial de pacotilla, mucho tiempo después de que se me había ocurrido la idea, y el proyecto de la valeriana, como siempre, seguía su rumbo normal. ¡Valeriana a lo que marque!, a lo que dé el cuerpo. Cuando entré al apartamento, el día después del cine, el día después de lo del viejito y del intento de atraco y todo eso, el día mismo de mi cumpleaños, dos o tres o cuatro días antes de mi paseo a Chía, había encontrado en el baño un tarrito de valeriana completamente lleno, nuevo. Seguro lo había comprado Juanita para ese día (seguramente demasiado ansioso) que yo llegara de la montaña. El apartamento estaba bien, estaba ordenado, limpio. Estaba bien porque Mónica, la hermana de Juanita, todavía seguía ahí viviendo con nosotros. Mónica (que en este libro le vamos a decir “El Conejo” porque ella siempre ha querido ser un conejo en un libro) trabajaba en el centro de la ciudad, en la Corte Constitucional, y limpiaba (limpia) mis mugreros por las mañanas, antes de salir a trabajar duro. Casi nunca nos vemos. El Conejo llega muy de noche, después de sus clases de yoga, cuando yo ya estoy luchando contra mi ansiedad para poder dormir, y se va en la mañanita mañanita, a hacer ejercicio en la montaña, cuando yo sigo luchando contra mi ansiedad para poder dormir. Por esos días, después del paseo a Chía, esperando mi viaje a Cartagena (faltaban cuatro o cinco días para el viaje) me dieron muchas ganas de volver a hablar con mis amigos. Esto de escribir la vida de uno le da a uno mucha nostalgia, más nostalgia de la ya exagerada nostalgia que uno vive todos los días de esta vida nostálgica. Escribiendo esto he llorado solo, sin

decirle a mis hermanitos ni nada. He llorado como no había llorado hace muchos años... ¿y qué le importa al lector que yo haya llorado? Pues debería importarle, porque llorar es llorar. Llorar no es decir: "Uy, mi vida es muy melancólica". No. Sacar lágrimas es sacar lágrimas.

Llamé a Miguel y gritamos de la emoción. No hablábamos hacía varios días. Me contó que ahora lo trasladaron a Guanajuato (un pueblito hermoso que yo ya conocía. Habíamos estado ahí cuando fuimos a México con toda la familia para ver la vida de trabajador serio que ahora tenía mi hermanito. Después nos fuimos los tres hermanitos a pasear por el país, a tomar tequila como unos descostillados, y terminamos en una cárcel de Puerto Vallarta. Los tres ahí, con un montón de travestis y de atracadores, rogándole al guardia que nos regale cigarrillos o papel higiénico. Mi hermanito le decía que si lo dejaban salir a hacer popó en otro baño, que ahí ya se estaba rebosando la mierda. "Joven –le decía el guardia–, esto no es un hotel, esto es la cárcel"... Y yo y mi otro hermanito no podíamos aguantar la risa. Fueron 24 horas de un poco de sufrimiento para tener historias para toda la vida. –algún día escribiré una novela sobre la cárcel en México–). Estaba bien, Miguel. Con un poco de nostalgia por todas las cosas de Colombia (las empanadas y ese tipo de cosas), pero bien. Me contó que estaba ahorrando para venir al matrimonio de mi hermanito y para, de paso, ver a todos los amigos. Que qué ganas de tomarse unos tragos conmigo y hablar de cuando yo era un tipo menos nervioso y nos quedábamos dormidos en los andenes del centro. Hablar de Chesterton, de Tolstói, de todos los babosos de la Universidad que eran mucho peores alumnos que nosotros pero que ahora están terminando doctorados en las mejores universidades del mundo.

Estuve pensando mucho tiempo, dándole vueltas al apartamento, a ver si llamaba a Cloé. Hacía años que no sabía nada de ella. "No sé, no sé, no sé. No sé. Después veo a ver si la llamo". Salgo del apartamento (tengo cuatro o cinco días antes del viaje a Cartagena), con los audífonos puestos, unos bluyines grises que yo mismo me había comprado, una camisa de cuello blanco con puncicos negros (manga corta) que compré con un bono que me habían regalado en el colegio el diciembre pasado, mis botas

negras, mis boticas de siempre, y una chaqueta café que le había robado a alguno de mis hermanos. Voy bajando por esa carrera 1b, circunvalar, carrera segunda, carrera tercera, y me meto en Chapinero, tengo 100 mil pesos que le había pedido prestados a Papá. El morral que me regaló Juanita lleno de papeles, esferos, *Anna Karénina* en la traducción hermosa de Víctor Gallego (“Todas las familias felices se parecen; las desdichadas lo son cada una a su modo”) y el cuaderno *Caliber* que ya le quedan pocas hojas de vida. Mi objetivo, y el único objetivo de todo humano de todos los tiempos, el único derecho y el único deber de los hombres es siempre el mismo. Mi objetivo, con mis cuadernos y mis audífonos buscando un café de Chapinero, es el mismo objetivo de todo el mundo: tratar, de a poquitos, todos los días, de ser feliz. Tratar de andar feliz. Cuando yo era un escritor de bar y café, cuando creía que estaba haciendo algo importante, aquella vez que me fui a vivir por segunda vez a Israel, me gustaba ir a un café en el sur de Tel Aviv. Iba todos los días a tratar de armar mi primer librito, pedía mucho café, un sándwich a la hora del almuerzo y pasaba horas y horas ahí, escribiendo y fumando cigarrillos. Después me iba a un barcito y seguía escribiendo, tomaba cerveza y arak y después me veía con alguna gente que andaba por ahí. Después, en la mañana, volvía al café a editar lo que había escrito bajo el efecto de la cerveza y el arak. Aquí en Bogotá nunca hice eso. Me convertí en un hombre de bien y tanto trabajo y tanta maestría y tanta opinión de la gente sobre mi forma fracasada de escribir me obligó a escribir muy poco, muy sentado en el escritorio blanco que nos regaló El Conejo. “Colega Óscar: usted tiene que pulir lo que escribe –decía un viejito cacreco que tiene una librería en La Macarena–, usted no puede andar publicando esas porquerías como este libro que usted me trae aquí. Yo me demoro diez años en saber dónde poner una coma. Si usted quiere ser un escritor tiene que primero aprender a escribir. Saque ese libro de acá”.

Ese escritorio blanco, en mi cuarto, más parecido a la oficina de un intelectual que al lugar donde derrocha palabras un perdedor. “Aquí en Colombia –me decía a mí mismo caminando hacia el Café–, siempre se ha visto al escritor como a un intelectual, una idea completamente absurda, una idea que contradice todo lo que creo sobre el trabajo de un escritor. El escritor es aquel que se dedica la mayor cantidad del tiempo que le queda, porque tiene que trabajar en otras cosas, al oficio de perdedor. Es aquel que se pasa la

vida defendiendo una casita en el bosque, en el bosque mental, en el mar mental, pero que sabe que defenderla es imposible. El escritor es esa persona muy poco poética que sabe, que está seguro, que está haciendo algo que no le va a dar nada en la vida y que no le va a importar a nadie. La palabra “escritor”, escritor de verdad, es sinónima de la palabra “fracaso”. El escritor no es un señor de escritorio, del escritorio blanco que nos regaló El Conejo, porque la vida no le da el tiempo para sentarse horas, en el escritorio blanco, a escribir. El escritor es ese perdedor que va a un café y que todos lo miran como diciendo: <<¿Ese se creyó Sartre, o qué? Se ve tan ridículo ese pelafustán ahí escribiendo. Que se vaya para su casa a escribir. ¿Por qué tiene que hacer ese *showcito* que hacen todos los supuestos poetas? Uy, uy, soy un escritor triste, frustrado, vengo a los cafés a escribir mi triste mundo...>>”.

Bajé por la segunda y llegué a un café hermoso que me había mostrado Juanita. Café La Castaña, 8:50 am, guardé los audífonos y me percaté de que no hubiera alguien por ahí que pudiera denigrar mis ganas de sacar el cuaderno y empezar a escribir como un loco desquiciado demente. No hay nadie. Saco el cuaderno y lo releo... “Voy a llamar a Cloé”, pienso, “la voy a llamar”... y sigo leyendo todo esto y todo esto... Llega al café una muchacha con cara de extranjera y se sienta en la mesa de al lado. Yo pido otro café, fumo Pielroja, me pongo un poco triste, como casi siempre, por no haber cerrado ese ciclo de “poeta de bar”. Mi segundo viaje a Israel fue el momento más fuerte y más lleno de mi vida. Fue triste, repleto de aventuras malogradas, de rechazos amorosos, de angustias legales, de política, pero fue un momento donde pude entender que ya no me importaba ser un perdedor, que me gustaba irme a los cafés a escribir, que me gustaba mucho esa vida desatornillada que estábamos armando ahí. Si me tocara, en esta fábula, contar la época con más historias, con más “contenido”, contaría esos casi tres años que decidí dejar mi trabajo de “investigador de libros curiosos” en la Universidad, terminar mi diplomado en cine y largarme para Tel Aviv (para Yaffo) a terminar mi libro y a trabajar en lo que saliera.

Llega más gente a La Castaña. Dos viejitos, un señor con casco de motociclista, una muchacha hermosa que saca un libro de la editorial Tusquets (creo que es *Al sur de la*

frontera, al oeste del sol de Haruki Murakami). La muchacha con cara de extranjera saca un *Lonely Planet* y un mapa de Bogotá y pide, en inglés, una empanada de carne. “¿Cuál empanada, muñeca?”, pregunta la mesera. “Que la de carne”, me meto yo como un idiota irrespetuoso. El señor de la moto se quita el casco, por fin, y llama a alguien: “Aló, sí, sí, mi hermano, ya conseguimos tres bajos eléctricos buenos, el amplificador Marshall y el platillo ese raro que necesitaba Nico. Falta es escoger qué bajo vamos a comprar. Hay dos Fender hechos en México, enteritos, y un Ibanez también en muy buen estado. A mí me gusta más el Ibanez, creo que es mejor instrumento, pero usted sabe que este man va a decir que el Fender sólo porque es Fender. Un Fender es morado, como escarchado, el otro es negro y blanco clásico y el Ibanez es azul rey, azul Millos. Yo me iría por el Ibanez, pero toca ir hasta allá con este man a ver cuál escoge. Igual valen lo mismo, un poquito más el Ibanez. Es mejor instrumento... etc, etc. etc.”.

Suena Frank Sinatra en La Castaña, me paro al baño, dejo todas mis cosas ahí, no creo que me vayan a robar. Me miro al espejo y estoy feo, ese pelo no da un día más. “Voy a llamar a Cloé”, pienso. “¿Por qué hoy estoy así?, ¿por qué amanecí como tan feo, como tan raro?”, pienso. Pienso en eso de Barba Jacob: “...y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres, como en las noches lúgubres el llanto del pinar: el alma gime entonces bajo el dolor del mundo...”. Qué lindo eso de “bajo el dolor del mundo”, vuelvo a la mesa y el señor motociclista ya está sentado con la extranjera (“¿cómo hará la gente para ser tan simpática, tan sociable?”). Que es de Holanda, le dice al de la moto. Que llegó ayer a Bogotá y que no sabe qué hacer. (“¿yo vine aquí a escribir o a chismosear a la gente?”). Que dónde va a almorzar, le pregunta el motociclista. Que no sabe, que es su primera vez aquí en Latinoamérica y todas esas cosas. Y el motociclista que venga con él a la calle 85 a almorzar, que él la lleva en la moto, que tiene un casco extra, que ahí después se pueden tomar unos traguitos o algo. (“¿La gente no trabaja en este maldito país o qué hijueputas?, es un jueves a las diez de la mañana, por Dios”).

Suena Louis Armstrong en La Castaña (“Voy a llamar a Cloé”). Llamo al viejo Cami para charlar de la vida. No hablo con el hombre hace mucho tiempo. “Le voy a contar a Camilo que ya apareció él como un personaje de mi cuento. Que qué vergüenza. Que si quiere yo le cambio el nombre si le parece horrible la cosa”. Llamo y llamo y no contesta. Claro, es un jueves a las 10 am. Debe estar dando clases. “¿Cómo puede seguir ahí en ese colegio?, ¿cómo alguien puede ser profesor por más de tres o cuatro años?”. Llamo a Samuel. “¿cóóóómmmoooo estáááás, mi perritoooooo?”. Hace mil años no hablamos, mi pez. ¿Cómo va tu vida?, ¿qué es eso que te fuiste a un retiro espiritual sin teléfonos ni nada? Ese cuento no se lo cree ni el putas, mi hermano”. Me dice que está bien. Que ya consiguió un nuevo trabajo. Que ahora está dictando clases de “semiología clínica” en el hospital de la Universidad, que todo bien, que esos muchachos sí son muy brutos para ser verdad. Que cómo es posible que un padre de familia esté pagando no sé cuántos millones al semestre para que un malparidito de esos, en sexto semestre de medicina, no sepa la diferencia entre una bacteria y un parásito, entre una diabetes y una lesión de meniscos. Que es que no hay que ser ni medio inteligente para que le den a uno ese título de médico. Que yo cómo voy con esos planes de Cali. Que nos veamos. Que no nos vemos hace meses... “Ahí voy, mi hermanito lindo, creo que me voy con Juanita para Cartagena. Le pagan todo. Hotel, todo”, le digo. “Tú sí eres un bueno para nada, mi hermanito, con esa novia yo también me las tiraría de filósofo pobre”, me dice.

Qué buena música la de este cafecito, ahora suena *Perfect day* de Lou Reed. Ya el motociclista cuadró con la Holandesa para pasar todo el día juntos, para pasear por Bogotá y todo ese cuento. (“¿Por qué no me pasa eso a mí? Cuando la chica entró me sonrió y me hizo una carita toda loca. Yo hubiera podido dar ese primer paso que dio el pelafustán de las Fender. Nos hubiéramos ido a pasear por Bogotá, le hubiera mostrado, desde la calle, todo ese recorrido que hice por la montaña, la hubiera llevado a almorzar a ese lugarcito del centro que venden chatas con aguacate y picante. ¡Qué 85 ni qué nada! La zona más fea de la ciudad. ¿Por qué metí la pata ahí como un idiota?: “Que la de carne”. Soy un idiota, soy un idiota”...). Se van en la moto y ya puedo escribir más tranquilo (“podría escribirle un mensajito a Cloé. No la tengo que llamar”). Abro el

cuaderno, de nuevo, y me pongo a escribir. 12:34 de la tarde. Pido un Sándwich, como cuando andaba creyéndome Rimbaud en las calles de Tel Aviv. “¿Tienes chatas, amiga?”. “¿Chatas?...No, no hay chatas, señor”. “Aaah, entonces dame uno de estos, de queso y jamón, y una Coca Light, por favor. Muchas gracias, amiga”. Mientras llega el Sándwich saco otro Pielroja y me termino el café, ya frío, que me habían servido hace como 25 minutos. “Le voy a escribir a Cloé”. Y le escribí. Le escribí así:

“Hola, Cloecita linda. Es Óscar. ¿Cómo va la vida, mi amor? Años... Quería escribirte porque he estado pensando mucho en ti. Sé que suena un poco idiota contarte esto, pero estoy escribiendo un nuevo libro (malísimo como los otros) y hace unos días escribí todo nuestro cuento lindo de Honrrón Tornasol. Es como una novela, como un cuento. Sólo quería decirte que tu parte es la más linda de todo el libro. Eres la parte más contenta de mi vida. Hace mucho tiempo no salgo a bailar y a tomar aguardiente con esa música a todo volumen. Te quiero mucho, mi amor. Eres una persona hermosa. (No pienses que hay algo de coquetería en este mensajito. Sólo quería saber cómo estabas. Cómo va tu vida, los novios, los amigos, el trabajo, todo...).

Primera mala canción en La Castaña. Primera mala canción en todo el día: *I'm like a bird* de Nelly Furtado. Recuerdo que había un escritor inglés que defendía esa canción en un ensayo todo serio. Según él, *I'm like a bird* era una obra maestra de la música contemporánea. Es muy difícil entender la nueva literatura inglesa. (“Shakespeare, Dickens, Wilde y Chesterton revolcándose en esa tumba como Dios manda”. “Aquí, como no hay literatura contemporánea, como todos se quedaron en el otoño europeo del siglo XVIII, no hay ninguno revolcándose en la tumba”). Paso horas y horas escribiendo en La Castaña (estoy mucho más feliz que antes, estoy bien). Hay que aprovechar esos momentos en que las palabras van saliendo y saliendo (¡La musa!, diría un pelafustán literato de pacotilla). Hay que aprovechar bien cuando hay tiempo y hay ganas y hay cosas qué contar.

A las tres de la tarde, ya La Castaña vacío, pido el último café. Ya el corazón está latiendo duro: bum, bum, bumbumbumbumbumbmbm, pido un vaso con agua de la llave para llenarlo de valeriana. Voy, de nuevo, al baño, me veo un poco menos feo que antes. De todas formas ese pelo no aguanta un segundo más. Pienso en Barba Jacob: "...Mas hay también ¡oh Tierra! un día... un día... un día en que levamos anclas para jamás volver; un día en que discurren vientos ineluctables...¡Un día en que ya nadie nos puede retener!". Y vuelvo a la mesa. Respiro hondo, cuento hasta diez (inhalo... "uno"... exhalo... "dos"... inhalo... "tres"... exhalo... "cuatro"... inhalo... "cinco"... exhalo... "seis"... etc.). Y sigo escribiendo y escribiendo y escribiendo... Llega el café y el agua al mismo tiempo. "¿Qué tomarse primero?: ¿la cafeína o la valeriana, o la valeriana con la cafeína, o mejor no meterle más cafeína al cuerpo, o mejor no meterle más valeriana al cuerpo? A veces sirven de algo las clases de Lógica Proposicional: primero la cafeína y después la valeriana. Es más que lógico. Me tomo el café con calma, fumo, tacho algunas cosas del cuaderno, releo lo último que escribí: "...Primera mala canción en La Castaña. Primera mala canción en todo el día: *I'm like a bird* de Nelly Furtado. Recuerdo que había un escritor inglés que defendía esa canción en un ensayo todo serio". No me suena el orden de las palabras. No me suena. No me suena eso del escritor inglés, que es Nick Hornby, por supuesto. Es ese escritor inglés que logró escribir el único libro bueno sobre fútbol que se ha escrito en este mundo. Sería bueno cambiarle un poco la sintaxis: "Había, recuerdo, un escritor inglés que en un ensayo todo serio defendía esa canción..." No. Dejémoslo así. Dejémoslo como salió. Así como salió al principio es como estaba en mi corazón.

Me paro de la mesa y voy a la barra a pagar y me quedo hablando con la mesera (la de la empanada de carne) sobre la máquina de espresso que usan aquí. Le cuento que yo trabajé con una máquina muy parecida: "Sí, sí, en Israel, pero allá no usan buen café. Es como acá. Acá dicen tener el "mejor café del mundo" pero todo lo exportan. Uno va y compra un paquetico en la tienda y esa cosa sabe horrible, todo quemado. Lo que pasa

es que aquí sólo dejan las sobras. Lo que no funcionó. El *outlet* del buen café. Entonces tienen que quemarlo muy bien para sacarle los bichos y eso. Después lo compra la Federación y lo vende a precio de huevo. Por eso es que regalan café en las oficinas”, le digo... “Sí, sí, aquí en Colombia el café normal es horrible. Por eso acá en La Castaña le compramos a productores pequeños, todo orgánico... ¿Estuvo bueno el café, o no?”. Y nos quedamos un buen rato hablando de café y de todas las formas de hacerlo. La mesera llama a la dueña, que está ahí en una mesa haciendo números, y le cuenta que yo trabajé con café y que estuve en Israel y todo eso. La dueña me pregunta que si sé hacer café turco, y yo que sí, que claro que sí. Que si quiere le puedo enseñar. Y agarro una ollita pequeña que me prestan en la cocina y le muestro todo el procedimiento (“por eso es que me vine de Israel, porque aquí la gente no lo maltrata a uno”, pienso). “Mira –le digo a la dueña–, lo primero es hervir el agua, tienes que poner agua máximo para tres vasitos de café, el café turco se sirve en vasitos de vidrio. Cuando hierve el agua (el agua ya había hervido) sacas la ollita del fuego y le echas cuatro cucharadas grandes de café fuerte, negro. Tienes que ver que sea más café en comparación con la cantidad de agua que echaste. Después viene la magia: vuelves a meter la ollita (con el café ya en el agua) al fuego duro. Cuando vuelva a hervir no puedes dejar que el café se queme, que no se suba mucho. Entonces vas metiendo y sacando la ollita del fuego y le vas dando estos golpecitos a la olla para que vaya bajando el café. Así, así, así.... Así, con el fuego, con el agua hervida, se va revolviendo todo poco a poco. Lo difícil es que no se queme el café, que no suba completamente. Y así sigues, metes y sacas la ollita y le sigues dando golpecitos. Cuando ya veas que está todo revuelto sacas la ollita del fuego y la dejas unos segundos descansando. Y ya. No hay que colar ni nada. Lo echas directo al vasito de vidrio. La idea de todo es que quede muy muy fuerte, que toda el agua tenga todo el café. Echarle azúcar sería un sacrilegio, un irrespeto absoluto a una cultura milenaria (algunos le echan un poquito de cardamomo). De hecho, echarle azúcar a cualquier café es no entender ni un poquito lo que es ese grano hermoso, esa fruta hermosa”. Y la dueña de La Castaña ahí feliz, aprendiendo todo eso del café turco... Me dejó toda la cuenta en 25 mil. (“Hermoso día”).

Me pongo los audífonos pensando en las cosas normales: la ollita, el café, todo ese día en esa mesa de madera, los bananos que se ven allá en ese mercadito. Subo, carrera tercera, segunda, primera, primera B y llego otra vez a casa. El Conejo no está. (“Hoy no he hablado con Juanita”). Me tiro en la cama a escribir lo último del día y recuerdo que no se me puede olvidar que este es un libro sobre todas las cosas normales que van pasando por ahí. El café, por ejemplo (que ya no me lo preparo turco turco), es una de las cosas normales más lindas del mundo. Pero antes del café hay algo más y más normal y más y más lindo: el agua. El agua hervida, las burbujas, el agua y el fuego. Esa agua a la que le iban apareciendo burbujas mientras le explicaba cómo hacer café a la dueña de La Castaña. Esa agua linda llena de burbujas y burbujas. El agua de todas las mañanas antes de salir a trabajar duro en el colegio. El agua y el fuego, el fuego y el agua. Recuerdo, recuerdo, recuerdo que no me puedo olvidar de lo que estoy haciendo. Recuerdo que estoy escribiendo un libro que nombre las cosas:

EL AGUA HERVIDA

Alguien,
en un paseo que hicimos al campo,
me dijo que cuando el agua empieza a burbujejar
ya se puede tomar sin miedo.
Ya no hay nada de animalitos tomándose el agua.

Para hacer el café de la mañana,
antes de salir al trabajo duro,
hay que esperar (leyendo el periódico)

a que salgan las burbujas, después cerrar el gas,
después echar café, colarlo,
y ya está el tinto
que fue agua, agua hervida,
burbujas y burbujas...

Siempre (sé que es estúpido escribirlo)
he sabido que el agua hervida
tiene algo que ver
con la gente simpática,
porque el agua hervida es un poco
fuego y un poco agua y un poco viento
y es, sobre todo,
tierra y cosas buenas,
cosas de gentes que les gusta mirar por la ventana
y esperar y fumar y ver pasar al frío.

“Qué lindo, Osquitar. Me hizo feliz leer tu mensaje. También lloré un poquito. Quiero leer el libro cuando lo tengas listo. Yo estoy bien. Todo está bien. Hace mucho no oía esas dos palabras juntas: <<Honrrón-Tornasol>>. ♥ ♥ ♥”, decía el mensaje de Cloé.

Hoy es ayer. Ayeres... Lo de Cartagena fue una semana completa. Una linda semana. Juanita me trajo de Medellín un montón de buenos regalos: quesos, galletas, un libro de un nuevo poeta mexicano (un muchacho de unos 23 años que escribía versos excelentes: “Pertenezco a una generación de poetas con bigote a medias y fotos de fellini y gatitos por todo Facebook a blanco y negro y en collage”... “Soy discípulo de un homero

norteamericano editado por fox tengo la tradición de vaqueros italianos disparando en decasilabos hacia indios que apenas y bailan el trompo en una revuelta que cabe dentro del tazón de cereal"... y todo ese tipo de cosas. Un poeta de esos –muy raros de encontrar en este continente putrefacto– que dicen "la cultura popular" no para adornar la escritura sino porque está en sus corazones), me trajo, de cumpleaños, una torta que me había hecho la mamá, trajo unos platos lindos para el apartamento, cremas, jabones, un disco de Caetano Veloso que me había mandado el papá. Nos encontramos en Cartagena (en el hotel que le habían dado) y desempacamos esa maleta gigante y yo todo contento recibiendo mis regalos. Juanita me dijo que administre una plata que le habían pagado por un vestido de novia que había hecho en Medellín y me dijo que hagamos lo que sea con esa plata, que la pasemos rico y que no pensemos en lo pobres que estábamos.

Juanita salía todas las mañanas a reunirse con una gente del Reinado de Belleza para hacer yo no sé qué cosas de unos vestidos para unos cocteles, o algo así. Yo me quedaba toda la mañana en el balcón del hotel tratando de escribir y tratando de leer *Anna Karénina*. En esos momentos (hace no tanto tiempo) ya se me había apagado un poco ese cohete de la escritura. Después del café La Castaña, después de ese mensaje de Cloé, por alguna razón extraña habían dejado de salir esas palabras como avispas, como el chicle masticado que uno se lo pega a las uñas y lo saca volado por la ventana de la ruta del colegio. Es por eso que estoy escribiendo "en pasado" todo ese momento de Cartagena, porque después de La Castaña pasó un buen tiempo hasta que volví a retomar mi proyecto de "las cosas normales". Tampoco pude leer bien *Anna Karénina*, estaba muy despistado para conectar los personajes y ese tipo de cosas que tiene que hacer el cerebro para leer novelas. Entonces, en aquel balcón lindo, dejaba de lado ese libro grandísimo y dejaba de lado el cuaderno y sacaba una botella de Jack Daniel's que había comprado Juanita en el aeropuerto. Y sacaba una edición buena de la poesía completa de Rimbaud y leía poemas y tomaba Jack y fumaba Pielroja viendo el mar, que es la cosa normal más linda de todo el mundo. La cosa número uno de todas las cosas normales.

Se sentía bien estar ahí, viendo el mar, leyendo poco, tomando bourbon de a poquitos. En el calor no uso mucha valeriana, no me pongo mis botas negras. El calor es lo más parecido a la búsqueda de mi propia felicidad. Llegaba Juanita de trabajar, a las dos-tres de la tarde, y me preguntaba que qué había hecho en todo el día. “No, mi amor, aquí emborrachándome. Escribiéndote versos de amor” y me ponía a recitarle cualquier bobada que rimara: “eres mi rosa, maravillosa, babosa, dolorosa, deliciosa...” y Juanita muerta de la risa con esa risita de ella que suena por todo el cuarto y se sale por las escaleras del hotel y llega a la calle y cruza la calle y llega al mar y llega a la única estrella que se ve prendida en el cielo. “Mi amor, mi amor –me decía– haz como Cantinflas, haz como Cantinflas”. Y yo ahí, ya borracho de tanto Jack Daniel’s, me ponía a hacer como Cantinflas cuando entra a una discoteca y empieza a entrar en calor. Nos dábamos muchos besos, ella tomaba de lo que quedaba de la botella y salíamos a comer cualquier cosa por ahí. Después nos comprábamos media botella de aguardiente y pasábamos toda la noche ahí, tirados en la arena, escuchando el mar, hablando de la vida. Sin miedo a los atracadores, sin valeriana, sin tanta angustia que lo coge a uno y le hace olvidarse de que existen cosas tan grandes como el mar y la arena y el aire. Le conté, ahí en la playa, que estaba un poco estancado con el nuevo libro, le conté bien todo lo de mi viaje a la montaña. Ella me contaba sobre su pasado y sobre ese tipo de cosas que no nos habíamos contando con detalle todos esos años que llevábamos juntos.

Juanita y yo nos conocimos por culpa de Samuel... Por las época de la Universidad, cuando yo andaba tirado en los andenes con Miguelito y en todo ese cuento de Honrrón Tornasol, mi hermanito y Samuel salieron a una discoteca con unos amigos caleños y la conocieron. Juanita, que por esas épocas estaba terminando su carrera en diseño de moda en Medellín (pero que había nacido en Cali), había venido a Bogotá a pasar unas semanas con sus amigos caleños que vivían en la capital. Samuel la vio en la discoteca y se enamoró: esos ojitos gigantes, ese pelito amarillo, esa risa que se salía por toda la discoteca. “¿Quién es esa monita, Sasha?”, le preguntó Samuel a Sasha (una de las amigas en común). “Se llama Juana Marín, estudió con nosotros en el colegio de Cali. Va a ser una diseñadora famosa”. Y cuenta Samuel que bailaron toda la noche y que se dieron un beso larguísimo y que la pasaron delicioso... Dos o tres días después de ese

beso de mi amigo con el amor de mi vida, salí con mi hermanito y con Samuel a un café y Samuel la llamó para que viniera. Me hice muy amigo de ella. Era una niña brillante, le encantaba el cine, podía quedarse ahí horas hablando del amor y del cine. Era la única de todo el grupito a la que le interesaban mis charlas de filosofía; le encantaban mis cuentos sobre Gadamer y la estética (“el modo de ser del arte como una fiesta” y todo eso, todo eso que uno cree que es importante cuando está en los primeros semestres de filosofía). Samuel, por supuesto, estaba enamorado. Yo, por supuesto, me di cuenta mucho después que era la mujer más hermosa del mundo. En esos momentos era sólo una muy buena persona que se tenía que devolver a Medellín en dos o tres días.

Samuel siguió llamándola desde Bogotá y se volvieron novios. Juanita, un tiempo después, se retiró de su último semestre y se vino para Bogotá a hacer unos cursos de confección y de trabajos manuales con la tela. Samuel siguió con ella y yo seguí siendo su amigo. Éramos tan amigos (amigos de verdad) que ella salía de sus cursos y me llamaba para que fuera a su apartamento (vivía ya con El Conejo, muy cerca de donde vivimos ahora) a ver unas películas francesas que había alquilado en un lugarcito hermoso (¡cómo lo extraño!) que se llamaba ART DVD. Yo me iba para su apartamento y pedíamos domicilio y veíamos un montón de películas raras y nos reíamos y nos reíamos y nos reíamos y nos reímos. Juanita había vivido en París y no tenía que leer los subtítulos para entender las películas. Se había ido a Francia recién graduada del colegio de Cali y había empezado a estudiar cine en una academia chiquita en el centro de París y se había dado cuenta, con algo de vergüenza (me contó después), de que lo de ella era la ropa, el vestuario, el vestido, la tela. Había regresado a Colombia y se había metido a estudiar diseño en una buena universidad de Medellín.

Nuestro amigo Kique, que ahora es un abogado famoso, que parece un tipo juicioso pero que tiene esa alma de poeta de andar desportillando carros por los andenes del mundo, a veces venía conmigo al apartamento de Juanita a ver películas raras. Nos quedábamos a dormir ahí y al otro día nos íbamos para la Universidad. Kique y yo estudiábamos en el centro, en la misma Universidad, y Juanita estudiaba en esa misma Calle 85 que el motociclista iba a llevar a su nueva conquista holandesa. Un día de esos,

como si el cine nos hubiera tragado las tripas, los pulmones, decidimos hacer un cortometraje. Yo actuaba y dirigía, Juanita producía y Kique hacía toda la parte técnica. Pero, por supuesto, nada de eso pasó (no teníamos historia, no sabíamos qué contar). Terminamos dañando la cámara y tomando aguardiente y aprendiendo a bailar salsa. Juanita, como toda caleña de la vida real, era una dura para bailar. Sacamos *¡Que viva la música!* de Andrés Caicedo y fuimos poniendo todas las canciones de salsa que aparecen al final del libro, en la “Discografía” de la novela: *Que viva la música*, Ray Barreto, *Cubo E*, Richie Ray/ Bobby Cruz, *Si te contara*, Richie Ray /Bobby Cruz, *Here comes Richie Ray*, Richie Ray/ Bobby Cruz, *Guaguancó triste*, Richie Ray/ Bobby Cruz... Y nos saltábamos las de The Cream y las de los Rolling Stones y todas las que no eran tan bailables. Yo aprendí bastante bien, sobre todo cuando bailaba con Juanita: había ahí una conexión loquísima. Kique no aprendió mucho, pero ahí se defiende. Hoy lo veo en las discotecas y se le ve en la cara que está tratando de recordar las lecciones de Juanita con la novela de Caicedo. Así pasaron esos años en Bogotá. A punta de cine, domicilios baratos, salsa, Juanita, Kique. Y por el otro lado todo ese mundito también lindo que ya dije: Honrrón Tornasol, Miguel, clases de griego... Samuel duró cuadrado con Juanita un buen tiempo: como siete u ocho meses. Se gustaban, se querían mucho.

Ahí en Cartagena, ahí en la playa con Juanita, tantos años después, hablábamos de todo eso, de cómo nos conocimos, de Samuel, de ese cine extraño que veíamos, de Andrés Caicedo, de la salsa... En un momento me paré de la arena y fui a comprar otra media de aguardiente. Cuando llegué de nuevo a nuestro lugarcito, ya bastante prendido por el Jack y por la primera media, Juanita estaba mirando el mar con esos ojitos enormes. “Mi amor –me decía–, ¿existe algún filósofo que haya hablado mucho sobre el agua y todas estas cosas?”. Y yo le conté todo ese inicio del pensamiento occidental, todo ese cuento de Tales de Mileto y de la filosofía presocrática. Un tema hermoso para mí y para ella. Mi tesis del pregrado en filosofía, le conté, había sido sobre esos primeros pasos en el pensamiento filosófico y todas esas cosas... “Y mi amor –me decía–, ¿existe un poeta del mar, del agua?”. Y toda esa escena, ahí tirados, borrachos en la playa de Cartagena, sin miedo a que nos atracaran, se fue convirtiendo en una especie de obra de teatro, un poco cuando uno siente que los diálogos están puestos ahí

artificiosamente, escritos por alguien para que suenen lindo, un poco cuando uno sabe que todo es imposible pero que hay algo un poco cósmico que hace que todo funcione de la forma más natural del mundo, un poco como cuando mi abuela me llevaba de chiquito a ver el Festival Internacional de Teatro y yo no entendía por qué me gustaba tanto la cosa si la actuación era tan falsa, tan extraña, tan diferente a los buenos actores del cine. Así estuvíramos viendo, con mi abuela, la obra de teatro más mala del mundo, yo me quería quedar ahí. No quería que se termine nunca esa ilusión de que el mundo podía ser así de extraño, así de inútil.

Juanita: ...y mi amor: ¿existe un poeta del mar, del agua?

Óscar: “Y primero era el mar, un agua ronca, sin respirar de peces, sin orillas que la apretaran...”

Juanita: ¡Qué lindo, mi amor! ¿Qué es eso?, ¿tuyo?

Óscar: La poeta del agua, mi amor.

Juanita: ¿Mujer?

Óscar: Sí. Mujer. Dulce María Loynaz. Una viejita cubana hermosa.

Juanita: A ver otro...

Óscar: “Cuando la ola viene impetuosa sobre la roca...
¿la acaricia o la golpea?”...

Juanita: ¡Qué lindo, mi amor!, ¡qué lindo!

Óscar: “Yo quisiera ceñirme el río a la cintura... yo quisiera envolverme en el río como en un manto frío y largo.

Río Frío: Abrígame del frío”...

Juanita: Si yo fuera poeta, también sería la poeta del agua.

Y escribiría en la ducha para acordarme de la textura del agua, como de la forma.

Óscar: ¡Qué lindo, mi amor!

Y en ese momento pasó un viento tremendo y Juanita se dio cuenta, con los ojos, de que el aire también era una de las cosas más lindas del mundo...

Juanita: ¿...y quién es el poeta del aire, mi amor?

Óscar: ... “He escrito un viento, un soplo vivo del viento entre fragancias, entre hierbas mágicas; he narrado el viento; sólo un poco de viento...”.

Juanita: ¡Qué lindo, mi amor!, ¡qué lindo! ¿Quién es?, ¿quién es?, ¿quién es?...

Óscar: “Este verde poema, hoja por hoja, lo mece un viento fértil, suroeste; este poema es un país que sueño, nube de luz y brisa de hojas verdes...”

Juanita: Mi amoooorrr, ¿quién es ese poeta tan lindo?
¿qué es eso tan lindoooooo?

Óscar: Te doy una pista.....: es colombiano.....: “Yo soy la voz que al viento dio canciones puras en el oeste de mis nubes; mi corazón en toda palma, roto dátil, unió los horizontes múltiples”.

Juanita: ¿León de Greiff?, ¿Silva?, ¿Barba Jacob?, ¿Jattin?

Óscar: No, mi amorcito. Este es un poeta hermoso que se llama Aurelio Arturo. Es el poeta del viento, del aire, de la niebla, de las nubes. No se lee tanto como Silva y Barba Jacob, pero los poemas de este hombre son una cosa muy mágica. Muy. Escribió muy poco. Escribió todo obsesionado por ese mundo lindo del sur de Colombia. Era de un municipio de Nariño que se llama La Unión, cerca a Pasto y a todos esos lados llenos de aire...

Juanita: ¿Y por qué no es tan conocido, mi amor?

Óscar: Porque a Aurelio Arturo lo leen sólo los poetas colombianos, y esa gente es muy envidiosa y todo eso y no quieren que les boletéen a su poeta.

Después, años antes de esa conversación en la arena, en el viento, en el aire, Juanita terminó su cuento con Samuel y siguió viviendo en Bogotá y seguimos siendo muy buenos amigos. Seguimos viendo películas y saliendo a bailar salsa por ahí. Ella me enseñaba que “la moda” no era esa cosa horrible de comprar vestidos carísimos y de salir por ahí con esas pintas que estaban en las vitrinas de los almacenes. Me decía que yo, por ejemplo, me vestía como me sentía cómodo, mostrando un poco mi propio mundo, y que de eso era de lo que realmente se trataba la cosa. Me explicaba que la ropa era una de las formas más lindas de decirle al otro con quién se estaba metiendo.

“Uno va a una fiesta –decía– y sabe qué quiere la gente, qué busca la gente, según su forma de vestir”.

Juanita no lo aceptaba, pero le dio duro su relación con Samuel. Yo la veía un poco apagada, un poco triste con todo ese cuento. Por esas épocas, recuerdo, salimos un día a bailar a un barcito de salsa que quedaba en frente de la Universidad (fuimos Kique, Juanita y yo). Ya cuando estábamos en el bar me llamó Samuel a preguntarme si podía ir, que si no había problema con Juanita, que estaba con su exnovia y que querían salir de rumba y que ellos habían quedado bien, que él creía que todo bien con la Juana. Yo hablé con Juanita y me dijo que todo bien. Que a ella no le importaba, que ese amor ya había quedado en el olvido, que “pasado pisado”. Le dije a Samuel que sí, que todo bien, que vengan. Toda esa noche, por supuesto, fue demasiado extraña: Samuel dándose besos con su exnovia, Juanita en una esquina del bar tratando de no parecer triste, Kique y yo todos borrachos tratando de sacar a bailar a cualquier muchachita que hubiera por ahí, yo todo obsesionado con una muchacha del Chocó que me había rechazado toda la noche: “Mi amor, déme un besito, uno, sólo uno y ya quedo tranquilo”... “Que no, mijo, fuera de aquí, fuera de aquí, ¿qué tal este igualado?”... Y la noche terminó mucho más extraña de lo que había empezado: en un momento Samuel se dio cuenta de que había un señor en una mesa pegándole duro a una mujer. Según cuenta Samuel, la agarraba durísimo del pelo, la traía cerca y le mandaba puñetazos en la cara con toda la fuerza. Samuel no aguantó la situación y se fue a decirle al señor que parara. El señor le pegó el último puñetazo a la chica y se paró al baño. Yo estaba en ese momento en el baño y, al parecer, el señor había visto que yo había venido con Samuel. “Mire, pelaito –me dijo–, dígale a su amigo que se calme conmigo o que la va a ver peluda”. Y me cogió del brazo y puso mi mano en su cintura. Yo, un poco en un momento todo borroso, todo alucinado, alcancé a sentir el lomo de una pistola y me quedé ahí frío, quieto. “¿Cuál amigo?”, le dije. Y me señaló a Samuel que ya se había devuelto para nuestra mesa. Después de unos segundos salí corriendo a la mesa y le pregunté a Samuel que qué había pasado. Me contó su historia y yo le conté lo que había pasado en el baño. Después se acercó el señor a nuestra mesa y me dijo en secreto que teníamos cinco minutos para salir del lugar. Cogimos todas nuestras cosas y

empezamos a salir de ahí. Antes de salir (la mesa del señor estaba al lado de la puerta) alcanzamos a oír que la chica le estaba diciendo al señor que ella lo amaba, que había cometido sólo un error, que todos somos humanos, que por favor no la dejara... Salimos de ahí para la estación de policía y le contamos a dos oficiales todo lo que había pasado. Que por favor vayan a ese bar a parar a ese hijueputa que le estaba dando duro a una mujer. Juanita y la exnovia de Samuel lloraban y lloraban, la exnovia lloraba porque le daba mucha rabia que esa señora siguiera rogándole a ese malparido, y Juanita lloraba, en el fondo, porque le parecía muy triste todo eso de ver a Samuel dándose besos con otra muchachita. Dejamos a las chicas y a Kique en sus casas y Samuel y yo nos fuimos para la nuestra. Nos quedamos ahí, en frente del árbol de cerezas, hablando del cuento del amor y de todo lo que había pasado con Juanita. Samuel decía que era una chica hermosa pero que no sabía, que no se sentía como con una novia, que era más para ser una buena amiga.

Al otro día llamé a Juanita para ver cómo seguía. Salimos a desayunar a una tienda y nos quedamos como dos horas jugando *triqui* en el mantel de la mesa. Hablamos de que era impresionante todo lo que había hecho PIXAR, que cómo era posible que una productora así de gringa no haya tenido una sola mala película. Le conté que cuando se termine el semestre teníamos planeado un viaje largo por el norte de Colombia, que la idea era pedirle el Hyundai a Papá y que salíamos de aquí a Bucaramanga y de ahí hasta el norte norte y que bajábamos por Medellín, Manizales y todo eso... “Qué lindo... ¿Y quiénes van?”... “Vamos mi hermanito, Samuel, Sassón y yo. Lolo dice que no lo dejan por la guerrilla y esas cosas y Miguelito se va a quedar haciendo vacacionales de inglés”. “Qué lindo, qué lindo...”. “Sí, hermoso. Falta ver que nos presten el carro y que nos alcance la plata que tenemos. Papá dice que está muy jodido de plata y que nos va a tocar quedarnos aquí en junio, trabajando en alguna cosa o estudiando”.

Mi hermanito (que siempre ha sido de mi misma edad y de mi mismo espíritu) y yo salimos al viaje con lo que habíamos logrado ahorrar en el semestre. Sassón y Samuel salieron con un poco más de dinero, pero no con mucho más. Papá, aparte de lo de la plata, le había gustado la idea de salir por las carreteras a “conocer este país”. Mamá se

había puesto nerviosa con la idea (ñññerrvvoossaaa) pero logró contactarnos a un señor de la “Policía de Carreteras” que nos podía ir avisando qué vías estaban bien de seguridad. Por esas épocas yo ya llevaba mis libreticas para ir escribiendo diarios y poemas, y ya había leído *On the road* de Jack Kerouac. Me había parecido un libro horroroso, tan mal escrito que era imposible disfrutar de ese mundo lindo del jazz de finales de los cuarentas y todas esas cosas. “Creo que quiero escribir mucho en este viaje –le dije a mi hermanito antes de salir–, pero si yo le muestro algo que medio le suene a Kerouac, por favor dígame que lo quemé, dígame con toda la sinceridad del mundo que me dedique a vender Marlboro en la quince”. Y mi hermanito, como siempre, se tomaba muy en serio ese cuento de su hermanito tratando de ser escritor. “Me va mostrando, marica –me dijo–. Esos escritos pueden servir más que la cámara de fotos”.

Sassón, aunque no lo haya mencionado en este chorrero de palabras, es un amigo del alma. Estudió ingeniería en mi misma Universidad y estudió con nosotros en el mismo colegio. Hoy, como todos los amigos que han quedado, se dedica a llevar rigurosamente sus tablas de vendedores y compradores... Los más juiciosos del paseo, mi hermanito y Sassón, eran los encargados de la logística del viaje: los mapas, las carreteras, la gasolina, la plata, la mecánica. Samuel y yo éramos los encargados del trago. Siempre que nos reprochaban que qué haríamos (Samuel y yo) si estuviéramos solos y se nos dañaba el carro, yo respondía con ese verso lindo de Whitman: “La articulación más insignificante de mi mano ridiculiza a todas las máquinas”... Y todos nos reímos y confirmábamos que se iba a cumplir la famosa frase de mi viejo: “Vas a terminar vendiendo Marlboro en la quince”. Salimos desde la casa de Papá y Mamá, desde el árbol de cereza que aparece en la primera foto que nos tomamos. El carro, finalmente, nos lo había prestado Papá (ese Hyundai verde bonito) y la plata, como siempre, había aparecido de algún lado. Era bastante poco lo que habíamos ahorrado, pero Sassón había hecho los cálculos y nos iba a alcanzar para un poco más de un mes de viaje, de viaje barato, pero de viaje. La mayor cantidad de plata se iba a ir en pasajes y en gasolina; la comida y la dormida tenían que ser las más paupérrimas posibles para que todo saliera bien. Salimos por Boyacá para tratar de llegar en ocho o nueve horas a un

pueblito en Santander que se llama San Gil, ahí nos estaba esperando un tal señor Julio, que era, según nos había dicho Sassón, un buen cliente del papá, una buena persona. La idea era quedarse un día en San Gil y después salir para Bucaramanga y de ahí darle y darle hasta el norte...

Saliendo de Bogotá (mi hermanito y Sassón adelante y Samuel y yo atrás) me agarró esa nostalgia linda (tranquila) que dan los viajes. Llamé a Cloé y le dije que la quería mucho mucho y que le iba a traer un regalito del mar. Prendí un Pielroja en el carro y saqué dos cervezas del baúl. Le di una a Samuel y abrí la mía y nos las tomamos en 30 segundos, saqué otras dos y otras dos y otras dos... Cuando llegamos a Boyacá ya estábamos Samuel y yo cantando durísimo desde la parte de atrás, gritando por las ventanas, diciendo que este era el país más lindo del mundo. Mi hermanito manejaba y se reía con esas carcajadas parecidas a las de Papá, Sassón analizaba el mapa y se reía y se reía. Seguía haciendo frío pero ya estábamos en manga sisa hablando de que algún día íbamos a hacer el recorrido del Che. Que íbamos a comprar un carrito de segunda en el sur de argentina y que de ahí salíamos para el norte, que íbamos a llegar hasta la frontera de México y Estados Unidos. “¿Y con qué plata, viejitos?”, decía mi hermanito. “Samuel atiende pacientes por ahí y yo vendo poemas en unos papelitos bien coquetos”, decía yo. Y Sassón soltaba la carcajada. Llegamos al Puente de Boyacá y yo traté de contarles la historia de que ahí había peleado Simón Bolívar antes de entrar a la capital y todo ese cuento del siete de agosto y todo eso, pero en realidad no me sabía bien la historia, entonces, ya prendido de cerveza, les eché un cuento de que en ese puente había pasado la guerra más importante de la historia de las independencias... Y nadie me creía el cuento pero todos escuchaban como si fuera verdad. “Bajémonos en el tal puente a tomarnos unas foticos”, dijo mi hermanito. Y nos bajamos. Samuel y yo salimos disparados a la parte de atrás del carro a hacer pipí y Sassón y mi hermanito sacaron sus cajas de Marlboro y se sentaron a ver esas montañas hermosas que tiene Boyacá, esas montañas de miles y miles de verdes y cafés, esas montañas que parecen hechas de plastilina, o de chicle, o de harina. Después nos sentamos nosotros al lado de ellos y fumamos y tomamos un café rico que había traído Sassón en un termo especial y hablamos un poco de política, de lo triste que era ver este país tan lindo lleno de tanta

sangre por todo lado. Mi hermanito decía que la bandera de Colombia debería ser toda roja, que qué azul ni qué amarillo, que el oro se lo habían robado todo y que los mares ya estaban llenos de sangre, de carbón, de latas de cerveza. Le dimos la cámara a una viejita que pasaba por ahí y le explicamos cómo tomar la foto. Nos paramos ahí en el puente, nos abrazamos duro, felices, tranquilos, y la viejita nos dijo que gritáramos “mondongoooo” y los cuatro, sin dudarlo, gritamos durísimo: “¡mmmoonnnndooonngoooo!”... Y así salió la foto: felices, tranquilos, gritando “mondongo”. El mondongo es un tipo de sopa bien extraña que se come en Antioquia, es como un sancocho de verduras con trozos de panza de res y cerdo (o algo así). Nosotros estábamos acostumbrados a que en las fotos se gritaba “wwiiissquuiii” o “chiiisssss”, pero desde ese día en adelante, incluso hasta hoy en día, gritamos “¡mmmoonnnndooonngoooo！”, eso de “wisqui” y de “chis” suena como muy gringo, como muy heredado de otras partes.

Samuel y yo destapamos otras cervezas y pusimos Silvio Rodríguez, hablábamos de que algún día teníamos que ir a Cuba y cantábamos durísimo, como si no hubiera un mañana. Ese carro se iba a explosionar de la algarabía tan verraca. Los cuatro como unos descostillados cantando “*...me urge... qué tipo de armonía se debe usar para hacer la canción de este barco con hombres de poca niñez, hombres y solamente hombres sobre cubierta, hombres negros y rojos y azules, los hombres, que pueblan, el playa giróóóóóóóóón...*”. Y andamos y andamos y andamos y paramos un par de veces a hacer pipí y a comer algo por ahí y a tomar el café fresco que vendían en las tienditas de la carretera. Mi hermanito manejaba casi todo el tiempo, Sassón daba las instrucciones y Samuel y yo nos seguíamos emborrachando. “Yo sí voy a sacar media de guarito”, dijo Samuel cuando nos faltaban unas tres o cuatro horas para llegar. Y sacó la media botella de aguardiente. Sassón se tomó sólo un sorbo porque sabía que era el único que podía manejar si mi hermanito se encalambraba o algo, entonces terminamos sólo Samuel y yo dándole y dándole a la botella, abrazados, mirando ese paisaje infinito, esa carretera infinita, todo un poco anaranjado, un poco alejado de ese mundo de los bancos y las universidades y las pastillas para el dolor de cabeza. Ya borrachos, mirando ese infinito, sonando *Sui Generis* en los parlantes, le dije a Samuel

que era una güeva por dejar ir a Juanita, que esa chica era una belleza. Y Samuel que sí, pero que no sabía por qué volvía siempre a su exnovia, que había algo ahí todo raro, como una brujería o algo así... Y mi hermanito nos iba enseñando todo sobre las mujeres, nos decía que el amor no se puede pensar como algo racional, que sería estúpido escoger la novia de uno porque es buena, inteligente, con los mismo gustos, bonita; nos decía que eso no pasaba así, que el amor es una especie de *click* en el corazón, que es algo que no se puede explicar con las leyes de Newton que nos enseñaba el profe de física. Nos habló de Catalina (que era su nueva novieca), nos decía que por ejemplo con Catalina no tenía nada en común, que no les gustaban las mismas cosas, que ni siquiera era una niña bonita, pero que simplemente había pasado la cosa, que se había tragado de ella por alguna razón un poco secreta, un poco misteriosa. Y Sassón seguía hablando del colegio y de las niñas que ahora estaban en noveno grado. A Sassón le había quedado difícil despegarse de todo ese mundo violento y hermoso que habíamos armado en el colegio, no había querido conocer gente nueva en la Universidad, no había querido dejar de ir a los campamentos que ahora organizaban los chiquitos. Le había dado duro tener que dejar todo ese mundo para conocer gente que le hablara de ingeniería y de futuros negocios.

El tal señor Julio, que poco después se iba a convertir en nuestro gran amigo Julito, era un gran tipo, un señor con mucha plata, dedicado al negocio de la confección de telas, pero era un tipo muy humilde (en el sentido lindo de la palabra), un tipo bueno. Nos recibió en una finca hermosa, llena de animales, a las afueras de San Gil. Julito nos invitó a comer en el comedor de su casa y nos acompañó a desempacar los morrales. Nos dijo que hagamos lo que queramos en la finca mientras tratemos bien al “personal” y que, por favor, no le hagamos daño a los animales, que ni se nos ocurra “matar una sola mosca”. Nos regaló una botella de ron nacional y nos sentó en una mesita hermosa que quedaba en el techo de la casa, en una especie de ático con vista a las estrellas, nos puso boleros y se quedó un rato con nosotros explicándonos la historia de Santander y todo eso. Después se fue a dormir y nos dejó ahí, con el ron, con los boleros, con esa noche hermosa, con esas estrellas que parecen imposibles cuando se ha nacido y crecido en Bogotá mugrienta. Sassón y mi hermanito por fin pudieron tomar y dejar a un lado

los mapas y el estrés del viaje, Samuel hablaba de que al otro día teníamos que ir a la montaña a hacer deportes extremos, y yo, ya un poco cansado de todo el viaje, saqué una de las libreticas y me tiré en una esquina a tratar de escribir esa sensación tan linda de viajar con los amigos. Me di cuenta, por primera vez, de la imposibilidad real de narrar. ¿Cómo escribo ahora que ese momento de “mondongo”, un momento tan normal, tan carente de “historia”, fue uno de los momentos más felices de mi vida? ¿Cómo le explico a un lector que hacía frío pero que había tanto amor y tanto rock and roll que salimos casi desnudos en esa foto? Y decidí, así nomás, que mi “diario de viaje” iba a ser un diario de poemas, de instantes que no se pueden narrar.

Ahora que lo pienso (aquí en el escritorio blanco que nos regaló El Conejo, aquí tratando de armar este libro tan raro), esa idea de “las cosas normales” es una idea muy vieja en mí. Es una idea que está en mí desde siempre. Ahí tirado en la casa de Julito, con “Te busco” de Celia Cruz en el fondo de una vida más tranquila que la de hoy, traté de escribir un poema desde el corazón. Es decir: como si el corazón fuera el escritor, como si el idioma del corazón pudiera captar mejor esa imagen del Puente de Boyacá. Y me quedé ahí, viendo pasar las estrellas, tratando de buscar alguna palabra que no fuera “frío” para decir el frío, y me quedé ahí, pensando en todas esas cosas que después iba a leer en las teorías más tradicionales sobre la poesía. Entonces me iban quedando unos versos rarísimos que sonaban bien pero que no hablaban de nada en concreto, eran un montón de palabras juntas que se iban pegando sin pararle bolas a la cohesión o a la gramática. Esas montañas de “chicle”, que era una palabra hermosa, se iban convirtiendo en el ron de Julito y en el perro que habíamos visto en la carretera. Ese perro muerto, ya sin sangre, que era música y montaña y cerveza y carro y ron y el nuevo bolero que ahora estaba sonando. Todo era todo. Cada instante que trataba de decir estaba lleno de todos los instantes del mundo, y eso sólo lo entiende el corazón, el corazón que trata de escribir. El cerebro no entiende nada de esas cosas. Y mi corazón hablando y hablando, y la libreta se iba llenando de palabras y palabras y palabras y palabras... A las dos horas, tal vez un poco menos, mi hermanito y Samuel seguían hablando de la Universidad y de lo raro que había sido todo ese cambio de pasar de ser “los chicos malos” del colegio a ser unas personas X que van pasando, anónimas, por un

campus enorme. Llegué con mi libreta y les leí el chorrero de palabras que había escrito, aquel chicle sideral de la montaña-perro, aquel perro-harina tomando ron en la galaxia de una Cuba lejana y líquida y aquel “Ay, Danielita maldita rica que ya no vas a volver por estos pasillos de mondongo, vuelve, vuelve a mi mondongo, ama mi mondongo, ama mi isla, mi puente, mi isla-puente...”... Y los dos se quedaron mirándome como uno se queda mirando al loco que va pasando por la quince. “Está demasiado loco eso, mi hermano, demasiado demasiado soyado”, dijo Samuel. “A mí me gusta la cosa, pero no le entendí nada, la verdad”, dijo mi hermanito. “Es que es como si mi corazón estuviera hablando, —dije yo— son instantes, no historias. No hay nada que entender, es sólo un poema bien paupérrimo y bien largo”. Y seguimos ahí tomando ron y escuchando boleros hasta las tres de la mañana.

...Y hoy me pasa lo mismo. “No entiendo eso”, “¿por qué le puso ese nombre tan raro a su segundo libro, cómo que *Lluvia de leche*?”, “¿cómo que <<hacer una orgía con los cuentos de Chéjov>>?”, “¿se la fumó verde, o qué, mi hermano?”...Y así y así. Pero hoy, hoy hoy, aquí, ya con treinta mil años, ya sabiendo que a nadie le va a importar si un libro es bueno o malo, ya no voy a escribir, hoy hoy, el idioma del corazón, voy, más bien, a decir el corazón, el objeto, la cosa, la cosa normal esa que palpita tan duro cuando uno toma tanto café por la mañana. Hoy no estoy escribiendo un libro sobre el chicle que mi corazón ve en ese perro-montaña, hoy estoy escribiendo un libro sobre esa cosa llamada corazón. Hoy estoy escribiendo un libro que nombre las cosas:

EL CORAZÓN

Está, todavía, metido en mis tripas
y es rojo y muy grande para estar adentro.
Es medio redondo, el corazón.
Medio azulado, medio ovalado
y cables por todo lado,
sangres por todo lado.

Tiene partes moradas, negras,
como la carne cruda cuando la sacas del refrigerador
y la dejas dos o tres días descongelando
y el chorro de sangre coagulada
se queda estancado en el plato blanco
y una parte negra aparece en todo el borde
de la carne cruda.

Es importante, el corazón,
filosófico (cuerpo y alma),
huele a alcohol y a café podrido
y ve de lejos a los olores del muelle
que se acaba todas las veces.

Ve de lejos a los partidos de fútbol
que se ven en el corazón del colegio judío,
ve de lejos a Danielita,
a la guitarra,
al lago donde rezábamos y tirábamos los pecados,
a las bandas de rock que venían a la ciudad.

Al otro día nos despertó Julito con un desayuno hermoso: juguito de naranja, huevito, café fresco y bollos de mazorca. Nos dijo que ese día no iba a ir a trabajar y que nos iba a llevar a la montaña a hacer deportes extremos. Que San Gil, como ya nos había dicho Samuel, era un pueblo famoso por sus deportes extremos. Salimos para la montaña a las 8 de la mañana en el carro de Julito. Nos mostró su negocio de telas y nos contó las estrategias básicas para que un negocio prospere. Nos enseñó, por ejemplo, que no hay que ser muy sofisticados para buscarle un nombre a un negocio. “Vean, muchachos – decía Julito–, yo vendo confección y telas, entonces la palabra “telas” tenía que estar en el nombre de mi almacén, ¿y cuál es la ciudad que más le gusta a la gente en Colombia?, pues Medellín, entonces ya tenemos el nombre: “Telas Medellín”, y listo, y punto”. Nos contó que su familia había sido muy pobre y que él se había puesto a

trabajar duro desde muy niño, vendiendo detergentes, tomates, cebollas, camisetas de segunda, chanclas, cordones... Y que ahora vivía igual de feliz y de dichoso a cuando no tenía un peso. Que antes por lo menos hacía ejercicio subiendo y bajando las calles del pueblo.

Llegamos a la montaña, enorme, llena de agua, de lagartijas, y nos amarraron a unas cuerdas para ir bajando de a parejas. Mi hermanito iba bajando al lado de Julito, Sassón iba con el guía y yo iba con Samuel. Mientras íbamos bajando, con tanta cosa linda por todo lado, Samuel y yo hablábamos de la guerrilla, de los paramilitares, del gobierno, de todas esas cosas tristes que han tenido que sufrir estas montañas. Hablábamos de la muerte de Carlos Pizarro y de todo ese momento del M-19. Yo le decía (mientras miraba hacia arriba para no resbalar de miedo) que Navarro Wolff tenía que ser el presidente de Colombia. Y Samuel que sí, que no había duda... y seguimos bajando... “Era hermoso Pizarro, ¿no?”, dije yo. “¿Cómo que hermoso?”, dijo Samuel. “O sea: hermoso físicamente, era un papirriqui, un hembrito”. Y Samuel muerto de la risa y seguimos bajando y bajando al lado de una pequeña cascada que caía de la montaña gigante. Cuando llegamos abajo, felices como nadie, hablando de lo linda que era el agua cayendo de la montaña, Julito, de repente, lanzó el siguiente comentario: “¿Quieren gallina?”. Y todos nos explosionamos de la risa porque no entendíamos a qué venía el comentario: ¿cómo así que si queremos gallina? (y otra vez ocurre la imposibilidad de narrar: “quieren gallina” fue el mejor chiste de todo el paseo, pero sería imposible transmitirle al lector el porqué, el momento, la vida, la vida). Julito se refería al almuerzo, a que si queríamos ir a comer sancocho de gallina. Y fuimos, todos mugrientos de la montaña, a comer un sancocho de gallina bellísimo. Delicioso. Exquisito. Ahí sentados en la mesa, ahí comiendo gallina, decidimos que nos teníamos que quedar más días en San Gil. Julito era un ser hermoso, no estábamos pagando la estadía y, por supuesto, había muchas más cosas para hacer: tirarse por el río con flotadores, meterse a una cueva llena de murciélagos, conocer bien el pueblo, comer más de ese sancocho de gallina. Y así fue, nos quedamos cuatro días en San Gil haciendo “deportes extremos”, comiendo gallina, aprendiendo mucho de Julito y tomando ron todas las noches en la mesita del techo de la casa. El último día de San Gil,

ya saliendo de la casa de Julito, les leí a los cuatro mis mamarrachos poéticos que estaba armando en la libreta y, por supuesto, volvió a pasar lo mismo: “¿Qué significa ese chorrero tan raro de palabras tan raras?”.

Salimos para Bucaramanga en la mañana y en el camino logramos contactar a otro conocido, otro vendedor de telas que conocía a Papá de aquellas épocas cuando mi viejo y sus compañeros de trabajo salían con una maleta repleta de mercancía por todo el país. Don Carlos, se llamaba el hombre, y decía ser un “santandereano verriondo”, término que ya entendíamos por la pelea con cuchillos de cocina que nos tocó ver el segundo día de San Gil. La primera noche en Bucaramanga, cuando logramos por fin entrar a la ciudad, don Carlos nos invitó a tomar cerveza en un bar que, según él, era el lugar más *In* de todo Santander. Después se dio cuenta de que nosotros no andábamos buscando “lugares *In*”, que a nosotros nos interesaba más conocer a la gente y charlar y emborracharnos en cualquier tienda de por ahí. Don Carlos, entusiasmado por esa “nueva juventud” tan despreocupada, y ya un poco prendido por las cervezas, nos contó que él había sido soldado profesional, que había pertenecido (qué horror de palabra esa, “pertenecido”) a un grupo élite de la infantería contra-guerrilla. Hablándonos de sus experiencias en el monte (contándonos lo duro que le había tocado en la vida) nos hizo caer en cuenta de lo bobos que éramos nosotros, de las pocas experiencias que teníamos. A la edad que yo me sentía todo un verraco por estar leyendo a Kafka y a Thomas Bernhard y a Herta Müller y a Fernando Vallejo, don Carlos estaba pasando hambre en las montañas de Colombia, esperando a que le den la orden para hacerle una emboscada a algún frente del Bloque Sur de las FARC. Nos contó que pasó dos años enteros comiendo sólo un bocadillo al día y que sólo podían fumar cigarrillos en el día (cuando hubiera luz) porque si alguien prendía un cigarrillo en la noche la guerrilla les descubría la ubicación. Y otra y otra cerveza para don Carlitos. “¿Y ustedes qué hacen, muchachos?”, nos preguntó después de su potente historia. Y cada uno le fue contando sus proyectos y sus carreras universitarias. Don Carlos, muy atento a todo, le dijo a Samuel que los médicos no servían para nada, que él no iba a un médico hace cincuenta años y que estaba “como un lulo”. A Sassón y a mi hermanito los felicitó por interesarse

en los negocios y en el dinero y a mí me dijo que “disculpe la ignorancia” pero que nunca había entendido qué era eso de la filosofía.

Con sólo una noche en Bucaramanga nos dimos cuenta de que no nos interesaba mucho la ciudad. Sí era una ciudad bella, don Carlos era un gran tipo, tampoco nos tocaba pagar estadía, pero alguna energía rara nos dijo a los cuatro que con una noche y un día teníamos suficiente. En la mañana nos fuimos a pasear por la ciudad y a las tres o cuatro de la tarde estábamos de nuevo en la carretera. Ahora sí íbamos rumbo norte norte. Yo ya podía oler el mar en mi corazón (en mi cerebro, como dice el doctor Antonio). En el carro, con una cerveza y muchos cigarrillos Pielroja, empecé a escribir un poema larguísimo que después se convirtió en uno de los escritos que a mí más me gustan de mi segundo libro. Cuando don Carlos nos contó todo eso del grupo élite, de ese grupo de “Lanceros”, que en los entrenamientos los obligaban a tirarse al río desde una catapulta hecha de madera, me empecé a obsesionar con esa imagen de ver a un lancero caer al agua desde una catapulta. Años después, para mi segundo libro, decidí dejar quieta la última estrofa de ese poema que arrancó en Santander. Yo sabía, armando el libro, que no eran buenos versos ni nada de eso, pero decían exactamente lo que mi corazón sentía saliendo de Bucaramanga: “*Miren, señores* (dice el poema) *la vida es la paciencia del agua cuando cae el lancero de su catapulta obligada ... y mi vida, insociable, es un MaNiMoTo: tieso antes de probar los flujos, pero ahora blandito y sin su afanoso sabor a sal*”.

Ahora le tocó manejar a Sassón. Mi hermanito adelante, con los mapas, y Samuel y yo atrás, con la cerveza y la música. Después de Valledupar, la supuesta tierra del vallenato, íbamos a llegar a Santa Marta, al mar, a la mar... En Santa Marta nos íbamos a encontrar con uno de los seres humanos más lindos que yo he conocido en mi vida, uno de esos personajes como Herrerita o como el profe de teatro (Luis Antonio) o como Juanchito, esa gente que ya va a ser imposible de olvidar. El amigo que nos iba a recibir en Santa Marta era un viejo conocido de una tía mía, lo conocían en todos lados como “El Capi” porque, según él, había sido capitán de un barco en la guerra de Corea. El Capi era un viejito hermoso (por esas épocas debía tener más de ochenta años) que

habíamos conocido en una reunión familiar en Bogotá. Ahora vivía en Santa Marta porque, decía él, tenía que ir acostumbrándose al calorcito del infierno. El Capi había probado todas las drogas y había conocido casi todos los países del mundo: probó la heroína en Nueva York, probó los ácidos en Ámsterdam y probó el bazuco en la Calle del Cartucho de Bogotá. Era un viejo sabio (sabio de verdad) que no le interesaban ni los libros ni el cine ni el arte ni los negocios ni la política ni la filosofía ni la astronomía, sólo le interesaba explorar, internamente, los límites de la vida, los extremos de su propia realidad, los secretos de cada cosa que le iba pasando por su mundo.

La carretera se hacía cada vez más plana, más caliente, más con ese olorcito a cangrejo, a ola que explosiona en las piedras. Abríamos todas las ventanas para que entrara ese aire todo loco de la carretera y poníamos ese radio a todo el volumen del mundo. “Usted cinco años estudiando el pensamiento del hombre –me decía mi hermanito casi gritando porque el viento y la música no dejaban escuchar– y va a llegar a cualquier conclusión toda académica, toda universitaria, que no tiene nada que ver con la vida. Y este man (y mi hermanito señalaba el radio) en un segundo, en una trabita de mariguana, le dice a uno lo que es la verdad absoluta de la vida” . Por supuesto, mi hermanito se refería a la canción que estaba sonando en ese instante, “Blowing in the Wind” de Bob Dylan: *“how many deaths will it take till he knows that too many people have died, the answer, my friend, is blowing in the wind, the answer is blowing in the wind...”*. Y era cierto. En esa canción había mucha verdad. No “la verdad absoluta de la vida” (porque eso es impensable), pero sí había demasiada verdad en todo lo que decía Dylan… Lolo nos llamó desde Bogotá a ver cómo iba la cosa y le contamos todo. En realidad (y todos lo sabíamos y lo pienso ahora que lo escribo) no pasaron muchas cosas en ese viaje. No pasaron cosas importantes para escribirlas en una novela, no hubo aventuras extraordinarias (como en Dickens, como en Shakespeare, como en Stevenson), pero fue un viaje donde cada instante nos enseñó infinitas cosas que iban a cambiar nuestra vida para siempre. El viaje nos enseñó, por ejemplo, una cosa muy importante sobre la realidad de nuestra realidad: vivíamos en un país muy diferente al país de los noticieros, era un país lleno de gente extraña, viva, ruda, formada por la pobreza y la violencia. “En este país –pensaba yo cada vez que hablaba con alguien en

la carretera— la gente no quiere la justicia social ni la educación ni la salud pública, aquí lo que la gente quiere es que no los molesten, que no los jodan los ladrones, aquí quieren llegar temprano a sus trabajos (a sus trabajos injustos) y poder trabajar tranquilos sin ese miedo a que los echen porque los grupos armados le están pidiendo más de la cuenta al patrón”.

El Capi nos recibió en un lugarcito de hamburguesas en el centro de Santa Marta. Mi hermanito y yo abrazamos durísimo al viejo y se lo presentamos a Samuel y a Sassón. Lo montamos al carro y salimos para un apartamento en El Rodadero que nos había prestado algún familiar de Sassón. En el carro, cuando yo saqué un Pielroja, El Capi nos dijo: “Yo también traje mi tabaquito mágico”, y sacó un porro gigante de marihuana y se puso a fumar mirando el mar por la ventana. “Me tiene mamado este maldito mar — dijo El Capi después de unos minutos—, no se calla ese hijueputa”, y soltó una carcajada enorme de viejo sabio. Llegamos al apartamento, dejamos los morrales y El Capi nos llevó a una playita donde no había turistas. Samuel llevó la guitarra (por fin la sacó), yo llevé unas maraquitas de arroz, mi hermanito llevó un balón de fútbol y Sassón llevó los parlantes. Paramos en una tienda a comprar aguardiente (El Capi se compró media de ron para él) y llegamos a un lugar secreto, hermoso. Estábamos sólo los cinco y un negro gigante (muchos años después lo volví a ver y casi lloramos los dos de la emoción del reencuentro) que nos ofreció sillas y cualquier cosa que se nos ofreciera: agua, pescado frito, marihuana, mujeres, cigarrillos. Todos nos metimos al mar, ese mar lleno de carbón pero igual de gigante y de mágico a todos los mares del mundo, abrimos el aguardiente para secarnos, sacamos la guitarra y las maraquitas de arroz y nos pusimos a cantar las canciones que El Capi pedía mirando al infinito: Roberto Carlos, Leonardo Favio, Leo Dan, Nino Bravo... En un momento de la tarde, cuando Samuel y mi hermanito se habían puesto a jugar fútbol y Sassón se había devuelto para el apartamento porque (según él) lo había picado una aguamala enorme, me quedé yo solo con El Capi, tirados ahí en la arena, hablando de las cosas de la vida.

El Capi le echó un vistazo a mi libro de Borges y me preguntó que qué era. Yo le conté la historia de *El jardín de senderos que se bifurcan* y discutimos un rato sobre

todo ese problema lindo de la posibilidad fantástica, artificiosa, de escribir un libro infinito. Hablamos sobre fantasmas (yo citando partes del libro de Borges) y sobre los demonios que habían liberado los costeños con todo ese cuento de los juglares y el acordeón. Le conté al Capi que antes de llegar a Santa Marta habíamos estado en Valledupar, esa ciudad del vallenato y de todos esos secretos bellísimos de la música del norte. El plan de llegar a Valledupar había sido mío. Tenía muchas ganas, desde hacía mucho tiempo, de conocer esa tierra de poetas y cantores y todas esas cosas. En la carretera, a dos o tres horas de llegar a Valledupar, les iba contando (a mis amigos) la historia del vallenato. Mi hermanito apagó la música y yo empecé con ese cuento de la mezcla de culturas, de la guacharaca, que era un instrumento indígena, nativo, y de la caja, que era un instrumento africano, y del acordeón, por supuesto, que era un rarísimo instrumento europeo. Que el vallenato era nuestro rock and roll y todos esos cuentos ya bien sabidos por todo el que escucha vallenato con todas las tripas, con todos los pulmones. Y fuimos poniendo los vallenatos viejos y yo les iba contando las historias de las canciones y les iba mostrando la métrica y la complejidad tan brava de las letras: que lo de Leandro Díaz, que lo de Rafael Escalona, que lo de Alejo Durán, que lo de Rosendo Romero, que lo de Juancho Polo, que lo de Emilianito Zuleta. Pero, le seguía yo contando al Capi, Valledupar había sido una decepción tremenda. Esa ciudad era un mercado gigante, llena de cachivaches por todo lado. Tratamos de charlar con la gente para que nos cuente del vallenato pero nadie sabía nada, todos nos miraban como bichos raros y nos decían que ese cuento de los juglares era cosa de otra época, que ahora se escuchaba reguetón y que sólo en festivales se escuchaba uno que otro acordeón por ahí. En la noche tratamos de salir a buscar una caseta que pusiera vallenato pero no, puro señor con camiseta Lacoste tomando wisqui y las mujeres alrededor de las mesas bailando reguetón. “Es posible –le decía yo al Capi– que no hayamos sabido meternos bien, pero, lo que es yo, no escuché un solo acordeón (ni siquiera en la radio) por esas tierras extrañas. Lo único que vimos fue un montón de gente mirándonos mal por tener el pelo largo y un montón de mercancía de toda índole por todo lado, como un mercadito de pulgas gigante. La idea era quedarse cinco o seis días en la tierra del Cacique Eupari, pero sólo aguantamos dos diátes. Nos vinimos volados para acá”. Lo peor de Valledupar fue la estadía; fue el primer lugar del viaje donde nos tocó pagar (ahí

se fue una buena parte de lo que teníamos) y mi cama estaba llena, repleta, de cucarachas. Cuando me metí, la primera noche, me di cuenta de que iba a ser imposible espantarlas: eran como 100 cucarachas que vivían ahí en la sábana. Decidí tratar de dormir en un pequeño sofá que había en el cuarto y quedarme ahí mirando para el techo toda la noche. Esas dos noches, tirado en el sofá, llené mi primera libreta. Escribí como ochenta páginas sobre lo extraño que era tener el pelo largo en estas tierras donde no cabía esa posibilidad. No cabía la posibilidad de que un varón no fuera un varón varón. Era imposible tener el pelo largo en un país donde había tanta mayoría votando por Álvaro Uribe Vélez.

“Hablando ya de libros infinitos y tal y de cosas serias y tal –me dijo El Capi–, yo te voy a contar una cosa: ese librito de mierda que escribió Márquez, ese del naufrago y tal, esa historia yo se la conté a él cuando era un muchacho hecho y derecho. Cuando yo vivía en Barranquilla llegaban todos ellos a escuchar mis historias, después me enteré de que me las estaban robando para hacer plata. Ese García Márquez es mal escritor como él sólo, pero como comerciante es un verraco. De todos ellos sólo había uno decente, el pintor, un muy buen pintor, ¿cómo es que se llamaba ese hijueputa? El que andaba en calzoncillos tomando ron”... “¿Obregón?”, le dije. “Sí, exactamente, Obregón era un buen pintor”... “Sí –le dije–, a mí me parece que Obregón era un excelente pintor”. Me contó sobre la supuesta guerra en Corea y sobre todas las novias que iba dejando en los puertos. Me contó que tenía un hijo en cada malparido país de este mundo. “¿Y ustedes qué –me preguntó– son maricas, o qué?, ¿por qué no les veo muchachitas y tal?” Y llamó a Samuel y a mi hermanito y nos propuso que salgamos esa noche y que él nos presentaba mujercitas y tal. Y nos devolvimos para el apartamento a quitarnos la arena y a afeitarnos y salimos a un lugar de parranda que quedaba sobre la bahía.

Las mujercitas que nos presentó El Capi eran dos señoras de 50-55 años que pesaban entre 100 y 150 kilos. Era algo impresionante verlas bailar, era impresionante ver esa cantidad de maquillaje que se les desbordaba por la cara. Pedimos aguardiente y El Capi se paró a bailar con una. “Ahí voy yo por mi gorda hermosa”, dijo. Y todos nos quedamos mirando a la otra. A mi hermanito no se le pasó por la cabeza ir a bailarle,

Sassón seguía adolorido por la supuesta picada de aguamala y Samuel y yo nos mirábamos y mirábamos a la señora y nos mirábamos y mirábamos a la señora. Yo me paré primero (gracias a esa fuerza interna tan linda que me daba El Capi) y la invitó a bailar conmigo. A las dos horas estábamos todos en la pista cantando y abrazando al Capi. Yo ya me había besado con mi señora y El Capi le había cedido la de él a Samuel. En un momento de la noche, cuando ya estábamos Samuel y yo bailando canciones románticas con nuestras señoras, se me acercó un muchacho y muy respetuosamente me dijo que si podía hablar conmigo. “Mira, hermano –me dijo–, es que esa señora con la que estás bailando es mi mamá, y si no llega ya a la casa mi papá le pega una pela”. Entonces salimos del lugar, nos despedimos de las señoras y del hijo de la mía, dejamos al Capi en su casa y nos devolvimos al apartamento a tocar guitarra y a quitarnos el olor a perfume que se nos había impregnado en toda la ropa. Santa Marta fue hermoso, lleno de olores a cangrejo que se esconde en las piedras del mar, lleno de amor. Cuando me despedí del Capi tuve ese presentimiento muy común (a mucha gente le pasa) de que iba a ser la última vez que lo iba a ver. Pero no fue así. Lo volví a ver antes de salir para mi viaje largo a Israel. Le dije a Cloé que antes de irme de Colombia quería ir a Santa Marta a ver al Capi y ella me acompañó. Esa vez logré hablar mucho más con él, me repitió sus historias de García Márquez y todo eso, pero me habló más hondo, como si se estuviera despidiendo. El último día de ese miniviaje nos despedimos con ese nudito en la garganta un poco raro que da en la garganta, El Capi sabía que se iba a morir y yo sabía que no lo iba a volver a ver. Ya en Israel me llamó mi tía a contarme que El Capi había muerto, que se había caído de un árbol gigante tratando de bajar unos mangos. Yo empecé a llorar como un niño y mi amigo Manovich, que estaba siempre conmigo, me preguntó qué pasaba. “Se murió El Capitán, mi hermano” y Manovich se puso a llorar conmigo porque ya se sabía todas sus historias.

A los tres-cuatro días de estar en Santa Marta (volviendo a nuestra historia) salimos para el Parque Tayrona a tirarnos en esa playa infinita, a vivir en la hamaca y en el aire y en el agua y en la piedra y en la arena. Pasamos como una semana entera en el Tayrona viendo los cangrejos, hablando de la vida, conociendo gente de otros países que habían venido a Colombia porque tenía fama de ser un lugar hermoso. Casi todos

argumentaban que no era un país tan hermoso como se los habían pintado, que todo estaba demasiado sucio, demasiado mal cuidado. Ahí en el Tayrona, en una piedra altísima de donde colgaban las hamacas, después de haber tocado guitarra toda la tarde, después de haberme quedado un buen rato mirando las formas de las nubes y las olas, se me ocurrió, por primera vez en mi vida, la idea de escribir un libro. La idea no era del todo mala, era escribir una colección de *haikus* dedicada al Capi. *Haikus para el capitán de barcos*, se iba a llamar. La idea era usar la métrica japonesa, el cinco/siete/cinco, y hacer pequeños poemitas que intentaran captar un poquito el alma gigante del capitán de barcos. ¿Cómo escribir a ese viejo hermoso? Y arranqué. El primer *haiku* lo terminé a los dos o tres días, después de hacer borradores y borradores. Todavía lo tengo conmigo, al *Haiku*, o sea: en mi corazón:

“Eres ya libre / anciano capitán: / eres el mundo”

En este caso decidí dejar el segundo verso con seis sílabas porque sentía que así tenía que ser, sentía que hubiera sido absurdo tratar de respetar la métrica. Después escribí algunos más (casi todos respetando la métrica) y después dejé para siempre el proyecto y seguí con mis poemas larguísimos sobre el chicle de las montañas. Fueron días lindos esos del Tayrona, hablamos mucho con nosotros mismos, nos dimos cuenta, los cuatro, de lo sagrado que era el mar y las hojas y la piedra con forma de tortuga que se veía a lo lejos. El viaje tenía que seguir en Cartagena, ahí nos estaban esperando unos amigos que nos iban a dejar quedar en su apartamento. Pero, en el fondo, queríamos seguir ahí en esa arena infinita, mugrientos, hablando de música, de que para qué las universidades, planeando nuestra vida de piratas malditos, de vagabundos que andan por las arenas del mundo... Por supuesto, Cartagena fue la peor parte del viaje. Ningún amigo de los que nos estaban esperando entendía eso inentendible que ahora trato de escribir con tanta palabrería desbordada. En esas semanas de viaje había pasado algo importante en nuestras almas, habíamos entendido algo inexplicable, habíamos entendido, por ejemplo, que no había nada más horrible en la vida que esos amigos del colegio que se peluqueaban y que se echaban perfume para hacer una hora de fila en una discoteca para que les digan que no podían entrar porque se “reservaban el derecho de

admisión”. La primera noche en Cartagena, con ya poca plata, nos invitaron a una de esas discotecas y yo me fui descalzo y con una camiseta manga sisa. Ahora suena estúpido todo eso, pero en ese momento fue una protesta linda. El “filtro” de la entrada, con ese aire de superioridad que tienen esos hijos de puta, me dijo: “No le puedo dar ingreso. Nos reservamos el derecho de admisión”. Y yo le escupí en la cara y salí corriendo por la Ciudad Vieja. Mi hermanito y Samuel me siguieron y terminamos en el apartamento escuchando un disco de Compay Segundo que había por ahí. En Cartagena todo era carísimo, salíamos a desayunar una arepa de huevo y nos gastábamos más plata que en todo el tiempo de San Gil o de Valledupar. Decidimos, entonces, salir rápido de esa ciudad lúgubre, casi sin despedirnos de esos examigos del colegio que sólo hablaban de negocios y de deportes que ni siquiera se veían en este país. (¿Cómo es posible que alguien nacido en estas tierras sea hincha de los New England Patriots?, ¿cómo puede ser?).

El siguiente paso era el norte norte norte de Colombia: el Cabo de la Vela. Salimos de Cartagena para Riohacha y de ahí nos tocó alquilar un jeep bien barato para subir al desierto. En el jeep todo seguía siendo igual: mi hermanito y Sassón nos dirigían y Samuel y yo tomábamos cerveza... Cuando llegamos a La Guajira nos dimos cuenta de que ahí no se les había olvidado la existencia del vallenato. Diomedes Díaz sonaba en todas las tiendas, todos hablaban de los antiguos poetas que se iban de pueblo en pueblo cantando historias. Bajamos hasta Manaure (ahora que veo el mapa siento que los análisis geográficos de Sassón fallaron un poquito) a ver las minas de sal y a charlar con los trabajadores. “Este es el negocio del oro blanco –decían–, la sal es lo que mantiene a todo el mundo por aquí”. Y uno se sentía como metido en esas fotos de Sebastião Salgado en la mina de oro de Sierra Pelada, pero todo un poco más tranquilo, la gente un poco más conforme con su trabajo, el paisaje un poco más mínimo, un poco más blanco y azul y arenoso. Las montañas gigantes de sal saliendo de la costa del mar, el desierto en el fondo, los indios cargando los bultos y las palas y las botellas de Coca-Cola, la vida pasando de una forma retirada, lenta, sedienta pero tranquila, mínima. Después subimos para Uribia y decidimos almorzar en un lugarcito llamado *Don Chin, restaurante chino*. El dueño, Don Chin, era un indio Wayú hermosísimo que nos contó

un poco sobre todo ese mundo duro de los indios del norte. Nos dijo que ya a nadie por esos lados le importaba su propia cultura, que ya todo estaba muerto, que él había seguido el consejo de un turista alemán que le había dicho que aprovechara su cara de chino (si Don Chin no nos hubiera dicho, hubiéramos caído en la trampa de que era un chino perdido en La Guajira) y que montara un restaurante de comida china. “Y esto, como pueden ver, amigos –nos decía Don Chin–, no tiene nada de restaurante chino, pero la gente viene porque quiere parecerse a los del interior, a los de la capital. Quieren decir que fueron a comer comida china cocinada por un chino. Todos saben que yo soy indio y que no sé cocinar, pero igual siguen viniendo”. Y, efectivamente, Don Chin no tenía ni idea de cocinar. Valió la pena pagar la comida por la linda y larga charla con Don Chin, pero Samuel terminó intoxicado con ese pescado viejo y repleto de sal que le dieron. Cuando por fin llegamos al Cabo de la Vela, con esas montañas hermosas de arena bordeando esa piscina de mar (yo mirando por la ventana del jeep, con las babas afuera y la lata de cerveza en la mano), les dije a los tres: “Yo aquí me quedo, parceros. Este sí es el lugar de mi vida”. Y todos sentimos lo mismo. Era, de nuevo, esa magia que trato y que trato y que trato de escribir y que no puedo escribir por pura falta de talento literario. Alquilamos unas hamacas baratísimas para dormir y sacamos la guitarra y amamos la vida. Amamos a las moscas desesperantes que no dejaban dormir, amamos ese mar que nos llegaba a la cintura, amamos el desierto, amamos a la señora mística que nos ayudó a conseguir comida barata. Bailamos en el mar, charlamos en el mar, vivimos en el mar. Una tarde me salí de esa piscina infinita y llamé a Cloé y le dije que era el amor de mi vida, que nos fuéramos ya a vivir al Cabo de la Vela. Y ella que sí, que ella era una sirena del mar, que hagamos un matrimonio secreto debajo del agua. El Capi, días atrás, me había conseguido el regalo para mi Cloecita: una flecha hecha de piedra de la Sierra Nevada que usaban los indios Tayronas para dispararle a las chalupas enemigas. Ese regalo era el objeto más importante que había en el carro, más que las billeteras, más que las cervezas. Guardé la flecha en un escondite del baúl para dársela a Cloé cuando llegáramos a Bogotá.

La última noche en el Cabo de Vela me quedé sólo con mi hermanito hablando de la vida, de la familia, de las mujeres, de lo que iba a ser de nosotros, de que nunca nos

íbamos a separar como esos hermanos que ya eran papás y que hablaban una vez al año. Nos quedamos ahí tirados viendo las estrellas y haciendo cuentas de cuánta plata nos quedaba para seguir viajando. Ya íbamos casi un mes de viaje y nos faltaba todo el regreso, toda la bajada. Teníamos, según los cálculos de mi hermanito, para la gasolina y los peajes. Es decir: no nos quedaba un centavo para comida, trago, dormida y ese tipo de cosas. Decidimos que cuando cogiéramos carretera de nuevo tocaba parar en algún supermercado y gastarse parte de la plata en enlatados baratos para no gastar más en comida. Más o menos una lata al día (por persona) podía solucionar el problema de la alimentación. Y así lo hicimos. La idea (y así fue) era bajar por la misma costa del Océano Atlántico pero parando en otros lados, en los lados de abajo, por San Bernardo del Viento y esos mundos y así llegar a Medellín y de ahí bajar a Manizales y de ahí a Bogotá. Cuando dejamos La Guajira ya estábamos cansados. No habíamos dormido bien en un mes, no habíamos comido bien, habíamos bebido mucho, fumado mucho; los corazones ya estaban un poco apagados, un poco secos, un poco deshidratados. Cuando llegamos a San Bernardo conocimos a William, un intelectual bogotano, graduado de un doctorado en antropología de la Universidad Nacional, que nos ofreció su hotelito, al lado de la playa, por muy poco dinero, casi de balde. Habíamos llegado donde William porque en la carretera, ya de noche, tratamos de hospedarnos en un lugar imposible, en una especie de finca abandonada donde nos dejaban quedarnos a dormir sin pagar un peso. Había un cuarto en el fondo de esa finca embrujada, un ventilador pequeñito y una cantidad de moscos y de bichos (una nube infinita de moscos) que no nos dejaban vernos los unos a los otros. Sassón se levantó a la una de la mañana, había tenido una pesadilla horrible, y nos dijo, entre el sueño y la vigila, que esos moscos y ese calor se lo estaban comiendo vivo. Y yo que sí, que tenía razón, que yo sentía lo mismo, que ese sitio tenía una energía espantosa, que nos largáramos de ahí. Mi hermanito, sabio como siempre, dijo que vayamos hacia la costa, que al lado del mar íbamos a estar mejor, que máximo tirábamos unas toallas y nos quedábamos dormidos en la arena. Salimos del cuarto, hablamos muy respetuosamente con el señor que nos había prestado el lugar y le dimos las gracias por habernos dejado quedar ahí. Paramos a un motociclista en la carretera y le dijimos que le dábamos unos pesos si nos sacaba a la costa, nos dijo que no nos preocupáramos, que él iba para allá, que lo siguiéramos. Dormimos esa noche en

la playa y al otro día caminamos por la costa a ver qué podíamos encontrar. Encontramos, después de una caminata larguísima, ese lugarcito de William, el *Búngalos Bar*, y negociamos con el hombre. Le explicamos a William que teníamos muy poca plata para devolvernos a Bogotá, que nos ayude con dos o tres noches y que nosotros le ayudábamos en la concina o en lo que sea. William, como casi todos los que conocimos en el viaje, era una linda persona, un tipo extremadamente inteligente que se había dedicado a tener una vida tranquila, al lado del mar, leyendo los ensayos de Montaigne. (Así como la vida que yo voy a tener cuando me gane el Baloto). La primera noche en el *Búngalos Bar* me quedé hablando con William sobre Montaigne y sobre el problema de la enseñanza de las ciencias sociales en las universidades del país. Sobre el mal que le estaba haciendo la “academia criolla” a los jóvenes que llegaban con buenas ideas. Nos quedamos como cuatro horas hablando de todo eso y tomando café, un café horrible que preparaban en esas grecas metálicas inmundas. Le mostré a William los poemas que había escrito en el viaje y me dijo lo mismo que me dicen hoy los intelectuales: “Hay buenas ideas, pero hay que practicar, hay que aprender a escribir para poder escribir”.

Los días en San Bernardo fueron lindos porque todavía estaba el mar. Después, cuando logramos por fin llegar a Medellín, ya todos estábamos demasiado cansados. Samuel decía que no podíamos ser tan putamente tacaños de estar comiendo una latica de atún al día, que estaba mamado de comer esa mierda. Mi hermanito le trataba de explicar que no teníamos más plata, que por lo menos él y su hermananito (yo) necesitábamos ahorrar esa plata para poder llegar de vuelta a Bogotá. Sassón decía que no podía más con las dormidas en el carro y en el piso, que pasáramos rápido por Manizales y que nos devolviéramos rápido para Bogotá. Había ese ambiente tenso, como en todos los viajes largos, que después (muchos años después) yo iba a volver a sentir viajando desde el sur hasta el norte de Israel. En ese viaje (del sur al norte de Israel) la cosa era más problemática porque realmente no había un solo peso. Esa vez, que hoy recuerdo con infinita alegría, las dormidas en la mitad de la calle y la falta de dinero para la comida eran cosas de todos los días, desde que empezamos a viajar hasta que terminamos. Aquí, en Colombia, no fue tan grave la cosa, era aguantar un poquito

más, una semanita más y listo. Sassón, desesperado por la dormida, por las pesadillas, se acordó de que una vez acompañó a su papá a trabajar a Medellín y que había conocido a un cliente que era dueño de un hotel 5 estrellas. Sassón llamó al papá y le pidió el teléfono del tal cliente. En cuestión de dos o tres horas, o un poco menos, llegó el cliente y se sentó con nosotros a tomar café. Nos habló cosas muy lindas del papá de Sassón, que era un gran hombre, que lo había ayudado mucho en situaciones difíciles, que cualquier cosa para el hijo. Nos dijo que nos podíamos quedar gratis en su hotel, pero que máximo tres diámas porque tenía un evento de empresarios internacionales que querían invertir en la Ciudad de la Eterna Primavera... y así pasó. Nos quedamos esos tres días en uno de los mejores hoteles de Medellín sin pagar un solo peso. Llegamos al cuarto cinco estrellas, nos bañamos, nos afeitamos y nos tiramos en la cama a ver el noticiero (habían pasado un montón de tragedias nacionales sin que nosotros nos percatáramos). Samuel propuso salir de rumba con la plata que nos habíamos ahorrado y todos que sí, que de una. Yo lo pensé mejor y preferí aprovechar que el hotel estaba limpio, que había un escritorio limpio, para quedarme pasando a limpio todo lo que había escrito en la playa. Las libreticas estaban llenas de arena y de agua seca y tenía miedo de que se borre la tinta. Todos se pusieron la mejor camiseta que les quedaba y salieron de rumba, y yo me quedé ahí, con el aire acondicionado, pasando todos los poemas del Tayrona y de La Guajira y de San Bernardo. Los poemas eran una especie de diario que sólo me sonaba bien a mí, una especie de álbum de fotos oscuras, mal tomadas.

Al otro día fuimos a ver las esculturas de Botero y todos me regañaron porque decían que estaban cansados de que yo me las tirara del intelectual. Yo sólo había dicho que a mí Botero me parecía el peor “artista” de la historia de Colombia, y mi argumento era muy simple, muy alejado de lo intelectual: “Sólo miren esa porquería, es una cosa demasiado mala, demasiado. Prefiero que se acabe todo el arte del mundo a seguir viendo algo de ese tal Botero inmundo”. Y, como el ambiente estaba tenso, todos me mandaron para mi puta mierda. Que si no me gustaba Botero entonces que me largara para el hotel... La devuelta fue un poco triste, un poco fría. Nos quedaban unos días en Manizales y ya, ya teníamos que llegar a estudiar, a la vida de convertirse en hombres

de bien. En el carro, ya llegando a Manizales, decidimos que no podíamos seguir peleando, que lo mejor del paseo tenía que ser esa última parte. Y todos sabíamos que eso era imposible, que nada iba a ser mejor que El Capi, que Julito, que La Guajira, que el Tayrona, que el mar y la cerveza y la guitarra y el mugre acumulado en los pelos y en los pies. Manizales era una ciudad fría y lejos del mar, así que no teníamos muchas esperanzas. De todas formas decidimos dejar de pelear por la comida y gastarnos todo lo que nos quedaba en ir a bailar. Si se nos acababa todo, nos devolvíamos y punto. Llegamos a un hotelucho barato, nos cambiamos, hablamos con la dueña (una viejita que nunca nos quiso decir su nombre) y pedimos unos aguardientes y una agua e panela ahí mismo donde nos estábamos quedando. La viejita nos habló maravillas de Manizales y nos contó que había una miniferia en el centro, que podíamos ir a ver peleas de gallos y a escuchar músicas para jóvenes. Entonces decidimos pedir una botella completa, tomárnosla ahí, hablar un poco más con la viejita y salir para la pelea de gallos y las músicas para jóvenes. Samuel se gastó todo lo que tenía apostándole a un gallo blanco al que nadie le había apostado. Yo me gasté todo lo que tenía invitando a mis amigos a dos botellas más de aguardiente. Sassón y mi hermanito hicieron las cuentas y nos alcanzaba sólo para terminar bien esa noche y para los peajes y la gasolina de la vuelta. “Hagamos algo –dijo mi hermanito–, dejemos esta plata aquí (y se guardó lo de los peajes y la gasolina) y la terminamos de pasar bien hoy, mañana pagamos la noche de hotelito y salimos para Bogotá. Es eso o quedarse dos noches más sin un centavo”. A todos nos sonó la idea y seguimos viendo las peleas de gallos y hablando con las muchachitas que estaban por ahí. Samuel y yo les dijimos que teníamos un amigo gringo (señalando a Sassón) y que le estábamos mostrando la rumba colombiana y tal. Las muchachitas, las dos hermosas, se quedaron con nosotros toda la noche explicándole a Sassón todo lo de Carlos Vives y que Shakira y que el aguardiente y que el tamal y que tenía que venir a las ferias de Manizales. La noche terminó linda, el viaje terminó lindo. Terminamos Sassón y yo hablando del colegio, de Danielita, de los amores que ya eran demasiado imposibles. Sassón y yo hablando del amor imposible en el techo del hotelito, mirando las estrellas, y mi hermanito y Samuel en el cuarto haciendo el amor con las muchachitas hermosas que habíamos conocido esa noche. Mientras sonaban los gemidos, sobre todo los de Samuel, yo le reprochaba a Sassón

todo lo que había pasado con Daniela: “Tú eres mi amigo, hermano, uno de mis mejores amigos de todo el mundo, ¿por qué dejaste que ese hijueputa me la robara así de fácil?... Y Sassón: “Óscar, partero, eso no fue culpa de nadie. Yo cuando me enteré fui a hablar con ella y le dije que no fuera así de hijueputa contigo, pero ella me dijo que qué podía hacer, que ya no te quería para nada, que se había enamorado de este otro man. La chica ya no quería nada contigo, mi hermano. No sé, creo que ya tienes que pasar esa página. Además esa chica ya no es tan chévere, ahora se la pasa en fiestas de multimillonarios y anda en carros de gente que tiene escoltas y toda esa vaina. Esa chica no es para ti, mi broder”.

En la mañanita salimos para Bogotá, tristes, llenos de historias imposibles de escribir, imposibles de contarle a los otros. Todos, a la llegada, nos decían: “¿Cómo les fue, parceros? Cuenten historias, cuenten cuentos”. Y nosotros respondíamos: “Bien, bien, la pasamos muy bien”. En el fondo, muy adentro nuestro, sabíamos dos cosas que hace un rato traté de escribir: la primera era que las historias, los cuentos (que El Capi, que lo uno, que lo otro) no iban a captar nada de lo que habíamos sentido. Los cuatro habíamos cambiado, nuestros corazones habían crecido, pero todo era imposible de decir. Y la segunda cosa era que todo el mundo esperaba historias fuera de lo común, gigantes, y nuestras historias eran demasiado normales. No había pasado nada extraño, todo había sido tranquilo: muchas charlas que a nadie (aparte de a nosotros mismos) le interesaban, muchas borracheras tranquilas, mucha música, poca aventura real. Los cuatro sabíamos que había sido un viaje hacia adentro, hacia nuestras propias preguntas: ¿por qué no vivir como El Capi? ¿Por qué tengo que esperar a ganarme la lotería para montar un hotelito y leer a Montaigne todo el día? ¿Qué es la vida que vivo? ¿Por qué me ha tocado nacer como una persona privilegiada en este país? ¿Por qué la gente no quiere la justicia social? ¿Por qué apuesta la gente mientras dos gallos se matan entre sí?, ¿qué hicieron los gallos para merecer tanto dolor? ¿Por qué se escucha a Carlos Vives y no a Carlos Huertas? ¿Para qué la batalla del puente de Boyacá, de qué sirvió tanta sangre si igual los criollos se iban a quedar con las tierras e iban a hacer peores daños que los españoles? ¿Por qué no logro decir nada en mis poemas? ¿Qué fuerza es esa que me

hace querer escribir todo lo que voy sintiendo? Y así y así y así y así... Una especie de “despertar” que ya nadie nos podía quitar porque nadie lo podía entender.

Cuando llegamos a Bogotá nos abrazamos los cuatro y nos dimos besos en los cachetes y en las frentes y en las manos. Nos dijimos que nos amábamos y que teníamos que hacer otro viaje así. Fuimos a lavar el carro con lo último que nos quedaba y llegamos a casa. Mamá nos hizo café y café y café y nos quedamos hablando con ella hasta las dos de la mañana. Le contamos casi todo lo que era posible contar. Cada uno iba opinando sobre cualquier cosa: que Sassón era un marica porque se había inventado una picada de aguamala para irse al cuarto, que sin la idea de mi hermanito nos hubieran devorado unos demonios en una finca embrujada, que los hijueputas de Óscar y Samuel abrían una cerveza apenas se subían al carro para no tener que manejar. Y así. Y café y café y café, el café de Mamá que es hermoso. ¿Y mis cosas normales?, ¿y mi libro?, ¿y mi idea?

Termino, en este instante, en este escritorio blanco, de escribir por hoy. Otra vez esa nostalgiecita horrible de escribir, que es recordar. ¿En dónde estábamos? “Mamá, Mamá, quiero un poquito de tu café. ¡Mamá, no quiero escribir más, quiero terminar este proyecto que me tiene enloquecido!”. Me paro de la silla y hago un poco de café como me enseñó mamá. Juanita acaba de llegar de hacer ejercicio y me da un besito todo lleno de sudor. “Mi amorcito, ya quiero que me leas ese libro nuevo tuyo. ¿Por qué Miguel sí puede leer lo que vas y yo no?”... “Porque, mi amor, estoy escribiendo sobre los amores del pasado y todo eso. Sobre las chirriquias...” Y me río y la abrazo y le digo que voy a cerrar ese libro con nuestra historia de amor, ahí tirados en la playa de Cartagena hablando de Aurelio Arturo y del aire... “Más te vale –me dice–. Donde quede Cloé como el amor imposible de tu vida te quemo ese cuaderno”. Y se ríe y se ríe con esa risita de ella hermosa. Y me dice que mentira, que escriba lo que me de la gana. “Ya está el agua que pusiste, mi amor”, me dice. Y me preparo el café y lo sirvo y lo veo y lo veo. “Qué importante que es el café en mi vida”, pienso. Y lo veo y lo quiero escribir. Lo estoy escribiendo ya, lo veo, lo escribo, lo veo, lo escribo, estoy escribiendo ahora mismo la tasa de café que está ahí, estoy diciendo el café, estoy escribiendo la

cosa normal que ahora veo, esa cosa normal que hace que mi corazón se acuerde de tantas cosas normales que ya todos mis amigos olvidaron, estoy escribiendo, estoy tratando de poder escribir, estoy escribiendo un libro, este libro, estoy escribiendo un libro que nombre las cosas:

EL CAFÉ

El café es una bebida sin azúcar
—indiscutiblemente sin azúcar—
que le viene a uno como desde los cielos.
Es hermoso, el café. Sideral. Galáctico.
Es como ese poquito de
“la vida es digna de ser vivida”
que uno necesita en estas mañanas
llenas de ansiedadcita y llenas
de no tener trabajo...
Te levantas a las 5:30 am
y sabes que tu novia está a tu lado,
sabes que se acabó el café
y que sería imposible levantarse de la cama
sabiendo que el día va empezar sin
“la vida es digna de ser vivida”.
Estás enloquecido de saber que no hay
ni una gota de café en la casa.
5:45 am y despiertas a tu novia que no toma café:
“Mi amor, no hay café, no hay café”.
Tu novia coge el teléfono
y llama a la tienda de la esquina...
Que si pueden traer una bolsa
de café urgente, mi señor.

y a los veinte minutos ya hay café en la casa
y ya se puede mirar por la ventana
y prender el primer cigarrillo
y dejar que la vida pase sin trabajo
y con la misma ansiedadcita.

Juanita: ¿Nos vamos ya para el cuarto? Estoy bien borrachita.

Óscar: Dale, mi amor, qué lindo día este.

Y nos paramos de la arena y nos fuimos para el cuarto y nos dimos muchos besos. Antes de dormirnos seguimos charlando y charlando. Le conté mil cosas en un segundo y ella me contó mil cosas en un segundo, así como si no nos conociéramos. La noche se terminó con una pregunta y una respuesta entre el sueño, la borrachera y la vigilia.

Juanita: ¿Por qué nunca hablas de tus años en Israel, de cuando escribiste tu libro, de ese momento cuando me declaraste tu amor enloquecido desde la distancia, por qué prefieres hablar del colegio, de tu viaje por Colombia, de esas cosas más de niño?

Óscar: No sé, mi amor, yo quedé muy triste con lo que todo el mundo decía sobre mi primer libro, que era pésimo, que era un horror. Se me quitaron las ganas de hablar de esa vida pirata y de todas esas cosas. Todo fue tan irreal y tan lindo y tan duro que me da un poco de tristeza hablar de eso. No me gusta que se haya terminado y no me gusta que haya empezado. No sé.

Y al otro día igual. Yo en el balcón del hotel leyendo a Rimbaud y tomándome algunos tragos y ella trabajando. Y ella llegaba y nos dábamos besos y salíamos a comer por ahí y nos tirábamos en la playa a hablar un poco de la vida. “Mi amor –le dije un día en el hotel (mirando el mar, sentado en el piso del balcón)–, deberíamos quedarnos más tiempo aquí. Igual tu puedes trabajar desde cualquier lado y yo estoy desempleado, deberíamos quedarnos dos o tres meses aquí. A mí el mar me hace bien. Estaba al borde del suicidio allá en Bogotá”. Y Juanita, sentada en una silla Rimax, con los pies descalzos subidos en el alfeizar, me hizo caer en cuenta de que la cosa era imposible. Lo primero era la vivienda, en Cartagena todo era demasiado caro. Lo segundo era que ella tenía que volver a Medellín para terminar de confeccionar los vestidos para el matrimonio de mi hermanito y lo tercero era que yo tenía el matrimonio de Sassón en Bogotá (¡qué cantidad de matrimonios! Parece que ya hemos crecido. Parece que poco a poco nos vamos convirtiendo en esas personas de bien que tanto querían los padres). “¿Cómo se te olvida eso, mi amor? –me decía Juanita–, es tu amigo del alma. Este sábado tienes el matri de Sassón”. Y tenía razón. Era cierto. Se me había borrado de la memoria. Ese mismo sábado era el matrimonio de uno de mis amigos del alma, y ese mismo sábado llegaba mi hermanito para el matri de Sassón y ese viernes llegaba Miguelito de México. No nos podíamos quedar en Cartagena. Ya casi teníamos que volver a Bogotá. “¿Será, mi amor –le pregunté a Juanita– que Sassón deja que Miguel venga al matrimonio?”... “Claro que sí, mi amor, llama a Sassón y dile que Miguel va a ir contigo”. Y esa noche salimos otra vez a comer algo por ahí y compramos media de aguardiente y decidimos, en vez de quedarnos tirados en la playa, caminar hasta la Ciudad Vieja y seguir charlando y charlando. No sabíamos cuánto nos íbamos a demorar en el paseíto, podía ser media hora, una hora, tres horas. Empezamos la media de aguardiente y arrancamos a caminar por la carretera de la costa. Cuando ya no había de qué más hablar, Juanita me dijo: “Mi amor, cuéntame bien todo eso de tu ida a Israel. ¿Por qué te fuiste?, ¿por qué volviste?”. Y me cogía de la mano mientras caminábamos, mientras nos tomábamos la media de guaro. “Está bien, mi amor, te voy a contar todo de aquí a que lleguemos a la Ciudad Vieja. La verdad es que no fue tan interesante la cosa, pero fue linda, fuerte, “significativa”, diría un profe de español”.

Y mientras caminábamos por el andén de la carretera, con el mar al lado izquierdo, le empecé a contar sobre esos casi tres años de vida pirata. Le conté que salí de Bogotá porque estaba buscando tiempo y plata para poder escribir algo. Que en ese momento, recién graduado de la Universidad, había conseguido un trabajo en otra universidad del centro, me estaban pagando una miseria (menos del sueldo mínimo) por hacerle reseñas a los libros curiosos de la biblioteca del Archivo Histórico. No tenía ni tiempo para escribir lo que yo quería escribir ni plata para pagar los cigarrillos Pielroja y el bus y el almuerzo y todas esas cosas. Un día –le contaba a Juanita– iba en el bus (del centro a la casa de mis papás) y sentí una tristeza muy fuerte, como una de esas depresiones fugaces pero potentes que dan los domingos o los días de fiesta. La lluvia de la ciudad, la gente que iba en ese bus maltratando al conductor porque el conductor los estaba maltratando a ellos, todo el mundo húmedo, desesperado, desesperanzado... En un semáforo se subió un muchacho a vender maní y le sacó un cuchillo enorme a una muchacha que estaba adelante. La muchacha le dio todo lo que tenía y el vendedor de maní salió del bus como si nada. El conductor, por supuesto, cerró la puerta para que nadie persiguiera al atracador, y todos seguimos normal en el bus, húmedos, pensando en nuestros propios problemas, en nuestros propios sueldos miserables que no nos alcanzaban para los Pielroja ni para el bus ni para el almuerzo ni para todas esas cosas. En ese momento me pegó más duro la tristeza, me llené de un sentimiento horrible, de una fuerza interna que me decía: “Lárgate de este país. Mira que todos los escritores vivieron en París, en Barcelona. Estas no son tierras para alguien tan triste y tan ansioso como tú”. Y en ese momento, pasando por la séptima con 35, vi por la ventana el edificio de la embajada de Israel. Me bajé del bus y fui a la oficina correspondiente para que me dieran la información de cómo hacer para vivir allá. Yo ya sabía todo ese cuento de la *Aliá* (que viene de la palabra hebrea *laalot*, que significa “subir”), ese cuento de que si uno demostraba que era judío le daban dinero y beneficios para empezar una vida allá y todo eso. Al mes ya estaba en Tel Aviv. La señorita de la “oficina correspondiente” me había dejado clara la situación: el estado me ayudaba con una plata inicial, pero la condición era que tenía que “prestar” el servicio militar obligatorio. Por mi edad, un poco avanzada para ser militar, ya no me tocaban los tres años reglamentarios sino seis o siete meses... En ese momento, cuando firmé la tal *Aliá*, no

me pareció grave la cosa: “Hago seis mesecitos de cualquier oficio vario: cocinero, chofer, oficinista, y listo. No va a ser grave, va a ser hasta linda la experiencia”. Pero después, ya estando allá, ya habiendo entendido el compromiso de la *Aliá*, ya habiendo entendido mejor la situación política de ese país, me di cuenta de que había cometido uno de los peores errores de mi vida. Mi corazón, mi alma, mi cuerpo, no hubieran podido hacer ni un solo día de ejército. Todo en ese país me parecía tan injusto que me era imposible pensar en que yo iba a colaborar en algo (así fuera mínimo) que sirviera para continuar esa guerra horrible. Lo que era yo (por lo menos yo) no iba a usar ese uniforme ni un solo minuto.

Pero todo ese cuento del ejército se volvió una realidad después de haber vivido allá por un tiempo largo. Se demoraron muchísimo en encontrarme porque yo, sabiendo que me estaban buscando, cambiaba mi número de teléfono cada dos meses. Era imposible que supieran dónde estaba. “Deja y teuento bien lo de Tel Aviv y toda esa vida pirata y después teuento lo de la llamada de ejército”, le dije a Juanita. Mira, seguí contándole, mi vida en Israel (si uno fuera a hacer una biografía de un personaje famoso) se dividió en tres momentos. El primero, muy feliz, muy hermoso, fue cuando llegué a Tel Aviv, sin los problemas del ejército, y me mudé con mis amigos artistas a una casa hermosa en Yaffo (“La Yaffa Bauhaus”, le llamábamos). El segundo momento, también feliz pero un poco más cansado de toda esa cultura de la agresividad, fue mi momento de viajes, del desierto, de los desiertos, de una poesía toda loca que iba ocurriendo en mi sangre. Y el tercer momento fue el más triste, cuando me encontró el ejército, cuando empecé a estudiar mi tal Maestría en la Universidad Hebrea de Jerusalén. “Te voy a contar todo muy rápido, como para que entiendas la idea. Necesitaríamos como cien caminatas de estas para que pueda contarte sólo el primer mes de Yaffo”, le dije a Juanita. “Dale, mi amor, por qué le pones tanto misterio a las cosas, tanto drama, sólo cuéntame lo que quieras y ya”, me dijo.

Voy, ahora, a tratar de escribir esos tres momentos que yo le iba narrando a Juanita, pero que no crea el lector que lo que voy a escribir son las palabras exactas que yo le iba contando. Eso sería absurdo... Voy a escribirlas, esas palabras, un poco despegadas de

mi caminata con Juanita hacia la Ciudad Vieja. Y si quiero, si me da el espíritu y si se me vienen a la cabeza algunas herramientas retóricas que he ido aprendiendo al leer a Heinrich Böll y a Salinger y a Bufalino, voy a ir mezclando un poco la historia de esos tres momentos con esa bella caminata hacia la Ciudad Vieja.

Primer momento: la Yaffa Bauhaus

Llegué a Tel Aviv (con la barba larga y lleno de libreticas llenas de poemas y el pelo ya enredado y mugriento) un miércoles por la mañana después de un viaje casi infinito (aunque sería estúpido decir que algo es “casi infinito”, carecería por completo de rigurosidad ontológica) y mi amigo Manevich me estaba esperando en su apartamento de la calle Rupin, en el norte de la ciudad. Manevich es uno de los amigos más lindos del mundo, nació en Bogotá, nos conocimos cuando éramos niños, pero su familia se había ido a vivir a los Estados Unidos en “la crisis de los ochentas-noventas” (Pablo Escobar y todo ese rollo). Después mi amigo decidió hacer la tal *Aliá* (desde Miami) y hacer los tres años reglamentarios del ejército y vivir su vida en Tel Aviv. Describir a mi amigo Manevich es imposible: un loco hermoso, repleto de ideas absolutamente imposibles, un tipo de ultra-izquierda-radical pero que había sido un soldado ejemplar en una unidad especial de paracaidistas, una mente de chicle, de poesía, de artista, de graffitero que va por las calles de Tel Aviv con su patineta (que nunca supo montar) y sus audífonos buscando al amor de su vida. El día que llegué a su apartamento, antes de darme el abrazo correspondiente, me dijo: “Soñé con ella, mi hermano”. Y yo: “¿Con quién soñaste, mi hermanito”. Y él: “Con el amor de mi vida. Se va a llamar Deven, va a ser medio argentina medio alemana medio japonesa. Le encantan las maquinitas de los noventas, le encanta Radiohead como a mí, le encanta. Tiene el pelo negro, cortico, capul, mucho capul, es hermosa, parcero, es hermosa. La amo, ya la extraño. Quiero que ya sea de noche para poder irme a dormir y volver a ver a mi Deven”. Y después me abrazó y me preguntó que cómo había estado el viaje. Le conté los pormenores que siempre trae la vida normal, charlamos un ratico, nos tomamos un café turco y salimos del apartamento a comernos un falafel de 5 shekels. En la fila (para pagar el falafel)

había una muchacha de pelo negro, ni corto ni largo. “Ahí está Deven, te lo juro que ahí está”, me dijo Manevich. Y salió corriendo a la tienda de la esquina y compró un ramo de flores y se lo dio la muchacha: “*Ma shem shel aj?*¹”, le preguntó. Y la muchacha: “*Alan. Ani Sapir, lama?*²” Y Manevich se disculpó con Sapir diciéndole que se había confundido, que había pensado que se llamaba Deven y se devolvió a la fila. “No, partero, no era Deven. Me alcancé a ilusionar”, me dijo.

A las pocas semanas, cuando yo ya tenía un trabajo de pacotilla en un restaurante de la playa, Manevich me propuso que nos mudáramos a Yaffo, que ahí íbamos a poder vivir mejor para hacer arte y todo lo que queríamos hacer, que el norte era demasiado caro para lo que nos estábamos ganando. Yaffo era (es) una ciudad árabe que quedaba (queda) en el sur de Tel Aviv. Una ciudad hermosa, mística, milenaria, barata. Manevich había conseguido una casa de arquitectura Bauhaus donde vivía un fotógrafo gringo con su hermano. Los gringos andaban buscado tres personas para ocupar todos los cuartos (la casa era enorme y demasiado barata). Me compré una bicicleta del año 87 (para poder llegar a mi trabajo) y a los pocos días ya estábamos viviendo en la famosa Yaffa Bauhaus. Manevich, El Palillo y yo ocupábamos los cuartos de atrás y los dos gringos ocupaban los de adelante. El Palillo era (es) un pintor amigo nuestro, un flaquito de ojos verdes que también nació en Colombia, que poco a poco se iba a convertir en mi amigo del alma, en ese tipo de personas que no tienen que hablar para que uno entienda el estado de su corazón. Los días de la Yaffa Bauhaus pasaban como si el tiempo, el prohibido tiempo, nos hubiera hecho un pacto de paz, un negocio: El Palillo pintaba su surrealismo del siglo XXI, Manevich preparaba sus esténciles para salir a grafitear las calles de Tel Aviv, el gringo fotógrafo editaba su fotografía gringa del siglo XX, yo escribía y escribía y escribía. Nos emborrachábamos todas las noches, escuchábamos toda la música del mundo, nos

¹ “¿Cómo te llamas?”. (*Los parlamentos hebreos, que son dos o tres, van a ser traducidos en notas al pie de página. Es necesario aclararle al lector que dichos parlamentos no están escritos en letras hebreas por una cuestión de ritmo y de contenido (de asunto, de argumento). Es decir: para que el lector, que ya es amigo mío, pueda leer la fonética <<como suena el hebreo>> y sentir un poco esa sensación que yo sentía en el Medio Oriente; esa sensación de escuchar un montón de sonidos pegajosos, bellos, sin entender lo que pasaba a mi alrededor*).

² “Hola. Me llamo Sapir. ¿Por qué?”.

quejábamos de que era imposible darle besos a las chicas israelís. Hablábamos de arte, de política (sobre todo hablábamos de política –sobre todo de política israelí–), del fracaso de nuestras vidas semibohemias, de cine. Veíamos muchas películas de una colección que yo había armado en Bogotá: Wim Wenders, Buñuel, David Lynch, Alejandro Amenabar, Sidney Lumet, Fellini, Visconti, Woody Allen, Kubrick, Wes Anderson, Hayao Miyasaki, Cantinflas, Victor Gaviria, Pasolini, Bergman, Tarkowski, Kurosawa, Sergei Eisenstein, Polanski, Lars von Trier... En las mañanas salíamos a trabajar en bicicleta (Manevich era el cocinero de un restaurante a 5 cuadras de la Bauhaus y El Palillo y yo trabajábamos en el mismo lugar en el norte de Tel Aviv. El Palillo era mesero porque sabía hablar hebreo, y yo estaba en la parte de atrás cortando zanahoria, limón, hierbabuena. Yo era, supuestamente, un *barman*, pero no de esos *barmans* de las películas que atienden a las chicas y les sacan el número. Yo era un barman de atrás: el que corta, el que tira la basura, el que almuerza parado mientras sigue cortando y tirando la basura. Después, como un año después, me dejaron manejar el tema del café, pero no sin seguir cortando y tirando la basura) y en las tardes volvíamos a la Yaffa Bauhaus a trabajar en nuestros proyectos y en las noches salíamos a los bares y a los cafés. En las tardes, en esas tardes hermosas de Yaffo, con ese sonido extraño que hacen las mezquitas, con ese olor a anís, a hummus, yo me tiraba en el balcón de mi cuarto a tratar de entender, por fin, mi propia voz literaria. Después le leía al Palillo lo que había escrito y el Palillito se emocionaba. Recuerdo que un día le leí unas líneas que hoy aparecen, intactas, en mi primer libro, ni prosa ni verso: “—¿Usted cree en Dios?

Pregunto.

—No sé, no me interesa esa pregunta.

Responden.

Yo respondería de vuelta que es la única pregunta que interesa, pero sabiendo —siempre sabiendo— que es insoluble.

Y esta incapacidad humana
implica la existencia de Dios
y la existencia de Dios
implica esta incapacidad humana.

Somos incapaces de acordarnos de nuestra propia higiene. Somos incapaces de tocar la vida como correspondería tocarla. Por eso algunos creen necesarios a los críticos de arte”. Y El Palillo se emocionaba y me decía que eso estaba muy bien dicho, que era lo más bacano que le habían leído en su vida. Que él nunca se había puesto a pensar en la existencia de Dios, pero que sí, que era la pregunta más importante que existía, que los críticos de arte eran unos hijos de las cuatro mil putas. Que por favor convirtiera esa idea en un libro. Y después me mostraba sus nuevos proyectos. Por esas épocas El Palillo se había obsesionado con los barquitos de papel, había hecho como mil barquitos chiquitos mientras pensaba en su siguiente cuadro, que por ahora era un borrador en tiza de un barquito de papel morado que se iba derritiendo en un desierto gigante que se iba convirtiendo en un tablero de ajedrez.

Y así pasaban los días de la Yaffa Bauhaus: trago, drogas, arte, política. Teníamos amigos palestinos que se quedaban horas en la casa contándonos todo lo que habían sufrido sus familias desde la “era Netanyahu”. Hablábamos, también, con los que habían sido soldados israelíes que argumentaban que eran un ejército justo, que ellos les daban dulces a los niños cuando entraban a sus casas a detener o a matar a sus papás. Y así pasaban los días de la Yaffa Bauhaus: trabajo duro, mar, bares, hummus, rechazo sistemático de las mujeres. Nadie podía creer que yo no había podido aprender bien el hebreo, decían que yo era un tipo medianamente inteligente, que tenía que coger rápido el idioma. Pero no fue así. No sé si fue porque estaba demasiado inmerso en el español (tratando de entender mi “voz literaria”), pero el tema del hebreo fue una de las cosas difíciles de mi vida en Israel. Entendía muy poco de lo que pasaba a mi alrededor, hasta que Manevich proponía que habláramos en inglés para que yo pudiera meterme en las conversaciones. Y así pasaban los días de la Yaffa Bauhaus y así se iban llenando y llenando mis cuadernos con el propósito de armar un libro, ni prosa ni verso, que sea capaz de decir algo, de decir algo que no fuera la flor marchita o el otoño que no existe en Colombia. Después de algunos meses de bohemia fuerte y trabajo y decepciones amorosas (hacía medio año que no me daba un besito en la boca), nos llamó nuestro amigo Viruta desde Estados Unidos, estaba viviendo en Nueva York (o en Washington), y nos dijo que quería venirse para Israel mientras lo aceptaban en una maestría en

urbanismo en alguna universidad gringa, que si por favor lo recibíamos en Yaffo. Y llegó El Viruta y todo se desquició un poco más de lo que ya estaba. Viruta fue, a fin de cuentas, el creador de todo ese mundito de “la vida pirata”, que después se iba a convertir en mi tema favorito para escribir historias y poemas sobre cuatro delirantes que andaban por las calles de Tel Aviv recitando poemas en español y tomándose “de ruana” todos los bares y cafés y andenes de la ciudad.

Viruta, otro flaco desatornillado, escribía unos versos hermosos mientras nosotros salíamos a trabajar. El Viruta se quedaba solo en la Bauhaus, tomando wisqui y escribiendo, y cuando nosotros llegábamos nos recitaba lo que había escrito. Antes de leer sus poemas, nos decía: “¡Amigos piratas, queridos bucaneros de los siete mares, escuchad las poesías rústicas que os he escrito, estas mediocres poesías de pacotilla que he forjado en altamar”. Y nos recitaba unos versos brillantes, mucho mejores que todo lo que yo había escrito en mi vida. La poesía de viruta era (es) una cosa magna, rarísima, eran como unas listas larguísimas de cosas (de objetos aleatorios) que sonaban bien juntas, algo así como: “brújula, brújula, alcantarilla compás, compáz, mapamundi, tren, tren tragedia, desplazado por la paz, incorporado por la violencia, brújula tren tragedia, ciudad, ¿qué es la ciudad?, bucanero, buuuucaneeerroooss, bucaneeerroooss de los catorce andenes, de los catorce mundos, brújula, reloj de arena, lapicero, lapiceeeeeross de los catorce andenes”... Y cosas así. Por esas épocas, inspirado por la piratería virutiana, decidí trabajar sólo medio tiempo y usar todos los días libres para escribir en los cafés y en los bares. Viruta me había traído de los Estados Unidos mi primera libreta marca Moleskine (después me volví adicto a esa marca –hoy ya la dejé, dejé el vicio, es demasiado costoso escribir con tanta elegancia–) y yo, con esa libreta hermosa, viéndola (“y nombraré las cosas”) ya tenía la idea de cómo arrancar mi libro, el primer proyecto literario que me estaba tomando en serio, ni en prosa ni en verso. Y así, tal cual así, arranqué mi fracasado *Disparate de reflexiones incomprensibles*: “Sólo un triste y feliz intento: el intento de hacer algo ya intentado.

La libreta que me regaló El Viruta, la mala letra, el discurrir de las palabras que ya están, de alguna forma, en mi cuerpo, los libros mojados y aromáticos;

Olor de libro
el olor del libro
como obsesión del hombre,
o de un hombre;
de un yo; de mí;
de yo". Y así pasaban los días de la Yaffa Bauhaus. Manevich escupía sangre por la boca y por los pies, yo me bañaba una vez al mes, El Palillo y nuestros amigos gringos experimentaban con pepas psiquiátricas, yo me escapaba de las llamadas del ejército, Viruta escribía su poesía rústica y nos enseñaba el idioma de los bucaneros de altamar. Un día de esos, sentados en la sala hermosa de la Bauhaus, 8:00am, El Palillo y Manevich ya trabajando, la casa casi sola, nos quedamos Viruta y yo hablando de la vida y tomando arak y cerveza. Ahí mismo, usando un poco la idea de *Los detectives salvajes* de Bolaño, decidimos crear, ahí, una especie de vanguardia poética del siglo XXI, un vanguardia efímera que elogiara nuestra propia mediocridad, nuestro propio fracaso: unos "niños bien" que habían decidido dedicarse a escribir poesía pirata y a denigrar las carreras que sus papás les habían pagado con tanto esfuerzo. Una escuela de poetas maleducados (literalmente "mal-educados") que no sabían ni siquiera escribir, que con dos páginas del *Manifiesto Comunista* ya se creían marxistas de pura cepa. Una escuela de poetas depreciables, malos escritores (sobre todo malos escritores), mediocres, llorones, toma tragos, malos para el amor, malos para el trabajo, malos para entender el porqué y el cómo de la poesía, malos para entender que la vida no era pasárselas tocando guitarra y tomando trago barato. Ese día, ahí en la sala, decidimos llamarlos la EPAP, la Escuela de Piratería y Analfabetismo Poético, y seguimos tomando trago barato y sacamos mi nueva Moleskine y escribimos una especie de manifiesto que ninguno de los dos entendía: "*1) Somos un fracaso a medias –* empezaba el manifiesto–, *no logramos ni siquiera ser fracasados de verdad. Mañana podemos llamar a Papá y Mamá y nos dan el dinero suficiente para no seguir fracasando tanto*", y después seguían un montón de palabras que no hacían ni el más mínimo sentido. Recuerdo que había una página entera que decía: "*Culos, culos, culos, ¿por qué ya no hay culos a la vista?, culos, culos, culos*" Y más adelante seguía: "*6) Nosotros sólo podemos escribir sobre escribir. La razón es simple: no tenemos talento para escribir el pasado, no lo sabemos escribir, y no tenemos imaginación para escribir el futuro o alguna cosa*

fantástica. Entonces sólo queda una opción: el instante. Y como siempre que se escribe se está escribiendo en ese instante, no nos queda más remedio: escribo sobre que ahora mismo estoy escribiendo”. Nos quedamos todo ese día ahí, tocando guitarra (Viruta era (es) un gran guitarrista de música clásica) y escribiendo nuestra especie de manifiesto. Ahora mismo, aquí escribiendo sobre escribir, recuerdo otro de los puntos del manifiesto: “*15) No hay ni una sola mujer en este país, en este continente, que nos quiera dar un beso con lengua*”...O algo así.

En la tarde de ese día, cuando llegaron El Palillo y Manevich, les contamos la idea y les mostramos el manifiesto. Manevich se emocionó tanto que bajó a la tienda de la esquina y compró veinte Macabis (la linda cerveza barata de Israel –¡cómo te extraño, oh Macabi!–) y otra botella de arak (a ti no te extraño, maldito trago inmundo). Nos quedamos ahí en la sala como tres horas más celebrando la fundación de nuestra mediocre vanguardia de pacotilla. Cuando se acabó el trago que había comprado Manevich, todos ya ultra contentos por el nacimiento de nuestra Escuela Poética, El Palillo se robó una botella de un vino carísimo que había escondido el gringo fotógrafo y nos propuso que saliéramos a un bar a leer en voz alta nuestro manifiesto... Y así fue. Salimos los cuatro caminando desde Yaffo hasta un barcito que amábamos, un barcito de música minimalista que quedaba justo en frente del *shuk* (esos mercados árabes de comidas, especies, adobes y cualquier cantidad de cachivaches inservibles). Llegamos al bar y pedimos más y más Macabi. Cuando ya todo estaba borroso de tanta poesía mediocre, de tanta locurita desbordada, yo me paré en la barra del bar (con la ayuda y la complicidad del *barman* –un buen amigo que me había hecho por ir a escribir casi siempre a ese bar–) y comencé a recitar el manifiesto, a “declamar” (como dirían los poetas colombianos). Los israelís, como siempre, nos miraron mal, con rabia, con fuerza, con resentimiento, con esa mirada de no saludar a nadie, de no creer en nadie, de no disfrutar las cosas normales de la vida. Y yo seguía recitando y Viruta y Manevich y El Palillo aplaudían y aplaudían. Me bajé de la barra y seguimos tomando Macabi (el *barman* me regaló una por el escándalo que había armado) y los israelís seguían mirándonos con esos ojos de israelí que te hacen sentir mal, como si hubieras hecho algo malo con tu presencia. Después de unas horas salimos de ahí para devolvernos caminando a la Bauhaus. Atravesamos el *shuk* (el mercadito de cachivaches y especies) y el loco de

Manevich levantó a la fuerza una tapa durísima que cubría la mercancía de uno de los locales y se robó como veinte aceitunas frescas. Todos nos reímos y seguimos caminando y comiendo aceitunas. De repente, de la nada, escuchamos que un árabe gigante nos empezó a regañar en hebreo, nos gritó que devolvamos las aceitunas. Nosotros seguimos riéndonos y caminando. El árabe salió corriendo para su carro (que estaba parqueado en la mitad del *shuk*) y sacó una cruceta oxidada y nos empezó a perseguir para darnos duro. Nosotros corrimos un rato, pero después nos devolvimos porque sabíamos que éramos más y que no teníamos por qué tener miedo. Cuando el árabe vio que veníamos dispuestos a pelear, con los ojos de furia, salió corriendo para su carro y se fue de ahí. “¡Victoria bucanera!”, decíamos. “La venganza pirata, ¡que viva la EPAP!”. Y seguimos caminando hacia la Bauhaus. Ya atravesando el parque (la frontera entre el sur de Tel Aviv y Yaffo) vimos que el carro del árabe se venía hacia nosotros. Lo esperamos quietos, en posición de pelea de box. Cuando se abrieron las puertas del carro, salieron seis árabes más con piedras en las manos. El Palillo y Manevich alcanzaron a reaccionar y salieron corriendo por la playa, Viruta y yo nos quedamos fríos. Yo alcancé a ver que a Viruta le habían tirado una piedra en el cuello, en ese cuello largo de Viruta, y que salió corriendo con ese cuello todo ensangrentado. Yo me tiré al piso, me cubrí la cara lo que más pude, le recé a Dios y dejé que me dieran piedrazos y patadas. Sentí como si miles de chuzos se me estuvieran enterrando por todo el cuerpo. Ahí tirado en el parque, con todos esos señores a mi alrededor, pude ver que ya mi brazo derecho estaba cubierto de sangre. También pude sentir que la sangre no sólo venía del brazo sino del labio inferior, pude ver, de repente, que todo era sangre. La camiseta, que era blanca, ahora era completamente roja. En un momento de la pelea, cuando yo ya estaba a punto de desmayarme del dolor, sonó una voz gruesa desde el fondo del parque y ahí mismo dejé de sentir los golpes. Vi cómo arrancaba el carro, cómo se alejaba hacia el sur, y sentí el alivio más potente que he sentido en mi vida. Me levanté, traté de limpiarme la sangre y traté de buscar mis anteojos. Los encontré todos rotos, llenos de sangre, y me los puse.

Saliendo de ese pequeño bosque, con un dolor indecible, alcancé a ver la voz que me había salvado. Era un hombre de piel negra (una piel negra distinta a la de los judíos con descendencia africana. Una piel africana africana), con una pinta extraña, como de

vagabundo que no ha aceptado su condición de vagabundo. “*Are you Ok?*”, me dijo en un inglés que sonaba a Bob Marley... Y seguimos hablando en ese inglés lindo. “Sí. Estoy bien. Muchas gracias. Gracias por ayudarme”. Y le conté todo lo de las aceitunas y todo ese cuento. “Me llamo Abraham –me dijo–. Mucho gusto. Es siempre un placer poder hablar con alguien. Vamos a buscar a tus amigos, es probable que esos tipos hayan salido a buscarlos”. Caminando de nuevo hacia la casa, tratando de buscar a los otros piratas, Abraham me iba contando cosas de su vida. Era un inmigrante ilegal, había salido de Sudán escapando de la guerra y había llegado a Tierra Santa porque escuchó el chisme de que en Israel no los mataban en la frontera. “Y era cierto –decía Abraham–, no me iban a matar en la frontera, pero me iban a matar de hambre”. Decía que a los africanos, después de una ley que había implementado Netanyahu, no les daban trabajo en Israel, y que por cuestiones de racismo, de racismo puro de las gentes “de a pie”, no les daban la comida que sobraba de los mercados, que tenían que dormir en los parques o, a los que les iba bien, hacinados en pequeños cuarticos al lado de la Estación Central de Buses. Que no le recomendaba a nadie la vida que ahora llevaba, que hubiera preferido un tiro en la cabeza en la frontera egipcia... Cuando llegamos a la Yaffa Bauhaus ya estaban todos ahí. Viruta con una herida peligrosa en el cuello, tratando de curársela con cualquier desinfectante de pacotilla. El Palillo y Manevich todavía asustados, preocupados por mi paradero. Les presenté a Abraham, les conté que me había salvado la vida (literalmente me había “salvado la vida”) y me fui al baño a curarme mis propias heridas. La herida del labio era mucho peor de lo que creía, era imposible cerrarla sin cirugía. Un poco nervioso, como siempre, llamé a Hamís, un amigo palestino que había estudiado medicina en la Universidad de Haifa, y le dije que por favor me ayudara urgente. Que si tenía utensilios para coser un labio. A la media hora estaba ahí y me cosió con unos hilos de sutura para dentistería que tenía el papá en la casa (el papá era el dentista más famoso de todo Yaffo, siempre nos hacía el chiste de que él era tan buen dentista que tenía dos o tres clientes judíos). Hamís se tomó un traguito de wisqui y se fue, El Palillito y Viruta se quedaron dormidos y yo me quedé en la sala charlando con Manevich y con Abraham. Manevich es tan buena persona, tan lindo, que me dijo que él no quería que Abraham se sintiera excluido por nosotros, que no se sintiera que simplemente le dimos una cobija y que lo pusimos a dormir en la sala como a cualquier invitado normal. “Que duerma conmigo, en mi cama, que sienta que es un hermano nuestro”, decía

Manevich. Era completamente absurdo lo que decía mi amigo Manevich, pero tenía todas las buenas intenciones del mundo. Era absurdo porque nadie duerme en su cama con un extraño y porque simplemente le podíamos prestar una cama (de cualquiera de los dos), pero de “prestarle la cama” a “dormir con él” había una lógica que sólo entiende la mente indescifrable de Manevich, esa mente de gelatina y rock and roll. Y así fue. Le hicimos comida a nuestro nuevo amigo sudaní, yo me despedí con ese labio hinchadísimo y lleno de heridas por todo el cuerpo, y Manevich se metió en la cama con Abraham. A las dos horas sentí la respiración de Manevich en mi cama, en mi cara, me levanté rápido y lo vi ahí, pálido, temblando. “¿Qué te pasó, mi hermanito?”, le pregunté. “Nada, nada… lo que pasa es que el viejo Abraham me está abrazando, y siento que quiere hacerme el amor”. Y yo explosioné de la risa… ja,ja,ja,ja,ja,ja,ja,ja… No me podía contener, ¿cómo así que “siento que quiere hacerme el amor”?… ja,ja,ja,ja,ja,ja… Y Manevich, serio (nervioso), me seguía contando que el viejo Abraham estaba tratando de violarlo pero amorosamente. Y yo ya en el piso de la risa y Manevich temblando de los nervios. “Tranquilo, mi hermano –le dije–, yo arreglo la cosa”. Y fui al cuarto de Manevich y Manevich se quedó en el mío. Como ya eran casi las siete de la mañana, le inventé un cuento a Abraham de que ya salíamos todos a trabajar y que no se podía quedar ahí, que el dueño de la casa no dejaba que entraran “extraños”. Le dije que muchas gracias por todo lo de anoche y le di mi teléfono para que me llamara si tenía algún problema o si quería una sopita caliente. Abraham se despidió de mí (había entendido que toda la situación con Manevich había sido un error, un problema de comunicación, un problema cultural) y se fue tranquilo, con la misma tranquilidad con la que espantó a los asesinos de la noche anterior.

Volví al cuarto y le dije a Manevich que tranquilo, que ya todo estaba en orden. A las 8am salí a trabajar duro, con el labio roto. El jefe, por supuesto, no me preguntó nada sobre mis heridas y me quitó algunos shekels de mi sueldo por llegar una hora tarde. A las 6pm me fui a un café y comencé a escribir una serie de poemas que tres o cuatro años después me iban a publicar en una revista mexicana (después de 15 o 16 rechazos en revistas colombianas). A las 8pm me fui solo para el bar de enfrente del *shuk* y me quedé charlando con el *barman*, tratando de traducirle los nuevos versos que le había añadido a la

Moleskine. “*Lo mebín clum, aji*³”, me decía. Y yo quería creer que no entendía nada por el idioma, pero no era así. No entendía porque los poemas estaban mal escritos. Y así pasaron y pasaron los días de la Yaffa Bauhaus. Los días del arte, del rock and roll, de la vida real del mal escritor, del pésimo escritor. Hoy en día veo mucho a Viruta, nos reunimos a leer poemas y a tomar cerveza Águila, seguimos creyendo que tenemos una escuela de piratas que escriben poemas sin saber escribir poemas. Manevich ya se devolvió para Miami, después de una viaje larguísimo que hizo por África, y El Palillo vive en Berlín, trabajando en sus cosas, dedicado al arte de la instalación y a la nostalgia de los barquitos de papel derretidos. (Nota al pie de página: la primera vez que intenté escribir una novela, por allá en la Bauhaus, la iba a titular así. Exactamente así: *Barquitos de papel derretidos*. Ay, qué nostalgia. De verdad que sí).

*

Segundo momento: el desierto

Juanita ya sabía muchas cosas de las que yo le iba contando en el camino a la Ciudad Vieja, pero esos ojitos, esas pupilitas locas, decían que quería que le cuente toda la historia. Ella ya conocía en persona a Manevich y al Palillito y a Viruta, y me decía, ahí caminando, que si algún día escribía sobre mi vida en Israel tenía, obligatoriamente, que hacerle entender al lector lo hermoso que era Manevich, esa alma buena, linda, infantil, cósmica, completamente fuera de sus cabales. Y yo le decía que eso era imposible, al menos que uno sea Tolstói o Shakespeare o Pessoa. ¿Cómo escribo a Manevich?, ¿cómo escribo un alma tan infinita, tan compleja, tan hermosa?

Había pasado un año exacto desde que Viruta había llegado a Israel. Yo seguía trabajando (lo menos posible, por supuesto), escribiendo mi libro (y algunos “poemas rústicos” que no entendía ni yo) y de cantina en cantina tratando de vivir como si fuera un Rimbaud judío perdido en la Tel Aviv del siglo XXI. Mi hermanito pequeño había venido a

³ “No entiendo nada, mi hermano”.

Israel (como mi otro hermanito y yo habíamos hecho cuando nos graduamos del colegio) y nos habíamos visto muy poco. Mi hermanito pequeño, ya casi un adulto por esas épocas, llevaba casi medio año en Israel, pero no nos habíamos visto mucho porque él estaba lejos, en el sur, y yo no podía dejar mi trabajo. El ejército, por supuesto, todavía no había encontrado mi número.

Un martes cualquiera (puedo recordar a la perfección los días de la semana porque aparecen en mi cabeza como si fueran colores. El martes, por ejemplo, es verde), recuerdo, yo estaba haciendo un *caffè macchiato* en el bar y recibí una llamada de mi hermanito pequeño. “¿Aló?”... “Aló, marica, ¿cómo está? Lo quiero ver. Ya dejé de trabajar tanto, hagamos algo chévere por ahí, yo me devuelvo para Bogotá en tres meses y no lo voy a haber visto”, me dijo. Y yo sentí algo muy verdadero en mi corazón: ya no quería seguir trabajando ahí, cortando limones y tirando la basura, ya ni siquiera quería estar más en la Bauhaus, quería viajar con mi hermanito, dedicarme a viajar por ahí y a tratar de terminar mi libro. Hice las cuentas y tenía como trescientos dólares en el banco, no mucho, pero era algo de plata para poder viajar barato. “¿En dónde está usted en este momento?”, le dije a mi hermanito. “Estoy en Eilat, mi hermano. Véngase para acá y hacemos un viaje o algo”. Eilat era (es) la ciudad más al sur de Israel, a unas cinco o seis o siete horas (en bus) de Tel Aviv. Y le dije: “Ya voy para allá, mi hermanito. Espéreme esta noche. No vaya a salir de Eilat”. Apenas colgué el teléfono le dije a mi jefe que tenía que salir urgente, por sólo unos minutos, para hacer una vuelta rapidísima en el banco. Apagué el teléfono y salí en la bicicleta hacia la Bauhaus. Me despedí de Viruta (que estaba tocando guitarra en la sala), armé un morral con poca ropa, con dos libros y con todos los esferos y cuadernos que había en la casa y salí para Eilat. Agarré el bus al sur y me encontré con mi hermanito y con Alejo (un primo nuestro, de la edad de mi hermanito, que había venido con él a Israel) en un campamento improvisado que habían armado en esa “playa”, junto al Mar Rojo, repleta de piedras. “El plan es el siguiente –les dije con ese aire de hermano mayor–, yo tengo ahora mismo 300 dólares en el banco y pienso quedarme viajando con ustedes hasta que se tengan que devolver a Bogotá. Mi idea es usar 200 dólares para quedarnos un mes entero en Egipto, en el desierto del Sinaí, y usar los otros 100 para subir hasta el norte norte de Israel. Empezamos en Egipto y de ahí salimos desde la frontera de Taba hasta el Monte Hermón o

hasta Kiryat Shemona. La idea, para que nos alcance, es no pagar un solo shekel en transporte (o caminamos, o echamos dedo) ni en dormida (o dormimos en las calles, o armamos un cambuche como este, o trabajamos en los hostales para que nos den posada). Lo único que vamos a pagar es la comida (uno o dos panes al día) y la bebida (tomamos el arak más barato que haya)". Y así fue.

Conseguimos el contacto de un lugar baratísimo en el desierto del Sinaí (nos lo recomendó un jipi australiano que conocimos la noche anterior en Eilat) y cruzamos la frontera y pasamos el pueblo de Taba y llegamos al desierto. Arreglamos con Doctor Iusef y con Mister Iuma, los dueños del lugar, para que nos dejaran la estadía y la comida de un mes por los doscientos dólares que teníamos. Todo ahí era demasiado barato y demasiado hermoso (sobre todo hermoso), todo tenía un aspecto como abandonado, como polvoriento, como infinito. El desierto del Sinaí (lo supe apenas llegué) era el lugar más potente en el que había estado en mi vida. Era un mar cristalino, sin el paso del hombre, que hacía un contraste infinito con un desierto de la vida real. Ya no era el desierto de La Guajira, donde se podía ver el verde y donde había esperanzas de agua dulce, aquí era un desierto desierto. Como en la películas, aquí pasaban los beduinos, los camellos, la arena, la arena infinita, esa arena gigante que nos recuerda que no somos nada en este mundo, que sólo somos uno más de los infinitos granitos que van armando una realidad infinitamente imposible, infinitamente infinita. ¿Qué era esa preocupación mía de que me llamaran del ejército al lado de este universo de arena y mar?, ¿qué era la humanidad?, ¿qué era la vida? El olor de ese mar era distinto, era como un olorcito a guayaba, a menta marina, a todas esas cosas que no se pueden escribir. Las cuatro semanas en el Sinaí fueron semanas de mucha escritura, de charlas largas, de vodka por las noches, de fogatas, de entender todo eso que después iba a aparecer en mi fracasado *Disparate de reflexiones incomprendibles*: las universidades no sirven para nada, no enseñan que la vida es, solamente, el agua salada que choca contra las dunas de arena y va pasando una mariposa y la atrapa una mujer tapada de morado que pesca un Mero Punta Negra, y la mujer sigue parada, quieta, en la mitad del mar. Los días eran largos, llenos de meditación, llenos de viajes hacia las tripas, hacia los pulmones, hacia las cosas recónditas que ninguno de los tres habíamos explorado. "¿Qué va a pasar con el ejército?", me preguntó un día mi hermanito. "No sé, mi hermano –le dije.

No sé si me metan a la cárcel o yo no sé qué cosas, pero yo no voy a apoyar esta guerra, yo no voy a poner una sola gota de sudor para ayudar a que este hijueputa siga construyendo asentamientos y siga acabando con los palestinos como si no fueran seres humanos. Los palestinos son mis hermanos, igual que usted, igual que Alejo, igual que los japoneses, igual que los guerrilleros de Colombia, igual que Doctor Iusef, igual que Mister Iuma, igual que todos los seres humanos del mundo. Yo no me pongo ese uniforme del Ejército de Defensa Israelí ni dos minutos, ni dos segundos”...

A la semana de estar ahí, en ese lugar donde la poesía estaba en cada esquina, nos llamó El Palillo y nos dijo que quería venir, que estaba con Leopoldo (un amigo medio poeta medio fotógrafo medio arquitecto que después se convirtió en una ficha importantísima para el desarrollo de nuestra Escuela de Piratería y Analfabetismo Poético. “Leopoldo”, el nombre, era su seudónimo. Se hacía llamar así por el poeta español Leopoldo María Panero) y que tenían poca plata, pero que se pegaban al grupo por unas semanitas. En este mismo instante, ahora que escribo esto, estoy viendo una foto que nos tomó Leopoldo. Aparecemos El Palillo y yo abrazándonos apenas llegaron ellos al Sinaí. Fue un abrazo tan fuerte que cualquiera hubiera creído que no nos veíamos hace años. Pero no. La explicación es un poco más simple, y como todo lo simple, un poco más compleja: ese desierto, ese mar, soltaban amor, era como una droga fuerte, como una pastilla de amor. Nos abrazábamos durísimo, como si no nos fuéramos a volver a ver, y nos dábamos besos y besos en los cachetes y brindábamos con vodka y opio y jashish.

Ahí, en esas cuatro semanas en Egipto, descubrí que el desierto y el mar, el mar-desierto, era mi paisaje preferido para vivir, mi ecosistema, mi salud mental, mi píldora para el dolor de cabeza y la ansiedad. En ese ambiente de polvo y sal me iban saliendo todos los poemas del mundo, podía hablar con claridad, sin tantos desasosiegos, podía tocar guitarra y cantar “*like a bird on a wire, like a drunk in a midnight choir, I have tried in my way to be free*” sin tener ese miedito a estar desafinando. Tenía esa luz extraña de aceptar que quería ser un escritor, de aceptar que era un escritor sin ese miedo a que los intelectuales denigraran mi forma tronchada de escribir. Tenía la claridad política, la visión, de que estaba dispuesto a ir a la cárcel con tal de no fomentar más el odio, el racismo entre las gentes que iban

caminando por mi barrio. Y, ahí en esa arena, escribí y escribí y escribí. Armé la idea de mi libro, el título, el proyecto. Medité sobre mi vida en Israel, hablé mucho con mi hermanito sobre lo estúpido que había sido yo al tomar esa decisión tan apresurada. No me caía bien la gente que vivía en Israel, no podía con el hebreo, no sabía qué hacer con el tema del ejército, no sabía por qué no le había dado el chance a vivir en Colombia, a trabajar en Colombia, en La Guajira, en Santa Marta. “Allá también es una mierda –le decía yo a mi hermanito-, pero por lo menos no lo maltratan a uno, allá por lo menos hay cigarrillos Pielroja y ajiaco y chicharrón”. Y en las mañanas, después de un desayuno hermoso que nos preparaba Doctor Iusef, me tiraba a leer. Una lectura importante (suena un poco intelectual decir eso, “una lectura importante”, pero eso fue: una lectura importante). Me había llevado al Sinaí las dos novelas grandes de Sabato, *Sobre héroes y tumbas* y *Abaddón el exterminador*, me las había regalado Miguelito el día que me fui para Israel. Miguel decía que Sabato era tan buen escritor que lograba ese cliché posmoderno de “escribir sobre escribir” o de “hablar –en una novela– sobre el proceso de escritura de esa misma novela”, pero que lo lograba bien, de forma elegante, sincera, verraca. Y era cierto. Esas dos novelas, además de que eran una cosa hermosa en sus contenidos, en todo lo que iba diciendo Sabato, tenían todas las herramientas poéticas que yo no puedo hacer como escritor. Tenían eso (que sólo logran los sabios) de poder narrar las cosas, de poder contar una historia sin dejar por fuera todo el peso ideológico del que las cuenta. Las novelas de Sabato, pensaba yo tirado en el desierto, eran una forma de contradecir a esos eruditos que decían que uno no puede “decirlo todo” en una novela. Sabato lo decía todo, absolutamente todo, pero lo decía bien, tranquilo, elegante. “¿Y yo qué estoy haciendo?”, me preguntaba ahí en el Sinaí. “¿Por qué yo no puedo hacer eso?”. Y hoy ya no me lo pregunto porque ya sé la respuesta: “Yo no puedo escribir así de bien porque yo no puedo escribir así de bien”. Es como aquel muchacho que no juega tan bien al fútbol y se pregunta en las noches: “¿Yo por qué no puedo mover el balón como Messi, por qué no me sale ese taco, esa gambeta, ese pase al vacío?”, y después, un poco más maduro, el muchacho se da cuenta de que no es una cuestión de entrenamiento, sino, más bien, de equilibrio divino, cósmico, galáctico. “Sólo hay un Messi”, se dice un poco más tranquilo antes de dormir. “Yo puedo entrenar mucho, puedo sudar sangre, pero sólo hay un Messi, un Pelé, un Maradona, un Maldini, un

Zidane, un Iniesta. Yo sólo soy Juan Pérez y me gusta mucho jugar al fútbol”... “Yo sólo soy Óscar Graff y me gusta mucho sentarme a escribir”.

Y esa palabra “Sabato”, así sin tilde, suena ahora por todo mi cuarto, meses después de mi viaje a Cartagena con Juanita, años después de mi viaje al desierto del Sinaí. Y le digo a Juanita, hoy, que me pase de la biblioteca los dos libros grandes de Sabato, y me los pasa y los abro y los toco y los huelo. Están llenos de manchas de arena, todavía huelen al desierto egipcio, todavía huelen a mi vida pirata... “Sabato”, “Sabato”, qué palabra esa, así sin tilde, qué palabra fuerte, poderosa, hermosa, qué viejo hermoso que era Sabato. “¿Qué haces, mi amor?, pareces un loco aspirándote esos libros”, me dice Juanita. “Estoy escribiendo, mi amor”, le digo. “No sabía que uno escribía succionándose el olor de los libros. Está linda la metodología”, me dice. “Sí. Es una forma linda de escribir las cosas más normales del mundo. ¿Te acuerdas del proyecto? Estoy escribiendo un libro que nombre las cosas”:

LA PALABRA “SABATO”

La palabra “Sabato”, que es esdrújula,
se escribe sin tilde
para que no sea una esdrújula
como todas las esdrújulas.

Es un hombre, Sabato,
Ernesto el nombre y “Ernesto Sabato” el hombre,
el escritor, la gaviota que vuela normal
y que vive entre todas las gaviotas
que todavía viven en el río
que todos los días se choca con Buenos Aires.

Si algún día yo pudiera ir a Buenos Aires
me pararía en el puente

a ver cómo vuela el poeta
que fue abandonando la ciencia
para llorar por todos nosotros
y esparcir un poco esa extraña matemática
del muchacho
que camina triste con una mano en el bolsillo
y la otra en el cigarro.

Terminó el mes del Sinaí y todos estábamos tan mugrientos, tan felices, tan fuertes, que decidimos seguir adelante con nuestro plan: 100 dólares y salir para el norte norte de Israel. En la frontera de Eilat, que es el sur sur del país, pedimos un mapa y trazamos una especie de ruta. El Palillo y Leopoldo no podían venir, tenían que llegar a sus trabajos duros. Yo seguía con mi teléfono apagado y sin saber nada nuevo del ejército y mi hermanito y Alejo estaban firmes para seguir viajando. Como ya lo conté hace algunas páginas, tratando de decir esa peleita (años atrás) en nuestro viaje por Colombia, el viaje por todo Israel fue duro, no fue triste (todo lo contrario), pero fue duro. Esos 100 dólares, para un israelí promedio, se iban en una semana, sin lujo ni nada. Nosotros teníamos que rendirlos (cada uno tenía más o menos la misma cantidad) en dos meses. El tema es que no había más plata, yo ya había pagado la renta de la Bauhaus, todas mis deudas, y esa plata era lo único que quedaba. Además de eso, yo ya llevaba un buen tiempo (un año entero) sin alimentarme bien, bebiendo todos los días, tomando cantidades exorbitantes de café; estaba, después del Sinaí, muy bien del espíritu, pero un poco derrotado de los órganos. Salimos felices, sin pereque, llenos de amor. La carretera era una cosa caliente, hirviendo, y era difícil que alguien parara y nos diera un aventón, era difícil pero algunos lo hacían. Nos recogían, nos miraban mal, no nos hablaban mucho, pero nos llevaban. “¿A dónde van?”, preguntaban. “Al norte, párenos en lo más norte que pueda”, y seguían manejando y nos botaban en lo más norte que pudieran. Los días se pasaban esperando, calientes, sudados, a que pasara un carro que nos quisiera llevar, y las noches eran también todas iguales pero cada una tenía su magia particular, su magia nocturna: conseguíamos madera en cualquier lado y nos armábamos cualquier cambuche en la calle, donde viéramos un techito o algo.

Reuníamos poquitísima plata y yo me iba a cualquier tienda (cuando había tiendas alrededor) y negociaba un pan francés y una botella de arak (el trago más barato del mundo). Armábamos la fogatica en la calle, sacábamos la guitarra, comíamos pan y tomábamos arak. Había noches de mucho frío (sobre todo en el Néguev– el desierto del sur–) y noches de mucho calor (sobre todo en el centro del país). Una noche en el Néguev, por ejemplo, oscureció antes de que hayamos decidido el lugar para dormir. En esa oscuridad tan tremenda, pensando que no había nada a nuestro alrededor, decidimos acampar en la mitad de un asfalto durísimo que logramos sentir con los pies. Era tanto el frío que Alejo me levantó del sueño porque me había acercado tanto a la fogata que se me estaba incendiando el saco. Esa noche decidimos no dormir, no podíamos (era imposible), y terminarnos todo el pan y todo el arak que quedaban. Teníamos mucha hambre y mucho frío, pero teníamos dos cosas muy importantes: la primera era que sabíamos que estábamos pobres pero que no éramos “gente pobre” (nadie sufre como los pobres de verdad, lo nuestro era un juego, una aventura), sabíamos que podíamos conseguir un trabajo o cualquier cosa cuando se acabara el viaje, no éramos refugiados africanos que nos iban a negar un trabajo, o árabes buscando un futuro en “la única democracia” del Medio Oriente. Éramos personas sanas, con color de piel occidental, judías, que al otro día podíamos conseguir un puesto y dejar de pasar hambre y frío. La otra cosa importante (que ya la sabía Walt Whitman y John Lennon y todo el mundo que haya tratado de ser feliz) era que había mucho amor entre nosotros, mucho amor a la vida, a vivir, y el frío y el hambre y el cansancio y los dolores de espalda no son nada (son migajas) comparados a las cosas que puede hacer el amor. Estábamos débiles, pero ese amorcito loco que respirábamos nos hacía sentir como si la noche anterior nos hubiéramos comido un kilo de carne y hubiéramos tenido sexo con el amor de nuestras vidas.

Cuando amaneció, después de ese frío y de esa oscuridad tan fuerte, nos dimos cuenta de que habíamos acampado en la mitad de una especie de parque de diversiones. Nosotros tres ahí, con las caras negras de carbón, con esa pinta de vagabundos, y los niños pasaban y le preguntaban a sus papás que por qué había unos señores tan raros haciendo una fogata y tomando trago en la mitad del parque. Y así pasaron los dos meses de viaje. Cada uno adelgazó por lo menos siete u ocho kilos y mis libreticas se llenaron completamente. Fue

lindo haber pasado tanto tiempo con mi hermanito y con Alejo, aprendimos mucho en ese viaje, sobre todo a robar hummus en los supermercados y a entender que hay mucho espacio desaprovechado en las calles. Cuando llegamos a la última ciudad del norte, con la plata exacta para volver a la Bauhaus en un bus con aire acondicionado, Alejo me dijo algo muy lindo. No recuerdo sus palabras exactas, pero me hizo entender que estaba muy agradecido conmigo, que gracias por haberle enseñado que si algún día tenía la plata para un hotel 5 estrellas se la iba a gastar, primero, en ayudar a que la gente tenga con qué comer, y que él más bien paseaba echando dedo y acampando en la calle. Les dije a los dos que yo ya estaba muy cansado, que ya no me daba el cuerpo para subir hasta la nieve, que gracias por todo, que los amaba, que había sido un viaje hermoso. Ellos se quedaron unos días más en el norte (su avión salía en una semana) y yo, cansado, con el cerebro un poco triste, agarré un bus en la estación y me devolví a mi vida pirata con Manevich y El Palillo y El Viruta. El viaje había sido hermoso, pero la vida no podía ser eso, había que enfrentar las cosas prácticas, el bulto de papas de vivir: el dinero, el ejército, etc. ¿Qué iba a seguir haciendo en ese país? No lo sabía, aún no sé lo que hice. Cuando llegué a mi cuarto supe (además de todo ese amor esparcido y de esas charlas lindas con Alejo y mi hermanito) que había nacido algo importante para mi intento de ser escritor: la imagen del desierto. “Ese desierto –pensaba yo tirado en la cama– es absolutamente todo lo que quiero decir. Es todo lo que quiero ser”. Algunos años después, en la única reseña que hicieron sobre mi primer libro, el crítico me dio palo del duro, dijo que no era posible que dejáramos publicar un libro así de malo (como si le hubiera hecho daño a alguien), pero dijo algo hermoso que es cierto y que todavía me suena en la cabeza: “*Es un escritor (si es que se le puede dar ese adjetivo) de polvo, de arena, de desiertos: desiertas son sus formas y desierto es su contenido. El autor de Disparate de reflexiones incomprensibles no logra decir nada, y si lo dijera, lo dijera con nada. Todo es polvo en esa literatura, arena*”. Y a mí se me escurrían las lágrimas de la felicidad leyendo eso, recordando a mi hermanito y a Alejo llenos de arena, caminando por esas carreteras eternas, esperando a que alguien nos suba en su carro para darnos un aventón. Mamá me decía que no le pare bolas a esas críticas, que eso era pura envidia de la mala. Y yo que no, Mamá, que hay que pararle muchas bolas a eso, que era lo más lindo que yo había leído en mi vida: “Un escritor de polvo, de arena, de desiertos”, “todo es polvo en esa literatura, arena”.

*

Tercer momento: la ciudad de oro

Juanita me hacía y me hacía preguntas y yo respondía y respondía preguntas. Paramos en una tienda y compramos un paquete de Pielroja para mí y otra media de aguardiente para los dos. Le preguntamos a la señorita de la tienda que a cuánto estábamos si queríamos llegar caminando a la Ciudad Vieja. Según lo que nos dijo, supimos que estábamos más o menos a la mitad del camino. “¿Fue un error haberte ido para Israel, mi amor?”, me preguntó Juanita. “Yo creo, y seguro esto ya lo ha dicho alguien, que no hay que ponerse muy feliz por los logros ni muy triste por los fracasos, porque la vida –le decía yo a Juanita ya borracho— es mucho más plana que eso, es mucho más tranquila. ¿Has leído a Maurice Maeterlinck, por ejemplo? No, seguro que no. Ni tú ni nadie lo ha leído, y es un escritor hermoso que escribió una de las obras de teatro más lindas que se han escrito en esta vida. Su “gran logro” fue ganarse el premio Nobel de Literatura, pero igual la vida pasa tranquila, plana, como si Maurice Maeterlinck nunca se hubiera ganado el premio Nobel de Literatura, como si Maurice Maeterlinck nunca hubiera escrito teatro. La vida pasa igual de tranquila, igual de plana, con el fracaso de Juan Pérez que no puede jugar al fútbol como Messi, pasa igual de tranquila a cuando tú te ganas un concurso de moda, a cuando a mí se me paran del auditorio cuando empiezo a leer mis poemas rústicos. Creo yo que nada es tan importante como parece. Mi vida en Israel fue un fracaso completo, sí: no logré nada de lo que quería, todo el tiempo me sentí rechazado por la gente, perdí demasiado el tiempo, un tiempo importante que pude haber aprovechado mucho mejor en otro lugar. Si pudiera retroceder los días, estoy seguro de que no lo haría de nuevo, estoy seguro de que me hubiera ahorrado la ansiedad de vivir en un país que me estaba buscando para hacer el servicio militar, me hubiera ahorrado la depresión de no poder entender lo que estaba

pasando a mi alrededor, pero no creo que haya sido un error. Aprendí cosas, muchas cosas. Aprendí a ver que el mundo es ese polvo que pasa y que pasa por el desierto del Sinaí”.

Mi amigo Manevich, que conocía a la perfección las burocracias del ejército, me había dicho que una de las opciones para no prestar el servicio militar era meterme a estudiar en la universidad pública. Me dijo que si hacía una maestría (o algo por el estilo) podía argumentarle a los militares que estaba estudiando y que ya cuando saliera iba a ser muy mayor para que me reclutaran. Y me sonó mucho la idea. No sólo por no hacer el ejército, sino, también, por tener nuevas experiencias, experiencias más parecidas a la vida real del país. De pronto conocía más israelí, de pronto me encontraba a alguno que no odiara tanto a los árabes, de pronto conocía a alguna chica, de pronto me salía algo para dejar de trabajar cortando limones y botando la basura.

Volví a trabajar en el bar mientras hacía la aplicación a la Universidad. La idea era entrar a un programa lindo que había logrado encontrar después de mucha investigación: “Maestría en Estudios Religiosos en la Universidad Hebreo de Jerusalén”. Era como una mezcla entre “literatura de las tres grandes religiones monoteístas”, “filosofía de las tres grandes religiones monoteístas” e “historia de los textos principales de las tres grandes religiones monoteístas”. Hice como cincuenta exámenes para entrar: exámenes de lógica, exámenes de inglés, exámenes de hebreo, exámenes de matemáticas, exámenes de comprensión de lectura... La maestría era en inglés y duraba dos años, el tiempo exacto para no tener que hacer el ejército después del grado. El plan (que en realidad era un plan que inició con la idea de zafarme del ejército) tenía dos clarísimos problemas: el primero era el dinero. La maestría costaba 20.000 dólares al año (¿no era una universidad pública?), entonces tenía que conseguirme alguna beca o hacer algo para poder pagar. Y el segundo problema era el más grave de todos: la maestría era en Jerusalén, esa ciudad de oro, hermosa, bellísima, la ciudad más linda del mundo, pero una ciudad difícil, una ciudad con tantas tensiones políticas y religiosas y con tanto odio de un lado y del otro que es casi imposible vivir. Jerusalén es una ciudad hermosa para estar dos o tres días, pero después se convierte en un agujero negro donde ir a la tienda de la esquina se convierte en un sufrimiento, en una desesperanza, en una razón para dejar de creer en la humanidad.

La vida en la Bauhaus seguía igual: arte mediocre por todos lados, barquitos de papel derretidos, cerveza, arak, poesía mediocre por todos lados, guitarra, del bar al café del café al bar del bar al café del café al bar del bar al café del café al bar. Trabajo de medio tiempo en el bar, de ahí al café a escribir y a tratar de aplicar a las becas que ofrecía la Universidad, y de ahí a nuestro bar en el sur a charlar con el *barman* y a tratar de traducirle mis poemas de pacotilla. A los tres o cuatro meses recibí la respuesta de la Universidad: me había ganado media beca por haber escrito el “mejor ensayo” de aplicación (un pésimo ensayo que se puede definir con un solo adjetivo: “efectista”) y me había ganado otro pedazo de beca por ofrecerme para trabajar como guía turístico para los grupos hispanoparlantes que querían conocer la instalaciones de la Universidad. Tocaba, entonces, pagar como 5.000 dólares al año. Papá me dijo que me prestaba esa plata, que le pagara cuando sea un magister y todo eso.

Cuando recibí la respuesta de la Universidad tomé una de las poquitas buenas decisiones que he tomado en mi vida: conocer España. Decidí trabajar duro por unos meses y ahorrar un poco de plata para poder comprar los pasajes. Trabajé duro (quince horas al día sin ni un solo día de descanso), pagué todo lo que debía en la Bauhaus (nunca más volvería a vivir ahí) y me fui para España a esperar a que empiece el semestre académico. Por esas épocas, por esos tiempos no tan lejanos, mi amigo Kique estaba viviendo en Barcelona, estaba terminando su segunda maestría en derecho penal, y se había puesto muy feliz de que yo fuera a visitarlo, se había sentido bastante solo por esas épocas, por esos tiempos no tan lejanos. Arranqué mi viaje desde Barcelona, con Kiquecito, vomitando los andenes del Barrio El Raval, conociendo poetas malditos de la vida real, enloquecidos en los museos y en las plazas de mercado. Qué ciudad hermosa. Qué ciudad potente. Qué ciudad construida por tarros de pintura que van cayendo de las montañas, de los cielos, de las nubes, de las aguas de un vientecito caliente y mojado. Después, ya sin un peso (como siempre), ya sin Kique, comencé a bajar el país: Madrid, después Valencia, después Granada. Dormí en las calles de todas las ciudades y de todos los pueblitos que iban apareciendo por ahí, conocí a uno de los amores de mi vida, una tal Emily Bernstein de Nueva York, comí todas las tapas que daban gratis por comprar una caña de cerveza, viví. Fui casi feliz, fui solo, fui mi yo-

tranquilo, mi yo-enmarañado, mi escritura tronchada, mis ganas de caminar descalzo por todos los andenes del mundo. Llené tres libreticas con cosas que no tenían ningún valor literario, como todo lo que hago con felicidad. Llené un montón de servilletas con poemuchos que hablaban del Bar Masella, ese rotico donde iban Hemingway y Picasso y Gaudí a tomar el mismo absenta que nos tomábamos Kique y yo a la una en punto de la tarde. Le escribí poemas de amor a Emily Bernstein en un inglés extrañísimo, en ese inglés con sintaxis española que sonaba tan lindo, y seguí caminando y conociendo gente. Le había dicho a Emily Bernstein, con toda la seriedad del mundo, con esa sinceridad de las mentiras bien armadas, que yo había sido un boxeador amateur, nacido en Medellín-Antioquia (“la tierra de Pablo, sí, sí, *The Gangster*”), y que ahora me dedicaba a la fotografía experimental. A otros les había dicho que mi nombre era Juliao Cienfuegos y que era el hijo perdido del mismísimo comandante cubano. Y así pasó el viaje, así de hermoso, hasta que me di cuenta, en un andén de Granada mágica (sería lindo, en este punto, decir algo sobre García Lorca, pero mejor no), que me quedaba el dinero casi exacto para devolverme a Barcelona. Fue desde ahí, desde Barcelona, desde donde llamé a Cloé para que me ayudara con un lugar para quedarme en Tel Aviv. El Palillo ya estaba instalándose en Jerusalén para empezar su carrera en Artes Plásticas, Manevich se había ido de la Bauhaus para tratar de encontrar algo en un kibutz, Viruta ya estaba de vuelta en los Estados Unidos. Todavía quedaban algunos meses para empezar mi maestría y yo, como casi siempre, no tenía un peso en donde caerme muerto (¿sí se dice así?). Tenía que esperar a que arranque el semestre académico para que me dejaran mudarme a los dormitorios de la Universidad. Cuando llegué a Tel Aviv pasó todo ese cuento que ya dije: me quedé un tiempo largo viviendo con las chicas, escribí “Origami para Cloé” y toda esa fábula: Cloé, Tatiana y Nicole trabajando y yo tirado en el apartamento tratando de ser poeta.

Cuando volví de España empezó todo el infierno del ejército. De alguna forma habían descubierto mi número de teléfono y me habían dicho que mi estado era de “remiso” (o como se diga esa palabra hedionda) y que me tenía que presentar lo antes posible en sus oficinas de Jerusalén. Me presenté en las tales oficinas y salí llorando de ahí, habían jugado tanto con mi cabeza que me habían embutido, a la fuerza, una depresión-ansiedad que hasta hoy no he podido sacar de mi alma. Me dijeron que no era problema de ellos el hecho de

que me hayan aceptado en la Universidad, me dijeron que no era problema de ellos mis ideas políticas y mi falta de conocimiento de la lengua hebrea. Me dejaron esperando cinco horas, dejándome claro que tenía dos opciones: o la cárcel o servirle al país. “Pues la cárcel”, les dije un millón de veces con los ojos aguados de la rabia. Me hicieron atravesar unos pasadizos diseñados para que uno no se pudiera ubicar en el espacio, me hicieron pruebas de lenguaje, exámenes físicos, pruebas psicológicas, de todo. Me dijeron que esperara una llamada de ellos, que, por ahora, me quedaba restringida la salida del país y que, quiéralo o no, me iba a tocar usar el uniforme.

Yo continué con mi plan: después de vivir en el norte de Tel Aviv con la chicas, cuando ya tenía mi primer “proyecto literario” casi armado, logré convencer al Palillo y a Allan (otro amigo colombiano) de que se vinieran a vivir conmigo a los dormitorios de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Logré que la Universidad llamara al ejército para que comprobaran que me habían aceptado en la maestría y que tenía los siguientes dos años comprometidos con el estudio en la U pública. Y así empecé mis estudios. Los del ejército, dos o tres pelafustanes resentidos con sus propias vidas, me mandaban cartas casi todas las semanas al correo de los dormitorios. La intención de las cartas, escritas en un hebreo imposible, era recordarme que ellos existían, que este semestre me las había arreglado para no entrar, pero que el otro semestre tenía que “servirle al Estado”, que “servirle a La Patria”. ¿Esa era, acaso, mi patria?, ¿qué tenía que ver “la patria” con todo esto? Yo sólo era un muchacho desubicado que había cometido uno de los peores errores de su vida yéndose a un lugar donde todo el mundo lo trataba mal. Yo sólo quería (y sólo quiero) tiempo y algo de dinero para poder escribir y comprar cigarrillos y café.

Los días en Jerusalén fueron terribles: por un lado tenía que presentarme en el Centro de Reclutamiento Militar casi todos los meses para decirles que por favor me dejaran tranquilo, que yo era un estudiante, que no hablaba el hebreo, que yo no quería “servirle” a un país que estaba peleando una guerra injusta, como todas las guerras. Y, por el otro lado, la maestría y el ambiente oscuro de la ciudad me estaban terminando de deprimir del todo. Vivíamos en un apartamento chiquito (vivíamos Allan, El Palillo, un israelí ciego, un israelí albino y yo). Nuestro compañero ciego nos explicó todo el tema del *braille*, todo ese

cuento hermoso de leer y escribir con el tacto, y se portó, al principio, como un tipo querido, amigable, pero después nos dimos cuenta de que era un ultraderechista que no aceptaba gente no-judía en el apartamento. Algo similar nos pasó con el compañero albino: fue un buen tipo al principio, pero los olores que dejaba en la nevera y en el baño y, por supuesto, las conversaciones sobre política, hacían que El Palillito vomitara todos los días por la ventana de la sala. Y, además, la tal “Maestría en Estudios Religiosos” era una farsa completa. Unas clases de muy baja calidad, con pésimos profesores, con ese procedimiento extraño que se enfoca en enseñar los métodos para aprenderse de memoria la fecha del surgimiento del islam, las fechas de la escritura del Talmud, la fecha de los primeros mártires del cristianismo temprano, la fecha de la primera obra de arte religioso que había aparecido en la historia. ¡Basura completa la tal maestría! Y, además, la ciudad de oro: uno se subía en un transporte público y se encontraba, todos los días, con el árabe que miraba mal al rabino, con el rabino que miraba mal a las mujeres descubiertas, con las mujeres descubiertas que miraban mal al cristiano, con el cristiano que miraba mal al chofer, con el chofer que escupía por la ventana como diciendo: “Aquí mando yo, hijueputas. Al que no le guste mi bus, que se baje”. Es que Jerusalén es una ciudad fría (física y espiritualmente), es la única ciudad israelí donde cae nieve en las calles, es el único lugar en Israel donde hay que usar doble media para dormir. ¡Tenía que hacer algo para largarme de ahí, me estaba enloqueciendo!... Un viernes cualquiera, después de hacer un mini viaje por el desierto del Néguev, recordando los tiempos de mi hermanito, (un viaje de dos días que hicimos en el carro de Allan, un carrito blanco que se había ganado en una rifa de McDonald’s), decidí que el primer paso era retirarme de la Universidad (no aguantaba un segundo más ese método mediocre de enseñar la religión), el siguiente paso era tratar de solucionar, de una vez por todas, el tema del ejército. Y así fue. Me retiré de la Universidad y logré contactarme con el ejército para pedir una cita urgente. (Si me daban la tal cita, era la décima vez que tendría que pisar el maldito Centro de Reclutamiento Militar). Me dieron la cita, pero, como esta vez la había pedido yo, me la dieron para dentro de seis meses. Esperé. Esperé y esperé.

Me conseguí un trabajo como “traductor independiente” (traductor de pacotilla, será) y me quedé en ese apartamento frío esperando mi cita con el ejército. Esos días fríos fueron

los días más tristes que me han tocado vivir hasta ahora: lloraba todos los días, todos, sin excepción, bebía mucho arak barato, traducía lo mínimo (sólo para que me diera lo de la renta), leía las noticias (caían misiles y misiles en el sur del país. El Hamas, ese movimiento putrefacto que se hace llamar “Movimiento de Resistencia Islámico”, lanzaba su armamento desde la franja de Gaza y la población civil de Israel tenía de doce a diecisiete segundos, después de que sonaran las alarmas, para esconderse en los refugios. Otro atentado en el centro de Jerusalén: un loco había cogido una volqueta y había tratado de matar a cualquier transeúnte que se le atravesara). Después de que caía un misil, o de que ocurriera alguna desgracia, me llamaban mis conocidos de derecha: “¿Si vio las noticias?, ¿ahora va a salir a defender a esos hijueputas palestinos asesinos terroristas todos, todos, todos?”. Y yo andaba tan triste por todo lo que pasaba en mis propias tripas que ni siquiera me daban ganas de discutir, era un problema demasiado complejo: ¿cuántos misiles justifican la destrucción de un pueblo completo?, ¿cuánto ha sufrido la gente de un lado y del otro?, ¿quién ha sufrido más?, ¿quién tiene el derecho al territorio? Mi corazón, completamente quebrado, no tenía las fuerzas para argumentar mi punto de vista. Yo sólo lloraba y lloraba como un niño, leía a Hemingway en inglés para practicar lo de la traducción, lloraba, lloraba de los nervios que me daba la cita con el ejército, lloraba de ver un país así de agresivo, lloraba porque hace años no veía a mi hermanito que es de misma edad y de mi mismo espíritu, lloraba, lloraba. Pero siento que de algo sirvió todo ese momento frío, y es que tenía tanto tiempo libre que pude pasar el manuscrito de mi primer libro a unas hojas limpias y bien cuidadas, pude terminar mi libro sumergido en la tristeza más fuerte que había vivido en mi vida, una tristeza que no es de esas tristezas de perder a un ser querido, sino de esas que no se sabe en dónde están escondidas en el cuerpo de uno. No se sabe si vienen del corazón o de los pulmones o del pelo mugriento de crispetas de maíz porque era lo único que podíamos comprar en esa pobreza de vida. Ya no teníamos ni para el café, sólo nos alcanzaba para pagar lo de la renta y los servicios. Llamaba a Papá y a Mamá llorando, pidiéndoles perdón por haber tomado esa decisión. Les decía que era muy injusto lo que ese país, lo que ese ejército, estaba haciendo conmigo, que yo no quería, no podía, pertenecer a un grupo militar, que no me podían obligar, que estaba encerrado en Israel porque habían puesto una cláusula en mi pasaporte que decía que tenía “deudas” con

el Estado, que yo renunciaba a todo lo que me había “dado el Estado”. Y lloraba y lloraba y lloraba como nunca antes había llorado.

Un día de esos tristes, Allan y El Palillo llegaron de la Universidad y me vieron acurrucado en el piso, llorando como un niño chiquito. Sacaron dos botellas de arak, Allan puso David Bowie y El Palillo me paró del suelo y me sentó en el sofá de la salita. Comenzamos a tomar trago y a escuchar la música de Bowie, de Bowie hermoso, y a hablar un poco de la vida. En esa conversación pasó algo increíble: entre charlas de Fútbol colombiano y de mujeres imposibles, me enteré de que Allan era primo hermano de Juanita… “...de que Allan era tu primo hermano”, le decía yo a Juanita ya viendo la Ciudad Vieja de Cartagena a lo lejos. Y yo le conté a Allan que yo era muy muy amigo de ella, que nos habíamos vuelto mejores amigos cuando ella se fue a estudiar a Bogotá y todo ese tema. En ese instante de tristeza, de nervios, sentí todo mi pasado, sentí todo el bullo de papas de la vida sobre mi lomo. Hace años no sabía nada de Juana. ¿En dónde estaba?, ¿ya se había convertido en una diseñadora famosa? Y ahí, en esa salita vomitada por El Palillo, me di cuenta de que siempre estuve enamorado de ella, de que la amaba mucho… Nos terminamos las dos botellas de arak y le escribí una carta a Juanita (se la mandé a una dirección ya vieja) diciéndole que era el amor de mi vida, que quería vivir con ella, viendo películas raras, por el resto de mi vida… Por ser una dirección vieja, ya casi caduca, Juanita recibió ese mensaje como seis meses después, pero lo recibió y sirvió mucho. Sirvió para que ella me dijera, el día del lanzamiento de mi primer libro, en la tienda de doña Ceci, en todo el centro de Bogotá, que ella también creía que yo era el amor de su vida, que ella también creía que siempre había estado enamorada de mí.

Los días en la ciudad de oro siguieron así: fríos, tristes, comiendo sólo crispetas, leyendo a Hemingway en inglés, con muy poquito dinero. Cuando llegó el día de la cita del ejército, un día verde, Manevich me dio un buen consejo por el teléfono: me dijo que en Israel se tenían que solucionar las cosas “a lo israelí”, a saber: a los puños, gritando. Me dijo que no llegue calmado, que no sea respetuoso, que así no iba a lograr que me escucharan. Y así, gritando, lleno de odio, fue que lo hice. En el bus, yendo por décima vez al Centro de Reclutamiento Militar, cultivé toda la rabia que tenía por dentro. Miraba al conductor, al

rabino, al árabe, a la oficinista morronga, a todos, con un odio profundo que había nacido en mí desde hacía casi tres años. Veía, en mis recuerdos cercanos, a mi jefe explotador del bar de Tel Aviv, veía a las mil chicas israelíes que me habían rechazado, veía a la señora que entraba gritando en los bancos para que la atendieran rápido, veía a esos *arzim* que ponían el radio de sus carros último modelo a todo volumen en las playas de Tel Aviv, veía la cara sonriente de Benjamín Netanyahu dando sus discursos llenos de racismo y de odio por el prójimo, veía esos letreros de la calle escritos en ese hebreo imposible de aprender..... Y llegué a ese Centro de Reclutamiento Militar recargado de odio. Me abrieron la puerta blindada, después de pasar mi identificación, y empecé a gritar como un loco desquiciado, gritaba groserías en español, en hebreo, en inglés, en ladino. Les dije que eran unos asesinos hijos de puta, que me dejaran salir del país, que me tenían secuestrado, que si me daban un rifle (el día de mi reclutamiento) los mataba a todos y después me suicidaba... Se me escurrían las lágrimas de la rabia, del miedo, de la ansiedad, de una tristeza profunda que había empezado por una decisión estúpida en un bus de Bogotá. Los soldados me veían gritar y llorar (y gritar y llorar) y se reían en voz baja y se decían secreticos pícaros entre ellos. No hacían nada al respecto. “Pareciera –pensaba yo– que este escándalo es una escena de rutina en este asqueroso Centro de Reclutamiento”. Hasta que, de repente, llegó una soldada argentina que entendió mi ansiedad y mi tristeza latinoamericana y me dio un vaso con agua. Me dijo, en mi lindo español, que me calmara y que le contara lo que me pasaba. “Hola, amiga –le dije yo–, sólo quiero que me dejen volver a mi país. El ejército tiene una cláusula en mi pasaporte y me tiene encerrado en Israel. Yo no sé hebreo, no tengo trabajo, no puedo seguir aquí. No puedo más. Estoy muy mal del alma. Ayúdame, amiga, por favor”. Y, efectivamente, me ayudó. (Si algún día, Dios lo quiera, llegas a leer esto, amiga argentina que me ayudó a escapar del ejército, te digo que fuiste un ángel. Gracias, amiga, por demostrar, en la vida real, todo eso lindo del *ying-yang*, que en todo lugar repleto de odio siempre hay algo de amor). Mi ángel argentino habló con un oficial de alto rango y se le inventó un cuento de que yo tenía que viajar urgente a mi país, que tenían que quitarme la cláusula para que yo pudiera salir una o dos semanas... Y así fue. La soldada argentina sabía que yo nunca iba a volver al país (era más que obvio), pero, como buena servidora pública, me dijo que trataría de volver en unos meses y que solucionaría del todo mi situación militar (y me picó el ojo). Le di un abrazo y

salí corriendo de esa oficina maldita. Llegué a una agencia de viajes y conseguí un vuelo “barato” para Colombia (el vuelo salía para dentro de un mes). Me gasté absolutamente todo lo que tenía de mi trabajo como traductor de pacotilla y compré el tiquete. Llegué al apartamento y le conté al Palillo y a Allan. Me abrazaron y me dijeron que largarme era lo mejor que podía hacer. El Palillo me explicó que eso de “ya puede salir del país” no significaba que el ejército se iba a olvidar de mí. “Si te vas para Colombia por más tiempo del debido, mi hermano –me decía El Palillo–, no puedes volver nunca más, al menos de que quieras pagar unos añitos de cárcel”. Yo ya sabía todo eso. Nunca más podía volver a pisar Israel. Era otro tipo de cárcel, pero era la cárcel (la cadena perpetua) que decidí pagar por creer en la igualdad de los hombres, en la vida digna que se merecen todos los hombres de todos los pueblos de todas las razas del mundo.

El último día en Israel fue triste, pero fue lindo. Empacamos los casi 300 libros que yo tenía en mi biblioteca de bambú (la idea era mandar todos los libros a Colombia cuando yo tuviera un poco de plata para el envío. La historia con esos libros es horrible: los dejamos, mientras yo conseguía la plata, en la casa de un tal Señor Jacobo, un amigo del papá del Palillo. El Señor Jacobo, después de unos meses, se aburrió de tener los libros ahí y, dice él, los regaló. La verdad es que se robó algunos libros, algunos los tiró a la calle y algunos se los iba dando a la gente que iba pasando por ahí: una cosa absurda porque nadie lee en español en ese país. Entonces se perdió, así, mi amada colección de libros). Allan, ese último día en Israel, me tenía uno de los regalos más lindos que me han dado en la vida: después de haber leído el primer borrador de mi libro, se había puesto a diseñar la portada. Ese día, mi último, me dio el dibujo y me dijo que sería muy lindo que su diseño apareciera como portada del libro. Por supuesto, la portada actual de mi *Disparate de reflexiones incomprensibles* es ese hermoso dibujo que me dio Allan ese extraño último día. Manevich alquiló un carro para recogerme en Jerusalén (él ya vivía en un kibutz del norte) y nos fuimos los dos para el aeropuerto, jurándonos amor eterno, jurándonos que nunca nos íbamos a olvidar el uno del otro... Cuando despegó el avión me sentí mal, triste, sentí que mi vida estaba hecha pedazos, sentí que ese ciclo de “vida pirata” nunca se iba a cerrar del todo. Había dejado muchas cosas abiertas, muchos ciclos sin concluir. Había dejado abierta desde mi cuenta de banco, desde el

recibo de la luz, hasta mi situación militar, desde mi intento de ser poeta hasta mi intento de nunca más volver a escribir. Y aquí aparece, de nuevo, esa voz del doctor Antonio que me lo iba a recordar mucho tiempo después de haber aterrizado en Bogotá: “Tienes que aprender a terminar las cosas, a estar seguro con tus decisiones. Tú eres un muchacho brillante, Óscar, termina el guion que estabas escribiendo y mándalo a un concurso, termina tu maestría de una vez por todas, consigue un trabajo y hazlo bien, termina tu dieta, termina tu ejercicio, ama bien a tu novia, paga las cuentas del apartamento sin dividirlas por fechas, págalas todas de una vez. Termina las cosas, cierra los ciclos...”.

Llegando a la Ciudad Vieja de Cartagena, a esas murallas casi imposibles, a ese color y a ese olor que sólo tiene ese lugar del mundo, me di cuenta de que Juanita no estaba nada cansada: quería seguir escuchando más historias, tomando más medias de aguardiente... Llegamos a la primera tienda que vimos, ya adentro de la Ciudad Vieja, compramos otra media y nos devolvimos caminando hacia el hotel. En un día se acababa nuestro paseo lindo.

*

Bogotá es fría, es gris, es de ladrillo y de montaña. Uno la puede ver desde el avión, casi completa, llena de todas las cosas normales, de casi todas las cosas normales que he tratado de contar hasta ahora. Llegamos un jueves (día azul, como el lunes) y Juanita se iba para Medellín en la mañana del viernes (que es verde, como el martes) y yo me quedaba, de nuevo, solito en el apartamento. El Conejo trabajando y yo tratando de ser poeta. Miguel ya estaba en Bogotá, mi hermanito (que es de mi misma edad y de mi mismo espíritu) llegaba el sábado por la mañana y yo, que casi siempre he estado aquí, seguía aquí, esperándolos para charlar de todas las cosas normales que pasan en nuestros mundos y para pasar un buen rato en el matrimonio de Sassón.

Ese viernes me fui caminando hasta la casa de los papás de Miguel. Mi amigo no estaba ahí, no tenía teléfono, nadie sabía en dónde se había metido. Dejé mi número y le pedí a Javier (su hermano periodista que yo escuchó casi todos los días en la radio) que le dejara “la razón” de que me llame. Agarré la séptima hacia el sur, paré en un cafecito y me puse a tratar de pulir los poemitas cortos que iban apareciendo en mi borrador de *Cosas normales*: “La caneca”, “Dos perros”, “La sombrilla”, “La cabaña”... Sentí que esos textos habían aparecido como desde un trance extrañísimo, había ahí una voz bastante diferente a todo lo que había tratado de escribir en mi vida. Revisando el borrador, ahí en el café, sentí, en el fondo de mi corazón, que todo el proyecto del libro, que ya llenaba tres cuadernos, tenía mucho valor. No “valor literario”, sino valor valor: valentía. Por lo menos para mí tenía mucho valor. Me dieron ganas (y todavía las tengo) de que alguna editorial, algún día, se interese. No era (no es) una narración perfecta, no era *La invención de Morel* de Adolfo Bioy Casares, donde todo funciona a la perfección, donde cada minuto y cada pieza encaja milimétricamente, pero era (es) una historia que viene desde lo más adentro mío, desde lo más sincero y lo más rítmico que podría dar mi alma, una alma, una almita, ya un poco cansada, ya un poco picha de escribir tanta cosa, cansada, sobre todo, de que la insulten por tratar de escribir tanta cosa picha.

A las 4pm caminé hasta La Soledad, hasta la casa del viejo Cami. Lo llamé y me dijo que lo espere ahí en la puerta del edificio, que estaba haciendo unas compras para el apartamento y que ya llegaba. Cuando nos vimos, cada uno a un lado del andén, yo salí corriendo, atravesé la callecita y le di un abrazo grande (tenía tantas ganas de ver a mis amigos). El viejo Cami me dijo que había comprado unas cervecitas, que si no podía zafar la comida de *shabat* y quedarme con él hablando un poco de la vida, del trabajo en el colegio, de los nuevos proyectos. (“Verdad que hoy es viernes –pensé–, hay comida de *shabat*”). Le dije que sí, que yo zafaba la comida de *shabat*. Y llamé a Mamá:

- Mamita, no voy a poder ir hoy a *shabat*. Quedé hace mucho tiempo con un amigo para revisar unas cosas de la tesis de la maestría. Mi amigo todavía no ha presentado y le voy a dar consejos y esas cosas...

Y todo judío latinoamericano sabe la tragedia que es (sobre todo para una mamá) zafar una comida de *shabat*.

- No, no, no, no, no... Óscar, por favor. No te vemos hace mucho, va a estar toda la familia. Tú sabes, mi amor, lo que me molesta que no vengan a *shabat*. Cuadren esa reunión para otro día de la semana. Por favor, mi amor, ven a la casa. Qué tesis de la maestría ni que nada. Aquí te esperamos.
- No, mamá. No puedo. Te amo. Mándale saludos a todo el mundo. Mañana voy en la mañana y nos vemos. ¿A qué horas llega mi hermanito?.....

Y, al final, uno termina no yendo al *shabat* pero sintiéndose mal por no haberle hecho caso a la madre de uno... Entramos al apartamento de Camilo, abrimos un par de cervezas Águila, prendimos un par de Pielrojas y nos tiramos en el sofá. Camilo puso unos vinilos de Los Beatles y, por supuesto, empezamos nuestra conversación por donde se empiezan todas las conversaciones: las chicas, los amores. Malú no lo había llamado, no había aparecido en el panorama. La profe que me había remplazado, Alexandra, era una muchacha hermosa, recién graduada de la Universidad, que Camilo y yo habíamos entrevistado para lo del trabajo. Era tan linda Alexandra, tan mamasita, que ningún ser como nosotros tenía la más mínima posibilidad de darle un besito. Camilo era su jefe, pero (decía él) cuando se terminara el año Alexandra no se iba recordar ni de que él se llamaba Camilo ni de que era su jefe. “Va a creer que yo soy el de mantenimiento”, decía Camilo. Y yo explosionado de la risa con los cuentos de mi amigo. Es hermosa esa actitud tan sincera de sentirse un perdedor (actitud que tenemos todos los que hemos sido profesores de un bachillerato privado). “¿Y cómo va usted, mi hermanito?, ¿cómo va el proyecto del libro?, ¿cómo van las cosas con Juanita?” Y le conté todo y seguimos hablando de Los Beatles, de que muy estúpida esa rivalidad 100% mercantilista y absurda de “Rolling Stones Vs Beatles”.

En ese momento, ya con unas cervecitas flotando en el cerebelo, llamó Miguelito. Le conté lo del matrimonio de Sassón, que venga, que no sea marica. Y Miguelito que no, que le quedaba imposible porque el sábado salía de vacaciones para su pueblo, que más bien nos veamos hoy. Le di la dirección del viejo Cami y dijo que caía en una horita y media. Miguel y Camilo no se conocían, pero se iban a llevar muy bien. Mientras iba pasando la tarde, la nochecita, mientras llegaba Miguel, le leí a Camilo todo el borrador de lo que llevaba de *Cosas normales*. Camilo escuchaba con mucha atención, con su cerveza Águila en la mano, y yo leía y leía, leía rápido, rapidísimo, sin detenerme a dar explicaciones de nada. “Oiga –dijo Camilo cuando faltaban algunas páginas para terminar el borrador–, ¿qué va a hacer con los nombres de los personajes? No los puede dejar así. Se le puede armar un mierdero en la comunidad, con sus amigos, usted qué sabe si alguien se moleste con eso. Sólo invéntese unos nombres ficticios y listo”. Y yo le dije que no me moleste con eso, que me diga más bien que qué le parecía la cosa. A Camilo le había gustado la cosa. “Muy, muy bonito, mi hermano”, había dicho. Me dio la idea de participar con alguno de los poemas en ese concurso anual que hacía la Casa de Poesía Silva. Y seguimos hablando de mi libro y de lo duro que era tratar de escribir, de narrar, de fabular, de contarle las cosas a los otros. De que por qué habían sobrevalorado tanto a García Márquez, de que por qué la gente no leía poesía si “el verso” era una de las cosas más chéveres que se había inventado la humanidad... y así, hablando y hablando y hablando así... Hablamos y hablamos de todas las cosas. Me hizo un par de “precisiones” sobre “los tiempos” de mi novela, me dijo que, según él entendía, había dos tipos de presentes que a veces no eran claros: 1) el personaje, (el yo), sentado en un centro comercial tratando de escribir su libro. 2) El personaje ya viviendo con Juanita, tomando valeriana y tratando de leer la obra completa de Tolstói... Le dije que sí, que había entendido bien la cosa, pero que si hacía un análisis riguroso de “los tiempos”, como si estuviera escribiendo un ensayo para la Universidad, se iba a dar cuenta de que siempre, en toda mi novela, hay un *presente absoluto* (ese “yo” desde el centro comercial o desde cualquier parte. El “yo” que escribe, en este momento, la novela. El “yo” que se sale de las historias y le dice al lector: “en este momento estoy tratando de armar, con literatura, la historia que usted lee”), hay, también, un *pasado cercano* (muy cercano) que es ese “yo” viviendo con Juanita y

tomando valeriana. Y hay, por supuesto, un *pasado más lejano*, mucho más lejano, que son los recuerdos del colegio y todas esas cosas más o menos nostálgicas que van apareciendo dentro del relato... Pero que –seguía yo explicándole a Camilo mientras citaba pasajes de los cuadernos– ese *presente absoluto* trata de hacer un jueguito coqueto: por un lado, se narraba muchas veces en pasado (mostrándole al lector que sólo se puede escribir en pasado, que sería absurdo ir caminando por la séptima, ver un atracador, e ir escribiendo que ahí hay un atracador) y, por el otro lado, cuando el personaje, el “yo”, se para del café, la estructura narrativa cambia radicalmente: todo se transforma en un presente lleno de *flash backs*, de analépsis, de recuerdos que se mezclan con ese presente que se escribe algunas veces en pasado y que, de repente, nos trae al instante (*presente absoluto*) del personaje-escritor, del que le dice al lector: “en este momento veo esta foto (o lo que sea) y escribo las “cosas normales”, o pienso en tal y tal cosa del hoy, del hoy hoy”.

Y Camilo seguía argumentando que la cosa no era del todo clara, decía que él sí creía que los tiempos funcionaban correctamente, pero que no eran fáciles para el lector, que no era elegante “la forma”, pero que igual a él le gustaba eso, que eso le daba un tono lindo, que esa escritura tan “rústica”, como sin pulir, era una bella herramienta para contar las cosas sin sofisticarlas tanto (y también mencionó que la idea no era hacer *La invención de Morel* de Bioy Casares, sino un relatico que venga desde el corazón). Y sonaba “Rocky Raccoon” en el fondo del mundo y llamamos a la tienda para pedir más cervezas. Era más que obvio que Miguelito se iba a demorar más de una hora y media.

Cuando llegó Miguel me le tiré encima, le di besos por todos lados, le presenté al viejo Cami, le di una cerveza mientras lo abrazaba y le despelucaba ese pelito de comercial de *shampoo*. Nos sentamos y hablamos de todas las cosas de la vida: que las chicas, que el trabajo, que la filosofía, que la vida de vivir la vida, que cómo iba con su nueva bicicleta, que qué tal México, que si le había dado muy duro el picante, que qué tal la comida, que qué tal la rumba, que el futuro, que por qué seguíamos siendo esos niños que no tenían ni idea de qué hacer con sus vidas... Con Miguel, claro, la cerveza se convirtió en Jack Daniel’s y Los Beatles se convirtieron en una mezcla extraña entre

Diomedes Díaz y Beethoven. Nos quedamos ahí un buen rato, charlando con el Cami, emocionados de vernos y de acordarnos de todas las cosas que habíamos vivido juntos: “Miguel y yo tirados en los andenes del centro”, “Miguel y yo escribiendo nuestro libro-diccionario de las burradas que decía la gente en las clases de filosofía”, “Miguel y yo estudiando latín hasta las tres de la mañana tomando cantidades industriales de ginebra y café”. En un momento de esa noche linda, de ese amor, Camilo se durmió y nos quedamos Miguel y yo charlando sobre el matrimonio de mi hermanito, sobre el bebé que íbamos a tener con Juanita y que ya no lo íbamos a tener, sobre la vida, sobre las posibilidades lejanas de hacer una familia de bien, sobre la imposibilidad de tener un trabajo digno después de haber estudiado filosofía.

Como yo sabía a la perfección que a Miguel no le gustaba nada lo que yo escribía (y eso no tenía nada que ver con el amor que nos teníamos), tenía miedo de preguntarle que qué tal le había parecido lo que le mandé de mis *Cosas normales* (ya había pasado “a limpio” casi la mitad de la historia y se la había mandado por correo). No sé si le mandé mis “cosas normales” para sufrir o para, de verdad, recibir un buen consejo. “¿Y qué tal le pareció mi libro, mi hermanito?”, le dije de la nada. Y Miguel, con su espíritu reaccionario y feliz (con ese espíritu lindo que pareciera salir de los libros de Nicolás Gómez Dávila, de ese escolio que Gómez Dávila escribió contra mí: “La vulgaridad consiste en pretender ser lo que somos”).), trató de no hacerme sentir mal, pero me dijo que no le había gustado mucho la cosa. Me dijo que, por ahora, no le funcionaba el personaje principal (el “yo”). Que él lo veía un poco como ese cliché posmoderno del escritor perturbado que no tiene ni mil pesos para los Pielroja, tirado con los mil quinientos libros de Tolstói en la cara. Me dijo, como siempre, que a él le gustaban las cosas más sutiles, con menos pretensiones, con “menos pose”. Yo le traté de explicar que todo lo que él decía era muy verdad, muy verdadero, pero que mi personaje también era muy verdad, muy verdadero, que no era ninguna pose: que yo sí me estaba tratando de ahorrar los mil de los Pielroja, que yo era un verdadero intento de escritor, que sí me perturbaban las cosas estúpidas que pasan a mi alrededor, que no era mi culpa que mi vida sea un cliché, que a mí me quedaba imposible escribir sobre un personaje que no fuera yo mismo tratando de ser yo mismo escribiendo... Y seguimos discutiendo el

tema por casi una hora. También Miguel me dijo lo de los nombres de los personajes, me dijo que, de pronto, si me publicaban el libro, podía haber gente que se molestara mucho, que si él fuera yo le ponía nombres ficticios a las personas que aparecían en la novela, que hasta qué punto uno sabía lo que le gente de la vida real se podía resentir con alguna escena del libro... (“¿Qué va a decir ese amigo suyo que le robó a su Danielita, por ejemplo?”). Al final, después de que ese tema áspero de mi libro pasó a segundo plano y nos quedamos ahí, haciendo lo que vale la pena (mirar el techo, escuchar a Beethoven y esas cosas lindas del silencio), ya pidiendo el taxi para devolvernos a casa, Miguelito me confesó que había partes del libro que lo habían conmovido. Me dijo que le había entrado una nostalgiecita bien fuerte con todo ese tema del café volando por el techo de la facultad y todo eso de la U. Que se había conmovido, sobre todo, con el tema del silencio hermoso que producía nuestra amistad.

Al otro día (el día del matrimonio de Sassón, el día que llegaba mi hermanito de Costa Rica), me levanté tempranísimo para seguir el consejo del viejo Cami. (La Casa de Poesía Silva estaba ofreciendo 5 millones de pesos para el ganador de su Concurso Nacional de Poesía). En todos los borradores que tenía de mis “cosas normales” había un poema lindo (lindo para mí) que no había usado todavía, un poemita sobre una “cosa normal” que no había cuajado en la historia. “El pasto”, se llamaba el poema (se llama). Lo pasé a limpio, lo metí en un sobre de manila y cogí un bus hacia el centro. Mi hermanito llegaba como en tres o cuatro horas, así que tenía tiempo para pasear un poco por el centro y para dejar personalmente el poema en La Casa Silva. Me bajé en la calle 19 y caminé hacia arriba, hacia los cafecitos de La Candelaria. Me senté ahí, en frente del famosísimo Chorrito de Quevedo, y, de nuevo, me puse a recordar toda esa vida linda que habíamos vivido en el centro: Miguelito y yo con una caja de vino hablando de que algún día íbamos a comprar un ramo de flores hermosas y nos íbamos a ir en bus hasta Santa Rosa de Osos a dejar las flores en la tumba del poeta Porfirio Barba Jacob. Y que íbamos a fumar mariguana y a tomar vino y a leer “La parábola del retorno” en la tumba, en pleno día, para rendirle el homenaje más lindo del mundo al poeta más mariguанero del mundo. Bajé hasta la Casa Silva y entré como “Pedro por su casa”, saludé a los dos o tres amigos que trabajan ahí (Carlos el librero y demás personas

lindas que tratan de sacar adelante la poesía nueva que hay por ahí) y entregué mi poema. Era más que obvio que mi texto no iba a ganar, yo nunca he ganado ni nunca voy a ganar un concurso literario, pero fue lindo ir hasta allá y dejar el poema y ver mis dos libritos fracasados, tronchados, trasnochados, en la vitrina de la librería. Me despedí de todos, me puse mis audífonos y cogí un bus en la cuarta, un bus que me dejaba casi al lado de la casa de mis papás (en poco tiempo llegaba mi hermanito del aeropuerto).

Ya en la casa de mis viejos (la casa completamente sola porque todos se habían ido a recoger a mi hermanito), con mucho cansancio de mí mismo, de mi escritura, de mi cliché, de mis tristezas que racionalmente no eran tan tristes, me tiré en la cama de lo que era mi cuarto y con los ojos puestos, como siempre, en el afiche de Cantinflas, pensé de nuevo: “Estoy escribiendo un libro que nombre las cosas. ¿Hace cuanto no escribo?”. No tenía fuerzas, como ya lo dije cuando conté lo de mi viaje a Cartagena, para escribir. Sobre todo no tenía fuerzas para narrar, para contar esta historia tan mía que sólo me puede importar a mí. Pero, ahí, me entró esa linda cosa que decía el poeta Rilke sobre esa necesidad, absurda, de escribir algo, lo que sea: un poema corto, una carta, una nota de suicidio, una lista del mercado, lo que sea... Me quité los zapatos, quedé descalzo y flotante, abrí mi cuaderno, miyo descalzo, flotante, en mi camita vieja, en mi cuartico viejo, y pensé en todo lo que había hecho en ese día corto. Pensé en que la Casa de Poesía Silva, ese espacio bello donde había estado hace algunas horas, así tuviera tantos enemigos, tanta gente que argumentaba sofisticadamente para no apoyar su causa, se había portado bien conmigo. Tanto la casa, la arquitectura, como la gente de ahí me habían tratado bien. Me habían llamado para que les trajera algunas copias de mis libros, me habían organizado una lectura en la Feria del Libro, habían sido lindos con mis intentos de ser escritor. No digo que me hayan dado un apoyo grande, pero, por lo menos, me habían dejado intentar, por lo menos no me habían rechazado como todos los poetas que leyeron mis libros. Y pensando en todo eso, ahí en mi camita vieja, pensé: “Sería lindo escribir un poemita sencillo (no tan bueno) dedicado a la Casa de Poesía Silva. De pronto, si algún día me da por seguir narrando mi cuento, puedo contar que hoy fue una mañana linda, que ayer vi a Miguelito y a Camilo, que hoy llega mi hermanito y que tengo tantas ganas de verlo, que hoy fui a la

Casa de Poesía Silva y me trataron bien como siempre”. Y casi en voz alta, descalzo y flotando todavía, en mi cama vieja, con el cuaderno en frente, me dije de nuevo: “Voy a escribir. Voy a escribir unos versos sencillos, no tan buenos, sobre la Casa Silva. Estoy escribiendo ya en mi corazón, en mi sangre picha, estoy escribiendo un libro que nombre las cosas”:

LA CASA DE POESÍA SILVA

La Casa de Poesía Silva es un lugar.
Una casa que queda –que flota un poco–
en el centro de mi ciudad que es Bogotá
que duele un poco. Queda, la Casa Silva,
como en la calle 12 con tercera, creo.
No sé. Yo ya sé llegar y es grande
y casa casa: con patio y linda.
Voy, hace mucho no iba,
y entro y los saludo a todos.
Carlitos, el de la librería,
y los otros que no recuerdo bien
sus nombres me reconocen (como si yo
fuera un poeta de la vida real) y
me ofrecen café y charlamos sobre
la nueva poesía colombiana y sobre
lo costosa que está Bogotá que duele un poco.
Saco un sobre de manila y le digo
al que está en la recepción que vengo
a volver a intentar lo del concurso...
Le digo que sé que mi poema no va a ganar
–como siempre, como nunca–

pero que igual necesito esa plata;
que igual lo voy a intentar de nuevo,
que si ya mucha gente ha dejado sus poemas.
Me dice que fresco, que deja ahí el sobre
y que no pierda la esperanza
y yo miro la casa: es linda,
es una casa casa en Bogotá que duele un poco
y que ya casi no le quedan casas. Tiene
jardín y todo.
Sigo por el corredor
para despedirme de Carlitos que está en la librería
de la Casa Silva, trabajando duro,
y veo mis dos libritos
exhibidos en el mueble principal. Sonrío,
los abro, los miro con mucha tristeza
y Carlitos entiende todo de una vez.
(“hace tanto no se vende un libro de esos”)
Me da una palmadita en la espalda
y me dice que fresco,
que nunca pierda esa linda esperanza
de ser poeta.

Sería estúpido tratar de escribir la escena de ver a mi hermanito y a Nicole entrar por la puerta. Sería un poco ridículo. Siempre que veo a mi hermanito (desde que se fue para Australia) la reacción es tan histérica, tan histriónica, tan fuera de sus cabales, que me daría vergüenza describir la gritería y la locura que me dio ese día, ese sábado del matrimonio de Sassón. Cuando ya nos calmamos les hice café y nos sentamos en el comedor de la casa (de la casa de mis viejos, donde todavía se ve el árbol de cereza en el parque de enfrente). Estábamos todos ahí en el comedor: Mamá, Papá, mi hermanito menor, mi hermanito, Nicole y yo. Hablamos de todo, de los “proyectos”, de la librería

en Cali, de mi tesis de maestría (me habían dado una nota de 5 sobre 5 en mi trabajo sobre Lezama Lima y todos estaban mucho más felices que yo. Mi hermanito me trajo un regalo de felicitaciones: un libro de cuentos de Raymond Carver que yo andaba buscando hace mucho. Me lo había pedido especial a Estados Unidos), de todo, hablamos de todo. Yo también les di, a mi hermanito y a Nicole, un regalo que les tenía: un libro de poemas de uno de los poetas nuevos (“no consagrados”) más lindos que hay, un poeta (un libro) que es todo lo que a mí me hubiera gustado escribir en la vida: *Bailando en Odessa* del gran (y jovencito) Ilyá Kaminsky. Tomamos café, nos reímos mucho... Mi hermanito menor decía que yo seguía en las mismas y que ahí me iba a quedar, que yo seguía con los mismos proyectos de hace 10 años, que cuando todos estén casados y tengan hijos yo iba a salir del cuarto del fondo de la casa de mis papás diciendo que seguía buscando local para mi librería en Cali pero que ahora sí estaba escribiendo el libro de los libros. Y todos, ahí en ese comedor de vidrio, explosionados de la risa y las carcajadas de Papá que hacían eco por todas las callejitas del barrio. Hablamos de todo: que cómo iba la diálisis de Papá, que cómo iba mi relación con Juana, que cómo iba el hermanito chiquito con la práctica de arquitectura, que cómo iba Mamá con sus cuadros, con su jardín, con sus proyectos, que ellos (Nicole y mi hermanito) estaban bien en Costa Rica, que estaban haciendo deporte, que habían dejado el cigarrillo, que estaban trabajando duro para armar sus vidas por allá...

Mi hermanito había venido exclusivamente para el matrimonio de nuestro amigo Sassón y había traído dos vestidos elegantes porque sabía que yo no iba a tener una pinta adecuada para el tal evento. Cuando mi hermanito se metió en la ducha, con esa cara de felicidad de ver bien a toda la familia después de tanto tiempo sin verla (sin vernos), yo me le metí al baño, todo lleno de vapor, y me senté en la tapa del inodoro y seguimos charlando y charlando. “Hermanito, ¿hace cuánto usted no ve a Cloé? –me dijo mi hermanito todo lleno de jabón y *shampoo*–, ¿hace cuánto no ve a Lolo?”... Y yo: “No sé, mi hermano, hace mucho. Mucho mucho. ¿Por qué?”... Y él: “Parcero, yo no sé si usted sabe, pero Cloé ahora está de novia de Lolo. De novia seria. Se aman y todo ese cuento. Ahora en el matrimonio tenga cuidado con eso, no vaya a hacerles esos escándalos suyos de <<poeta maldito>>. Usted está muy bien con Juanita, no vaya a

decir nada imprudente. Pórtese normal con ese cuento, no se haga videos que no existen”. En ese momento, en ese instantecito, me di cuenta de que, por fin, estaba llegando al final de mi intento de escribir un libro infinito (aunque sería absurdo hablar de “final” cuando se intenta escribir el infinito). En mi mente, en mi visión de mi propio libro, había llegado una escena (el matrimonio de Sassón, por supuesto) donde iba a poder ver en carne y hueso (que chistoso eso de “carne” y “hueso”) a mis personajes, a esa cantidad de fantasmas que tanto se pasean por las lucecitas de mi cráneo. Todos, excepto los que no habían estudiado en mi colegio, iban a estar ahí: Lolo (que ahora era novio de Cloé y se amaban), Cloé (que ahora era novia de Lolo y se amaban), Danielita (que no la veía hace siete u ocho años), Samuel, Sassón (por supuesto), Kovalski, Kique... No sé... Casi todos mis personajes, mis débiles personajes que no son nada más que una idea vaga, una nube mugrienta en mi cabeza, iban a estar ahí. Sassón era (es) un gran tipo, todos iban a querer acompañarlo en su boda. Todos excepto yo, que sufro de una “ansiedad social” muy fuerte (patológica) desde que ocurrió todo ese cuento del ejército de Israel. Pero era, para mí, una obligación estar ahí: ese tema de los matrimonios es muy importante para la gente que le importa ese tema de los matrimonios.

Tomamos café toda la tarde, casi hasta la caída del sol. Después de esa charla larga y linda y llena de risas y rock and roll, llamamos a Samuel para que venga a la casa a ver a mi hermanito antes del matrimonio. Samuel llegó (bajó dos pisos) y se armó, de nuevo, la algarabía, la histeria. También Samuel era nuestro hermanito, nuestro hermanito vestido de médico, vestido de profesor muy serio que dicta “semiología clínica” en la Universidad. Cuando se calmó la algarabía, la locurita desbordada de estar con mi hermanito después de tanto tiempo, hablamos de cómo nos íbamos a vestir para el matrimonio, de cómo nos íbamos a transportar, de todos esos cuentos logísticos de la rumba dura y madura. Samuel ya había comprado un montón de cajas de cigarrillos Marlboro, había comprado un perfume carísimo, condones, de todo... Samuel decía que no había mejor oportunidad para “levantarse” a una judía que en un matrimonio judío. Yo salí a la tienda de la esquina y compré cuatro paquetes de Pielroja para que no se me acabaran los cigarros en la mitad de la rumba. Llegué de la tienda, de nuevo a la casa de

mis papás, y ya Samuel y mis hermanitos y Nicole se estaban cambiando y arreglando. Estábamos felices, como si nos estuviéramos preparando para un viaje largo, para nuestro viaje por Colombia que había pasado hace tantos años. Es extraño ver que todavía somos unos niños, unos niños que ya pagan su renta y su teléfono y sus impuestos, pero unos niños al fin y al cabo. Samuel y yo, sobre todo, todavía hablamos de los mismos temas, tenemos las mismas angustias, las mismas ideas políticas que no son más que un montón de excremento cada vez mejor argumentado, los mismos sueños imposibles, las mismas tristezas porque las exnovias ya no nos quieren como antes. Somos unos niños, los mismos niños de siempre. En realidad no ha cambiado nada. Estamos más feos, sí, Samuel y mi hermanito están calvos ya, estamos un poco más ansiosos, un poco más tristes, pero estamos intactos en nuestras almas infantiles... Esa tarde-noche, cambiándonos para el matrimonio de Sassón, viéndonos al espejo, echándonos perfume, tomándonos fotos con nuestras pintas de James Bond, me di cuenta de que, por lo menos yo, no quería crecer. Me di cuenta de que la sabiduría de vivir está en abrir un par de cervezas, rumbo a la Costa Norte de Colombia, para no tener que manejar.

Mi hermanito, que se casaba en dos meses, nos dijo que él no quería que su matrimonio fuera así de formal, que él y Nicole querían que la gente se vaya como les dé la gana. Que nada de *smoking* y esas babosadas. Además, decía mi hermanito, qué horror hacer un matrimonio en el club (el matrimonio de Sassón, como casi todos los matrimonios de la comunidad, iba a ser en nuestro club. En el club de Herrerita y de las bicicletas que sonaban como motos porque les incrustábamos un vaso plástico en la parte de atrás), porque el club representa, seguía mi hermanito, toda esa burbuja impenetrable en la que la gente de la comunidad ha querido vivir toda la vida. Y todos estuvimos de acuerdo. Nada más horrible que hacer un matrimonio en el club. Yo (yo, yo, yo), un poco cansado de arreglarme el corbatín y todas esas cosas, destapé cinco cervezas Águila que había comprado en la tienda y le di una a cada uno mientras nos terminábamos de arreglar. Salimos al jardín de Mamá (para tomarnos las cervezas con cigarrillos) y seguimos charlando de la vida, sobre todo seguimos burlándonos y riéndonos de la gente que iba a ir al matrimonio. Mi hermanito me seguía insistiendo

con lo de mis exnovias, me decía que me comporte como un señor, como un buen tipo, que yo estaba muy bien con Juanita, que cuidado con las chicas del pasado que se iban a aparecer en la fiesta, que cuidado con todo eso. Y yo que sí, que sí, pero que a mí sí me dolía lo de Lolo, que no había dejado de pensar en eso, que Cloé era mi princesa, mi sirena, y que Lolo era mi supuesto amigo del alma, que cómo era posible que me descuide unos añitos y que ya se amen y todo ese cuento. Samuel me seguía la corriente casi gritando sus argumentos. Decía Samuel que esos dos eran unos malparidos ignorantes buenos-para-nada, que esas cosas no se le hacían a los amigos. Y mi hermanito, que siempre es el más sabio de toda la gente que habla, me decía: “**Uno:** Cloé no es ni suya ni de nadie. Ella puede hacer lo que quiera con su vida, con su amor, con su trabajo. Ella puede hacer lo que se le dé la gana con lo que se le dé la gana. **Dos:** usted dejó de estar con ella hace años, no la ve hace años, ¿qué quiere, que lo siga esperando toda la vida? Lolo tiene todo el derecho del mundo a estar con ella. Lolo es un gran amigo que sólo le dio miedo, nervios, contarle a usted, que es un loco desquiciado, que estaba saliendo con su exnovia. **Tres:** usted vive con Juana, ¿por qué tiene que marcar más y más “su territorio”, su pasado? Sea feliz con lo que tiene, sea feliz con Juanita que es una niña hermosa y deje que sus exnovias sean felices con los que a ellas se les dé la puta gana”. Y todo, por supuesto, era cierto. Lolo era (es) un gran amigo y no tiene nada que ver con mis impulsos egoístas. Los insultos de Samuel tampoco eran ciertos, Samuel sólo me estaba siguiendo la corriente para poner bravo a mi hermanito... Samuel siguió peleando con mi hermanito, argumentando que no podía creer que su amigo (mi hermanito) se haya convertido en un papá, en un *yupi* tan madurito. Y todos explosionados de la risa y tomando cerveza y fumando cigarrillos y hablando de lo hermoso que estaba el jardín de Mamá. “Otra cerveza más, nos ponemos esos corbatines horribles y salimos”, dijo mi hermanito mirando el reloj. Y todos, como soldados, obedecimos. Yo traje las cervezas y mi hermanito menor se fue a terminar de cambiar. Nos tomamos la segunda tanda de cervezas en el jardín de Mamá, nos pusimos los corbatines horribles y salimos para el matrimonio en el carro de Samuel.

Paramos en el camino para recoger a Bruno, un primo nuestro (por parte de Mamá) que no veíamos hace tiempos. Bruno era (es) un ser de otro planeta. Tiene una pizzería-

bar-discoteca en las montañas, a las afueras de Bogotá, y siempre está metido en cuentos rarísimos, haciendo proyectos imposibles (físicamente imposibles) y tratando de armar eventos de rumba donde vaya la gente de la farándula colombiana. Cuando éramos niños (poco he contado sobre mi niñez, y el lector, amigo lindo, amiga linda, no aguantaría más verborrea) Bruno siempre estaba con nosotros, íbamos juntos para arriba y para abajo. Bruno, de niño, era el creador de todos esos planes macabros de no avisarle a los papás y quedarse a dormir en el club, Bruno era el que nos iba enseñando, poco a poco, que meterse en problemas con los adultos no era tan grave como parecía. Nos decía que eso era un regaño, máximo un correazo, un fuetazo, y ya, que al otro día uno podía hacer lo mismo sin que se den cuenta, aprendiendo del error de cálculo. (Si algún día –hoy lo veo lejano– algún editor me dijera que le gusta mi escritura, que me paga unos pesitos para que siga escribiendo libros, me dedicaría tiempo completo a escribir una fábula sobre mi niñez, sobre Bruno, sobre ese día que Bruno se subió a un árbol altísimo, altísimo altísimo, y se dejó caer entre la ramas creyendo que iba a quedar flotando. Y no, cayó hasta el piso, por dentro del árbol, y nos tocó salir corriendo a contarle a los adultos que nuestro primito estaba completamente ensangrentado, desmayado, casi muerto, porque creyó que las ramas hacían flotar a los hombres). Bruno se subió al carro, hizo su respectiva algarabía y nosotros la nuestra, nos dimos besos y abrazos y seguimos nuestro camino rumbo al club, hacia el norte de la ciudad.

Llegamos, como siempre, un poco tarde al matrimonio, ya todo el mundo estaba en sus mesas y en sus wisquis. Por cuestiones de mi ansiedad social (patológica) y por cuestiones de que Samuel era un médico dado a la psiquiatría, le dije, como en todos los matrimonios en los que habíamos estado juntos, que no se separara de mí, que yo lo cogía del brazo, de gancho, y que por favor no me dejara solo con tanta gente de la comunidad fingiendo que uno tenía algo de relevancia en sus vidas. Había ahí muchos papás de mis exalumnos, había exalumnos, examigos, exnovias, amigos, papás de mis amigos, amigas, compañeros de curso, personas que habían hecho parte de mi vida de alguna forma u otra. Pero la gran mayoría de invitados eran señores de dinero, vendedores de telas que ya se habían tomado sus wisquis y que lo saludaban a uno con una confianza increíble: “Vea a este hijueputica, ¿y ese pelo qué?, ja, ja, ja”. Y uno

saludaba y seguía hacia delante, hacia la barra, hacia el alcohol. Samuel, como siempre, ya se había perdido en la multitud y Bruno, Nicole y mis hermanitos (que gracias a Dios no sufren de la misma ansiedad social) estaban saludando a un montón de señores y señoritas en las mesas del medio del salón. “El Salón Dorado”, le llamaban a ese salón que tantas cosas extrañas ha visto. Un salón enorme, en un segundo piso, que se decoraba (se decora), sobre todo, con flores, con muchas flores, con la palabra “flor”. Flores y flores elegantes y mesas elegantes por todos lados, una barra blanca, elegante, en el fondo de una pista de baile de madera elegante, una tarima elegante para que la orquesta se suba y prenda la parranda, la parranda elegante. En el momento en que llegamos estaban en la peor parte de todos los matrimonios judíos: “las *Joras*”, que son unos bailes rusos tradicionales donde los hombres y las mujeres bailan por separado y hacen un montón de vueltas y piruetas al ritmo de una música extrañísima, imbailable, y todos sudan y sudan al compás de esa música imposible. Yo, en mi ansiedad, siempre aprovecho el momento de las *Joras* para ir hacia la barra sin que nadie me salude. Cuando llegué a la barra, ya perdido de mis amigos, pedí un wisqui con soda y vi a Sassón por primera vez en la noche. Lo vi volando en los aires, en la mitad de todo ese tumulto de gente sudando y bailando *Joras*. Vi a Sassón volando, volando volando, en todo el centro de la pista. Como es la tradición, habían templado un mantel y hacían que mi amigo Sassón rebotara (como en un trampolín) y saliera volando por los aires y volviera a rebotar en el mantel. En una de esas, en un brinco de esos (todos tan felices bailando), la tela se rompió y el pobre Sassón cayó durísimo a la madera elegante de la pista de baile elegante. Se paró adolorido, le trajeron un aguardiente, se sentó un rato en una silla y siguió bailando *Joras* como si nada hubiera pasado. (Al otro día nos enteramos de que se había roto cuatro vértebras). Después de la caída, todos los comerciantes de telas hacían chistes suspicaces: que esa tela seguro era de tal fábrica, que por qué le habían comprado la tela a tal otro, JA, JA, JA...

... y se acabaron las tales *Joras* y todos siguieron bailando al ritmo de la orquesta, al ritmo del gran Rubén Blades: “*La exseñorita no ha decidido qué hacer... En su clase de Geografía, la maestra habla de Turquía mientras que la susodicha sólo piensa en su desdicha y en su dilema ¡Ay, qué problema!*”. Yo me quedé ahí, cuidando mi lugar

privilegiado en la barra. Sentí, de repente, un abrazo por detrás y pensé (en mis delirios de Casanova) que era una chica, pero no. Era mejor que una chica, era mi amigo Viruta (que ya estaba viviendo en Bogotá). El Viruta estaba en mi misma misión: tratar de evitar a la gente mientras se emborrachaba lo más rápido posible. Y pedimos más wisqui con soda y hablamos y hablamos sobre nuestra Escuela de Piratería y Analfabetismo Poético. Es un poco difícil de explicar, pero para un matrimonio de esos es demasiado extraño, demasiado oscuro, tener a dos mechudos de treinta y pico de años hablando de poesía y echándole soda al wisqui. La gente pasaba y saludaba como si fuéramos dos musarañas gigantescas que están del otro lado del vidrio del zoológico. Y otro wisqui con soda para mi amigo Virutica y otro wisqui con soda para mí. Y pasaban los compañeros del curso, que también eran compañeros de curso de Sassón, y nos abrazábamos y me decían, algunos, que qué lindo enredo tenía en ese pelo y me decían, los otros, que qué era ese horror de enredo en ese pelo. Y pasaban los papás de mis exalumnos y algunos me hacían mala cara, como diciendo: “Qué vergüenza decir que este muchacho fue profesor del colegio de la comunidad”. Y otros pasaban y me saludaban decentemente y me decían que yo hacía falta en el colegio y me agradecían por hablarle enseñando a leer y a escribir a sus hijitos.

Después de cuatro o cinco wisquis con soda llegó Samuel: “¿Por qué siempre nos perdimos en estos matrimonios?”... “No sé. Tú te fuiste a saludar a esa gente”... “No, yo estaba tratando de llegar a la barra”... etc, etc, etc. Y salimos al balcón, un balcón gigante en la entrada del Salón Dorado, a fumarnos un cigarrillo. En el balcón (Viruta, Samuel y yo ya un poco más tranquilos por los efectos del wisqui) se acercaron los papás de un examigo del colegio. La mamá nos abrazó y nos preguntó que en qué andábamos de la vida. Viruta y Samuel respondieron porque tenían respuesta. En cambio yo, como andaba desempleado y no quería desatar la discusión sobre los negocios y el dinero, le dije que yo en las mismas, que trabajando duro. “¿Y en qué?”, me dijo la mamá de mi examigo. “No, no. En cositas por ahí. Trabajando, trabajando fuertemente”. La señora sacó un Lucky Strike para ella y otro para el marido. El señor hizo un gesto extraño con las fosas nasales, como oliendo algo, y dijo: “¿Quién está fumando Pielroja? Y yo: “Yo. ¿Quiere uno?”. Y él: “Uuuuyy, chinazo, el cigarrillo del

pueblo. Pase uno para recordar vieja épocas". Y le di un Pielroja, que huele diferente a cualquier otro cigarrillo, y me quedé ahí, charlando con el hombre. Samuel y Viruta entraron, yo prendí otro Pielroja y le ofrecí candela al papá de mi examigo. "Vea, chino –me decía con ese tono de papá cuando lleva más de un wisqui–, yo también fui jipi como usted, pero es que usted ya está muy grandecito, tiene ya que hacer una familia, conseguirse un trabajo que le dé billetico de verdad. ¿Me entiende, pelado?"... "Yo no soy ningún jipi –le dije–, y nunca lo he sido gracias a Dios. Sólo no estoy interesado en vender telas, eso es todo". Y el señor, con ese tono de papá cuando lleva más de un wisqui, seguía y seguía su sabia disertación filosófica: "Mire, chinazo, si usted se quisiera casar con alguna de estas peladitas, con mi hija, por ejemplo, le va a quedar muy verraco. Uno como papá quiere que el marido de la hija de uno le pueda comprar un apartamento, un carro bueno, los lujitos normales. Usted, según me cuenta mi hijo, es profesor del colegio, es comunista, es artista. Eso está muy bien, pero para un muchacho. Ustedes ya tienen treinta y pico de años, tienen que pensar en el mercantilismo, en el billete. No importa si uno vende telas o porcelanas o zunchos o empanadas, lo que importa es el billete, la viabilidad del negocio... ¿sí me entiende?"... Y yo: "Le entiendo, le entiendo, tiene toda la razón. Creo que después de esta conversación tan amena me voy a ir a cortar el pelo y a buscar un trabajo que me dé billete del bueno. Mil gracias por los consejos. Voy para adentro". Y le di la mano (el señor me trató de abrazar pero no me dejé), le regalé otro Pielroja y me fui para otra parte del balcón a seguir fumando. Me fui para esa parte del balcón donde hay una columna de concreto que lo invisibiliza a uno.

Ya solo en esa parte del balcón, con un vaso de wisqui con soda en una mano y el tercer Pielroja en la otra, vi que llegaron dos camionetas igualitas. De la primera se bajaron cuatro escoltas y de la segunda se bajaron otros dos escoltas. Los escoltas de la segunda camioneta abrieron las puertas de atrás y salió Danielita con un muchacho (un muchacho que yo había visto pero que no conocía bien). Sabía que el muchacho era judío y que había estudiado en el colegio gringo de Bogotá (donde van los niños judíos que sus papás quieren mostrarle al resto de la comunidad que son un poco superiores, un poco superiores en dinero y un poco superiores en "cultura del mundo globalizado" y

todo eso). Danielita, más hermosa que nunca, agarró de la mano a su novio sofisticado y subió la rampa para llegar al salón. El novio se quitó la chaqueta y se la tiró a uno de los escoltas... Gracias al efecto de los wisquis, que es bueno para la ansiedad pero malo para la prudencia, tuve el valor y la estupidez de querer saludarla. “¡Daniela!”, le grité. Danielita me miró y levantó la mano y siguió entrando al salón. El novio le preguntó que quién era yo, y ella, casi gritando para que yo la escuchara, respondió: “No sé. Un amigo de mi hermana, supongo. Qué vómito el pelo de ese niño”. Era demasiado obvio que Danielita quería que yo la escuchara, lo dijo tan duro que la gente que estaba en el balcón me miró con un poco de pesar. Y entraron, por fin, elegantes, al Salón Dorado.

Me terminé el Pielroja y me tomé el wisqui con soda de un solo sorbo. Me había dolido mucho toda esa escena. No me había dolido porque Danielita fingiera no saber quién era yo (¿o, en verdad, no se acordaba de mí?), lo que me dolió fue la reactivación de todo lo que sentía por ella. Sí, yo estaba enamoradísimo de Juanita y no me interesaba nada con una muchacha que le gustaran los escoltas y que no le gustaran los pelos enredados, pero, por alguna razón un poco cósmica, sentí que se me destrozaba el corazón de tanto amor por ella. Me dieron ganas de darle un beso, de volver a acostarme con ella en mi cama, mirando el afiche de Cantinflas, mirando el techo, hablando de que el banano no debería ser considerado una fruta porque no tenía pepas y porque, en realidad, no era una fruta: no sabía a fruta, no tenía nada que ver con las frutas. Me dieron ganas de volver a escribirle esos poemitas de amor que no tenían nada que ver con el amor. Me dieron ganas de salir en el Hyundai de Papá, en esas épocas lindas del colegio, y comprar un millón de fresas. Me dieron ganas de acariciarle ese pelo gris hermoso, esos pies perfectos, esas cosas que no me dejaban dormir, que me embutían en ese mundo onírico tan conocido, tan mío, una vez por semana.

Cuando estaba ya a punto de entrar de nuevo al salón, un poco adolorido, pasó mi hermanito (el menor) corriendo hacia abajo, hacia las canchas de tenis. Me dio un vaso de trago que tenía (un vodka con limón y hielo) y me dijo que iba detrás de una chica, que la chica lo estaba esperando en el campo de golf. Y me picó el ojo y salió volado hacia abajo por la rampa. Yo le piqué el ojo y empecé a tomarme el vodka que me había

regalado. En la entrada me encontré con Sassón. Le di un abrazo enorme, gigante, le di besos y besos y besos, lo felicité mucho, le dije, desde el fondo de mi corazón, que le deseaba la mejor vida de casado del mundo, que no se convirtiera en uno de esos papás que andan por ahí echándole sermones a los pelilargos que van pasando por ahí. Me dijo que lo acompañara a esconderse en la columna para poder fumarse un Marlborito tranquilo sin que nadie lo felicite. Nos fuimos a la columna —él con su wisqui puro, yo con el vodka de mi hermanito— y comenzamos una linda charla sobre el tiempo, sobre el extraño paso del tiempo. Sobre lo viejos que estábamos... “¿Qué pasó —le dije— con ese mantel? Te diste durísimo contra el piso”... “Sí, sí, me rompí la mula. Yo no sé qué pasó ahí. Todavía me duele un poco, pero estoy bien. La rumba de hoy no me la caga nadie”. Y seguimos charlando sobre todas las cosas del mundo: la U, el trabajo, el colegio, nuestro viaje por Colombia, el dinero, lo caro que estaba vivir en Bogotá, y así... Le conté lo que me acababa de pasar con Danielita, le dije que yo creía que todavía estaba medio enamorado de ella. Me dijo que él se hablaba mucho con Danielita, sobre todo por la esposa, que era muy amiga del nuevo novio... Sassón, todavía demasiado sobrio, me contó que una vez se pusieron a hablar sobre mi tema. Que él le había preguntado si sabía algo de mí, que qué más de mí. Y Danielita (según cuenta Sassón) le había dicho una cosa horrible: que ella miraba hacia atrás y no entendía cómo había estado cuadrada “con ese man de Óscar”, que yo le parecía, además de feo físicamente, vulgar, hambriento, “cheap”, y esas cosas. Sassón, ahí en la columna del balcón, creía que nuestra conversación estaba siendo amena, jocosa, pero yo me estaba muriendo por dentro. Mi *ego* se estaba destruyendo por completo (“feo”, “vulgar”, “hambriento” (¿a qué se refería con eso de “hambriento”? : ¿a que estaba rogando por amor (“mostrando el hambre”), o a que no tenía plata para tener escoltas?), y la peor de todas: “cheap”, que es un término inmundo que usa la gente que cree que sabe de moda y de tendencias. Pobrecito mi *ego*. ¿Feo?: ¿de verdad estaba feo?, ¿estaba gordo?, ¿por qué feo?). Para no seguir cultivando esa tristeza de saber lo que los otros piensan de uno, decidí cambiar rápidamente de tema (fútbol colombiano, por supuesto) y seguimos charlando por un buen rato. Nos terminamos el segundo cigarrillo (ya era como mi sexto de la noche), nos terminamos el trago y nos metimos de nuevo en el

salón. La mamá de Sassón lo agarró fuerte del hombro y le dijo que tenía que ir a saludar a no sé qué señor muy importante.

Caminando hacia la barra sentí todas las miradas de la gente de bien. Mi hermanito dice que ese sentimiento es una especie de paranoia mía, de inseguridad, de falta de autoestima. Dice mi hermanito que en realidad a la gente no le importa tanto mi presencia. De todas formas, caminando hacia la barra sentí todas las miradas de la gente de bien. Llegué a la barra y me tomé unos aguardientes con algunos papás de mis compañeros de curso. Llegó mi hermanito, que es de mi misma edad y de mi mismo espíritu, y se unió a la tomateca de aguardiente. Ya estábamos un poco borrachos, un poco anestesiados y felices como para no pasarla bien. Mi hermanito me dijo que no me quedara tanto tiempo en la barra, que me iba a morir en dos horas si seguía tomando así. Y era, como siempre que habla mi hermanito, completa verdad. Sonó Joe Arroyo (la orquesta estaba genial) y saqué a bailar a Sarita Akerman, una chica de mi curso que ahora vivía México y que ya se había casado y que ya había tenido hijos y todo eso... Bailamos delicioso con Sarita, sin intimidarnos de las miradas de los señores que tenían sus mesas alrededor de la pista, sin intimidarnos de los señores que bailaban al lado de uno diciendo: "Vean, chinos, yo les enseño lo que es bailar salsita". Cuando se acabó la canción me devolví a la barra y ahí seguía Viruta hablando con la gente más neoliberal de todo el matrimonio. Lo extraño de los matrimonios es que uno empieza todo tímido, todo inhibido, y después de unas horas termina hablando fluido con la gente más rara del mundo (con la gente más diferente a uno) sobre los temas más íntimos del mundo: "Es que mis papás se están separando", le cuentan a uno, "Es que detesto a mi esposo", dice otra, "Es que yo doy mi vida por Millos, la gente cree que estoy loco pero ese equipo de fútbol es lo único que me importa en la vida", dice otro, "Usted que es filósofo me debería explicar por qué me dan tanto miedo las ratas si yo soy un varón varón"... Y así... Y la noche se va derritiendo, se va difuminando, se va convirtiendo en una alucinación de wisqui, de vodka, de aguardiente, de salsa, de rock en español, de música electrónica de los noventas. Después se para el novio en la tarima, como si fuera el mismísimo Mick Jagger, y tira un panti (o yo no sé qué es eso) para que los que no estén casados se peleen por agarrarlo para que les dé suerte y se puedan casar lo más

rápido posible. Lo extraño es que el que se gana el panti llega todo triste a la barra y dice: “Uuuyy, me va a tocar casarme, qué cagada, yo que la estaba pasando tan bueno”. Y uno le dice: “Si no quiere casarse entonces para qué se tira como un desesperado en esa pista a pelear por ese panti”. Y el muchacho se ríe y la noche sigue derritiéndose y suena la ya inaguantable “De música ligera” y todos los compañeros del curso, excepto yo, se suben a la tarima y empiezan a cantar en el micrófono como si no hubiera un mañana.

Desde la barra alcancé a ver a Lolo subido en la tarima. Me entró un nerviosismo extraño, borracho, alucinado, por la posibilidad real, realísima, de ver a Cloé. Después de tanto tiempo, después de haberla escrito con tanto amor en mi libro infinito, era natural ese nerviosismo extraño. Es ese sentimiento tan bonito y tan nervioso que la gente llama “las mariposas del estómago”. Me pedí otro wisqui con soda y me di cuenta de que habían cambiado (rotado) al barman. Ahora estaba El Manco sirviendo los tragos. El Manco es un gran amigo mío, nos conocemos desde las épocas de Herrerita, cuando El Manco era el ayudante en todas las cuestiones y servicios del *vestier*. “¿Y usted no va a saludar?”, me dijo El Manco. Y me subí los anteojos empañados y, por supuesto, lo reconocí. Me metí en la barra y le di un abrazo gigante, le serví un aguardiente y no me lo recibió, me dijo que nunca tomaba cuando estaba trabajando, pero que un día de estos nos la pegábamos a punta de aguardiente. Me quedé ahí en la barra hablando con El Manco: hablamos sobre la enfermedad de Herrerita, sobre la muerte triste de ese gran personaje de la vida. Hablamos sobre el trabajo: le conté lo del fracaso de mis dos libros, le conté de mi extrabajo de profesor: la experiencia de ser profesor en el mismo colegio en donde había estudiado. Escuché sus historias sobre el club, el nostálgico club. Sus historias y sus teorías sobre lo triste que era ver cómo poco a poco había menos gente en la comunidad, menos eventos, menos algarabía, menos niños en sus bicicletas (sonando como motos) pasando por todos lados, dándole vida a este club tan lindo. “Es que ustedes eran muchos –decía–, y además de muchos eran cosa seria”...

Me salí de la barra, ya El Manaco me estaba haciendo caras de que lo iban a regañar, y me quedé ahí hablando con la gente que venía por un trago. Llegó Lolo a la barra y nos abrazamos y nos tomamos un aguardiente juntos. Me dijo que había tratado de leer mis libros pero que le había tocado parar, que a él le gustaba escribir (en secreto) y que se había dado cuenta de que estaba copiando un poco mi estilo cuando trataba de captar situaciones de un niño que “lo tiene todo” pero que, en el fondo de su corazón, se siente un absoluto perdedor. “Si me terminaba los libros iba a terminar copiándote del todo”, me dijo. Yo me sentí halagado (no entendí si los libros le habían gustado o no, pero fue lindo para mi *ego* escuchar que alguien está copiando el estilo de uno. Las palabras de Lolo fueron muy reconfortantes para ese *ego* que había sido destrozado unas horas atrás). Le di un abrazo grande a Lolo, un besito en la boca, y me alejé de la barra para buscar a alguien con quién bailar. (Le había hecho caso a mi hermanito: ¿por qué hacer sentir mal a mi amigo por ser novio de mi examor de la vida? Ni le mencioné el tema). Me encontré con unas exalumnas en la pista, unas niñas que ya se habían graduado del colegio, y nos quedamos ahí parados charlando de la vida: ahora una estudiaba Artes Plásticas, la otra Medicina, la otra se iba para Israel a estudiar y a hacer el ejército. Las felicité y traté de persuadir a la del ejército de que no tomara esa decisión tan “a la loca”, le dije que la vida en Israel era dura y que no era fácil todo ese tema de deberle algo al Estado. Le hablé un poco sobre mi visión pacifista del conflicto en el Medio Oriente y sobre las mentiras que le dicen a uno en las oficinas de la embajada de Bogotá para que uno firme la tal *Aliá* y ya tenga deudas con el país... Como era más que obvio, la muchachita ni me escuchó. Me dijo que ya había firmado la *Aliá* y que estaba muy feliz por su decisión. “Está bien –le dije–, a fin de cuentas ninguna decisión de vida es mejor que la otra. Al final, cuando ya seamos viejitos, nos vamos a dar cuenta de que la carrera era contra nosotros mismos, de que todo era un juego de fuerzas entre Nuestros Sueños Vs lo que la gente quiere que uno haga”. Sonó un merengue, algo de Juan Luis Guerra, y saqué a bailar a Nicole, que estaba ahí en la pista porque acababa de soltar a mi hermanito. Mientras bailábamos le dije que yo era el más feliz del mundo por el matrimonio de ella y mi hermanito, que ella era una niña hermosa, que yo la amaba mucho, que gracias por haberle parado bolas a mi hermanito, que iban a ser una familia hermosa, que así no se bailaba el merengue, que “venga más bien y yo le muestro cómo

es que se baila esta joda”... Y Nicole y yo explosionados de la risa bailando en la mitad de la pista y mi hermanito nos veía desde afuera y hacía esa carita de “...esta es la chica. Esta es mi chica. Gracias Dios por dejarme conocer a esta chica hermosa...”.

Volví a la barra, me pedí otro wisqui con soda y salí al balcón, a la columna del balcón, a fumarme un Pielroja. Por alguna extrañísima razón, extrañísima, mi corbatín seguía intacto, ahí donde me lo había ayudado a poner mi hermanito. La chaqueta del *smoking* se la había dejado al Manco (me dijo que me la quitara y que él me la cuidaba), la camisa seguía por dentro de mis pantalones, todo seguía intacto. Me sentía bien así, sentía como que el vestido elegante le daba elegancia a mi forma de caminar, a mi forma de hablar, a mi forma de ser. Me sentía como si fuera el mismísimo Hans-Georg Gadamer, como si fuera Borges, como si fuera esa gente tan elegante que uno ve en las entrevistas y uno se dice: “¿Por qué yo no puedo ser así de elegante, así de inteligente, así de viejito y de lindo?”. Puse el vaso de wisqui en el borde del balcón, atrás de la columna, me acomodé el corbatín y abrí la segunda caja de Pielroja. Me quedé ahí por un buen rato, fumando lento y tomando de a sorbitos, viendo esa montaña gigante, repleta de luces, que rodea a la ciudad, a Bogotá de noche, a Bogotá maldita. “Hay gente que vive en esas luces –pensé–, gente que ahora mismo está viendo las telenovelas, gente que está pensando en qué puede hacer para que no la echen del trabajo, señores que le están pegando a “sus” señoras... hay gente que vive mientras uno vive. Hay mucha gente intentando vivir mientras uno intenta vivir”... Saqué otro Pielroja y pensé en esa canción de Leonard Cohen: *I have tried in my way to be free...* “He intentado, he intentado mucho, *a mi manera*, ser libre. Pero ¿qué es la libertad?, ¿ser libre significa tener el pelo largo, comprar una botella de ron y escribir malos versos en un andén de Granada? No. Eso no es “La Libertad”, eso es una idea burguesa y estúpida de la idea de libertad. Ser libre (pensaba ahí en el balcón) es entender que no somos libres, que somos un engranaje más, una arena en el desierto del Sinaí”... Y esa montaña enorme ahí enfrente mío, esas nubes, ese frío, todas esas cosas tan infinitas ahí delante. “No somos nada en este mundo, no somos ni una hormiga, ni una bacteria, no somos ni un muchacho medio triste tomando wisqui y fumando Pielroja y pensando en que no somos nada en este mundo”...

En ese momento de reflexiones incomprensibles y baratas, ahí mirando la montaña enorme, sentí un empujón fuertísimo por detrás, por la espalda. Se me cayó el vaso de wisqui con soda y el vidrio roto se regó por el piso y casi me caigo hacia adelante con los pedacitos de vaso que quedaron tirados. (En ese instante alcancé a pensar que era una pelea, que por alguna razón –como en casi todos los matrimonios– alguien me quería golpear). Me voltee rápido, con esa adrenalina que da antes de pelear, y me di cuenta de que era Cloé. Me había empujado con la misma fuerza con la que me hubiera empujado uno de esos señores que no resisten que un profesor del colegio de la comunidad tenga esos pelos y esas fachas. Miré a Cloé y ella me miró (así como en las películas). Nos miramos como un minuto entero sin hablar, ella con su sonrisita de siempre y yo todavía pálido del susto del empujón. Me dio una copita y me sirvió un aguardiente de una botella que se había robado de la barra. Brindamos y nos abrazamos durísimo. Todavía olía a lo mismo, todavía se sentía esa energía de querer salir de rumba a todas partes, de estar feliz todo el tiempo, todavía era Cloecita. Nos soltamos del abrazo y me confesó que había querido hacer una aparición espectacular, como de Hollywood, pero que no se le había ocurrido otra forma que empujarme. Me dijo que creía que se le había ido la mano, que lo de romper el vaso no estaba en sus planes. Nos reímos, bajamos la rampa, hablando y hablando, y caminamos hacia las canchas de tenis. Nos sentamos en unas sillas Rimax que había por ahí y hablamos mucho y tomamos aguardiente de la botella. Ella con sus Marlboro y yo con mis Pielroja y hablamos y hablamos y hablamos... Me dijo que era cierto lo de Lolo, que estaban enamorados, que Lolo era un buen muchacho, un tipo juicioso, inteligentísimo, responsable, trabajador, que le gustaba la misma música que a ella, que charlaba bien, que le gustaba la rumba, que todo eso... Yo le conté que yo también estaba muy enamorado de Juanita y que estaba pensando en irme a Cali a vivir con ella, a montar una librería o algo por el estilo. “Hace unos días pensé mucho en ti –me dijo toda borrachita–, me puse a leer los cuenticos de Oscar Wilde que me regalaste hace mil años... ¿Te acuerdas de uno que se llama “El ruiseñor y la rosa”?””. Y yo claro que me acordaba. Por las épocas de Honrrón Tornasol le había regalado a Cloé uno de los libros más lindos de la vida: *Los cuentos completos* de Oscar Wilde. Mi obsesión por Wilde

era tan grande (es tan grande) que por esas épocas llevaba una libreta de apuntes que iba llenando de citas y citas de los libros del poeta inglés. Citas del teatro de Wilde, de la poesía, de los ensayos, pero, sobre todo, de esos cuentos hermosos que me hacían llorar, que me partían el corazón. En las noches me tiraba en la cama, con esa libreta llena de citas, y trataba de aprenderme de memoria los pasajes completos. “Claro que me acuerdo de “El ruiseñor y la rosa” –le dije a Cloé–, claro que me acuerdo de ese cuento”. Y le dije de memoria un pasaje del relato: *“Mira, mira -gritó el árbol-, ya está terminada la rosa. Pero el ruiseñor no respondió; estaba muerto sobre las altas hierbas, con el corazón traspasado de espinas... A medio día el estudiante abrió su ventana y miró hacia afuera: -¡Qué extraña buena suerte! -exclamó-. ¡He aquí una rosa roja! No he visto una rosa semejante en toda mi vida. Es tan bella que estoy seguro de que tiene un nombre latino”*. Y Cloé se rio (por el chiste de Wilde) y me dio un besito en la frente y me pasó la botella.

“Pensé mucho en ti leyendo ese cuento. Para mí –decía Cloé–, no sé que tan verdad sea eso, no sé qué tan de acuerdo estés conmigo, es un cuento sobre la importancia de “lo inútil”, sobre el arte, sobre la poesía, sobre lo que hay en el aire, sobre el amor. El pajarito es un artista, un poeta, un cantante, que ayuda a la gente a través de las cosas que no se ven a simple vista. El estudiante, que es ese intelectual, ese negociante que no le ve importancia a las cosas que, para él, no son prácticas, no sabe que su vida adquiere sentido gracias a lo que él considera inútil. El estudiante es como esos papás que siempre te dicen que para qué ser poeta, y tú eres el pajarito que los ayuda a vivir escribiendo tus cosas en los cafés. Sin que te paguen un peso... ja, ja, ja, ja ... No sé. Pensé mucho en ti con ese cuento”. Y yo, que a veces se me sale la cursilería por los poros, no pude evitar que se me escurrieran un poquito las lágrimas. “Gracias por pensar en mí, mi amor –le dije–, ese cuento es hermosísimo. Me haces sentir bien, como tranquilo, como feliz”. Y seguimos tomando de la botella y hablando sobre sus cosas, sobre su vida en general. Me contó que estaba muy bien, que quería irse a vivir a Providencia o a algún lugar donde pueda oler el mar todos los días de la vida...

Nos paramos de las sillas Rimax y nos devolvimos a la fiesta. La abracé durísimo en el mismo lugar donde me había empujado, recogí los vidrios, los boté a la caneca y vi que Lolo la había estado esperando en la rampa. Los vi discutir (me di cuenta de que eran puros celos de pareja enamorada. Se amaban y para mí era lindo que se amaran) y me hice el loco y seguí mi camino hacia la pista de baile. Me di cuenta de que era imposible que la gente que vivía en las lucecitas de la montaña estuviera viendo las telenovelas, ya era demasiado tarde (demasiado temprano) para que estén dando las telenovelas. Vi la hora en el reloj del fondo del Salón Dorado: eran las 4:30 de la mañana. Ya estaban sirviendo el caldito con costilla que sirven para decirle a la gente que ya es hora de irse a dormir. Cuando me di cuenta, cuando volví de ese trance de estar hablando de Oscar Wilde en el fondo del club, supe que, como casi siempre, era uno de los últimos de la fiesta. Mis amigos, los que quedaban, estaban en una mesa comiendo caldito y había, por supuesto, uno que otro borracho en la pista bailando ese pop inmundo de los ochentas que ponen al final de los matrimonios: Guns 'N Roses, Poison, Scorpions, Def Leppard y demás desgracias de la historia de la música. Mi amigo Moshe, que era uno de mis grandes amigos del colegio (uno de los del combo de Lolo, Sassón, Samuel, mi hermanito y yo) se me acercó y me llevó a la mesa, me sentó en una silla y me trajo un caldito. "Gracias, amiguito", le dije. "De nada, amiguito. Tómate ese caldito a ver si se te pasa esa borrachera tan hijueputa", me dijo. Ahí en la mesa fue un momento hermoso: todos riéndonos de la caída tan brava de Sassón, todos hablando del colegio, de que éramos los mismos idiotas de siempre tratando de darle besos con lengua a las niñas del curso, y que las niñas del curso ya eran señoras casadas y con hijos y nos veían como unos petardos que no habíamos hecho nada con nuestras vidas. Le conté a Moshe (que ahora vivía en Cali) sobre mi proyecto de la librería y sobre mi idea de irme a vivir a la ciudad de Andrés Caicedo y del filósofo Niche y todas esas cosas. Moshe me contó que él y el papá habían comprado una finca a las afueras de Cali y que estaban empezando el proyecto de cultivar y vender café y plátano. Me dijo que estaba feliz, que se la pasaba todo el día en el campo, charlando con los trabajadores, cultivando, haciendo números. Que era una buena forma de vida. Le dije, en esa borrachera tremenda, que si no era posible que me diera un trabajito, que yo andaba desesperado buscando algo para hacer en Cali y que a mí me encantaba el

campo y el café. Que yo había trabajado con café y todo eso... Me dijo que iba a hablar con el papá y que me llamaba a ver qué propuesta me podían hacer. Nos abrazamos duro y yo me paré, tambaleando, y me fui por otro caldito.

“El picante está buenísimo, fuertísimo, échele mucho ají a ver si se le pasa esa borrachera tan hijueputa”, me dijo mi hermanito cuando volví a la mesa. Cogí el tarro de ají y, pensando que era uno de esos tarros que tienen un huequito chiquito para que salga poco, lo agité durísimo para que caiga en el caldo. Como no era un tarro de huequito chiquito (como no tenía el famoso filtro), salió una cantidad exorbitante de ají y mi caldo quedó rojo, como una sopa de tomate. “No se vaya a comer eso, mi hermanito”, me dijo mi hermanito. Y no le hice caso a mi hermanito y me tomé toda esa sopa roja de un solo sorbo (para ver si se me pasaba esa borrachera tan hijueputa). Ahí mismo, apenas sentí ese ardor potente en la panza, salí corriendo para el baño. Abrí la primera puerta que vi, subí la tapa del inodoro y comencé a vomitar no sólo el ají sino toda esa cantidad exageradísima de tragos que uno toma en los matrimonios. Increíblemente, el corbatín seguía en su puesto, como Gadamer, como Dylan Thomas. Increíblemente, la pinta elegante seguía intacta: el pantalón en su sitio, la camisa por dentro, los cordones de los zapatos bien amarrados...

Eso de los griegos de la *catarsis* es un poco cierto. Vomitar, expulsar, purificar. Todo eso es una gran metáfora que habla del efecto del arte, o de la producción artística, o de lo que sea que hayan dicho los griegos. El punto es que mi yo, mi yo-ahí, en el inodoro, expulsando, purificando mi viejos amores, con ese ají todavía revuelto en el estómago, se convirtió en un yo-allá, en un yo-ahí que era sólo pasado, sólo memoria: iban pasando todas las imágenes de esa noche: Danielita y sus escoltas, Lolo, El Manco, los papás, los Pielroja, Cloé, (mi Cloé, la Cloé de Pessoa: “*Cuán breve tiempo es la más larga vida y la juventud en ella! Ah Cloé, Cloé*”... “*Como si cada beso fuera de despedida, Cloé mía, besémonos, amando*”... “*No quiero, Cloé, tu amor, porque me exige amor*”...), la música, las charlas extrañas, las canchas de tenis, Viruta, la rampa, el balcón, Samuel, el ají. Ese ají que ya era sólo un recuerdo, un recuerdo lejano de Papá enseñándonos a comer picante en la mesa del comedor de la casa. Papá había vivido en

México y nos había inculcado (a mí y a mis hermanitos) ese amor rotundo por el picante, ese arte de comer y comer picante... Y mi yo seguía vomitando y vomitando y recordando un poco la importancia que había tenido el ají en nuestras vidas. Yo ahí, con los ojos rojos y aguados de tanto vomitar, me miré al espejo y vi a ese muchacho con los pelos horribles, a ese muchacho normal que no tenía ni el más mínimo chance de cambiar el mundo. Empañé el espejo con el viento que le quedaba a mis pulmones hasta hacer un espacio suficiente para poder escribir una o dos oraciones con el dedo. Me limpié la cara con papel higiénico y escribí en el espejo: "Mi nombre es Óscar Graff, soy un poco perdedor, pero en realidad no tanto, sólo un poco, y estoy escribiendo este libro, este libro que nombre todas las cosas del mundo. Estoy, simplemente, escribiendo un libro que nombre las cosas":

EL AJÍ

El ají es una salsa picante que hacía Gertru,
una linda señora, grande, un poco brava,
pero con un corazón lindo.

Es extraño, el ají. Uno siente el dolor
picante en la lengua picante
que duele y salen un poco de lágrimas y un poco de mocos,
pero yo y mis hermanos nos podemos comer miles y miles
de toneladas de ají
con el arroz y con la sopa
y con un pedazo de carne asada
y con el huevo frito que preparamos esa mañana
que escuchamos y escuchamos el jazz
(Coltrane, Mingus, Davis...)...

En el tarro de ají, que ya está un poco vacío,

hay una guacamaya pintada
y en la guacamaya hay millones de colores
y en los colores está el secreto
de un mundo que a simple vista parece injusto.

Me juagué en el lavamanos y borré del espejo las dos estúpidas y borrachas oraciones que había escrito. Salí del baño y fui directo al balcón. La vida ya estaba casi de día. Prendí un Pielroja y llamé a Juanita. No me contestó (por la hora, claro). La volví a llamar y no me contestó (por la hora, claro). La volví a llamar y sí contestó. “¿Aló?”, dijo con esa vocecita de niñita hermosa, de pupilas locas, de manga-poma. “Hola, mi amorcito, sólo llamaba para decirte que eres una delicia, que cuando nos casemos no vamos a hacer nada de estas cosas tan horribles. Vamos, si tú quieres, a alquilar una finquita chiquita y vamos a pedir pizza para todo el mundo y a estar en vestido de baño tomando aguardiente y mirando las estrellas y sólo que venga la familia y los muy buenos amiguitos. O no, que venga todo el mundo, el que quiera, el que le dé la gana... lo hacemos sin invitaciones ni nada de esas cosas. Y mi hermanito me va a regalar de matrimonio una parranda vallenata y cantamos todas las de Diomedes y las de Leandro Díaz y las de Escalona y las de Alejo Durán, mi amor. Te juro que va a ser hermoso. Aunque eso de casarse no tiene nada de sentido, porque uno cómo le va a jurar a alguien el amor eterno para después firmar un papel por si acaso ese amor no era tan eterno como uno había jurado. Casarse, mi amor, es como tener un seguro para separarse, y eso es muy feo, mi amor, ¿cierto?, aunque si tú quieres hacemos lo que tú quieras. Yo quiero lo de la pizza y el vallenato, pero si tú quieres en el club lo hacemos en el club, o si no quieres que hagamos nada entonces no hacemos nada, mi amor...”. Y Juanita riéndose durísimo desde el otro lado del teléfono y diciéndome que me tomara un caldito con ají para bajarle a esa borrachera tan tremenda.

Colgué y caminé feliz (el vomito me había bajado el efecto depresivo del wisqui y del aguardiente y del vodka). Caminé hacia la mesa donde estaban mis amigos. Ya sólo quedaban mis dos hermanitos (que me estaban esperando), Cloé, Moshe y Lolo. Cuando

me vieron llegar se pararon de la mesa y caminamos todos juntos hacia la salida. Ya era de día y la montaña se veía hermosa, las nubes flotaban como pájaros alrededor de esos verdes que se le ven a la montaña cuando las cosas no están tan grises como casi siempre están en Bogotá. (“Mi novela arrancó un domingo con la imagen esa de la montaña. Tiene que terminar un domingo mirando la imagen esa de la montaña”, pensé). Moshe, Cloé y Lolo se despidieron y se fueron juntos en el mismo taxi. Mis hermanitos y yo nos quedamos sentados en el pasto, al lado de las canchas de tenis, hablando un poco de la vida.

“Deme un Pielroja, hermanito. Creo que quiero volver a fumar. No le vaya a decir nada a Nicole”, me dijo mi hermanito sirviéndonos café en unos vasitos de icopor. Nicole se había ido a dormir donde una prima y le había dicho a mi hermanito que se veían en la mañana para desayunar en la casa de Papá y Mamá. Le di un Pielroja a mi hermanito, otro a mi otro hermanito y sequé uno para mí. El sol ya estaba fuerte, lindo, el pasto verdísimo, los pajaritos ya en el aire. Todo ese momento fue bonito, memorable: los tres ahí, tirados en el pasto, elegantes, borrachos, destrozados por la fiesta, tomando café en esos vasos de icopor y fumando Pielroja. Toda esa escena parecía la escena final de una película de matones: después de una secuencia de persecuciones y tiros, con música de Jimi Hendrix en el fondo, llegan los tres hermanos, impecablemente vestidos, intactos pero con algunas cicatrices en las caras, sucios, mugrientos, y descansan unos minutos en el primer montón de pasto que se les cruza por el camino desolado, sacan sus cigarrillos sin filtro y, con caras de satisfacción cansada, hacen las cuentas de las bajas y del botín... “Imagínense –decía mi hermanito menor acostado en el pasto– que estuviéramos ya, en este instante, los tres solos en un balcón de Santa Marta, mirando el mar, con una cervecitas frías, viento, nada para hacer al otro día, nada de Universidad, nada de trabajo. Sólo los tres hablando de política, de música, de fútbol, de chicas, de toda la diarrea que se nos vaya ocurriendo”... “Es en lo único que pienso, parces. Cuando estoy en Costa Rica –decía mi otro hermanito– y me siento un poco solo, me pongo a pensar en que estamos los tres en el mar, hablando de que la vida no tiene ni el más mínimo sentido. Hablando de todo eso que siempre dice Óscar de que el ritmo de la vida es el ritmo de nuestras

propias almas, de que la felicidad no está afuera sino adentro, en el corazón". Y yo: "Sí, mis hermanitos lindos, qué lindo que sería estar con ustedes en el mar, qué lindo este café, qué lindo este club, qué lindo este sol, qué linda esa montaña gigante que se le esconde el pico de tantas nubes y nubes y nubes un poco mugrientas y aguadas que se atravesan por todos los lados del aire... El ritmo de uno mismo –el ritmo con el que uno lleva su espíritu– es el ritmo mismo de la vida. (Seguía yo con mi cháchara filosófica). Y el ritmo de la vida, de las cosas normales, es el ritmo de uno mismo. Es todo ese jueguito de ver, de contemplar lo normal, y de irlo metiendo en el alma de uno para después, desde el alma normal, ver todas las cosas del mundo. Yo soy esa montaña y esa montaña soy yo. Yo soy este café y esta hormiga y mi alma escribe y habla y escribe y habla y piensa al ritmo de este café y de esta hormiga. En *Paradiso* –seguía yo diciéndoles a mis hermanitos–, que es esa novela hermosa de Lezama Lima (el poeta de mi tesis y todo eso), el personaje principal, el pequeño niño José Cemí, un futuro poeta, tiene que pasar por el infierno de pensar racionalmente, de tratar de darle un sentido analítico a todas las cosas, para luego entender que la vida es sólo intuición, sólo epifanía, que la vida es sólo la contemplación tranquila de las cosas normales. La última oración de *Paradiso* (me avisan si los aburro con toda esta verborrea), es la última oración del sentido de las cosas. Lezama cierra su monstruo de fábula así: <<...ritmo hesicástico, podemos empezar>>. Y uno, como lector, se pregunta: ¿qué es el "ritmo hesicástico"?; ¿qué es lo que podemos empezar? Y de repente, desde el corazón lleno de las cosas normales de la vida, uno lo va entendiendo todo. El ritmo hesicástico: la paz interior, la tranquilidad de ver el ritmo del mundo que es el ritmo de uno mismo, respirar, vomitar, ver, sentir. Ver el mundo desde el ritmo mío porque yo soy el mundo. Yo soy el mundo y el mundo soy yo. ¿Y qué podemos empezar, amigo Lezama?, y el amigo Lezama respondería: podemos empezar, ahora sí, desde el ritmo hesicástico, desde la tranquilidad de ver las cosas normales, a escribir nuestra novela, a escribir nuestro *Paradiso*. El pequeño José Cemí, ahora un adulto, puede comenzar a escribir su novela (*Paradiso*), esa novela que nosotros, como lectores, ya terminamos de leer"...

"Qué hermoso todo eso, hermanito –decía mi hermanito–, ¿y usted cuándo va a terminar su novela, o sea: a empezar su novela, a escribir que la vida es usted-y-la-vida,

y que usted es la-vida-y-usted, cuándo va a terminar, por fin, de escribir su ritmo hesicásico, su librito infinito que tanto habla?”... Y yo: “Yo no sé si la vaya a terminar algún día, pero el día que termine ese intento de libro infinito, esa fábula que tengo tan adentro mío, sé que tengo claras dos cosas para el final: la primera es que yo, mi personaje, va estar mirando a la montaña, a esa montaña infinita que ahora estamos viendo. Y la segunda cosa es que quiero terminar mi novela con la misma oración, la mismísima oración, con la que terminó Lezama Lima su *Paradiso*. Con esa hermosa: <<...ritmo hesicástico, podemos empezar>>”.